Università
Ca'Foscari
Venezia

Corso di Laurea
magistrale

in Lingue e letterature europee, americane
e postcoloniali

ordinamento ex D.M. 270/2004

Tesi di Laurea

Las ratas de Miguel Delibes: propuesta de traducción y análisis

Relatore

Prof. Florencio Del Barrio De La Rosa

Correlatore

Prof. Alessandro Scarsella

Laureanda

Giorgia Olivier

Matricola 876578

Anno Accademico

2019 / 2020

Índice

Introducción……..1

Capítulo 1 : Miguel Delibes y su época……**3**

1.1. Biografía……..3

1.2. Contexto histórico……...5

1.3. Las obras y las características de su estilo……..8

Capítulo 2 : *Las ratas*……...**13**

2.1. Análisis de la obra: estructura……..……..15

2.1.1. Técnicas narrativas……...16

2.1.2. Personajes…….17

2.1.3. Temas.……..24

2.1.4. Espacio…….29

2.1.5. Tiempo…….30

2.1.6. Lengua……..31

2.2. Las ratas de agua……34

2.3. La obra ha cumplido más de medio siglo……..36

Capítulo 3 : Traducción……..**38**

Capítulo 4 : Comentario……...**156**

4.1. Introducción al comentario……..156

4.2. Técnicas de traducción empleadas ……159

4.2.1. Traducción literal……...160

4.2.2. Equivalencia……...163

4.2.2.1. Equivalente descriptivo……...165

4.2.3. Transferencia……..167

4.2.4. Naturalización……168

4.2.5. Transposición……169

4.2.6. Modulación……172

4.2.7. Disolución……..174

4.2.8. Generalización……...176

4.2.9. Inversión……178

4.2.10. Modificaciones: los tiempos verbales……..179

4.3. Traducción de metáforas, del título, de nombres propios, de modismos y frases hechas……...181

4.3.1. Metáforas……...181

4.3.2. Título……..182

4.3.3. Traducción de nombres propios……184

4.3.3.1. Topónimos……..186

4.3.4. Traducción de modismos y frases hechas……..…187

4.4. Problemas de traducción……..191

4.4.1. Pérdidas parciales y absolutas……192

Conclusión……196

Obra original……198

Referencias bibliográficas……198

Referencias en la red……200

Introducción

El presente trabajo se focaliza en la traducción de un texto literario, en concreto de la novela realista *Las ratas* de Miguel Delibes, y se compone de cuatro capítulos estructurados respondiendo a una serie de preguntas que un traductor siempre tendría que ponerse antes de comenzar su traducción. El primer capítulo responde a la pregunta: ¿quién? La personalidad del autor de la obra traducida, en mi caso Miguel Delibes, juega un papel fundamental a la hora de comprender sus peculiaridades. Por eso decido empezar con la presentación del escritor, de su biografía, del contexto histórico en que vivió y de sus obras principales. La originalidad de Delibes consta en la habilidad de encontrar un equilibrio entre valores antiguos y modernos, es decir en saber conciliar los aspectos tradicionales de la novela con las últimas técnicas surgidas con la contemporaneidad. Veremos a continuación como su vida es un conjunto de creencias muy profundas y arraigadas en el hombre que le permiten vivir en una sociedad ocupada según él en la destrucción progresiva de la Naturaleza. Siendo un cristiano católico, su fe se manifiesta a través del respeto que muestra para las distintas formas de vida, descuidadas por los demás, y se nota también en su estilo literario que permite a cada personaje tener una independencia intelectual y lingüística. El segundo capítulo responde a la pregunta: ¿qué? Es el análisis de una novela realista a mediados del siglo XX. En efecto, esta segunda parte está dedicada al análisis de *Las ratas*; se analizan y presentan la estructura, las técnicas narrativas, los temas, los personajes, el tiempo y la acción de la obra. La comprensión total del texto original es imprescindible para efectuar una buena traducción; de ahí que su previo análisis es muy importante.

Al tercer capítulo pertenecen las preguntas: ¿cómo? ¿a quién? El medio de transmisión especifica las peculiaridades cuantitativas y cualitativas del texto original; el medio por mi utilizado es el escrito, desarrollado a través de una propuesta de traducción de la novela de su lengua de partida, el español, a la lengua de llegada, el italiano. El tercer capítulo presenta, entonces, mi propuesta de traducción de la obra; tratándose de un texto literario, cuya finalidad principal es la expresiva, he intentado respetar el texto original manteniendo la misma intención y el mismo estilo. Se trata de una traducción directa hacia mi lengua materna, la cual se suele considerar en el mundo profesional como «la verdadera traducción, al producirse el proceso de reexpresión en la lengua

propia del individuo que traduce, (…)» (Hurtado Albir, 2017: 56). Una traducción, de igual modo que la escritura en general, no solo sirve para comunicar, sino también para descubrir cosas, consagrarlas o hacerlas conocer a los demás. Pensando en el posible lector de mi obra traducida respondo, en cambio, a la pregunta ¿a quién? Las características del destinatario de un traducción afectan sus expectativas, su formación cultural, su posición hacia el tema tratado y su papel social. Yo he pensado en un público literario, unos estudiantes de literatura que quieren acercarse a la denuncia social desarrollada por Miguel Delibes leyendo en su lengua madre, el italiano.

Por último, en el cuarto capítulo respondo a la pregunta ¿Por qué? Esta última parte se dedica al comentario de la traducción en que se analizan las problemáticas enfrentadas y las soluciones propuestas, justificándolas. Además, se presentan los múltiples procedimientos de traducción utilizados para conseguir el trabajo final a través de respetivos ejemplos. A veces ha sido difícil interpretar el texto original, debido a las diferencias léxicas y culturales por ejemplo, pero siempre se han tomados decisiones para que la traducción mantuviese un sentido natural, con el intento de reducir lo más posible las pérdidas entre lengua de partida y lengua de llegada.

Capítulo 1 : Miguel Delibes y su época

1.1. Biografía

Miguel Delibes nace el 17 de octubre de 1920 en Valladolid de una familia de burgueses liberales y católicos; desde pequeño disfruta de la naturaleza en Molledo-Portolín, el pueblo santanderino de donde procedía su padre. En 1930 comienza a cursar el colegio de las Carmelitas del Capo Grande y a continuación el bachillerato en el Colegio de Lourdes de Valladolid, cuando todavía no tenía en su cabeza el deseo de ser escritor. Al concluirlo, tampoco, en cuanto estudia Derecho y Comercio; pero al mismo tiempo aprende de un hermano a redactar con claridad y orden, realizando ejercicios prácticos de redacción, versificaciones y narraciones. La Guerra Civil estalla cuando tiene quince años y él, junto con unos amigos, decide enrolarse en la Marina embarcándose en el crucero *Canarias*. Acabada la guerra, vuelve a Valladolid con fría objetividad y pronto empieza a colaborar como dibujador por las páginas del periódico *El Norte de Castilla* y desde 1944, tras un curso como periodista efectuado en Madrid, como redactor. En el mismo periodo obtiene una catedra de Derecho Mercantil en la Escuela de Comercio de Valladolid y dos años más tarde, en 1946, se casa con Ángeles de Castro, la que será su equilibrio para toda la vida. Su formación literaria es todavía nula, él mismo se define un ignorante porque ha leído cuatro libros en su vida entera y no ha escrito ni una palabra; pero lo que tiene más presente día tras día es su deseo de comunicar y gracias a la lectura del *Curso de Derecho Mercantil* de Joaquín Garrigues, decide empezar a hacerlo a través de la palabra escrita, empujado por la precisión y la exactitud que aquel trabajo requería. Al profesionalizarse comienza, por supuesto, a leer más y la institución del premio Nadal constituye uno de los factores que más influyó en su decisión de dedicarse a escribir: «Es evidente el papel que jugó el Nadal en la novela que parecía muerta después de la Guerra Civil» (Alonso de los Ríos, 2010: 179). Es a partir de *El camino* (1950) cuando puede decirse que se establece su suerte como novelista; sin darse tregua, con la excepción de algunos años a partir de 1974, fecha en que muere su mujer, Delibes escribe laboriosamente a ritmo de un libro por año. El reconocimiento público a su intenso labor se materializa en múltiples premios y homenajes como el Nadal, el premio de la Crítica, el premio Nacional de Literatura Miguel de Cervantes y

el premio Ciudad de Barcelona. En 1953 viene designado subdirector de *El Norte de Castilla* y por último director en 1958. Con la Ley de la Prensa de 1964 Delibes, junto con el periódico que dirige, se lanza a una campaña en favor de la agricultura castellana y de los medios rurales; enfrentado al aparato de la censura franquista, tiene que pagar altos costes hasta llegar a ser apartado de la dirección del periódico. «Delibes ha sido el gran seductor de las letras españolas; tuvo que pagar un alto precio contra la censura, por su distanciamiento con todos los poderes» (Alonso de los Ríos, 2010: 8). En 1975 ingresa en la Real Academia, donde a través de su famoso discurso intitulado *Un mundo que agoniza*, lanza un grito sobre el deterioro del ambiente en que vive y denuncia la dominación del hombre sobre la naturaleza. Con sus palabras ha sido un ecologista sin darse cuenta, presentando su gran preocupación con claridad: el sentido del progreso y el temor que sus consecuencias puedan arruinar tanto la naturaleza y como el hombre, la dignidad y la libertad humana, su reflexión sobre Castilla y el abandono del campo castellano. Vive diariamente, casi en solitario, el drama que para él suponen:

> «las tesis del crecimiento sin límites, la mitificación del progreso, el abandono material del campo, el desinterés por la población y la cultura rurales, el desarraigo de millones de personas arrancadas de su medio y trasladas a la agresión de la gran ciudad.»
>
> (Alonso de los Ríos, 2010: 32)

En definitiva, afirmaba: «el progreso es, en puridad, regreso» (Alonso de los Ríos, 2010: 205) en cuanto para él el progreso tiene que basarse exclusivamente en la justicia y en la fidelidad de las raíces naturales del hombre. Con la desaparición de su amada mujer, Delibes toca el fondo, hasta el insomnio. Ángeles era «aquella mujer cuya sola presencia aligeraba la pesadumbre de vivir» (Alonso de los Ríos, 2010: 38). Si antes era su obra la que se caracterizaba por la obsesión de la soledad, del aislamiento y de la muerte, ahora es la existencia misma del novelista la que queda marcada por la soledad y la muerte. Aún más en contra de la sociedad y de cómo está gobernada, decide retirarse y pasar los últimos años de su vida en Sedano, al norte de Burgos, con sus siete hijos. La naturaleza representa su refugio, el lugar donde puede cultivar y aprovechar de aquellas pasiones de toda su vida como la caza y la pesca. De ahí sus célebres palabras: «soy un

cazador que escribe, no un escritor que caza» (Alonso de los Ríos, 2010: 52). Su elección representa, en cierto modo, una exaltación a lo primitivismo, en el cual busca y encuentra unas formas de vida auténticas. Escribe para reinventar el hombre y a través de la escritura intenta reconstruir un mundo que le parece contradictorio y hostil para huir de una sociedad que es tortura, violencia, miseria, desarraigo y falta de autenticidad; traslada a sus personajes las angustias que le agobian, exponiéndolas a través de sus bocas. A partir de los años ochenta se suceden los premios institucionales, como el premio Príncipe de Asturias, el premio de las Letras concedido por la Junta de Castilla y León y el premio nacional de las Letras españolas concedido por el Ministerio de la Cultura. Sigue escribiendo y publicando crónicas, novelas, artículos, participa a las adaptaciones al teatro y al cine de sus obras y recopila sus trabajos en antologías hasta el día de su muerte, el 12 de marzo de 2010. Miguel Delibes descansa en el Panteón de Hombres Ilustres de Valladolid, donde unas semanas después de su muerte se trasladarán también los restos de su amada esposa Ángeles de Castro.

1.2. Contexto histórico

Miguel Delibes, siendo uno de los escritores más importantes de la literatura española de mediados del siglo XX, fue sin lugar a duda un adelantador aunque él siempre se subestimó: «no se me considera, porque no lo soy, un intelectual en el riguroso sentido del término, sino un hombre de campo con una pluma en la mano» (Alonso de los Ríos, 2010: 34). Para entender mejor su figura y sus elecciones literarias hay que presentar el contexto histórico en el que vivió. A finales del siglo XIX, en España se forma la Generación del 98, un grupo preocupado por el porvenir de su país después de la pérdida de las últimas dos colonias, Cuba y Filipinas. Hace una interpretación estética de Castilla, más que sociológica; Miguel Delibes ama su tierra recubierta de pueblos olvidados en que se contempla el futuro con ojos tristes y sombríos, por eso se aleja de esta generación, por su exaltación no verosímil del paisaje castellano. Al mismo tiempo la renovación de la técnica da origen a obras maestra como las del galiciano Valle-Inclán y del vasco Unamuno y Azorín; los autores procedían de todas partes de España, menos de Castilla. En los años en que Delibes es todavía un adolescente, otro escritores

se reúnen formando el grupo de la novela social del preguerra, caracterizado por un fuerte afán de solidaridad y de justicia social expresado con un tono casi revolucionario donde la clase trabajadora es la protagonista. Cuando estalla la Guerra Civil y la consiguiente dictadura de Francisco Franco, empieza una nueva etapa de la literatura española, una etapa muy difícil en la cual se verifica una ruptura total en la cultura española. Inevitablemente el régimen y la censura franquista condicionaron la producción literaria; no había libertad de expresión y el aislamiento político y cultural de España se agravaba aún más por el vacío intelectual provocado por el exilio de muchos escritores. Debido a los años de autarquía, de hambre y de pobreza, en literatura todo esto se tradujo en la atención sobre el individuo, su incertidumbre y en la dificultad de comunicación. El periodo se caracteriza por el realismo, gracias al cual se recupera la realidad cotidiana e histórica fuertemente reprimidas. Como afirma Gonzalo Sobejano, el realismo gira alrededor de dos temas fundamentales: «la incertidumbre de los destinos humanos y la ausencia o dificultad de comunicación personal» (2005, 15). En los años de posguerra es muy importante la aportación de los exiliados con sus reflexiones sobre España alrededor de la Guerra Civil; a menudo crean una imagen inventada de la patria lejana, continuadores del impulso realista traído por la novela social, en la que se mezclan emociones contrastantes de atracción y al mismo tiempo rechazo hacia ella. Los exiliados junto con el grupo de los autodidactas quedados en España llamado «los niños de la guerra» (Delibes, 2004: 12), pertenecen al periodo de la resurrección de la novela; se trata de los dos grupos que coexisten cuando Delibes empieza a moverse en el mundo de las letras. «Yo caí, en forma de meteorito, sobre la España devastada, con unos ojos atónitos, abiertos y grandes como platos» (Delibes, 2004: 13). Se deja de lado el embellecimiento estilístico y la adjetivación, para refugiarse en la narración simple, breve y modesta. El fundador del grupo de autodidactas es considerado Camilo José Cela, escritor versátil y multiforme de la que se conocerá también como Generación del 50: un grupo homogéneo de componentes universitarios preocupados por la forma y la construcción con la intención de acercarse a la verdad para reflejarla lo más fielmente posible en sus obras. Las referencias y las fuentes literarias ahora vienen del exterior: la *Generación perdida* estadounidense, la *nouveau roman* francesa y el neorrealismo cinematográfico y literario italiano. La Generación, llamada también “del medio siglo” mira entonces hacia afuera de España

y su aportación puede resumirse en tres puntos: objetividad, protagonismo colectivo y atención preferente al estilo. Los escritores más relevantes son: José María Gironella, Carmen Laforet, Rafael Sánchez Ferlosio, Ignacio Aldecoa, Jesús Fernández Santos, Juan Goytisolo y Ana María Matute. A partir de los años 60, muchos de estos autores evolucionan y protagonizan el paso a la novela experimental. Se trata de un momento de mayor tolerancia de la censura de los libros debido al hecho de que en España se restablecen los contactos con el exterior. La literatura refleja esta libertad: se buscan nuevas temáticas, los escritores quieren experimentar e innovar. Por lo tanto se desarrolla la denominada "novela experimental", la cual no presenta una estructura fija, ni tampoco una puntuación, utilizando diferentes planos temporales, alternando distintos puntos de vista y previendo la fusión de géneros. A la preocupación formal y estructural añaden una preocupación moral y sociológica del contexto en el que viven; además, se pasa de un protagonismo colectivo a uno problemático que encarna la lucha dialéctica del individuo contra la sociedad. Muchos son los autores que de un realismo social de sus primeros años, evolucionan hacia formas narrativas más ambiciosas y acordes con las nuevas tendencias, entre los cuales hay Miguel Delibes. En su producción literaria, un ejemplo de novela experimental es la obra *Cinco horas con Mario* publicada en 1966, donde utiliza el monólogo interior liberándose de la rigidez del discurso ordenado estrictamente. Abandona sus viejos modelos narrativos, síntoma que estos ya pertenecían al pasado. Con la muerte de Francisco Franco, y por consiguiente una vez acabada la dictadura, empieza otra nueva etapa de la literatura española; se produce en la mente de los autores un momento de lucidez que los obliga a enfrentarse a la realidad desoladora. Al mismo tiempo aumenta la libertad de expresión seguida por un lento proceso de normalización de la vida social y cultural y el acceso libre a toda la literatura mundial. Se desarrolla un proceso de reprivatización: del compromiso social el autor pasa a refugiarse en sí mismo volviendo a escribir diarios, libros de memorias y autobiografías. Claro ejemplo de Miguel Delibes que pertenece a esta fase es la novela *Señora de rojo sobre fondo gris*: un verdadero homenaje a su mujer Ángeles, fallecida unos años antes. Delibes escribe esta novela para sí mismo como una terapia personal para superar el luto, hecho que nunca ocurrió. «Ángeles fue la mejor mitad de mí mismo» (Buckley, 2012: 173), la energía creadora para toda su obra.

1.3. Las obras y las características de su estilo

Miguel Delibes se ha convertido en un clásico de la literatura española; los estudios sobre su obra se han multiplicado con el pasar de los años, todos sus libros han sido traducidos a numerosos idiomas y muchos de ellos se han llevado al teatro y al cine. Para toda su producción literaria Delibes elige a un hombre, un paisaje, una pasión: es decir, el individualismo, el compromiso con la realidad y una inclinación solipsista. Sitúa sus novelas en la Castilla del siglo XX y la peculiaridad de su escritura consiste en que nos habla desde el presente de un pasado antiguo. El autor nunca comprendió quién quería dividir a toda costa sus trabajos en categorías, como por ejemplo en "obras rurales" u "obras de la ciudad": para él solo había novelas escritas al principio que definía "malas" y las "discretas" de mayor simbolismo con las que acababa su vida literaria. Además, justificaba su juicio con el siguiente razonamiento:

> «Al concluir un libro me parece bueno o me parece malo. (…) si al cabo de unos años de la lectura de una novela, los personajes que la pueblan siguen vivos, identificables, en mi interior, la novela es buena. Y al contrario, si se difuminan, se entremezclan con otros personajes de otras novelas y terminan por desvanecerse, la novela es mala.»
>
> (Alonso de los Ríos, 2010: 176)

Pese a su querer, muchas fueron las categorías en las que fue dividida su vasta producción literaria. En mi opinión, hay que analizar sus obras según la época en la que fueron escritas. Por lo tanto la primera época está representada por sus dos novelas iniciales: *La sombra del ciprés es alargada* de 1947 y *Aún es de día* del año siguiente. Las dos reflejan un tipo de narración tradicional con una fuerte cantidad de historia, es decir la presencia importante de un narrador y la inclusión de un héroe solitario. Con *La sombra del ciprés es alargada* gana el Premio Nadal en 1948, en el pleno «de un mundo devastado, con grandes hogueras dispersas y un olor acre entre pólvora y carne quemada. Era el paisaje después de la batalla» (Delibes, 2004: 9). Esta novela inicial de Miguel Delibes se deja seducir por *Nada* – la primera obra ganadora del Premio Nadal

en 1944 de Carmen Laforet – por su imagen de soledad, tristeza y desamparo; el protagonista de *La sombra del ciprés es alargada* es el retrato de sí mismo, de lo que él era antes de escribir su primera novela, del artista adolescente. De hecho, Miguel y su protagonista pasan su infancia en Castilla, ambos se embarcan al comienzo de la Guerra Civil y viven la contienda desde el mar, regresando a su ciudad natal una vez concluida la lucha. El Premio Nadal, a pesar de su reciente creación, tenía prestigio enorme porque proclamaba su autonomía e independencia, algo verdaderamente insólito durante el régimen de Franco; por su importancia representó el punto de partida para toda su obra. La segunda época abarca las novelas *El camino*, *Diario de un cazador*, *La hoja roja* y *Las ratas*: presenta la adquisición de una técnica narrativa más moderna y objetiva y una mayor conciencia de la solidaridad humana. Rasgos principales de esta segunda etapa son el realismo crítico con el cual Delibes reproduce situaciones, ambientes y personajes, y la calidad de su lenguaje aparentemente sencillo pero en realidad muy elaborado. En *El camino*, por ejemplo, nos cuenta anécdotas de unos seres ficticios con el objetivo de exaltar la pureza de las costumbres de las aldeas rurales tomando como referencia el pueblo nativo de su padre, Molledo-Portolín. El novelista quiere agitar las conciencias críticas y la sensibilidad de sus lectores y al mismo tiempo denunciar las desigualdades e injusticias sociales, entroncándose con el neorrealismo italiano. Su interés se focaliza en las personas más castigadas: los campesinos, los obreros, los habitantes de los suburbios. Otras novelas como *Los santos inocentes* y *Viejas historias de Castilla la Vieja* tienen la misma voluntad, es decir retratar la dureza de la vida de los campos yermos de Castilla. Delibes en esta segunda época demuestra su dominio de la técnica de la descripción porque observa, escucha y siente con precisión lo que le rodea; a base de escuchar, preguntar y vivir con las gentes de los pueblos castellanos, el autor interioriza la Castilla rural de la segunda mitad del siglo XX y la retrae fielmente en sus novelas. Estas son sus palabras:

> «El escritor, el novelista, cumple su misión alumbrando la parcela del mundo que le ha caído en suerte. A mí me ha tocado Castilla y trato de alumbrar Castilla.» (Alonso de los Ríos, 2010: 190)

Para Delibes la vinculación a la tierra es un tema que desborda lo literario, tiene que ver con la creencia en el destino y su consiguiente y voluntario sometimiento. De hecho, él mismo afirmaba: «soy un hombre de fidelidades: a una mujer, a un periódico, a un editor, a una ciudad (…)» (Alonso de los Ríos, 2010: 44). En estas palabras reside su autenticidad. Hay además una tercera época, enlazada con la que la precede a través de la novela *Las ratas*, que incluye a *Cinco horas con Mario*, su primera reflexión crítica sobre la sociedad y la Iglesia española. No se trata de una novela sobre el Concilio Vaticano II que se celebró en 1962 en Roma, pero sí sobre el impacto que este tuvo en la sociedad española, en concreto sobre una familia burguesa de Valladolid. Papa Juan XXIII había convocado el Concilio para el bien espiritual del pueblo cristiano invitando a los protestantes a buscar la unidad con ellos; en efecto en las innumerables acusaciones de Carmen que dirige a su defunto marido, los dos personajes de la novela de Delibes, ninguna tiene más gravedad ni importancia que la presunta relación con grupos protestantes. La muerte de Mario, el marido de Carmen, representa la muerte de la ilusión liberadora religiosa proveniente de Italia: la apertura que se produjo allí, no se realizó en España. Por lo tanto, el autor tenía que matar a Mario siendo un hombre liberal, intelectual y pacifista. Pertenecen a la tercera época también las novelas históricas *La primavera de Praga* y *Parábola del náufrago*, en las cuales la suya deviene una defensa generalizada de lo justo frente a lo injusto, de lo natural frente a lo artificial, que se mostrará detalladamente en la sucesiva novela *El disputado voto del señor Cayo* de 1978. Aquí se muestra como la salvación de la Naturaleza y su contacto directo con el hombre, el cual recibe diariamente sus enseñanzas, será la postura salvadora de toda Humanidad. Unas notas agresivas y el simbolismo de la estructura llegan a su extremo en *Los santos inocentes*, novela publicada en 1981. En ella Delibes desarrolla el punto más elevado de clamor contra la injusticia; eliminando la ironía de la etapa precedente, como se podía ver en *Las ratas*, la denuncia abandona cualquier connotación de sátira humorística para diseñar un cuadro de la sociedad española de contrastes brutales, con el objetivo de encontrar un equilibrio personal en la colectividad. En cambio, lo que sigue prevaleciendo es su preferencia por los hombre sencillos; se acerca más a la gente que ha interiorizado la fe sin percatarse, ignorando que su desamparo y precariedad no son productos de la voluntad divina, sino de la insolidaridad humana. Sus personajes no son héroes, sino pueden ser considerados

como su alter ego en cuanto expresan su concepción de vida y la manera personal de entender las cosas. Además, presentan dos rasgos predominantes de su personalidad, el pesimismo y la religiosidad. Su religiosidad se basa en el sentido social de la justicia cuya expresión más oportuna hay que buscarla en las reformas del Concilio Vaticano II, sobre todo en la figura y en el papado de Juan XXIII. La obra *Mi idolatrado hijo Sisi*, por ejemplo, retrata a una familia burguesa católica española; el autor, habiendo recibido una formación religiosa, plasma el ambiente en que creció y se hizo hombre. Es una valoración de la familia católica en un periodo en que el catolicismo era «algo que habíamos heredado más que algo que habíamos adquirido» (Buckley, 2012: 28). Su pesimismo, en cambio, fue debido sobre todo al derrumbe de las condiciones de vida en los pueblos rurales castellanos: el precio del trigo y de la remolacha era demasiado caro y los pueblos se estaban despoblando. El desarrollo español se estaba montando sobre una mano de obra muy barata que exigían los planes de industrialización y los que salían ganando de la precaria situación eran los latifundistas andaluces, los grandes propietarios del sur. Se trataba a todos los efectos de un régimen de mecanización del campo, bajo el cual los campesinos no estaban mínimamente ayudados. En definitiva:

> «Lo que habría que conseguir, por lo que hay que luchar, es para que las condiciones de vida en el campo no sean míseras, sino humanas, que para disfrutar de un desarrollo cultural y un bienestar material no sea preciso marchar del campo.»
>
> (Alonso de los Ríos, 2010: 210)

Por último, su inclinación pesimista aumentaba viendo como los mejores escritores del periodo morían, como por ejemplo Aldecoa y Martín Santos, o se retiraban de la literatura, como es el caso de Rafael Sánchez Ferlosio, el auténtico genio y la figura clave en la promoción de la novela de posguerra según su opinión; «en Ferlosio se da una mezcla de imaginación, observación y sentido del humor que no veo en ninguno de sus coetáneos» (Delibes, 2004: 125). Se pueden resumir las preocupaciones de toda la vida de nuestro escritor vallisoletano en la siguiente cita que viene de una entrevista hecha al autor el 2 de diciembre de 1993 por la Radio Nacional de España:

> «Delibes ha descrito los tipos, el paisaje y los problemas de Castilla con una inquietud ética que busca el perfeccionamiento social. De ahí que su novela, según ha dicho, sea "novela de perdedores, de seres humillados y ofendidos, pobres seres marginados que se debaten en un mundo irracional". Su actitud ética se extiende a la naturaleza: cazador y ecologista, Delibes ha defendido a lo largo de su vida y de su obra un modelo de desarrollo que garantice la conservación del medio ambiente y la dignidad de la persona. Hombre sencillo, más amigo de la vida rural que de los actos sociales, ha creado un lenguaje rico y preciso que rescata la más pura esencia castellana.»

Una última constante de su producción literaria es la muerte. Todo nace de una pesadilla que tuvo de joven, de la sensibilidad enfermiza de su primera juventud, que duró por muchos años: ver el ataúd con el cadáver de su padre bajar por las escaleras de su casa. Muchas son las obras producto de esta obsesión que con los años no cesaba, como por ejemplo la galardonada *La sombra del ciprés es alargada*; representa el lado oscuro de su personalidad, una obsesión por la muerte de su padre que traslada a varios de sus personajes. La idea de la extrema precariedad de la condición humana seguía obsesionándolo aunque el padre siguiera vivo; a lo mejor fue condicionado por la guerra, por la conciencia del vertiginoso paso del tiempo. Por lo tanto la narrativa de Miguel Delibes representa a todos los efectos un viaje en el tiempo, un vínculo que indica lo que ahora somos en función de lo que anteriormente fuimos y de lo que en futuro seremos: el largo viaje de los orígenes del ser humano.

Capítulo 2 : *Las ratas*

Las ratas es una novela de Miguel Delibes publicada en 1962. Es una obra muy significativa en la amplia y variada producción narrativa del autor, que gana el Premio Nacional de la Crítica en el mismo año. Presenta, a través de un realismo crudo, una visión amarga y penosa de un pueblo de la Castilla rural en la España de la Posguerra en la cual se revindica una manera de vivir, pensar y sentir de los habitantes de estas tierras, un mundo ajeno a la civilización. Bajo el semblante de una obra de ficción, se denuncian las condiciones, a veces infrahumanas, en que se desenvuelve la vida campesina abandonada por el progreso: pobreza, abandono, marginación, incultura, violencia oculta pero también resignación, amor por la tierra y estrecha relación con la naturaleza. El destino parece jugar con sus habitantes, los cuales viven constantemente dependientes no solo del trabajo, de su actividad agrícola, sino también de unas condiciones climatológicas que no pueden controlar. Delibes no pretende arrasar con lo primitivo, tampoco pide que se les ayude a medrar, solo exige respeto para ellos y que se les conceda la merecida atención. Estos pobladores viven en un paisaje desolado, una tierra que apenas da para sobrevivir. En otras palabras, el medio geográfico y social parece caracterizar de manera crucial la existencia de sus criaturas. *Las ratas* es una novela testimonial llevada al cine en 1996 por el director Antonio Giménez Rico; es la novela de los sin voz, de los que sufren la historia, los ofendidos y humillados por un sistema injusto que no tienen ni siquiera conciencia de la injusticia que están viviendo. El autor insiste para que se pueda apreciar, tras el primitivismo y los caracteres sencillos de los personajes, la grandeza del estilo de vida de unas personas trabajadoras que sufren la manera a través de la cual la tierra y el clima juegan con sus vidas sin piedad; se trata un clima adverso que destruye la cosecha y deja en la ruina a la totalidad de los habitantes del pueblo. Por lo tanto, en ese lugar las tragedias se reciben y aceptan con naturalidad y casi demasiada resignación; agachando la cabeza con tristeza, se sigue adelante. Pero las alegrías, por escasas que sean, cuando llegan se aprecian de verdad y se contagian rápidamente entre todos.

En aquellos años Delibes era un periodista afirmado y director del periódico *El Norte de Castilla*, pero bajo el régimen franquista se dio lugar a una época de represión y control extendida a todos los aspectos de la vida, suprimiendo cualquier tipo de

pluralismo político, ideológico o cultural. De ahí la decisión gubernamental de paralizar y silenciar la campaña del escritor en favor de una reorganización de los sistemas sociales de protección de las comunidades agrícolas; en otras palabras, se le prohibió seguir levantando su voz desde el periódico. Se trataba de una campaña de información sobre las penurias del campo rural castellano; para evitar problemas estatales, Delibes tuvo que retirarse él mismo de la carga de director. Imposibilitado, entonces, a expresar sus preocupaciones como periodista, lo hizo como novelista. De ahí que *Las ratas* se presenta como un desafío y al mismo tiempo una revancha. El propio autor lo confiesa a César Alonso de los Ríos:

> «En cierto modo *La ratas* y *Viejas historias de Castilla la Vieja* son la consecuencia inmediata de mi amordazamiento como periodista. Es decir, que cuando a mí no me dejan hablar en los periódicos, hablo en las novelas. La salida del artista estriba en cambiar de instrumento cada vez que el primero desafina a juicio de la administración. (…) Así que cuando me cierran el paso por un lado, salgo por otro. Es un juego.» (2010: 133-134)

La denuncia contenida en la novela, como ha comentado el mismo escritor en otra entrevista es, sin embargo, mucho más incisiva de lo que pretendía ser la campaña silenciada por el gobierno. De este modo, se puede afirmar que el periodismo ha sido su escuela de narrador, logrando decir lo que quería a través del menor número de palabras posible, o sea, decir mucho en pocas líneas; por lo tanto Delibes queda fiel a sus ideas, a su paisaje, a su pasión, los tres elementos inexcusables para que según su opinión haya novela. En definitiva, lo que promueve a lo largo de la obra es defender el sistema de vida campesino en trance de desaparición, su preocupación ética más importante. Es una defensa generalizada de lo correcto contra lo incorrecto que radica en el humanismo, entendido como defensa de todo lo humano frente a cualquier factor que lo degrade o humille.

2.1. Análisis de la obra: estructura

Las ratas está dividida en diecisiete capítulos de similar extensión, precedidos de una cita evangélica y una imagen que retrae el pueblo donde se desarrolla la acción. En ocasiones, la división en capítulos parece innecesaria en cuanto un tema empieza en uno y luego termina en el siguiente; es el caso, por ejemplo, de los capítulos 5 y 6 entre los cuales la risa del Nini, uno de los protagonistas, evoluciona con fuerte unidad. Se presentan en ellos una serie de anécdotas interpretadas por individuos concretos y situaciones en las cuales participa toda la colectividad. Casi todos los capítulos comienzan con una indicación temporal que se refiere a un hecho repetido cada año en las mismas fechas. La reiteración del método sirve para subrayar el carácter cíclico del tiempo para los habitantes del pueblo, los cuales se dejan guiar por signos naturales y según la vida de los santos. Por esta razón la novela muestra una estructura circular y cerrada y varios son los factores que contribuyen a demarcar tal circularidad. En primer lugar, la clara correspondencia con el ciclo agrícola que se desarrolla en la obra. Asimismo, como al principio el Nini observa la cuenca desde su cueva y baja al pueblo, al final se describe otra imagen vista por el chiquillo pero en la dirección opuesta, cuando se apresta a regresar a su cueva desde el pueblo. Otra demostración es dada por el Pruden: es el primer vecino que pide la ayuda del Nini y es también el último en pedirle consejo. Sin embargo, el signo más evidente del tiempo circular de la novela se ve a través de la figura de la señora Clo: el Nini la encuentra «barriendo briosamente los dos peldaños de cemento que daban acceso al estanco» (Delibes, 1996: 22, 174) tanto al comienzo del relato como en sus últimas páginas. La misma acción, expresada casi con idénticas palabras, cierra la novela cuando el ciclo agrícola termina en tragedia; en aquel momento todo parece seguir igual, como si nada hubiera cambiado en la vida de estos labradores condenados a repetir gestos, faenas, esperanzas, año tras año, pase lo que pase. La narración de la novela se desarrolla gracias a un narrador en tercera persona que adopta el punto de vista de los personajes. De hecho, se presenta en determinadas ocasiones como uno de los muchos pobladores que narra la vida de sus vecinos a través de una visión más clara, sintética y limpia que la de los demás. Es un narrador omnisciente en cuanto sabe todo sobre los personajes, aún más que ellos, pero es ajeno a la historia. Sin embargo, oculta su presencia hasta dejar la sensación de haber

desaparecido del relato, haciendo sentir al lector el contacto directo con los habitantes del pueblo, gracias al uso de los mismos términos y expresiones que emplean los vecinos cuando sus palabras se reproducen como estilo directo. Se trata de una serie de vocablos de uso común en los pueblecillos rurales diferentes con respeto a los usados en las zonas urbanas como por ejemplo "camposanto" por "cementerio" o "descuidar" por "no preocuparse". Además, el contacto entre lector y personaje queda establecido por el uso esporádico de adverbios como "ahora" o de demostrativos como "este" que lo acercan al relato. El narrador desenrolla también una actitud explicadora, que coincide con la de algunos personajes, por medio de conjunciones como "pero" o locuciones conectivas como "de ahí que", "pues", constituyendo otro rasgo de identificación entre las dos partes. Por lo tanto la vida miserable del pueblo rural castellano es presentada desde la perspectiva de quienes viven en él a través de una narración lineal y progresiva. Naturalmente, se trata de un recurso narrativo: son los habitantes del pueblo quienes en realidad protagonizan lo narrado, quienes viven y perciben en la novela, pero quien la cuenta no es un vecino más, sino una persona externa a los acontecimientos – aunque el lector no siempre lo perciba – dando forma lingüística a las emociones y a los sentimientos de los personajes y armando párrafos llenos de ritmos y de musicalidad.

2.1.1. Técnicas narrativas

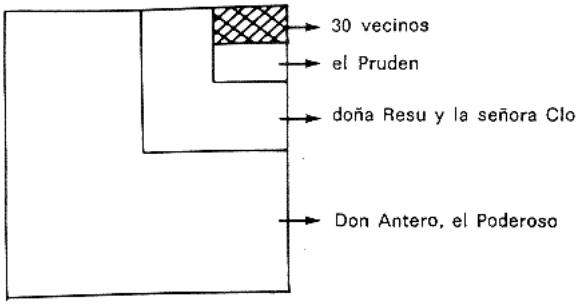
Para Delibes el punto de partida es el tema, el contenido de la novela, tener algo que contar; a partir de ahí surge el problema de encontrar la forma adecuada para hacerlo. Cada novela requiere una técnica y un estilo diferente para tender un puente entre el escritor y sus posibles lectores. No puede narrarse del mismo modo el problema de un pueblo en la agonía, como el de *Las ratas*, que la vida de un hombre culpado por la mediocridad y la estulticia como en *Cinco horas con Mario*. Como último aspecto, hay que encontrar el tono, el estilo adecuado. En los dos primeros capítulos de *Las ratas* se puede ver claramente la técnica empleada por Delibes para introducir al lector poco a poco en la vida de los habitantes del pueblo. Por un lado, sigue el Nini en sus correrías por la cuenca presentando a los distintos personajes que encuentra en su camino. Por

otro, utiliza la técnica selectiva de asociación de ideas para conectar anécdotas que puedan representar cómo es su vida y cuáles son las relaciones entre ellos. Se trata de un protagonismo colectivo que se presenta de forma progresiva gracias al narrador, individualizando a cada uno de sus personajes a través de sus hábitos y palabras, dando al lector informaciones que provengan directamente desde ellos. Por lo tanto, los habitantes del pueblo, con sus virtudes y defectos, dejan de ser un conjunto impersonal para ser personas concretas, capítulo tras capítulo, con un rostro siempre más nítido. Las relaciones entre ellos, sus faenas y aventuras, sus sucesos y fracasos, ofrecen un retrato real de un mundo casi extinto con su propio ritmo y proceder. Se trata de una comunidad cerrada en sí misma, como un mundo social aislado de su propio entorno. Junto a la técnica asociativa, la selección y la reiteración son procedimientos narrativos muy utilizados por Delibes en su segunda época narrativa, a la cual *Las ratas* pertenece. La repetición literal o casi literal de una misma idea o de unas mismas palabras de forma alterna, como hemos visto a través de la figura de la señora Clo por lo que concierne la circularidad de la novela, crea efectos característicos de la obra. En esta, la reiteración más constante es el sintagma "el Nini, el chiquillo" hecha por parte del narrador.

2.1.2. Personajes

Los personajes, en el ámbito de la literatura, son lo que más se acercan a la vida, al mundo del lector; por lo tanto, tienen muchísima importancia. Cada uno de ellos persigue una finalidad en la narración y en la adquisición de esta realiza una serie de anécdotas, que son las que estructuran la historia. Delibes ha sabido novelizar los puntos de vista de sus personajes; de hecho, los de esta novela son los pobladores del mísero pueblo castellano con todas sus problemáticas. En los pueblos sometidos al latifundismo, come el de *Las ratas*, los habitantes están dominados por la tiranía del dueño de las tierras. Por eso ya desde las primeras líneas del relato se denota como la riqueza está repartida de una manera profundamente desigual. El dueño es Don Antero, el Poderoso, hombre violento y prepotente; es el más rico del pueblo en cuanto posee las tres cuartas partes del término y una máquina agrícola. Transcurre la mayoría del año en la ciudad limítrofe y no muestra ningún tipo de interés hacia la pobreza de sus

labradores. Siguen a él, doña Resu, el Undécimo Mandamiento, y la señora Clo, la del Estanco; las dos juntas suman las tres cuartas partes de la cuarta parte restante. Son dos mujeres totalmente diferentes: mientras la señora Clo es un personaje positivo, efusivo, integrado afectiva y laboralmente en la comunidad, doña Resu, como don Antero, permanece al margen y en ninguna ocasión se alude a la menor señal de identificación con el resto de sus convecinos ni de amor a su tierra. Esta es la representación de la repartición del término:



Como se puede notar, la última cuarta parte la comparten, mitad por mitad, el Pruden y los treinta vecinos del pueblo. Estos son todos pequeños agricultores, cultivadores de sus propias parcelas, incluso los que poseen una actividad más específica como por ejemplo el Antoliano, el carpintero. Estos campesinos, tras generaciones de trabajo en condición de esclavos bajo la tiranía de la clase dominante, no son más que unos pobres sin cultura condenados a una vida de sacrificios y privaciones. Opuesto a estos personajes que dependen de la tierra para sobrevivir, es el grupo estatal: el máximo portavoz se encuentra en la figura de Fito Solórzano, el Gobernador. Es un hombre aparentemente cortés y amistoso pero en realidad es profundamente hipócrita; el punto de unión entre él y la colectividad está representado por Justito, el Alcalde. Como se nota, una característica de *Las ratas* es que cada personaje tiene un apodo, como ocurre en todas las novelas rurales de Delibes, a través del cual se define una profesión, una cualidad distintiva (el Mamés, el Mudo), el papel que uno juega en el pueblo o la relación de parentesco que tiene con otras personas (el Mamertito, el chico del Pruden; la Columba, la mujer del Justito). Además, el escritor pone a los personajes unos nombres que en aquellos tiempos estaban en boga en el mundo rural como Zósimo, Antoliano o Mamertito, para acercarse aún más a aquella realidad.

Además, hay el grupo familiar del tío Ratero: él es un hombre primitivo llamado así porque su oficio es el de cazar ratas y luego venderlas. Sus condiciones de vida son miserables: vive apartado del pueblo en una cueva, durmiendo sobre paja con su hijo,

el Nini, cazando como los animales para sobrevivir. Cada día es víctima de las amenazas de Fito Solórzano, el Gobernador y Justito, el Alcalde, los cuales quieren expulsarlo de su cueva. Los dos son hipócritas porque no quieren echarlo para terminar con la pobreza del territorio, sino para quitar la apariencia de pobre que tiene el pueblo, porque resulta poco digno para los que vienen de afuera saber que hay gente que vive en cuevas. El personaje del tío Ratero nace de un acontecimiento real: un día Delibes vio a un hombre en Cuéllar, Segovia, que se dedicaba a la caza de ratas para vendérselas a sus convecinos. De ahí la decisión de ponerlo como uno de los protagonistas de su novela rural más significativa. No es un secreto la preferencia del escritor vallisoletano por los personajes sencillos, incluso marginales, como es el caso del Ratero. Esta elección no es casual, sino que supone una decisión ética; decide después «colocar a un niño sabio y generoso a su lado para recrear el espíritu de Castilla, rico y optimista, en fuerte contraste con su miseria material» (Medina-Bocos, 1996: XX). Efectivamente, la vida del Ratero es tranquila y elemental, aunque dura. Es un hombre de un evidente individualismo que se siente amenazado cada día por los que pretenden quitarle sus únicas propiedades: el Nini, la cueva, las ratas. Por eso, discutirá con doña Resu, obstinada en hacer del Nini un «hombre de provecho» (Delibes, 1996: 94); se enfrentará a Justito, el Alcalde, en su innumerables intentos de intromisión en la cueva y terminará dando muerte, en una escena de extrema violencia, al ratero del pueblo vecino que se ha adentrado en lo que considera su territorio y su oficio agotando la existencia de su sustento. Por lo tanto se mantiene fiel a su camino, a un destino que le viene impuesto y que no quiere abandonar: vivir en la cueva y cazar ratas. El Ratero es un ser hermético y se encierra aún más en sí mismo a medida que avanza el tiempo y el hambre y la posible concurrencia lo acechan. Está al margen de la sociedad pero, a la vez, integrado de alguna forma cuando se encuentra con los demás en la taberna del pueblo. A menudo se le mira como a un intruso que inquieta la armonía del paisaje debido a las múltiples y brutales descripciones físicas: los dientes podridos, su sonrisa entre estúpida y socarrona, sus rudos ojos huidizos, sus toscas manos de dedos como tajados a guillotina, la sucia boina capona amarrada con un cordel, etc. Con su aspecto casi decadente, simboliza la total marginación de los más indefensos. Su hijo y compañero de vida, el Nini, se considera como el verdadero protagonista de *Las ratas*, cumpliendo con muchas funciones. Entre estas, le corresponde el papel de juntar las diferentes anécdotas

que constituyen el contenido de la obra, así como instaurar puentes entre los personajes que aparecen en ella. Quizás el rasgo principal del Nini, el chiquillo, sea su función simbólica porque aparece desde el comienzo de la novela rodeado de connotaciones de claras alusiones religiosas. Su ocupación principal consta en recorrer el pueblo y los alrededores informando a sus vecinos de los signos que capta de la naturaleza, como lo que presagia la dirección del viento, el proceder de las nubes o el momento exacto tanto para sembrar como para cosechar. Se convierte de esta manera en el "hilo conductor" de la comunidad, en el receptor y poseedor de unos conocimientos acerca del mundo que le rodea, al cual todos acuden para pedir consejos y aclarar dudas. Representa el enlace entre la misma Naturaleza y la comunidad agrícola que vive de ella; es un gran amante de la tierra y de los animales y por eso está fascinado por el mundo que le rodea dedicando todo su tiempo a buscar sus secretos con su única compañera, la perra Fa. Es un niño que ha aprendido una parte de lo que sabe de sus abuelos Abundio, Román y de la abuela Iluminada: el primero le ha instruido en el arte de podar, el segundo le ha transmitido todo los conocimientos posibles sobre las liebres y de su abuela ha aprendido los secretos para la matanza del marrano. Pero la mayoría de los conocimientos del Nini proceden del Centenario, el hombre de experiencia del pueblo. Este es su maestro indiscutible, quien le ensenó a gozar de las maravillas escondidas en la naturaleza y a estar a gusto consigo mismo. Siendo víctima de continuas bromas e insultos, el Centenario simboliza una tradición viva, creadora y salvadora a la cual el pueblo está dando la espalda. Asimismo, Delibes presenta al niño como el joven Cristo por expresar sus opiniones en modo serio, con precoz gravedad y ponderación. Entre los vecinos, el Pruden es el que más acude a él; tras haber recibido su ayuda dice «Digo que el Nini ese lo sabe todo. Parece Dios» (Delibes, 1996: 16); también su mujer afirma que al verle hablar entre los hombres «le recordaba a Jesús entre los doctores» (*ibidem*). Además, no hay que olvidar la elección del autor de empezar la novela con una cita evangélica que habla de un niño puesto en medio a los demás, que será el primero entre ellos, como un enviado de Dios. Efectivamente, el Nini se presenta como el discípulo, el receptor de los saberes; siendo requerido por todos, le consideran el más capaz para realizar determinadas tareas como quitar los zánganos de una colmena, capar un marrano o seleccionar los conejos defectuosos. Resulta singular la imagen de un niño que imparte sabiduría entre los adultos y es precisamente aquí donde radica la denuncia

de nuestro autor: la miseria material del lugar procede de la miseria intelectual de sus habitantes. De ahí viene la simbólica oposición del Nini a una cultura oficial, la de la escuela, a su propio progreso social. En efecto, él confiesa abiertamente su escaso interés por convertirse en un «hombre de provecho» o por tener el dia de mañana un coche como el del Poderoso; está a gusto sabiendo lo que sabe y viviendo como vive. No acepta la reiterada oferta de escolarización por parte de doña Resu, encerrándose simbólicamente en otra cueva. Sorprende que a un niño tan inteligente y sensible como él le falte cualquier tipo de ambición o deseo de mejorar. El mensaje transmitido por Delibes es que no hay que oponerse a la propia vocación: cada uno tiene el derecho de elegir su propio camino dejando atrás las interferencias de los demás. En este aspecto no confiere importancia a la formación del individuo, sino a la búsqueda de una autenticidad personal. Con su sabiduría, de dimensión casi sagrada, el Nini hace cambiar el modo de ver la vida del campo al lector, introduciéndolo totalmente en ella. Ama la naturaleza y recurre a ella para sobrevivir en un mundo hostil, aprovechando de lo que le ofrece: caza lagartos, recolecta manzanilla, recoge almendras silvestres. Solo a través de su paciente observación puede llegar a convivir con ella. Repugna, en cambio, a la muerte en todas sus manifestaciones concibiendo muertas solo a las ratas, su sustento, y a otros animales, como los cuervos, porque le traen recuerdos fúnebres. Por eso desprecia a Matías Celemín, el Furtivo, porque este no respeta los periodos de veda, caza y mata a todos los animales sin piedad, incluso al zorrito que con tanto amor el Nini había cuidado y criado. El Furtivo es fruto de la Guerra Civil, un personaje que despierta antipatía pero al mismo tiempo compasión; su actitud va en contra de las leyes y las reglas que le enseñó su abuelo al Nini. Consciente de lo que es, el niño se relaciona con los adultos del pueblo y no con los mozos de su edad. Solo una vez se comporta como uno de ellos: ofendido por el bofetón que le inflige injustamente la Columba, la mujer del Alcalde, decide echar un bidón de gasolina en su pozo para vengarse, mientras que en las otras ocasiones su actitud es la de un niño precozmente adulto, grave, acostumbrado a la adversidad. Por todo eso, la figura del niño Nini rompe el trasfondo realista de la novela convirtiéndose en el símbolo del bien contra el mal, de la lealtad contra la astucia. Su rebeldía contra la sordidez que le rodea es discreta y suave.

> «Con el Nini intenté, por un lado, un contrapunto de
> la vida tremenda del medio rural castellano. Le di una

> elevación espiritual por encima del resto de sus convecinos. Por otro lado, trato de simbolizar con él las dificultades que encuentra en un pueblo un ser inteligente para realizarse.»
>
> (Alonso de los Ríos, 2010: 147)

El Nini intenta salvar a un mundo de adultos ciegos y sordos frente a la dura verdad. Es un niño que seguirá renovándose como el campo año tras año, en ciclos naturales, aunque se pueda entender que lo hará en solitario en un pueblo casi abandonado; en solitario porque frente al cadáver del ratero del pueblo vecino, asesinado por su padre, tendrán que abandonar la cueva porque los otros «no lo entenderán» (Delibes, 1996: 181). Y cuando el tío Ratero le pregunta quién no lo entenderá, el niño responde en un murmullo: «ellos» (*ibidem*). Porque «ellos», Fito Solórzano, doña Resu, la Columba, don Antero, nunca han entendido nada, pese a que Dios pusiera un niño «en medio de ellos» (Marcos, 9, 35). No han entendido la agonía de su pueblo, el degenerar de los campos, su inmensa belleza, ni su radiante verdad. El Ratero a lo mejor deberá morir en cautividad en la cárcel o tras las celdas del manicomio, como ocurrió a su mujer Marcela cuando el Nini todavía era un niño.

Es importante subrayar también la presencia de "los extranjeros", es decir los extremeños que cada año vienen desde afuera a vivir con los habitantes del misero pueblo castellano para cumplir con su deber: favorecer la repoblación forestal. Ellos no pertenecen al paisaje natural y personifican otra constante en la historia de la humanidad: la percepción y el miedo hacia lo desconocido. Por eso, a excepción del Nini, están mal vistos por los demás, como se puede entender de este párrafo:

> «Pero en el pueblo no querían a los extremeños porque estimaban su labor inútil (…) Durante su estancia los nativos disfrutaban de una absoluta impunidad. Ante cualquier desaguisado la gente decía: "Habrán sido los extremeños". El Undécimo Mandamiento iba más lejos. Y si aparecía un billete de cinco duros en el cepo de la iglesia, o se tenía

> conocimiento de cualquier buena acción, decía: "De seguro, los extremeños no han sido".»
>
> (Delibes, 1996: 88)

En efecto, el hombre recela del que no es parte de su clan; un ejemplo es notar que la víctima asesinada por el Ratero es un joven del pueblo vecino. Según la mentalidad del Ratero, este no tiene derecho a cazar las ratas de "su" arroyo; así como la cueva le pertenece, también los animales de "su" tierra son "suyos". Cuando la inclemencia del clima implica problemas, se crea un ambiente de violencia oculta y preocupante que deriva de la necesidad de desahogar la ira colectiva sobre alguien. De ahí que todos en el pueblo alimentan el odio del Ratero hacia el joven "extranjero" porque este representa un blanco cómodo. Lo incitan con la excusa de que actúe en defensa de sus bienes, pero en realidad están defendiéndose ellos mismos. El enemigo viene de fuera y por eso tiene todas las culpas. Sin duda en el lector de *Las ratas*, como en la mayoría de las obras narrativa de Delibes, queda una sensación de tolerancia hacia todos los personajes, también para los errores y maldades que cometen. Y es precisamente porque se presentan como víctimas. No son la causa, sino el efecto de una situación de escasez tanto material como moral. Incluso en el final del relato, cuando el Ratero ha cometido un crimen y se entiende que su vida está arruinada para siempre, se siente hacia él más lástima que odio. Por lo que concierne sus personajes, Delibes ha destacado:

> «Hablan poco, es cierto, son más contemplativos que locuaces, pero antes que como recurso para conservar su individualismo, como dice Buckley, es por escepticismo, porque han comprendido que a fuerza de degradar el lenguaje lo hemos inutilizado para entendernos. De ahí que el Ratero se exprese por monosílabos (…). Mis personajes no son, pues, asociales, insociales, ni insolidarios, sino solitarios a su pesar.» (Delibes, 1979: 231)

Junto a este variado conjunto de personajes, los animales que conviven con ellos tienen una importancia fundamental. En el relato se encuentra una serie de perros, cada uno con su nombre como el Moro, el Chuco, el Duque, el Loy; pero, entre estos, el papel

más relevante le corresponde a la perra Fa, la compañera de vida del Nini. Viene personificada en más de una ocasión: el niño habla a menudo con ella, el muñón de su rabo cercenado es capaz de comunicarle señas de la naturaleza y, además, parece sufrir como un ser humano cuando padece su amo. Sin lugar a duda, los perros no son los únicos animales que se encuentran a lo largo de la novela; docenas de aves de cualquier tipo, zorros, liebres, conejos, topos, hurones, aparecen en cada capítulo confiriendo a la fauna y la flora un papel muy relevante. El paisaje de los alrededores del pueblo es un paisaje cambiante, que altera sus colores y su aspecto con el paso de las estaciones; con la llegada de la primavera parece volver a recuperar ciertas notas de color, el cauce reverdece, las junqueras amarillean, pero los que dominan mayormente son los tonos pardos, ocres, grises y negros. Es entonces la totalidad de los aspectos del mundo campesino, condenado a diferencia de su paisaje a un porvenir nada o poco cambiante, la que domina la vida de todos sus habitantes.

2.1.3. Temas

Muchos son los temas que desfilan a lo largo de la novela; uno entre todos, es el de la risa. Pese a sus deplorables condiciones de vida, los personajes ríen por distintos motivos: por la llegada de la lluvia como hace el Pruden, de las desgracias de los demás como el Furtivo, pero la risa que sobresale en el relato es la del Nini. Se le dedica todo el capítulo número seis, en el cual el niño ríe de las maravillas que esconde y al mismo tiempo ofrece la naturaleza, repitiendo el ruido de los animales y sorprendiéndose de sus movimientos secretos. Este tema está estrictamente relacionado con el de la ironía. En el relato se encuentra la ironía socarrona con la cual se narran los fallidos intentos de repoblación forestal por parte de los extremeños, pasando después al sarcasmo con el cual se trata la figura de Fito Solórzano, el Gobernador, el cual simboliza a un sistema estatal ajeno a su propia tierra. De hecho, este personaje tendría que saber lo que ocurre en su territorio pero no es así: cuando Justo, el Alcalde, le dice que el Ratero caza ratas para venderlas a los vecinos porque en el pueblo todos las comen, él casi enloquece por el desconcierto. Además, la ironía se desarrolla a través de detalles más prácticos: basta con observar el nombre del Alcalde, Justo, llamado con el diminutivo “Justito” por los

demás, el cual se ridiculiza constituyendo una burla de cabo a rabo. Conectado a este personaje figura el episodio sobre narrado del Nini cuando, ofendido por el gesto de su mujer, decide arrojar un bidón de gasolina en su pozo. La ilusión que se levanta por la eventualidad de que sus tierras tuviesen petróleo es otro recurso irónico utilizado por el narrador que demuestra cómo, en una situación tan desesperada como la del pueblo en cuestión, se estallan fácilmente los mecanismos de la ilusión. Por último, es irónico el discurso hecho por el otro representante de la estructura dominante del capitalismo agrario, o sea don Antero, el Poderoso. Este actúa en función del mantenimiento de sus condiciones sociales favorables y no manifiesta ningún tipo de recelo diciendo que «por lo que hacía a su pueblo, la tierra andaba muy repartida» (Delibes, 1996: 45), haciendo volver contra él cualquier lector. Tema opuesto al precedente es el silencio, el cual es un rasgo que lamentablemente pertenece a todos los habitantes del "pueblecito" erigiéndose a protagonista con frecuencia, especialmente por lo que concierne la figura del tío Ratero. Sintiéndose amenazado continuamente por parte del Alcalde, el cual no para con el objetivo de volar su cueva, el Ratero se cierra aún más en sí mismo; él «no pronunciaba más de cuatro palabras seguidas», como dice el texto, «y si lo hacía era mediante un esfuerzo que lo dejaba extenuado, más que por el desgaste físico, por la concentración mental que le exigía» (Delibes, 1996: 29); no logra armar un razonamiento porque le fatiga el cerebro. El Nini sabe respetar sus silencios y no invade sus espacios; incluso decide bautizar a su perra Fa para ahorrarle cansancio. El silencio viene también de su entorno, desde aquel «silencio sobrecogedor, cernido y macizo» que cae sobre la cuenca con la llegada de la nieve en las heladas noches de invierno. Es lo que cubre además a la Guerra Civil; esta queda silenciada de trasfondo, sin ser evidente, para poder superar la censura. Sin duda alguna, *Las ratas* pertenece a la Literatura de Posguerra; es evidente mirar a los personajes del Rabino Chico y el Furtivo como a dos productos de la guerra. El primero es el vaquero del Poderoso brutalmente impresionado por los horrores del conflicto, desengañado de los hombres porque «solo dicen mentiras» (Delibes, 1996: 22). El Rabino Chico se aísla voluntariamente de la comunidad tras el asesinato de su padre, empezando a rehuir a la gente y a buscar en las vacas que cuida, y en la totalidad de la naturaleza, la lealtad que no encontraba en los hombres. Es un ejemplo de regresión a un sistema primitivo que dispone de una integración con el mundo no falsificado, sino auténtico, de los animales. En cambio

Matías Celemín, el Furtivo, está presentado al principio como un ser desaprensivo, que no respeta las normas de la caza, que es capaz de dar muerte a cualquier animal por el gusto de hacer daño. Sin embargo, son las vicisitudes biográficas de cada uno de estos personajes las que dan la lectura de su conducta; Delibes con él subraya el hecho de que la injusticia siempre moldea comportamientos desviados y desperdicia las posibilidades que depara el futuro. Por lo tanto el Furtivo es fruto de unas determinadas circunstancias y el narrador lo presenta bajo diversas perspectivas, pero sin emitir ningún juicio moral: «la guerra truncó muchas vocaciones y acorchó muchas sensibilidades y determinó muchos destinos, entre otros el de Matías Celemín, el Furtivo» (Delibes, 1996: 54-55). Otra referencia al combate se produce cuando se presenta por primera vez a la figura de Fito Solórzano, el Gobernador, diciendo que este conoció a Justo, el Alcalde, en las trincheras. Así que, lamentable e inevitablemente, fue un acontecimiento que marcó las vidas de todos los participantes de esta realidad, sin excepción alguna. El tema de la muerte es complementario a este; aparece a lo largo de toda la novela ya desde sus primeras líneas. En los capítulos iniciales el Nini ve al Antoliano, el carpintero, preparar ataúdes para los fallecidos del pueblo vecino. Asimismo, siguiendo las páginas se describen las muertes de los abuelos del niño, Abundio y Román, hasta llegar a la del Centenario, su mayor referente. Se presenta a través de la simbología animal: llegan los buitres negros para indicar el tránsito inminente a mejor vida. Es lo que ocurre unos instantes antes de la muerte del Centenario por ejemplo; luego, en su ceremonia, a la cual acudirán todos los habitantes del pueblo, se asiste a la lectura de un sermón. Por consiguiente, la religión se manifiesta en varias ocasiones; basta con ver, tras la ceremonia al padre, que la Simeona decide hacerse monja, entregándose a Dios. Interesante es también la oposición entre los dos curas de que se habla en la novela; los vecinos sienten nostalgia hacia el antiguo párroco, don Zósimo, un hombre gigantesco, con voz de trueno y fuerte; frente a él, don Ciro, por su excesiva humildad no les parecía apto para las necesidades del pueblo porque además este «hablaba dulcemente, con una reflexiva, cálida ternura, de un Dios próximo y misericordioso y de la justicia social» (Delibes, 1996: 111). Los dos representan el único momento de antagonismo, y no de lucha, entre las clases sociales, en cuanto por lo que concierne la mayoría de los momentos lo que se denota es la unión del pueblo. Todos juntos esperan la lluvia, el viento o cualquier otra decisión que el cielo tome por ellos. Su apego a la tierra, el no

querer cambiar o medrar de estatus, refleja la actitud del autor mismo, muy "unido" a su ciudad natal. El escritor vallisoletano, a este respeto, afirmaba «yo no sabría vivir fuera de aquí» hablando de su tierra castellana que conocía palmo a palmo. Solamente dos personajes, la Columba y el Furtivo, no se sienten pobladores de aquellas tierras y el autor lo subraya para introducir un fenómeno muy desarrollado en aquellos años: el éxodo. La Columba, la esposa del Alcalde, es una mujer no arraigada a la comunidad y es su experiencia de vida la que determina su actitud; su infancia en un barrio de la ciudad explica el desapego que siente por lo rural y sus habitantes y su deseo de emigrar hacia un centro urbano. Ella y el Furtivo, son sujetos adversos por el Nini y en cuanto los dos violan el equilibrio, de la comunidad humana, la primera, y de la comunidad animal, el segundo. La Columba es el único personaje de *Las ratas* que aclara firmemente su deseo de abandonar el pueblo, aunque quede comprensible que este será el destino que espera a todos sus habitantes. Es un conjunto de elementos para denunciar el hecho de que el agricultor castellano ha perdido su tradicional serenidad, mirando a su tierra y al cielo con absoluta desconfianza; se manifestaban numerosos movimientos migratorios del campo a las ciudades. La novela muestra las causas profundas que impulsaban a los campesinos a dejar sus tierras, viendo las penosas condiciones de subsistencia en que se evolucionaban sus vidas. En estas el mundo natural y el mundo animal se funden, llegando a tener la misma importancia que los seres humanos; el Nini, por ejemplo, confiesa que su perro Fa es el mejor de los amigos y, de hecho, del perro recibe más cariño que de su padre. Cuando caza, lo hace respetando las reglas fundamentales de esta actividad, teniendo en cuenta el bien de la especie, con respeto hacia el animal que no debe ser jamás un trofeo. Es un razonamiento necesario al fin de no comprometer la vida en el campo y un aspecto fundamental para Delibes, amante de la vida rural y de la caza, afición aprendida en el pueblecito del padre desde cuando era pequeño. Por esta razón, no es difícil encontrar párrafos detallados sobre las relaciones entre cazador y animal cazado, a través de ruidos, pasos y huellas en el suelo. Nunca habla del animal, sino que describe con precisión cada pequeño movimiento. Se puede hasta observar la animalización del hombre rural, como resultado de la marginalización y el abandono del campo. La figura del Viejo Rabino lo dice todo:

> «En efecto el Viejo Rabino tenía dos vértebras coxígeas de más, a la manera de un rabo truncado, y

> el cuerpo cubierto de un vello negro y espeso, y cuando se cansaba de andar sobre los pies podía hacerlo fácilmente sobre las manos.»
>
> (Delibes, 1996: 19)

Aunque este aspecto de la fusión de lo humano con lo animal pueda resultar como un reflejo de la degradación del ser humano, entre el Nini y su perro, o el mismo y su zorrito, o entre la señora Clo y sus camachuelos, lo que sobresale es el amor reciproco y el respeto entre hombre y animal. Por lo tanto, Delibes da énfasis al lado positivo de la plena integración del hombre con la naturaleza, la cual constituye el eje central de su narrativa; amar el paisaje no es suficiente, hay que preservarlo de su destrucción o abandono, creando un digno porvenir para sus pobladores. En ocasiones su unión e identificación es tan visible que viene criticada por los demás, sobre todo por doña Resu:

> «La Simeona le decía a doña Resu (…): "Es la primera vez que veo a un raposo hacerse a vivir como los hombres". Pero doña Resu se encrespaba: "Querrás decir que es la primera vez que ves a un hombre y a un niño vivir como raposos.»
>
> (Delibes, 1996: 61)

En este mundo "animalizado", las condiciones interpersonales y sociales carecen de reglas fijas: el Nini es hijo de dos hermanos y tiene tres abuelos, dos abuelos y una abuela. Así que las agobiantes condiciones de vida de los pueblos rurales víctimas del latifundismo pueden llevar también al incesto e incluso a la locura, como en el caso de la Marcela, la madre del Nini, encerrada en un manicomio. Con todo esto, no sorprende que la aspereza de sus existencias empuje a los protagonistas hacia la tragedia. Lo que se narra en *Las ratas* es el desarrollo de dos tragedias, de dos fracasos que discurren paralelos. Una vez terminada la acción colectiva de la siembra, o sea el inicio del año agrícola, comienza la caza de las ratas, acción individual del tío Ratero. Las problemáticas meteorológicas que amenazan a la comunidad crecen paralelamente a la escasez de las ratas, a causa de la rivalidad con el ratero del pueblo vecino que pone en riesgo el sustento del Nini y su padre. La inquietud aumenta mientras aparecen los primeros signos anunciadores de la tormenta: la excitación de las hormigas de alas, el

oscurecerse del cielo, el viento cálido, la atmósfera pesada e irrespirable, el olor a azufre, el relámpago. La tragedia final sucede de forma simultánea. Al día siguiente de la gran tormenta que lleva a la ruina a los labradores, el monstruoso pedrisco que destruye en pocas horas la esperanza de un año, el Ratero, en un paisaje devastado, asesina a su rival. Así se hace aún más íntima la relación entre los hombres y su entorno; es imposible pensar en los primeros sin imaginarlos a su gusto en el segundo. Lo que se desarrolla es una tragedia individual y colectiva al mismo tiempo; un final que por diferentes motivos supone la desgracia para todos, el fracaso de la totalidad.

2.1.4. Espacio

El espacio de la novela se describe detalladamente en muchas páginas, las cuales permiten al lector imaginarse con precisión cada uno de los lugares del pueblo y de sus alrededores. Muchas de las descripciones empiezan desde lo alto de la cuenca, de la perspectiva de la cueva donde viven el tío Ratero y el Nini o de la torre de la iglesia; son los lugares de donde se perciben las primeras casas de adobe del pueblo, el arroyo, los huertos, la carretera provincial y los cerros que limitan el horizonte. En casi la totalidad de los casos, las descripciones sirven para destacar la pobreza del pueblo y sus habitantes, como en el caso del Furtivo:

> «Los ojos del Furtivo eran grises y pugnaces como los de un águila. Su piel, quemada por el sol y los vientos de la meseta, se fruncía en mil pliegues cuando reía (…) y su boca mostraba unos atemorizadores dientes carniceros.»
>
> (Delibes, 1996: 33)

De este modo las descripciones se pueden unir a los discursos directos de los personajes, contribuyendo a su progresiva identificación. La escasa acción de la novela ocurre en un pueblo sin nombre entre los muchos pequeños núcleos de población que se encontraban en aquellos años en la Castilla rural. *Las ratas* es, entonces, una novela de espacios abiertos; con la excepción de algunos lugares interiores, como la taberna del

Malvino o la sierra del Antoliano, la acción de la obra se desarrolla al aire libre, en el campo, las calles del pueblo, los cerros vecinos, el cauce del río. Sin lugar a duda, no todos los habitantes del pueblo perciben su entorno de la misma forma. Como hemos visto, para el Nini es un lugar lleno de vida y sorpresas del cual nunca se iría, mientras que para la Columba, la mujer del Alcalde, no es sino un desierto inhóspito. Se trata, por lo tanto, de un espacio vario y dinámico.

2.1.5. Tiempo

El tiempo y la acción de *Las ratas* comienzan en otoño avanzado, en los últimos días de octubre cuando los campos ya están sembrados y empieza un nuevo año agrícola; termina con una helada repentina por San Medardo, el 8 de junio, y una tormenta algunos días después que destruye en pocas horas el trabajo de todo un año. La cronología interna de la narración corresponde entonces a un ciclo agrícola completo; un ciclo que presenta detalladamente los afanes de unos labradores obligados a observar y a depender constantemente del cielo. Característica del relato es que el tiempo está marcado por fechas religiosas donde no se indica el número o el mes en cuestión, sino el Santo del día, hasta llegar a nombrar casi sesenta santos diferentes. Se trata de una referencia constante al calendario religioso, algo frecuente en las comunidades rurales que tradicionalmente solían regular las tareas agrícolas con ciertas festividades y al mismo tiempo la climatología con la vida de los santos. Los santos se convierten entonces en fechas concretas del calendario agrícola, funcionando en el texto como señales temporales que nos obligan a su decodificación. Asimismo, el paso del tiempo se marca por la alusión a los fenómenos naturales propios de cada estación: las primeras heladas, las lluvias que impiden realizar la matanza del marrano, la sequía tras la siembra, la llegada de la cellisca, las aves que emigran, etc. Los fenómenos meteorológicos tienen su correlación con las transformaciones que el paso de las estaciones opera en el paisaje que rodea el pueblo; constituyen el auténtico calendario de la novela, el que permite asociar los signos provenientes de la naturaleza al consueto calendario oficial. Las escasas referencias al calendario oficial que se presentan a lo largo de la novela tienen como único objetivo el enseñar la discrepancia entre esta

manera objetiva de medir el tiempo y los libres ritmos de la naturaleza que no se producen con fecha fija, sino variando año tras año. Por lo que se refiere al año que corresponde a la narración, aparece dos veces en el texto un indicador temporal preciso, comunicado al lector mediante señales explícitas en la frase «Vivan los quintos del 56» (Delibes, 1996: 22,174). Esta funciona como signo del momento concreto en que se sitúa la acción. Además, en la novela se alude al hecho de que el año en que se desarrollan los acontecimientos es bisiesto, y en efecto el 1956 lo fue, representando otro elemento que marca la clara localización histórica de lo narrado. Tal fecha no es casual: simboliza la época del gran desarrollo de los movimientos migratorios del campo a las ciudades que, como hemos visto arriba, estaban siempre más en boga en aquellos años. Por lo tanto, *Las ratas* enseña claramente el tiempo del abandono del pueblo por parte de sus habitantes debido a sus amargas problemáticas de vida.

2.1.6. Lengua

Las ratas es una novela polifónica; contiene una gran cantidad de vocablos de la Castilla rural que ahora ya no se usan o solo algunos ancianos conocen. Delibes utiliza el lenguaje propio de sus habitantes, rico en sustantivos que se refieren al cultivo de la tierra, al mundo de los animales, a los elementos del paisaje y del clima, la mayoría de los cuales están hoy en desuso. El escritor recurre a estos términos por fidelidad a su tema, los necesita para expresar el punto de vista de esa gente porque así hablan y así comunican. Lo importante para el autor es presentar a cualquier mundo que se elige con precisión y respeto y en sus conversaciones con César Alonso de los Ríos afirmaba:

> «En mis novelas y relatos sobre Castilla, lo único que pretendo es llamar a las cosas por su nombre y saber el nombre de las cosas. Cuando yo escribo en mis libros aquel *cabezo* o aquel *cotarro* no significan la misma cosa. Esto es lo que saben los hombres del pueblo, pero no lo suelen saber los hombres de la ciudad. El cotarro, el teso, el cueto no son el cabezo. El cabezo es sencillamente el cueto; el cotarro, la

> colina que tiene una cresta de monte y monte de encina. Esto puede ser preciosismo, pero es exactitud.» (Alonso de los Ríos, 2010: 135)

La exactitud y la precisión léxica son justamente lo que caracteriza la lengua de *Las ratas*. Los campos semánticos mejor representados en el relato son el de las aves, con más de una docena de tipologías diferentes, y el de las plantas. Algunos pasajes de la novela son muy significativos por lo que concierne el saber léxico de su autor, como por ejemplo:

> «Para la Columba, el pueblo era un desierto y la llegada de las abubillas, las golondrinas y los vencejos no alteraba para nada su punto de vista. Tampoco lo alteraban la llegada de las codornices, los rabilargos, los abejarucos, o las torcaces volando en nutridos bandos a dos mil metros de altura. Ni lo alteraban el chasquido frenético del chotacabras, [...] ni el seco ladrido del búho nival.»
>
> (Delibes, 1996: 117)

En cambio, por lo que se refiere al campo semántico de las plantas, uno entre los muchos es:

> «En estas estaciones, el arroyo perdía la fronda, y las mimbreras y las terreras; la menta y la corregüela formaban unos resecos despojos entre los cuales la perra rastreaba bien. Tan solo los carrizos, con airosos plumeros, y las espadañas con sus prietas mazorcas fijaban en el río una muestra de permanencia y continuidad.» (Delibes, 1996: 37)

Para Delibes, entonces, el trabajo del novelista consiste en dar el nombre exacto a cada aspecto que constituye la realidad que le rodea. Es en su lengua literaria donde manifiesta su maestría integrando las variaciones diatópicas, dialectales y diastráticas del habla de sus criaturas de ficción. Incluye también fenómenos que se supone hayan formado parte de su habla corriente: el leísmo de persona y de cosa y el laísmo,

característicos del área dialectal castellana en la cual la obra se ubica y de donde el autor proviene. El discurso del personaje se expresa en la novela principalmente a través de la voz citada y del diálogo; la primera, o sea, el discurso directo de los habitantes del pueblo, es muy frecuente y, como el diálogo, cumple con varias funciones. La más importante es que ambas sirven para consolidar a los personajes, para convertirlos gradualmente en criaturas vivas. El diálogo y la narración se entrelazan en el relato ofreciendo una historia testimonial que, al mismo tiempo, constituye un documento trágico del destino de unos personajes de ficción percibidos como vivos e inolvidables gracias a la destreza del escritor. Por lo tanto es un lenguaje rico; las onomatopeyas, como por ejemplo el reiterado quiquiriquí del gallo del Antoliano, llenan sus páginas y de nuevo se puede hablar de riqueza y precisión. Otro rasgo muy frecuente es el de las enumeraciones como en el caso de:

> «De este modo aprendió el Nini a relacionar el tiempo con el calendario, el campo con el Santoral y a predecir los días de sol, la llegada de las golondrinas y las heladas tardías.»
>
> (Delibes, 1996: 28)

Muy presentes son también las personificaciones, como hemos visto con la perra Fa del Nini, las cuales subrayan en ocasiones características del paisaje: la faz de la Cotarra Donalcio es «adusta y hosca» y la de los tesos es «torva», la cellisca procede «sombría y solemne» o a la niebla se la ve «caminar entre los tesos como un espectro». Peculiar es en cambio el habla del Centenario; este hombre de experiencia del pueblo solo habla a través de refranes y modismos y esto confiere a sus palabras aún más prestigio y autoridad: «En llegando San Andrés, invierno es», «Por San Clemente alza la tierra y tapa la simiente» o «Si llueve en Santa Bibiana, llueve cuarenta días y una semana» (*ibidem*). Además, Delibes forma escasas pero muy significativas comparaciones que hacen referencia a realidades cercanas, y algunas sencillas metáforas, como cuando se habla de «los conejos, rebozados de luna» o de los grillos «que acuchillaban el silencio de la cuenca». Por último, es posible observar una serie de sinestesias, especialmente referidas al mundo de los olores, los cuales juegan un papel relevante en la novela: «el áspero aroma de la paja», «la pegajosa fragancia de la hierbabuena» o el «pesado hedor

a cieno». Si los olores son importantes en el mundo presentado en *Las ratas*, lo mismo vale por lo que se refiere a los sonidos y a los colores. Estos tres elementos, un mundo completo de sensaciones, están presentes en esta como ya lo estaba en el *El Camino*, novela con la que tiene más de un punto en común: son dos novelas rurales que tienen como protagonista a un niño que no quiere escolarizarse y abandonar a su pueblo, en el cual un variado conjunto de personajes está representado bajo la perspectiva de un narrador que parece como un vecino más entre ellos. Con todo esto, Miguel Delibes sugiere que lo justo se encuentra en lo humilde y sencillo, pero también en lo correcto y preciso.

2.2. Las ratas de agua

Las ratas de agua son los animales protagonistas de esta homónima novela de Miguel Delibes representando el sustento tanto para el Ratero y el Nini como para todos los demás habitantes del pueblo. El autor retrata el hecho de que los campesinos las comían en la pobre Castilla bajo el franquismo, convirtiéndose en el símbolo de la miseria y de la lucha por la supervivencia. Estas ratas «tenían la carne suave y mejor gusto que el conejo» (El País, 2010), decían; en efecto, se cazaban por su buena carne, debido a su ser un roedor herbívoro que se alimenta con cereales. Pertenecen a la familia de los Cricetidae y su nombre científico es *Arvicola Sapidus*, pesando entre los ciento cincuenta y los trescientos gramos y midiendo uno veinte centímetros. El pelaje es marrón oscuro frente al gris del vientre y es una especie que se ha desarrollado principalmente en España, Francia y Portugal. «No son ratas de alcantarilla, sino topillos de ribera» (*ibidem*), explica Jacinto Román, un estudiante que hizo su tesis doctoral sobre este animal bajo la supervisión de Miguel Delibes de Castro, el hijo mayor del escritor y jefe del departamento de biología en la Estación Biológica de Doñana. El pueblo de *Las ratas* es un prototipo salido de la brillante creatividad del autor pero basado en la realidad de Castilla. Efectivamente se parece geográficamente a Castrillo-Tejeriego, una aldea a treinta kilómetros de Valladolid donde se cazaban, vendían y comían las ratas. Castilla era el paraíso de la caza precisamente por su atraso, por su subdesarrollo. Hoy tras la amenaza de extinción, debida a la industrialización del

campo a través de las concentraciones parcelarias que encauzan los arroyos destruyendo la vegetación de las orillas, se trata de una especie protegida. Muchas fueron las campañas de información y sensibilización en contra de las obras públicas que afectaban al hábitat de la rata y a su conservación. «Cazar una rata de agua es una infracción grave según la Ley de Protección de Animales» (*ibidem*) y están previstas sanciones económicas para los infractores. En definitiva, las ratas protagonizan la denuncia social que Delibes quiso desarrollar a lo largo su novela. La crítica suele relacionar esta obra con la novela social en cuanto manifiesta la dura realidad en la que viven los campesinos castellanos. El propio autor lo dice:

> «(…) yo no podía callar las condiciones de vida de mi región, donde el cereal tenía un precio oficial muy bajo y la remolacha no se pagaba por su precio en azúcar, sino por su peso (…) Esto se traducía en una vida pobre para el estamento campesino, en unos pueblos ruinosos y mal comunicados, sin agua, teléfono, y a menudo sin electricidad. Con mi novela me lancé, pues, a proclamar esa triste realidad que no podía denunciar en la prensa.»
>
> (Alonso de los Ríos, 2010: 142)

En definitiva, lo que hace Delibes es introducirse en un género literario, el del realismo social en este caso, para luego reventarlo por dentro. Al comenzar a escribir esta novela están completamente claros sus objetivos sociales y, una vez terminada, los personajes y el tema escapan a su poder adquiriendo vida propia.

2.3. La obra ha cumplido más de medio siglo

Cuatro expertos en la obra del escritor vallisoletano, Ramón García Domínguez, Antonio Giménez Rico, Germán Delibes y Amparo Medina-Bocos, se reunieron en 2012 para analizar *Las ratas* en una mesa redonda sobre el 50° aniversario desde su publicación. El acontecimiento se celebró en ocasión del día dedicado a Miguel Delibes durante la 45ª Feria del Libro de Valladolid, en el cual se proyectó incluso la homónima película llevada al cine unos treinta años más tarde en 1996.

En unas declaraciones a los medios de comunicación durante esa mesa redonda, el biógrafo y amigo de Miguel Delibes, Ramón García Domínguez, aseguraba que *Las ratas* seguía siendo «muy actual», porque «quizá muchos de los aspectos de esa Castilla postrada, no con el hundimiento que en la novela aparece, todavía están presentes» (Diario de Valladolid, 2012: 14). «Delibes escribía en cada momento la novela que quería y debía escribir» y esta era muy importante porque surgía en un momento muy crítico. Aseguró también que lo era porque «todas las grandes novelas lo son» y porque estaba escrita en un «castellano maravilloso». Además, afirmó que a través de esta «crítica de la situación y postración del campo castellano» de la época, Delibes se convertía en el «novelista de Castilla» (*ibidem*).

La novela se llevó al cine gracias al director y crítico Antonio Giménez Rico. Este participó al coloquio aclarando que desde el inicio lo que le atrajo de la novela fue «su capacidad para emocionar», añadiendo que su narración «me tocó las fibras sensibles» (*ibidem*). Desde que leyó el libro, el director visualizó la película; fue muy complicado llevar a término el proyecto y si lo consiguió fue gracias a los sacrificios de todo su equipo. Adaptador de otras dos novelas de Miguel Delibes para el cine, Giménez Rico afirmó que el autor fue escéptico al principio: «la primera vez que Delibes visualizaba las películas recibía cierto impacto», aunque «más adelante le terminaban gustando» (*ibidem*). Por su parte, el biólogo e hijo del escritor, Germán Delibes de Castro, aportó detalles de la obra homenajeada gracias a la documentación encontrada en el escritorio de su padre, conservada en carpetas como críticas y cartas «de personas que él creía que merecían consideración» (*ibidem*). Desveló que es probable que la novela tuviese unos orígenes anteriores de tres años con respeto a lo que se creía, ya que en una carta hallada en las carpetas, datada 1956 y escrita a su padre por un hispanista francés, se hablaba

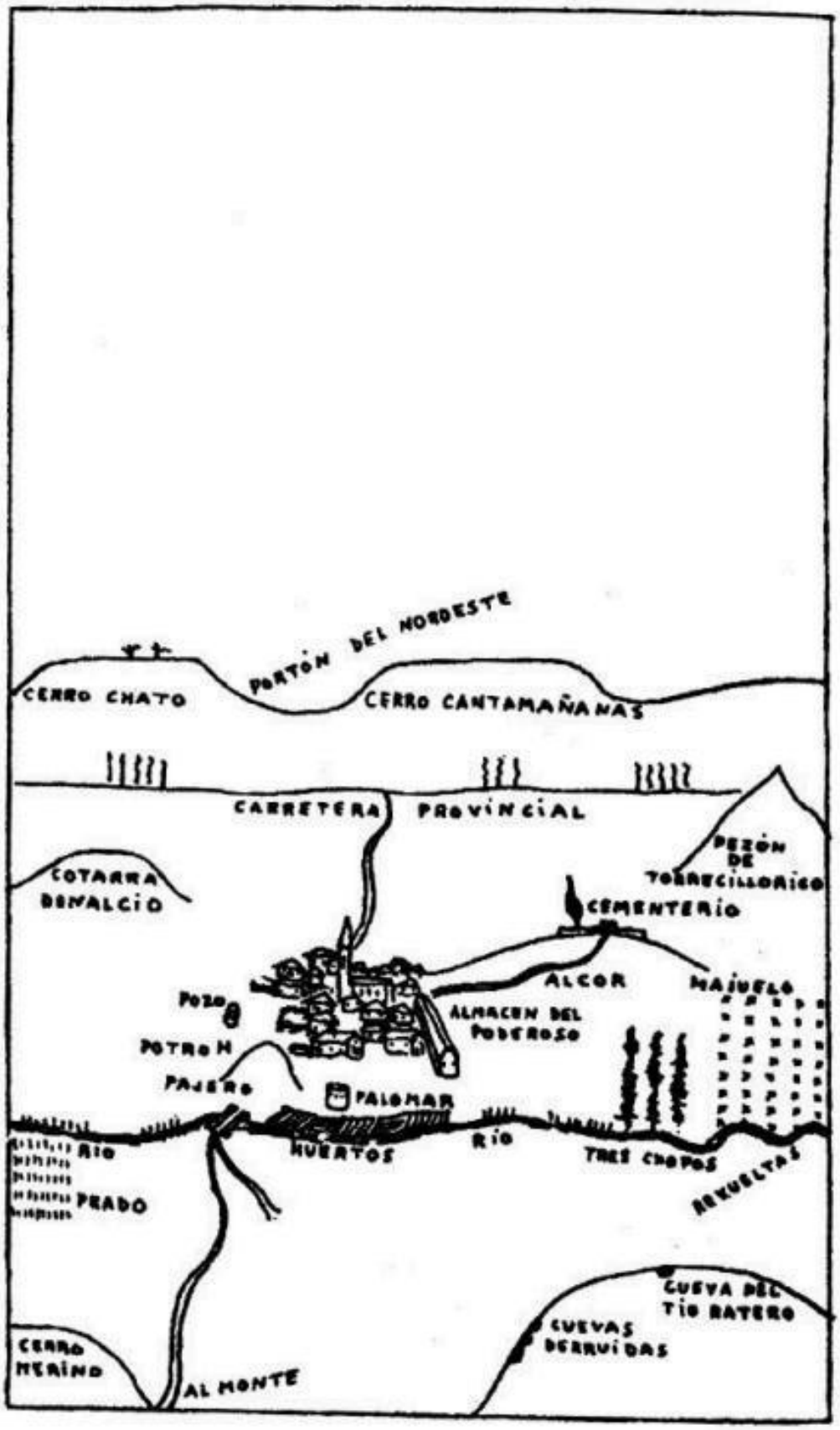
de *Las ratas* y de un ratero de Cuéllar en Segovia del cual se supone se inspiró para la elaboración del relato. La última intervención de la mesa redonda fue la de la profesora de literatura y experta en Miguel Delibes, Amparo Medina-Bocos; ella calificó la obra como «una novela de denuncia» desde un punto de vista literario. En su opinión, la novela del autor vallisoletano seguía «presente no solo en Valladolid sino en la historia de la literatura española» y empujaba a los lectores a revisarla porque «hay que mantener vivas las realidades que existieron» (*ibidem*). Además, según ella, «todas las grandes obras literarias siempre son muy actuales aunque cada generación le dé su propria interpretación». Así que todos coincidieron en destacar lo mismo: *Las ratas* seguía siendo una obra "vivísima" y «de plena actualidad», pese a cumplir medio siglo. Una de las múltiples razones puede ser su capacidad de llevar al lector de viaje en el tiempo, en esa Castilla de hace apenas cincuenta años arruinada, desnuda, demasiado fría o cálida para aquel paisaje y estilo de vida, sin recursos para enfrentarse a los difíciles agravios climáticos. Aún hoy en día, la novela queda una muestra estilística de la destreza de su autor, un ejercicio de memoria, una manera de recordar lo que fueron los castellanos del campo.

Capítulo 3 : Traducción

I ratti

Se uno vuole essere il primo, sia l'ultimo di tutti e il servitore di tutti. E, preso un bambino, lo pose in mezzo a loro…

(Marco 9, 35-38)


PORTÓN DEL NORDESTE
CERRO CHATO
CERRO CANTAMAÑANAS
CARRETERA PROVINCIAL
COTARRA
BENALCIO
PEZÓN
DE
TORRECILLORICO
CEMENTERIO
ALCOR
MAJUELO
POZO
POTRON
PAJERO
ALMACEN DEL
PODEROSO
PALOMAR
RIO
PRADO
HUERTOS
RIO
TRES CHOPOS
REVUELTAS
CUEVA DEL
TIO RATERO
CUEVAS
DERRUIDAS
CERRO
MERINO
AL MONTE

1

Poco dopo l'alba, il Nini si affacciò alla bocca della grotta e contemplò la nuvola di corvi riuniti in consiglio. I tre pioppi cimati della riva, ricoperti di uccellacci, sembravano tre ombrelli chiusi con le punte rivolte al cielo. Le terre basse di don Antero, il Potente, apparivano a distanza scure come un enorme tizzone.

Il cane si aggrovigliò tra le gambe del ragazzino e lui lo accarezzò sulla schiena a contropelo, con il piede sporco e scalzo, senza guardarlo; poi sbadigliò, stiracchiò le braccia e alzò gli occhi al lontano cielo limpido:

- Il tempo sta andando verso il freddo, Fa. Domenica andremo a cacciare ratti – disse.

Il cane agitò nervosamente la coda mozzata e fissò nel ragazzino le sue vivaci pupille giallognole. Le palpebre del cane erano gonfie e senza pelo; i cani della sua condizione raramente arrivavano ad essere adulti conservando la vista; solitamente la perdevano tra le erbacce del fiumiciattolo, bombardata dai triboli, dalle graminacee e dal vilucchio.

Lo zio Cacciatore di ratti rabbrividì dentro, tra la paglia, ed il cane, sentendolo, abbaiò due volte e, quindi, lo stormo di corvi si alzò lentamente da terra in un volo riposato e profondo, accomunato dal baccano di gracchiate inquietanti. Solamente uno rimase immobile sulle brune zolle di terra ed il ragazzino, individuandolo, corse verso lui, zigzagando tra le scanalature appesantite dall'umidità, schivando l'inseguimento del cane che abbaiava al suo lato. Alzando la balestra per liberare il cadavere dell'uccello, il Nini osservò la spiga dell'avena intatta e, quindi, la smantellò tra le sue piccole, nervose dita e i chicchi si sparsero per terra.

Disse, alzando la voce sul gracchiare dei corvi che sbattevano le ali pesantemente in alto, sopra alla sua testa:

- Non ce l'ha fatta a provarla, Fa; non ha mangiato nemmeno un chicco.

La grotta, a metà della collina, fiancheggiata dai solchi che compromettevano nel versante il defluire dell'acqua in primavera, assomigliava ad una gran bocca sbadigliando. Girando l'angolo del colle si trovavano le rovine delle tre grotte che Giustino, il Sindaco, aveva fatto esplodere con dinamite due anni prima. Giusto Fadrique, il Sindaco, aspirava al fatto che tutti in paese vivessero nelle case, come dei signori.

Assillava lo zio Cacciatore di ratti:

- Ti do una casa per venti soldi e tu rifiuti. Cos'è quello che vuoi, allora?

Il Cacciatore di ratti mostrava i suoi denti marci in un sorriso ambiguo, tra stupido e malizioso:

- Niente – diceva.

Giustino, il Sindaco, si irritava e, in queste occasioni, il pomfo violastro della fronte si riduceva a vista d'occhio, come una cosa viva:

- Non hai voglia di capire per caso? Voglio finirla una volta per tutte con le grotte. Ho fatto questa promessa al signor Governatore.

Il Cacciatore di ratti alzava le sue spalle robuste più volte e, più tardi, in osteria, Malvino gli diceva:

- Stai attento con Giustino. Quel tipo è pericoloso, capisci. Peggio dei ratti.

Il Cacciatore di ratti crollato sul tavolo metteva a fuoco in modo spietato i suoi occhi duri fuggenti:

- I ratti sono buoni – diceva.

Malvino si chiamava Balbino un tempo, ma i suoi vicini lo chiamavano Malvino perché con due bicchieri in corpo diventava impossibile. La sua osteria era stretta, indecente, con il pavimento in cemento e mezza dozzina di tavoli, con panche continue ai lati. Ritornando dal fiumiciattolo, il Cacciatore di ratti si fermava lì e faceva merenda con un paio di ratti fritti con gocce di aceto, con due bicchieri di vino rosato e mezza focaccia. Il rimanente della bisaccia rimaneva al Malvino, a due pesetas per ratto. L'oste solitamente si sedeva con lui mentre mangiava:

- Quando gli uomini non sono contenti di quello che hanno organizzano un complotto, vero Cacciatore di ratti?

- Esatto.

- E se sono contenti di quello che hanno non manca mai un furfante che si impegni di più e che organizzi il complotto per loro. Insomma, complottano sempre, vero Cacciatore di ratti? -

- Esatto.

- Guarda che tu stai bene nella tua grotta e non disturbi nessuno. Bene, quindi dì al Giustino che andrai in quella casa il giorno in cui più di sei e più di sette si ucciderebbero per lei.

- Esatto.

La signora Clo, quella del Negozio, sosteneva che il Malvino fosse l'angelo infernale dello zio Cacciatore di ratti, però il Malvino replicava dicendo di essere solamente la sua coscienza.

Lo zio Cacciatore di ratti, dalla bocca della grotta, vide ascendere il Nini per la parte bassa della collina con il corvo in una mano e la trappola nell'altra. Il cane si avvicinò scoprendo l'uomo e saltò più volte su di lui, cercando di leccargli la mano ruvida di dita tutte uguali, come se fossero state recise con la ghigliottina. Però l'uomo, ogni volta, premeva ad esso distrattamente il muso e l'animale ringhiava tra furioso e divertito.

Disse il ragazzino mostrandogli il corvo:

- Me l'ha affidato il Saggio; i corvi non lo lasciano in pace con i campi seminati.

Il Saggio si alzava sempre all'alba e anticipando l'ultima settimana di pioggia aveva fatto la semenza. Il Saggio, in realtà, era stato battezzato come Acisclo, però era rimasto il Saggio, o Prudenzio, per il suo essere ragionevole e previdente. A maggio arava i maggesi e, in questo modo, una volta arrivato novembre aveva già la terra ruotata. Finendo l'estate, poco prima che la foglia ingiallisse, cimava i tre pioppi magri della riva e metteva da parte il fogliame impacchettato per alimentare le capre durante l'inverno. Importunava il Nini, il ragazzino, dicendo: "Nini, giovanotto, arriva l'acqua o non arriva l'acqua?". "Nini, giovanotto, porterà grandine questa nuvola o non porterà grandine?". "Nini, giovanotto, la notte è molto tranquilla ed il cielo è limpido, ci colpirà la gelata nera?".

Due sere prima, il Saggio si avvicinò al ragazzino, come per casualità:

- Nini, figliuolo – gli disse in tono piagnucoloso – i corvi non lasciano in pace i miei terreni seminati; scavano la terra e si portano via i semi. Come posso fare per scacciarli?

Il Nini ricordò il nonno Román, il quale per spaventare gli uccelli dei campi seminati appendeva a testa in giù un corvo morto. Gli uccelli scappavano dal lugubre spettacolo; dall'immobile, rabbioso lutto della terra per fiorire.

- Me ne occupo io – disse il ragazzino.

Ora, il Nini, mentre divorava la zuppa di pane alla porta della grotta, osservò il corvo spelacchiato, le piume rigide, forti, che riposava sopra un timo. Il cane, rannicchiato insieme a lui, l'osservava attentamente e se il ragazzino schivava la sua attenzione, l'animale gli colpiva insistentemente l'avanbraccio con la zampetta anteriore. Oltre il cane, sotto la collina, si apriva il mondo; un mondo che la Columba, la moglie del

Giustino, giudicava come inospitale forse perché lo ignorava. Un mondo di solchi marroni, simmetrici, sconvolgenti. I solchi dell'autunno, indifesi, formavano un mare di fango interrotto solamente dalla linea concisa del fiumiciattolo, dall'altro lato del quale si erigeva il paese. Anche il paese era marrone, come un'escrescenza della propria terra, e se non fosse stato per i momenti di luce e ombre prodotte dal sole nascente, quasi unici nella prospettiva desolata, sarebbe passato inosservato.

A circa un chilometro, parallela al fiumiciattolo, biancheggiava la strada provinciale, percorsa solo da cavalleria, il Fordson di don Antero, il Potente, e l'auto di linea che univa la città con i paesini della vallata. Una catena di colline spoglie come teschi coronate da mezza dozzina di mandorli rachitici chiudeva l'orizzonte da questo lato. Sotto il sole, il gesso cristallizzato dei versanti brillava ad intermittenza con degli ammiccamenti di colore cangiante, come se stesse fingendo di trasmettere un messaggio indecifrabile agli abitanti là in basso.

L'autunno avanzato impediva qualsiasi manifestazione vegetale; a mala pena il terreno fertile ed il giunco, insieme al torrente, infondevano all'agonico panorama un segno di vita.

Una serie uniforme di soavi transizioni univa toni grigi, violastri e ocra. Solamente sopra alla grotta, nella terra desolata, la foresta di querce del comune prestava un rifugio sicuro per uccelli e parassiti.

Il ragazzino, con il corvo nella mano, corse scendendo il versante seguito dal cane. Nell'ultimo tratto della discesa, il Nini alzò le braccia come se stesse planando sul sentiero. Ancora non scaldava il sole e i caminetti rilasciavano debolmente un fumo biancastro e l'aroma aspro della paglia bruciata incombeva sul paese come un incenso appiccicoso. Il ragazzino e il cane varcarono il ponticello rustico di tavole ed entrarono nell'Aia. Vicino al pagliaio si erigeva la colombaia del Giustino, e il ragazzino, attraversando di fronte ad esso, batté forte le mani due volte e lo stormo di colombe si mise in moto rumorosamente con una confusione frenetica di oggetti scossi. Il cane abbaiò inutilmente, gioiosamente, ma l'irruzione del Moro, il cane del Rabbino Senior, il pastore, lo distrasse immediatamente. Lo stormo di colombe fece un ampio semicerchio dietro al campanile e ritornò nella colombaia.

Il Saggio si affacciò dal retro abbottonandosi i pantaloni.

- Prendi – disse il Nini allungandogli il gracchio.

Il Saggio fece un sorrise sfuggente.

- Quindi lo hai catturato? – disse. Prese il corvo dalla punta di un'ala, come con diffidenza, e aggiunse: – Forza, passa.

Contro il muro della stalla si appoggiavano l'aratro arrugginito e gli attrezzi e il carro rudimentale e sopra la stalla si apriva l'apertura a botola del pagliaio. Il Saggio entrò nella stalla e il mulo nero scalciò per terra, con impazienza. Depositò il corvo per terra, e mentre toglieva la stuoia dalla mangiatoia disse al Nini, senza girarsi:

- Cavolo che becco. È per questo che nei punti in cui cadono questi birbanti fanno più danni che una tempesta. Che siano maledetti!

Una volta pulite le mangiatoie, si arrampicò agilmente sul pagliaio e gettò per terra con la forca una bracciata di paglia. In seguito scese, prese un crivello e setacciò i cereali attraverso rapidi movimenti oscillanti. A continuazione divise la paglia tra le due mangiatoie e la coprì, poi, con una cesta di orzo. Il ragazzino lo guardava fare attentamente e quanto finì di smistare il grano gli disse:

- Appendilo a testa in giù; altrimenti al posto di cacciarli farà da zimbello.

Il Saggio si scosse una mano con l'altra e prese di nuovo il corvo per la punta dell'ala ed entrò in casa dalla porta della cucina. Il ragazzino e il cane entrarono dietro di lui. La Sabina si rivoltò furiosa vedendo il corvo.

- Dove vai con quella spazzatura? – disse.

Il Saggio non alterò la sua voce misurata e paziente:

- Tu chiudi la bocca – disse.

E appoggiò il corvo sulla tavola. Poi si avvicinò al focolare e girò le bucce di patate che cuocevano a fuoco lento. Alla fine, le allontanò, si sedette con il secchio tra le gambe e ci aggiunse una spolverata di granelli di crusca macinata sulle bucce di patate ed iniziò ad avvolgerlo pazientemente.

Il ragazzino prese la porta per andarsene e il Saggio, quindi, si alzò e disse:

- Aspetta.

Lo seguì per il corridoio di mattonelle rosse frugandosi tra le tasche dei pantaloni e una volta in strada gli allungò una moneta di peseta. Il Nini lo osservava fisso con prematura serietà, e il Saggio si sconvolse, alzò gli occhi al cielo, un cielo biancastro, timidamente azzurro, e disse:

- Non pioverà più, vero giovanotto?

- Ha schiarito. Il tempo va verso il gelo – rispose il ragazzino.

Tornando in cucina, il Saggio analizzò il corvo con molta attenzione e poi continuò avvolgendo in silenzio il mangime delle galline. Dopo un momento alzò la testa e disse:

- Dico che quel Nini lì sa tutto. Sembra Dio.

La Sabina non rispose. Nei momenti di buon umore diceva solitamente che vedendo il Nini parlare con gli uomini del paese gli ricordava Gesù tra i dottori, ma nei momenti di cattivo umore, stava in silenzio, e stare in silenzio, in lei, era una forma di accusa.

2

Il Nini continuò ad avanzare per la stradina solitaria, accostato alle case per evitare il fango. Strofinava la moneta che portava in mano contro i muri di mattone crudo e arrivando al primo angolo esaminò la lucentezza nata nel bordo con infantile piacere. Il fango lì era più spesso, però il ragazzino lo attraversò senza oscillare, sommergendo i suoi piedi scalzi nel fango mischiato con lo sterco e gli escrementi delle capre, nell'acqua pestilente e stagnante della carreggiata. Attraversò il paese e prima di scorgere le stalle del Potente sentì la voce calda del Rabbino Junior che parlava con le mucche. Il Rabbino Junior era al servizio del Potente ed era famoso per capire il linguaggio degli animali.

Il Rabbino Senior, il Pastore, e il Rabbino Junior, il Mandriano del Potente, erano figli del Rabbino Vecchio, colui che, a detta di don Eustasio della Pietra, il Professore, era una prova vivente del fatto che l'uomo provenisse dalla scimmia. Effettivamente, il Rabbino Vecchio aveva due vertebre coccigee in più, a mo' di coda troncata, ed il corpo ricoperto di una peluria nera e folta, e quando si stancava di camminare sui piedi poteva farlo facilmente sulle mani. Per questo, don Eustasio della Pietra lo invitò per San Quinciano, verso l'anno '33, ad un Congresso Internazionale, senza nessun'altro scopo che dimostrare davanti ai suoi colleghi che l'uomo discendeva dalla scimmia e che era ancora possibile trovare esemplari a metà dell'evoluzione. Dopo quell'episodio, don Eustasio lo chiamava alla capitale ogni volta che riceveva una visita di cortesia e lo faceva spogliare e fare giri sulle mani, molto lentamente, sopra ad un tavolo. All'inizio, il Rabbino Vecchio, provava vergogna, però presto si abituò e addirittura permetteva che don Eustasio, che era un saggio, gli palpasse le due vertebre coccigee senza scomporsi. A partire da allora, ogni volta che un forestiero mostrava interesse per la sua peculiarità, il Rabbino Vecchio si toglieva la cintura e gliela mostrava.

Con queste relazioni, il Rabbino Vecchio, a detta dell'Undicesimo Comandamento, si infastidì e smise di frequentare la chiesa. Don Zosimo, il Parroco, che allora era il prete del paese, gli diceva: "Rabbino, perché non viene a messa?". Il Rabbino Vecchio si compiaceva e rispondeva: "Non esiste Dio. Mio nonno era una scimmia. Lo dice don Eustasio." E quando scoppiò la guerra, cinque ragazzi di Torrecillórigo, capitanati dal Baldassarre, quello del Quirico, si presentarono con le armi predisposte alla porta di

casa sua. Era una domenica e il Rabbino Vecchio apparì con il suo umile vestito da festa e le sue scarpe strette, e il Baldassarre, quello del Quirico, lo spinse con la punta dell'arma e gli disse: "Ora ti mostro io dove devono pascolare le capre". Il Rabbino Vecchio sbatteva le palpebre e disse solamente: "Cosa vuoi?". E il Baldassarre, quello del Quirico, disse: "Che tu venga con noi". Il Baldassarre portava una croce sul petto e la Rabbina la guardava come implorando, e dopo guardò verso il Rabbino Vecchio il quale, a sua volta, si guardava i piedi calzati dalle scarpe, e disse umilmente: "Aspetta un momento". Tornando dalla camera da letto indossava il suo abito da pastore e calzava le espadrillas di gomma e disse: "Arrivederci". Poi disse a Baldassarre: "Quando vuoi". Il giorno dopo, l'Antoliano trovò il suo cadavere nella Revueltas e quando si presentò a casa con esso, al Rabbino Junior, che era appena un ragazzo, nonostante avesse due vertebre coccigee in più, gli si chiuse la bocca e non vi era modo di farlo mangiare. Don Ursinos, il medico di Torrecillórigo, disse che era un male nervoso e che gli sarebbe passato. E quando gli passò, il Rabbino Junior andò da don Zosimo, il Parroco, e gli disse: "Non è la croce il segno del cristiano, signor prete?". "È così" – rispose il Parroco –. E il Rabbino Junior aggiunse: "E non disse Cristo: Amatevi gli uni e gli altri?". "È così" – rispose il Parroco –. Il Rabbino Junior scosse la testa leggermente. Disse: "Allora perché quell'uomo con la croce ha ucciso mio padre?". La grande umanità di don Zosimo, il Parroco, sembrava diminuire davanti al problema. Si aggiustò automaticamente il berretto prima di parlare: "Ascolta – disse alla fine – mio cugino Paco Merino era parroco di Roldana, nell'altro lato, fino a l'altro ieri. E sai come ha smesso di esserlo?". "No" – disse il Rabbino Junior –. "Beh, ascolta – aggiunse il prete –: lo legarono ad un palo, gli tagliarono la parte con un coltello e la lanciarono ai gatti davanti a lui. Che te ne pare?". Il Rabbino Junior scuoteva la testa, però disse: "Gli altri non sono cristiani, signor Parroco". Don Zosimo intrecciò le dita e disse pazientemente: "Guarda, ragazzo, quando a due fratelli, cristiani o non, gli si mette una benda agli occhi, litigano tra di loro con più accanimento che due sconosciuti". E il Rabbino Junior disse come commento generale: "Ah!".

Da allora iniziò ad evitare le persone e ad uscire per le colline con il bestiame fino a quando don Antero, il Potente, lo contrattò come mandriano. Infatti, al Rabbino Junior piaceva chiacchierare con le mucche e, secondo le voci, possedeva il dono di interpretare i loro muggiti. Qualsiasi cosa fosse, egli aveva dimostrato di fronte ai più

scettici del posto che la mucca alla quale si parla teneramente durante la mungitura riempiva mezzo mastello in più rispetto a quella munta in silenzio. In un'altra occasione scoprì che la mucca che riposava sopra un materassino rendeva di più rispetto ad una che riposava sulla paglia nuda e ora stava per pitturare di verde i muri della stalla perché riteneva che anche in questo modo sarebbe aumentato il rendimento.

Il Nini scorse il Rabbino Junior girato di schiena ed urlò:

- Buongiorno, Rabbino Junior.

Il Rabbino Junior si muoveva pesantemente come un uomo grosso e maturo e non guardava mai in faccia. Una volta il Nini gli chiese perché parlasse con le mucche e non con gli uomini e il Rabbino Junior gli rispose: "Gli uomini dicono solo bugie". Adesso, il Rabbino Junior si voltò verso il ragazzino e gli disse:

- Nini, è vero che il Giustino vi vuole cacciare dalla grotta?

- Questo dicono.

- Chi lo dice?

Il ragazzino si strinse nelle spalle. Disse:

- Hai finito di pitturare la stalla?

- Ieri sera.

- E com'è venuta?

- Dai tempo al tempo.

Il Nini girò per la curva della chiesa. Le carreggiate lì erano più profonde e l'acqua stagnante, nonostante il freddo, diffondeva un fetore nauseabondo. Nelle mura della signora Clo, di fronte alla chiesa, un cartellone di lettere scritte con il catrame diceva in caratteri molto grandi: "Viva le coltivazioni del 56!". La signora Clo spazzava briosamente i due gradini di cemento che davano accesso alla stalla. Improvvisamente alzò la testa e vide il ragazzino che strofinava la moneta contro le pietre del tempio.

- Dove vai così presto, Nini?

Il ragazzino fece mezzo giro e rimase con le gambe aperte guardando verso la donna. Il fango gli aveva lasciato su uno dei suoi polpacci un'orma sporca come un calzino scuro. La signora Clo si appoggiò sul palo della scopa, sorrise con tutta la sua faccia larga e disse:

- Il tempo sta cambiando, Nini. Quando uccidiamo la bestia?.

Il ragazzino la guardò riflettendo. Disse:

- È ancora presto.
- Guarda che tua nonna non lo pensava tanto.
Il Nini mosse risolutamente la testa:
- Mi creda, signora Clo, non è bene farlo prima di San Damaso. Avviserò io.
Riprese il suo cammino e non appena vide il cane bazzicare intorno alla casa di José Luis, l'Ufficiale Giudiziario, lo richiamò dolcemente. La Fa rispose alla sua chiamata e si mise docilmente dietro di lui, però svoltato l'angolo si lanciò sullo stormo di passerotti che mangiucchiavano tra lo sterco. Gli uccelli si alzarono in volo e dalle basse alate facevano rumore ora senza ritegno e il cane li guardava alzando la testa e muovendo nervosamente la coda mozzata.
La sega dell'Antoliano si sentiva già e il Nini si affacciò alla porta, aperta anche nei giorni più duri dell'inverno, e da lì lo vide, obliquo sul bancone, la sua mano potente fissa sul manico della sega. La bottega era un tavolato misero, pieno di trucioli e segatura, e con quattro perline collocate verticali in un angolo. Nella parete, vicino alla finestra, una specie di pernice girava incessantemente su sé stessa beccando le sbarre della gabbia. Ci fu un tempo in cui l'Antoliano si guadagnava da vivere fabbricando per metri, ma da quando lo stato iniziò a misurare il cereale per chili, l'Antoliano era disoccupato, dando un contributo con quello che poteva. Visto di profilo, il viso dell'Antoliano mostrava un'esuberante irregolarità sul naso, come se l'appendice avesse cercato di formarsi sopra la cartilagine e, dopo a metà del lavoro, avesse rinunciato giocandogli questo brutto scherzo. In ogni caso, il naso dell'Antoliano sembrava quella di un pugile e per lui, che si vantava di essere forte e pericoloso, quello era un'umiliazione. Spesso, senza che nessuno glielo chiedesse, si giustificava: "Sai chi ha la colpa se il mio naso assomiglia ad un pasticcio? Queste dannate mani." Le mani dell'Antoliano, imbiancate ora di segatura, erano enormi, come due palette e, secondo lui, passeggiando una notte con le stesse nelle tasche era inciampato e caduto di faccia sulla bocca del pozzo del Giustino prima di avere il tempo di tirarle fuori.
- Ciao – gli disse il ragazzino dalla porta.
Il cane entrò nella bottega e si accovacciò nell'angolo, insieme alle tavole appena piallate.
- Chita! – disse il ragazzino.

L’Antoliano liberò un breve sorriso senza alzare gli occhi dalla tavola che stava segando.

- Lascialo – disse – quello non fa danni.

Il Nini si appoggiò sull’uscio. Un dolce sole di autunno cadeva sulla viuzza e raggiungeva metà porta della Segheria. Disse il ragazzino, socchiudendo lentamente gli occhi al sole:

- Che fai?

- Guarda. Una bara.

Il Nini girò la faccia sorpreso:

- C’è un defunto? – disse.

L’Antoliano negò senza interrompere il suo lavoro.

- Non è di qui – disse –. È di Torrecillórigo. Il Ildefonso.

- Il Ildefonso?

- Era anziano ormai. Aveva cinquantasette anni.

L’Antoliano lasciò la sega sul bancone e si pulì il sudore dalla fronte con l’avanbraccio. I capelli aggrovigliati biancheggiavano di segatura e l’insieme emanava un aroma soave e confortante di legno ancora vergine. Disse:

- Nella capitale aumentano ogni giorno il prezzo per questo. E tu vedi cosa sono: quattro tavole.

Il suo sguardo si oscurò aggiungendo:

- Ovvio che nessuno ha bisogno d’altro.

Si sedette alla porta, sulla panchina di pietra, insieme al ragazzino, ed arrotolò con varie pause una sigaretta:

- Adolfo mi ha portato ieri i semi. La vendemmia è già pronta – disse, passando con attenzione la punta della lingua sul filo ingommato.

- Adesso devi preparare un letto caldo – disse il ragazzino.

- Caldo?

- Prima uno strato di sterco; poi un altro di terra ben setacciata.

L’Antoliano accese la sigaretta con una miccia di acciarino ed aggiunse con le labbra strette:

- Sterco di mucca o di cavallo?

- Di cavallo se il letto deve essere caldo; dopo dovrai innaffiare.

- Va bene.

L'Antoliano dette una lunga tirata alla sigaretta, pensieroso. Disse, liberando il fumo piacevolmente:

- Dico che se lo champignon dovesse prodursi bene nel raccolto, devo metterne di più sulle grotte di sopra.

- In quella dei nonni?

- E in quelle del Muto e della Zingara. In tutte e tre.

Il giovanotto disapprovò con lo sguardo:

- Non devi farlo – disse –. Quelle grotte cadranno da un giorno all'altro.

L'Antoliano fece una smorfia spregiativa:

- Bisogna rischiare – disse.

Il gallo bianco s'arrampicò improvvisamente sul graticcio della stalla, confinante con la Segheria, gonfiò le sue piume al sole, stiracchiò il petto ed emise un rauco chicchirichì. La Fa iniziò a saltare nel fango della stradina abbaiandogli furiosamente e quindi il gallo inclinò la testa e iniziò a sbuffare come uno sciocco. Disse il Nini:

- Quel gallo esagera. Fa venire la nausea.

L'Antoliano si aggregò, scagliò il mozzicone nel fango e lo affondò con una pestata. Disse:

- Guarda, qualcuno deve pur badare alla casa.

Stava già entrando nella bottega quando sembrò ricordare qualcosa e tornò indietro.

- Dici uno strato di terra sopra a quello di sterco?

- Si. E ben setacciata – rispose il ragazzino.

L'Antoliano inclinò un po' la testa e prima di entrare in bottega fece un gesto amichevole con la sua mano gigantesca. Il Nini richiamò il cane e si perse scendendo per la viuzza, in direzione del fiumiciattolo.

3

La signora Clo, quella del Negozio, attribuiva al Nini una conoscenza sovrannaturale, però la signora Resu, o come la chiamavano in paese, l'Undicesimo Comandamento, sosteneva che la conoscenza del Nini non potesse provenire che dal diavolo, dato che se il figlio di due cugini è uno stolto, ancor di più deve esserlo il figlio di due fratelli. La signora Clo sosteneva che il figlio di due cugini fosse un ebete o uno spigliato in base alle circostanze, e su questo interveniva l'Antoliano affermando: "Però, signora Resu, cos'è uno stolto se non un intelligente che va oltre?". E la signora Resu diceva scandalizzata: "Ci sei già tu con le tue teorie". E l'Antoliano diceva: "Per caso ho parlato male?". E la signora Resu diceva: "Non so se male o bene, però parlando così cresce a te il pelo".

Qualsiasi cosa fosse, il Nini doveva tutto il suo sapere unicamente al suo spirito osservatore. Senza andare lontano, se i bambini e i ragazzini si avvicinavano allo zio Rufo, il Centenario, solo per il capriccio di vedergli tremare la mano e poi ridere, il Nini lo faceva spinto dalla curiosità. Lo zio Rufo, il Centenario, sapeva molto di tutte le cose. Parlava sempre attraverso proverbi e conosceva a menadito il santo di ogni giorno. E se anche non ricordava con precisione gli anni che aveva, poteva, invece, parlare lucidamente della peste del 1858, della visita de S.M. la Regina Isabella e anche dell'arte di Cúchares e il Tato, nonostante non avesse mai partecipato ad una corrida di tori.

Il Nini, seduto con lui sulla panchina di pietra della porta, non badava ai suoi movimenti nervosi. A volte non diceva nemmeno sì o no, però al Centenario stimolavano i suoi occhi spettanti, la sua attenzione inquisitiva e, nel suo caso, la matura disinvoltura delle sue domande e risposte.

Generalmente, l'anziano incominciava dal calendario dei Santi, il tempo o la campagna, o tutti e tre insieme:

- Arrivando San Andrés, inverno è – diceva.

Oppure:

- Per San Clemente alza la terra e copri la semente.

Oppure:

- Se piove a Santa Bibiana, piove quaranta giorni e una settimana.

Una volta rotto il silenzio, il Centenario parlava anche troppo. In questo modo il Nini imparò a relazionare il tempo con il calendario, la campagna con il calendario dei Santi ed a pronosticare i giorni di sole, l'arrivo delle rondini e le gelate tardive. Così il Nini imparò a minacciare i ricci e le lucertole, e a distinguere una gazza iberica da un passero, e una colomba da un colombo torraiolo.

Lo stesso successe al ragazzino, ai tempi, con i suoi nonni. Il Nini, il giovanotto, diversamente da quello che è la normalità, ebbe tre nonni per partita doppia: due nonni e una nonna. I tre vissero insieme nella grotta vicina e, a volte, da molto piccolo, il Nini indagava dallo zio Cacciatore di ratti quale dei due fosse suo nonno realmente. "Tutti e due lo sono", diceva lo zio Cacciatore di ratti socchiudendo timidamente il suo sorriso tra stupido e malizioso. Lo zio Cacciatore di ratti raramente pronunciava più di quattro parole di seguito. E se lo faceva era attraverso uno sforzo che lo lasciava esausto, più che per il logorio fisico, per la concentrazione mentale che la cosa gli richiedeva.

Il Nini accompagnava il nonno Abbondio, il Potatore, a Torrecillórigo, dove don Virgilio, il Padrone, possedeva cinquanta ettari di vigneti ed una bellissima casa con pergolato e un magazzino scomodo, con il tetto di lamiera ondulato e bucherellato, che era il luogo dove pernottavano loro, i cani dei pastori e gli abitanti dell'Estremadura che, per allora, animavano il monte. La prima notte, il nonno Abbondio non si coricava; la passava solitamente riparando il tetto con lamiere e lastre di pietra, per evitare il freddo e l'umidità.

Al Nini piaceva Torrecillórigo per cambiare ambiente, nonostante gli abitanti dell'Estremadura lo spaventassero con le storie che raccontavano vicino al fuoco, mentre cuocevano la cena frugale e i cani dei pastori dormicchiavano, attorcigliati, ai loro piedi. Allo stesso modo lo spaventavano imprecando di mattina, quando il nonno, prima dell'alba, faceva cigolare la copertura del pozzo e sguazzava nell'acqua per lavarsi. Gli abitanti dell'Estremadura lo minacciavano dicendo di spezzargli l'anima, ma arrivando l'occasione non si decidevano mai, forse perché fuori faceva freddo.

In campagna, il Nini vedeva scurirsi i tralci delle viti tra i campi e ogni volta gli provocavano l'impressione di qualcosa di vivo e malato. Il nonno Abbondio tagliava, però, senza pietà e a seconda dei rami inutili che saltavano e da sopra la sua spalla, gli insegnava:

- Potare non significa tagliare tralci, capisci?

- Si, nonno.
- Ogni ceppo ha la sua potatura, capisci?
- Si, nonno.
- Una vigna verdognola di 30 anni avrà due ramoscelli di giuntura, due nuovi, due o tre continuativi e due o tre germogli, capisci?
- Si, nonno.
- Con il vino bianco o il rosso non faresti così. Con il vino bianco o il rosso lasceresti due ramoscelli con germogli, due gemme e un toglivino, capisci?
- Si, nonno.

Al concludere ogni ceppo l'anziano appoggiava attentamente i rami tagliati ai piedi del tralcio per far sì servisse come garanzia. Il ragazzino ammirava il lavoro di suo nonno e immaginava che la sua ossessione per l'igiene derivasse proprio dal suo mestiere: dal continuo alleggerire le viti da tutto lo sporco, l'inutile o il superfluo.

Nonostante fossero fratelli, il nonno Román era l'opposto del nonno Abbondio. Non si avvicinava mai all'acqua se non in gennaio, e questo perché, secondo quello che diceva lo zio Rufo, il Centenario, "la lepre, a gennaio, sta vicina all'acqua". Si lasciava crescere la barba e ogni anno, verso maggio, se la rapava, solitamente il 21, alla vigilia di Santa Rita. L'ultima volta che se la tagliò, su richiesta del fratello, fu in inverno e l'uomo non poté nemmeno raccontarlo. Il nonno Román diceva al nonno Abbondio ogni volta che lo sorprendeva lavandosi nel mastello: "Toglitela, Abbondio, puzza di marcio". Se pensava, o faceva finta di pensare, il nonno Román metteva un dito sotto il berretto macchiato e si grattava violentemente, insistentemente, il cranio. Allo stesso modo, una volta, quando il Nini compì quattro anni, il nonno Román gli disse:

- Domani vieni con me in campagna.

E uscirono, sotto il sole di un melo cotogno, e già nei maggesi il nonno Román si tramutò in una specie di animale minaccioso. Camminava girando in angolo retto, aspirando sonoramente l'aria dalle narici, con un coltello per ogni mano, e perfino la sua barba sembrava dotata di una sensibilità tattile. Ogni tanto si fermava e osservava furtivamente intorno a sé, senza muovere appena la testa. I suoi occhi, in quei casi, sembravano assumere vita propria. In certe occasioni, il nonno Román inclinava la testa per ascoltare oppure si buttava per terra ed esaminava attentamente le pietre, le zolle di terra e la paglia delle stoppie. In una delle sue ispezioni raccolse una pallina scura dal

di sopra di una pietra e sorrise ghiottamente come se si trattasse di una perla e il ragazzino si allarmò:

- Cos'è nonno?

- Non lo vedi? Il letame, Nini. Non andrà lontano, è ancora fresco.

- Cos'è il letame, nonno?

- Ah, ah, ah, la cacca! Ma, sul serio non sapevi?

Improvvisamente, il nonno Román si immobilizzò, con un dito sotto il berretto, gli occhi fissi come due bottoni, e disse senza muovere le labbra:

- Vedi, è lì.

Lentamente si avvicinò, inchiodò per terra uno dei suoi coltelli e ripose il berretto sul manico. Dopo di che, come senza volerlo, disegnò un piccolo semicerchio mentre, sottovoce, dava istruzioni al ragazzino:

- Non ti muovere, figliuolo, scapperebbe. Vedi quella pietra bianca a due metri dal coltello? Vedi, li è nascosta quella furbacchiona. Non ti muovere, capisci? Non vedi che occhi ha la monella? Calmo, figliuolo, calmo.

Il Nini non riusciva a vedere la lepre, però man mano che il nonno si avvicinava alzando l'altro coltello, la scorse. Gli occhi giallognoli dell'animale, inchiodati nel berretto del nonno, luccicavano tra le zolle di terra. Andavano a poco a poco definendosi al ragazzino i lineamenti dell'animale: il muso, le orecchie azzurrate attaccate al dorso, il fondoschiena raccolto nell'insignificante protuberanza. La lepre, come le case del paese, in un mimetismo prodigioso, formava un tutt'uno con la terra.

Il nonno si avvicinava ad essa di lato, guardandola appena, e quando si trovò a tre metri lanciò violentemente il coltello facendo un vortice nell'aria. La lepre ricevette il colpo sopra il dorso, senza muoversi, ed immediatamente si aprì come un fiore e per alcuni secondi si scosse convulsivamente nel solco. Il nonno Román si gettò sopra e la prese per le orecchie. Le sue pupille lampeggiavano.

- È come un cane da grande, Nini. Che te ne pare?

- Bene – disse il ragazzino.

- È stato tutto chiaro, no?

- Si.

Però al giovanotto non piacque molto il lavoro del nonno. Innanzitutto, ripugnava la morte sotto ogni punto di vista. Con il tempo si modificò a malapena la sua posizione;

ovvero, tollerava morti solo i ratti che gli servivano per sopravvivere e i corvi e le gazze perché le loro piume funebri gli ricordavano la sepoltura del nonno Román e di sua nonna Illuminata, le due bare insieme sopra il carro della Simeona. Per la stessa ragione il ragazzino odiava Matías Celemín, il Furtivo. Il nonno, per lo meno, affrontava le lepri a corpo libero, mentre il Furtivo le friggeva sul letto, facendo loro saltare il cranio con una pallottola, senza lasciare via di scampo.

Nonostante tutto, il Furtivo non perdeva la speranza.

- Nini, birbante, dimmi dove si trova il tasso. Una moneta ti do se indovini.

Gli occhi del Furtivo erano grigi e combattivi come quelli di un'aquila. La sua pelle, bruciata dal sole e dai venti della meseta, si corrugava in mille pieghe quando rideva, ovvero ogni volta che si dirigeva al ragazzino, e la sua bocca mostrava, in quelle occasioni, dei denti terrorizzanti da carnivoro.

Insieme al nonno Román, il Nini imparò a conoscere le lepri; imparò che la lepre scappa o si rifugia tra zolle di terra; che nei giorni di pioggia evita le viti e i germogli; che se soffia dal nord, si rifugia al sud del monte o della vigna e, se viene dal sud, al nord; che nelle soleggiate mattine di novembre cerca l'amorosa riparata dei versanti. Imparò a distinguere la lepre del basso – bruna come la terra della vallata –, da quella del monte – rossa come la terra del monte –. Imparò che la lepre vede sia di giorno che di notte e, addirittura, quando dorme; imparò a distinguere il gusto della lepre cacciata con un arma, da quella cacciata a colpi e da quella cacciata come un goloso, un sì è no è incisivo e acido per colpa della strada. Imparò, infine, a scoprirle nel loro giaciglio con la stessa facilità come se si trattasse di un corvo, e ad individuare, nel silenzio spesso della notte, la loro chiamata cruda e rauca.

Però allo stesso tempo il ragazzino imparò insieme al nonno Román ad intuire la vita circostante. In paese, la gente malediceva la solitudine e davanti alle nubi, la siccità o la gelata nera, imprecavano e dicevano: "Non si può vivere in questo deserto". Il Nini, il giovanotto, ora sapeva che il paese non era un deserto e che all'ombra di ogni campo coltivato o sterile si nascondevano un centinaio di esseri viventi. Bastava chinarsi ed osservare per scoprirli. Delle orme, dei tagli, degli escrementi, una piuma per terra gli suggerivano, senza alcun dubbio, la presenza di qualche ladruncolo, di donnole, del porcospino o del tarabuso.

Però una volta – verso Santa Escolastica sarebbero passati due anni –, il nonno Román si rapò la barba e si ammalò. La nonna Illuminata, che lo vegliava ogni sera nella grotta, venne trovata una mattina rigida, seduta sul bancone di legno, senza essere scomposta nel gesto o nella figura, come addormentata. La nonna Illuminata praticava ogni anno l'uccisione per i benestanti dei dintorni e lei si vantava del fatto che nessun maiale grugnisse più di tre volte dopo avergli assestato il colpo di grazia e del fatto che mai, in vita sua, fece disastri al momento di incidere la membrana dell'animale.

Arrivando il carro della Simeona con la bara alla grotta, anche il nonno Román era morto e ci fu la necessità di scendere per un altro funerale. L'asino della Simeona trascinava allegramente i due feretri scendendo la collina, ma arrivando al ponticello la ruota sinistra sprofondò in una delle giunture e cadde nel fiumiciattolo. La bara della nonna Illuminata si aprì quindi e lei sembrò guardarli tranquillamente, la bocca aperta, come sorpresa, e le mani in segno di preghiera. Tuttavia, lì dentro alla cassa, galleggiando sull'acqua sporca, sembrava una donna in conserva. La signora Clo, quella del Negozio, commentando la serena passività del cadavere, diceva che alla Illuminata, costretta a vivere sottoterra, la morte non spaventava.

Quando il Nini e lo zio Cacciatore di ratti tornarono dal cimitero, il nonno Abbondio se ne era già andato, nessuno sapeva dove, con le sue lame e i suoi coltelli da potatore.

4

Lo zio Cacciatore di ratti si inclinò, schiacciò un orecchio contro il suolo e sondò insistentemente le interiora della terra. Alla fine, si sollevò, puntò con lo spiedo di ferro la tana vicino al letto del fiume e disse:

- Qui c'è.

Il cane agitò la coda ed annusò con avidità la bocca della tana. Alla fine, si fiondò a terra, la piccola testa inclinata, e rimase immobile, imputabile.

- Fai attenzione, chita - disse il Cacciatore di ratti e con un solo colpo affondò lo spiedo di ferro ad un metro dalla riva.

Il ratto attraversò veloce insieme allo sguardo dell'animale, svignandosela, con il rumore delle fronde, tra le canne rinsecchite della riva.

Il Nini gridò:

- Forza, con lui!

La Fa si lanciò veloce come una scintilla dietro al ratto. L'uomo e il ragazzino correvano lungo l'argine, stimolando con le loro grida l'animale. Quella che si creò fu una persecuzione difficile tra le interiora delle canne secche e il vilucchio. Il cane, in preda all'euforia, rompeva quei fragili steli delle piante snelle, e altri crollavano sul fiumiciattolo e la corrente li agitava lentamente in un movimento oscillante. Il cane, improvvisamente, si fermò. Lo zio Cacciatore di ratti e il Nini conoscevano la situazione esatta per le piante snelle erette, lì dove finiva lo spazio aperto tra le erbacce.

- Portalo, Fa – disse il Nini.

Le piante snelle si agitarono un momento, si sentì un rumore sordo di lotta e, alla fine, un breve grugnito, e lo zio Cacciatore di ratti disse:

- Ormai l'ha preso.

Il cane tornò da loro, con il ratto di trasverso in bocca, muovendo la coda mozzata gioiosamente. Lo zio Cacciatore di ratti tolse al cane il ratto dalla bocca.

- È un maschio forte – disse.

I denti del ratto spuntavano sotto il muso attraverso una dimostrazione di un'inutile aggressività.

Da San Zaccaria l'uomo e il ragazzino scendevano al letto del fiume ogni mattina. Fu così da quando il Nini fu capace di ragionare. Bisognava approfittare dell'autunno e

dell'inverno. In queste stagioni, il fiumiciattolo perdeva la fronda, e il salice; la menta e il vilucchio formavano un'interiora risecchita nella quale il cane passava bene al setaccio. Solamente le canne, con i pennacchi al vento, e le piante snelle con le loro bacche scure stabilivano nel fiumiciattolo un segno di permanenza e continuità. I radi giunchi delle rive ingiallivano nei bordi, come qualcosa di decadente, destinato allo stesso modo a morire. Tuttavia, anno dopo anno, arrivando la primavera, il letto del fiume tornava ad esser verde, i giunchi si raddrizzavano, le canne si rivestivano di foglie lanceolate e le bacche delle piante snelle esplodevano inondando i campi come la peluria bianca dei tarassachi. L'appiccicosa fragranza della mentuccia e i fiorellini attaccati alle piante, tamponando le viuzze, impossibilitavano al cane qualsiasi tentativo di persecuzione. Era arrivato il momento del divieto di cacciare e lo zio Cacciatore di ratti, rispettando lo zelo dei ratti, si rifugiava nella sua grotta fino all'autunno seguente. Lo zio Cacciatore di ratti non voleva sterminare i ratti. A volte, se il cane faceva un segno e lui vedeva all'entrata della tana quattro erbacce rinsecchite, lo dissuadeva:

- Sta facendo il nido, andiamo.

Il cane si allontanava senza opporre resistenza. Tra lui, il Nini e lo zio Cacciatore di ratti esisteva una tacita comprensione. I tre sapevano che distruggendo le covate non avrebbero ottenuto altra cosa che rimanere senza pane. I ratti si riproducevano ogni sei settimane e da ogni parto nascevano cinque o sei ratti. In sostanza, una covata prevedeva, come minimo, quaranta reali che non erano affatto da disprezzare. Il medesimo atteggiamento passivo lo adottava la Fa se la tana si trovava sotto il livello dell'acqua, sapendo che il suo intervento era inutile. In quelle circostanze, lo zio Cacciatore di ratti doveva contare solo su sé stesso. Metteva la mano destra nel fango del fondale adattando la concavità del palmo alla dimensione della tana; poi pizzicava con la sinistra e lo sguazzamento brusco del ratto uscendo gli faceva avvertire la sua presenza. Sentiva leggermente nella pelle un solletico viscido e allora chiudeva di colpo la sua mano potente e alzava trionfante in superfice il bottino appoggiato per il muso. Gli bastava un violento strattone della coda per spezzargli la spina dorsale.

Verso San Sabas un ratto morse lo zio Cacciatore di ratti. In quel periodo erano quasi quattro settimane che in paese si era conclusa la semina. Il signor Rufo, il Centenario, solitamente diceva: "Dopo il giorno di Ogni Santo, semina grano e raccoglie cardo" e i contadini prestavano un'attenzione superstiziosa per non oltrepassare quella data. E

quell'anno, come se stessero eseguendo un ordine, sventolava in ogni appezzamento, inchiodato ad un palo, a testa in giù, il cadavere di un corvo. I corvi vagabondarono due giorni sconcertati nei dintorni e alla fine si alzarono in volo verso nord. Virgilín Morante, quello della signora Clo, rideva in osteria:

- Quelli di Torrecillórigo non ci ringrazieranno per questo – diceva.

Però i corvi se ne andarono e, in cambio, la pioggia iniziò a ritardare. E diceva il Rosalino, il Rappresentante di don Antero, il Potente:

- Se non piove per Santa Leocadia si dovrà riseminare.

E il Saggio, al quale le avversità perfezionavano la perspicacia, gli rispose che era un male per i poveri, dato che utilizzando la macchina, come facevano loro, non costava molto rifarlo. Il signor Rosalino, che raggiungeva con la testa e senza mettersi in punta di piedi i primi rami dei pioppi della riva scoppiò a ridere a crepapelle:

- Solo i mendicanti e gli stolti seminano ancora lanciando i semi per aria – disse.

Verso sera, il Saggio si era presentato alla grotta sconsolato:

- Nini, non piove, cosa diavolo possiamo fare affinché piova?

- Aspettare – disse il ragazzino seriamente. E il Saggio abbassò gli occhi perché lo sguardo sereno del Nini lo confondeva.

Verso San Sabas, quando il ratto morse un dito allo zio Cacciatore di ratti, galleggiava nel cielo calmo d'autunno un sole rosso e gonfio come un palloncino. Dalla parte del paese una foschia tiepida si fondeva con il fumo strisciante della paglia bruciata nelle case. Un falco subbuteo allevatore incombeva sul campanile agitando freneticamente le ali, senza però avanzare né retrocedere.

Il ragazzino scrutò il cielo verso la linea delle colline e disse:

- Nonostante tutto, domani piove.

- Nonostante tutto – disse il Cacciatore di ratti, e si sedette pesantemente sull'argine.

Lo zio Cacciatore di ratti aprì la bisaccia e tirò fuori mezzo panino con del lardo dentro. Lo spezzò e ne offrì metà al ragazzino. Dopo divise il lardo e portandosi i pezzi alla bocca infilzati nella punta della lama.

- Ti fa male quello? – disse il ragazzino.

Il Cacciatore di ratti si guardò il dito incallito con i tre punti sanguinanti:

- Non fa più male – disse.

Dietro al recinto che garantiva le terre del Giustino, il Sindaco, suonò il tintinnio del gregge del Rabbino Senior, il Pastore. Il Moro, il cane, arrivò per primo e li guardava mangiare muovendo rassegnatamente la coda. Poco dopo si avvicinò al cane e la Fa grugnì mostrandogli i canini.

Il Rabbino Senior portava il poncho di pelle di pecora su una spalla e disse dopo aver guardato il sole:

- Per caso non rimane in cielo nemmeno una goccia d'acqua?

Arrotolò una sigaretta senza aspettare una risposta, la accese, tirò profondamente due volte e rimase a guardare l'acciarino rinsecchito con risentimento:

- Allora, non se ne escono ora con il fatto che bisogna pagare per questo? – disse.

Lo zio Cacciatore di ratti non lo guardò nemmeno. Il Rabbino Senior aggiunse:

- Lo butto prima nel fiumiciattolo, vedrai tu.

Fumava in piedi, appoggiato al bastone, immobile, lo sguardo verso l'infinito, come una statua.

I campanellini delle pecore risuonavano intorno. Disse il Cacciatore di ratti subito:

- Hai visto quello là?

Indicava con il pollice in direzione Torrecillórigo.

- Non è ancora uscito quest'anno – disse il Pastore senza alterare la postura.

- Malvino l'ha visto – disse il Cacciatore di ratti.

- Quello non è sicuro.

- Malvino l'ha visto – insistette il Cacciatore di ratti.

In osteria, Malvino lo aveva avvertito il giorno prima: "Stai attento con quello, Cacciatore di ratti: viene a toglierti il pane. Ancora prima che lui nascesse, tu già ti occupavi del mestiere".

Il Rabbino Senior, il Pastore, tirò il mozzicone al fiumiciattolo. Disse dopo averci pensato a lungo:

- Dammi un paio di ratti, tu, su. A sette reali, vero?

- A otto – disse il Nini.

- Va bene, però dammi quel maschio grande.

Lo zio Cacciatore di ratti si alzò, si stiracchiò lentamente e scrutò il letto del fiumiciattolo, proteggendosi dal sole con la mano.

Disse il Pastore arrabbiato:

- Ti ho detto che non è uscito. Non conta la mia parola?
- Malvino l'ha visto – insistette tra i denti il Cacciatore di ratti.
Il Rabbino Senior palpò golosamente il dorso dei ratti prima di metterli via. Disse andando:
- Che siano buoni.
Al cadere del sole, l'uomo e il ragazzino tornarono al paese. La foschia si addensava sulle case, e i campi seminati e i maggesi induriti scricchiolavano sotto i piedi. Il cane, stanco, camminava dietro loro affaticato. Le colombe del Giustino si erano già riunite, e solamente quattro rapaci animavano con i loro giochi le stradine irrigidite del paese.
In osteria, invece, c'era una certa vivacità. Una lampadina nuda diffondeva la sua luce giallognola sui tavoli. Frutos, il Giurato, giocava in quello in fondo la sua interminabile partita di domino con Virgilín Morante, il marito della signora Clo, che canticchiava in modo automatico e sottolineava i finali di strofa colpendo il tavolo con le tessere.
Disse il Saggio appena lo vide:
- Malvino, riempi un bicchiere per il Cacciatore di ratti.
Era un episodio strano, perché il Saggio aveva la fama di essere tirchio. Però il Saggio questa sera sembrava essere agitato. Prese il Nini nervosamente per il coppino e gli spiegò in modo confusionario un piano di irrigazione del quale parlava un giornale e che avrebbe raggiunto perfino il paese. Disse impulsivamente al ragazzino, man mano che si sedeva nella panca in fondo:
- Renditi conto, Nini, se piove o meno. Quando il Saggio vuole acqua non deve far altro che alzare la sbarra del fiume e basta. Ti rendi conto? Finiremo per vivere snervati guardando il cielo tutto il giorno di Dio.
Si produsse una lunga pausa. Si sentivano solamente i colpi delle tessere del domino e, coordinatamente, il ritornello ripetuto di Virgilín Morante. Alla fine, il Centenario disse con la sua voce di richiamo dall'angolo opposto:
- Se le supposizioni rendessero tanto grano, a quest'ora non ci sarebbe più posto nelle paniere.
Si creò un'altra pausa. Il Saggio guardava fissamente il Nini, però il Nini non distaccò le labbra. Disse con sarcasmo un uomo con le spalle contratte, nel tavolo vicino:
- Riempi due bicchieri. Prima che arrivi l'acqua finiamo con il vino.

Fuori era già scuro e una luna glauca e malaticcia spuntò da dietro il Colle Colorado per alzarsi debolmente su un cielo alto, stranamente mineralizzato.

5

Per San Damaso, la signora Clo, quella del Negozio, mandò un messaggio al Nini e lo condusse fino al porcile:

- Palpa, figliuolo; è già grande abbastanza io credo.

Il ragazzino misurò il maiale:

- Ha un quarto di dorso – disse.

Però pioveva e non si poteva fare nulla. Per San Nicasio desistette, ma il Nini esaminò il cielo e disse:

- Aspetti, signora Clo, c'è ancora aria umida. Dobbiamo aspettare che il cielo schiarisca.

Da quando fu capace di ragionare, il Nini sentì sempre dire che la signora Clo, quella del Negozio, era la terza persona più ricca del paese. Davanti a lei c'erano don Antero, il Potente, e la signora Resu, l'Undicesimo Comandamento. Don Antero, il Potente, possedeva i tre quarti del territorio; la signora Resu e la signora Clo possedevano i tre quarti della quarta parte rimanente e l'ultima quarta parte se la dividevano, metà e metà, il Saggio e i trenta vicini del paese. Questo non impediva a don Antero, il Potente, manifestare frivolmente durante la sua riunione in città che "per quello che riguardava il suo paese, la terra era ben ripartita". E forse perché lo credeva veramente, don Antero, il Potente, non faceva moine quando doveva difendere il suo pensiero e l'anno scorso fece causa al Giustino, il Sindaco, per non aver recintato la colombaia nel periodo di semina. Ben accorto, non passava anno senza il quale don Antero, il Potente, non scatenasse in paese due o tre problemi, e non per mala fede, a detta del signor Rosalino, il Rappresentante, ma perché gli inverni in città erano lunghi e noiosi e con qualcosa doveva pur distrarsi il padrone. In ogni caso, per Nostra Signora delle Vigne, la festa del paese, don Antero noleggiava una mucca da scarto per fare in modo che i giovani la rincorressero e la bastonassero a loro piacimento, e che in questo modo si liberassero degli odi e dei rancori accumulati nei loro petti nei dodici mesi precedenti.

Tre anni prima, per questa occasione, il Nini rischiò di complicare le cose. E a dir la verità, sarebbe accaduto qualcosa di brutto se non fosse intervenuto don Antero, il Potente, che mirava a fare del ragazzino un lavoratore esemplare. Il fatto fu che il Nini, provando pena per i muggiti laceranti della mucca in piena notte, andò nella parte posteriore della casa di don Antero, il Potente, e la liberò. Tutto sommato il suo gesto

contò ben poco, in quanto non appena l'animale tornò all'ovile, dopo un'accidentata cattura in aperta campagna, aveva un corno spezzato, la testa sanguinante e il dorso letteralmente ricoperto da ferite. Però, il discorso si complicò ancor di più quando Matías Celemín, il Furtivo, alluse malignamente: "Questa è colpa di quel birbante del Nini". Per fortuna don Antero conosceva già le sue abilità e la sua conoscenza sovrannaturale e disse al signor Rosalino, il Rappresentante: "Non è il Nini il figlio del Cacciatore di ratti, quello della grotta, quello che sa di tutto e che a tutto fa riferimento?". "Lui, padrone" – disse il signor Rosalino. "Allora lascialo pure fare marachelle e il giorno in cui compirà quattordici anni lo metterai sotto la mia protezione".

Durante l'inverno, gelava fortemente e don Antero, il Potente, si faceva vedere poco in paese. Nemmeno la signora Clo e l'Undicesimo Comandamento si mostravano alle loro terre in inverno e nemmeno in estate, dato che le davano in affitto. Però mentre la signora Resu incassava il suo affitto puntualmente in banconote, piovesse o non piovesse, gelasse o cadessero pietre, la signora Clo, quella del Negozio, guadagnava in grano, avena o in orzo se le cose andavano bene e anche se le cose andavano male o non andavano proprio. E mentre l'Undicesimo Comandamento non abbandonava l'uso del "signora", quella del Negozio era solo "la signora Clo"; e mentre l'Undicesimo Comandamento era secca, brontolona e acida, la signora Clo, quella del Negozio, era in carne, cordiale e affettuosa; e mentre la signora Resu, l'Undicesimo Comandamento, evitava i contatti pubblici e la sua unica attività conosciuta era l'invio di tutte le opere pie ed il pettegolezzo, la signora Clo, quella del Negozio, era una buona conversatrice, serviva personalmente nel suo Negozio e nel magazzino e si faceva in quattro una volta per la coppia di ciuffolotti, e oggi per suo marito, il Virgilio, un ragazzo biondo, fine ed istruito, che si portò dalla città e con il quale il Malvino, l'oste, diceva che aveva fatto bingo.

Il Nini, il giovanotto, prese parte in prima persona nel discorso dei ciuffolotti. Gli uccelli li inviò alla signora Clo, ancora piccoli, sua cognata, quella di Mieres, sposata con un impiegato di Telégrafos. Lei li rinchiuse in una bellissima gabbia dorata, con le mangiatoie colorate di blu, e li alimentava con canapucce e miglio, e di notte metteva nella gabbia una mattonella calda foderata di cotone per far sì che agli animalini non mancasse il calore materno. Ormai adulti, la signora Clo fissava tra le sbarre della

gabbia una foglia di lattuga e una pietrina di tufo, l'una per alleggerire il ventre, l'altra per far sì che si affilassero il becco. La signora Clo, nella sua solitudine, parlava amichevolmente con gli uccelli e, se battibeccavano, li riprendeva amorevolmente. I ciuffolotti arrivarono a considerarla una vera madre e ogni volta che si avvicinava alla gabbia il maschio gonfiava le piume salmonate del petto come se si preparasse ad abbracciarla. E lei diceva dolcemente: "Vediamo chi è il primo a darmi un bacino?". E gli uccelli si agitavano, litigando per essere i primi a sfiorare il loro becco corto con le labbra grosse della padrona. Si accorgeva la signora Clo persino se bisticciavano tra loro: "Coccole, no, mi sentite? Coccole, no".

Verso San Felice di Cantalicio di quattro anni prima, il Nini regalò alla signora Clo un nido vuoto di fanelli comuni, avvertendola che i ciuffolotti procreavano in cattività e la donna provò una felicità tanto grande come se gli avesse detto che sarebbe diventata nonna. E, infatti, una mattina svegliandosi, la signora Clo osservò sbalordita che la femmina giaceva sopra il nido e quando si avvicinò alla gabbia non andò a darle il bacio come al solito.

L'animalino non cambiò la postura durante il tempo dell'incubazione e dopo alcuni giorni spuntarono nel nido cinque piccolini rosati e la signora Clo, intenerita, si precipitò in strada e iniziò a sbandierare la novità ai quattro venti. Tuttavia, la sua fu un'illusione effimera, in quanto dopo poche ore moriranno due della covata e le altre tre iniziarono ad aprire e chiudere il becco con tale fretta che si poteva intuire che mancava loro aria per respirare. La signora Clo mandò un messaggio al Nini e, nonostante il ragazzino, nelle ore seguenti, vigilò attentamente gli uccelli e si sforzò per far loro ingerire delle bacche silvestri e dei semi di tutti i tipi, all'alba morirono gli altri tre piccoli ciuffolotti e la signora Clo, inconsolabile, partì per la città, da sua sorella, per cercare di dimenticare l'accaduto. Dodici giorni più tardi tornò, e il Nini, che era insieme alla Sabina, la quale era rimasta con l'incarico di badare al negozio, osservò che gli occhi della signora Clo brillavano come quelli di una collegiale. Disse alla Sabina con un'urgenza maldestra: "Per San Amancio sarai ad un matrimonio, Sabina; lui si chiama Virgilio Morante ed è biondo e ha gli occhi azzurri come una perla".

E quando il Virgilio Morante arrivò in paese, così giovane, così immaturo, così poca cosa, i contadini lo guardarono con disprezzo e il Malvino iniziò a dire nell'osteria che il ragazzino era uno sveglio che aveva fatto bingo. Però da quando Virgilio bevve due

bicchieri e si sradicò le “campanelline” e fece piangere lo zio Rufo, il Centenario, di dolore, si diffuse tra tutti l’ammirazione e un lontano rispetto, e quando lo vedevano gli dicevano:

- Dai, Virgilín, caro, suona un po’.

E lui li compiaceva, oppure, argomentava:

- Oggi no, scusatemi. Sono afonico.

E durante l’uccisione, le conversazioni in casa della signora Clo smisero di avere senso. La gente arrivava lì solo per il piacere di sentir cantare Virgilín Morante. E perfino il Nini, il giovanotto, che dalla morte della nonna Illuminata praticava il ruolo del macellatore, si sentiva un po’ sminuito.

Verso San Albino il cielo schiarì e il Nini scese in paese per far camminare il maiale della signora Clo per un’ora e gli preparò una dieta di acqua e crusca. Due giorni più tardi cadde sul paese una dura gelata. Per allora gli ortolani e gli storni avevano già cambiato piume, poi era l’inverno e i campi brillavano di brina diventando duri come il granito e il fiumiciattolo ghiacciava, e ogni mattina il paese si stiracchiava sotto un’atmosfera di cristallo, dove persino il più debole rumore schioccava come un colpo di frusta.

Arrivando il Cacciatore di ratti e il Nini con l’alba, dalla signora Clo, regnava in casa una confusione come di festa. Dalla città erano arrivati i nipoti e c’erano lì anche la Sabina e il Saggio e il loro figlio, il Mamertito, e la signora Librada, e Giustino, il Sindaco, e il José Luis, l’Ufficiale Giudiziario, e il Rosalino, il Rappresentante, e il Malvino, e il Mamés, il Muto, e l’Antoliano e il signor Rufo, il Centenario, con sua figlia la Simeona, e una volta entrati loro, il Virgilio si era avviato con molto dolore e tutti ascoltavano a bocca aperta e alla fine lo acclamarono e il Virgilio, per mascherare il suo imbarazzo, distribuì alla folla dei morsi di pane tostato e dei calici di acquavite. Il focolare scoppiettava in profondità e sul tavolo e le mensole la signora Clo aveva disposto, in modo ordinato, la cipolla, il pane sbriciolato, il riso e lo zucchero per il sanguinaccio. Ai piedi del focolare, dove si allineavano per dimensione i coltelli, c’era una bacinella, tre mastelli e un paiolo di rame brillante per sciogliere il burro.

Nel porcile, gli uomini si privavano delle giacche di pagliolo e si rimboccarono le camicie nonostante la brina ed il fatto che il respiro si congelasse in aria. Il Centenario, in mezzo al gruppo, strascinava pesantemente i piedi e strofinava una mano con l’altra

mentre salmeggiava: “Il martedì tuo figlio non sposare né il tuo maiale macellare”. La signora Clo sentendolo si girò infastidita: “Smettila con questa tiritera. E se non ti va bene, vattene”. Poi andò dritta da suo marito che si era rimboccato le maniche come gli altri e mostrava delle braccia bianche e senza pelo, e gli disse: “Tu no, Virgilio, potresti raffreddarti”.

L’Antoliano aprì il porcile e non appena il maiale affacciò la testa lo prese per un orecchio con la sua mano di ferro e lo obbligò a sdraiarsi di lato, aiutato dal Malvino, il Saggio ed il José Luis. I ragazzini, vedendo il maiale abbattuto – che bramiva come un condannato e ad ogni lamento gli si formava intorno al muso una nuvola di vapore –, si fecero coraggio e iniziarono a tirarlo per la coda e ad affibbiarli pedate sulla pancia. In seguito, tra i sei uomini, stesero l’animale sul bancone e il Nini lo sondò, disegnò una croce con un pezzo di gesso sul cuore e quando lo zio Cacciatore di ratti accoltellò con la stessa fermezza con la quale inchiodava lo spiedo nel letto del fiume, il ragazzino girò la schiena e contò, uno ad uno, i grugniti fino a tre. All’improvviso, il Saggio gridò:

- È morto!

Il Nini, quindi, fece mezzo giro, si avvicinò al maiale e, con dita svelte, infilò una foglia di cavolo nell’occhiello sanguinolento per fermare l’emorragia e, alla fine, aprì la bocca dell’animale e gli mise una pietra dentro.

Gli uomini facevano un cerchio intorno a lui e le donne bisbigliavano più indietro. Si sentì la voce smorta della Sabina:

- Che ragazzo dannato! Ogni volta che lo vedo così mi ricorda Gesù tra i dottori.

Il Nini cercava di evitare il ricordo della nonna Illuminata per non commettere errori. Destramente ricoprì il cadavere dell’animale con paglia di segale e gli diede fuoco; prese una bracciata ardendo e bruciò meticolosamente le cavità delle ascelle, degli zoccoli e delle orecchie. Si diffuse uno sgradevole odore di bruciacchiato e, concludendo, il Mamertito, il ragazzo del Saggio, e i nipoti della signora Clo tolsero gli zoccoli alla bestia e mangiarono gli astragali.

Era arrivato il momento della prova, non perché l’incidere il maiale fosse un compito difficile, ma perché in questa circostanza il riferimento alla nonna Illuminata era inevitabile. Al Nini tremò leggermente la mano che impugnava il coltello quando il Malvino gridò alle sue spalle:

- Attento, Nini, tua nonna in questa fase non ha mai fatto disastri!

Il Nini tracciò mentalmente una linea equidistante dalle mammelle e tirò la bisettrice dal mento all'ano senza tentennare. Dopo, dividendo delicatamente il velo intestinale con un solo taglio, lo circondò un mormorio di ammirazione. Il fetore dell'intestino era forte e nauseabondo e lui lo rovesciò in mastelli diversi e, per concludere, introdusse nell'apertura due pali formando un cuneo. Alla fine, l'Antoliano e il Malvino lo aiutarono ad appendere il maiale a testa in giù. Dal muso gocciolava un filino di sangue fluido che formava una piccola pozza rossa sulle lastre di pietra brinose del porcile.

La signora Clo si avvicinò al Nini, che si lavava le mani in un mastello, e gli disse affettuosamente:

- Lavori più veloce e con più precisone di tua nonna, figliuolo.

Il Nini si asciugò sui pantaloni. Chiese:

- Si dovrà abbassare l'animale squartato, signora Clo?

Lei prese un mastello per mano:

- Lascia, per quello mi arrangio – disse.

Si diresse verso la casa dove stavano entrando gli uomini e, dalla porta gridò, inclinando un po' la testa:

- Passa a mangiare un pezzo con gli uomini, Nini.

In cucina gli invitati parlavano e ridevano senza senso, tranne lo zio Cacciatore di ratti che li guardava uno ad uno stupidamente, senza comprenderli. Le narici e le orecchie erano di un rosso vermiglione, ma ciò non impediva che gli uomini si passassero il bicchiere e il piatto senza sosta. Da subito, il Saggio, senza capire il perché, o forse perché per San Damaso aveva piovuto e ora splendeva il sole, liberò una risata e dopo si diresse al Nini con un ostinato desiderio di comunicargli la sua euforia:

- Per caso non sei capace di ridere Nini? – disse.

- Si, sono capace.

- Allora perché non ridi? Fatti una risata a crepapelle, femminuccia.

Il ragazzino lo guardava fisso, serenamente:

- Per quale motivo?

Il Saggio tornò a ridere, questa volta in maniera forzata. Poi guardò uno ad uno, come aspettando man forte, ma siccome tutti evitavano il suo sguardo, abbassò gli occhi ed aggiunse cupamente:

- Che ne so per quale motivo! Nessuno ha bisogno di un motivo per ridere, credo io.

6

Però il Nini rideva spesso anche se mai per niente e come pazzi come gli uomini durante l'uccisione, o come quando si ubriacavano nell'osteria del Malvino, o come quando vedevano cadere l'acqua dal cielo dopo averla aspettata con ansia per mesi interi. Non rideva nemmeno come Matías Celemín, il Furtivo, ogni volta che si dirigeva a lui, aggrottando in mille pieghe la sua pelle vecchia come quella di un elefante e mostrando minacciosamente i suoi denti carnivori.

Il Nini non provava per il Furtivo alcuna simpatia. Il ragazzino odiava la morte, in particolare la morte furiosa e perfida, e il Furtivo si vantava di essere un campione in questo aspetto. In realtà, Matías Celemín fu spinto dalle circostanze. E se ebbe alcune volte istinti carnivori, li nascose gelosamente perfino dopo la guerra. Però la guerra frustrò molte vocazioni e restrinse molte responsabilità e determinò molti destini, tra i quali quello di Matías Celemín, il Furtivo.

Prima della guerra, Matías Celemín andava alle aste dei paesi vicini e si aggiudicava tranquillamente un pino bianco per quattro o cinque mila reali. Il Furtivo premetteva che non sarebbe stato con le mani in mano perché sapeva barattare nella sua testa fino a cinque mila reali e sommare e sottrarre da questi il calcolo dei lavoratori e, in conclusione, sapeva se avrebbe o meno ricavato qualcosa dal suo scambio. Tuttavia, arrivò la guerra e la gente iniziò a contare con le pesetas e nelle aste ci si impegnava per venti perfino trenta mila e a queste cifre lui non arrivava perché per di più bisognava moltiplicarle per quattro per trasformarle in reali, che era l'unità che maneggiava; nelle aggiudicazioni gli si riempiva la testa come di fumo e non osava puntare. Iniziò ad avvilirsi ed a scoraggiarsi. Non bastava che la gente gli dicesse: "Matías, la vita è bella". Il Furtivo, passando dai cinque mila reali, era un essere inutile, e fu allora quando si disse: "Matías, per una pernice ti danno cento reali puliti dalla polvere e dalla paglia e quattrocento per una volpe, e non diciamo nulla per un tasso". E, all'improvviso, si sentì capace di pensare tanto apertamente o tanto incorrettamente come le volpi e i tassi, e ancor di più di rischiarsela. E si sentì capace, allo stesso tempo, di calcolare il prezzo di un cartoccio fabbricando la polvere da sparo in casa con clorato e zucchero e riempiendolo con teste di chiodi. E a partire da quel giorno gli iniziò a adirarsi lo sguardo e a forgiarsi la pelle, e in paese, quando qualcuno lo citava, dicevano: "Uh,

quello lì". E la signora Resu, l'Undicesimo Comandamento, era ancora più contundente e diceva che era un pigro e un malvivente, un perdente come quelli della grotta e come gli abitanti dell'Estremadura.

Matías Celemín, il Furtivo, vegliava solitamente di notte e dormiva di giorno. L'aurora lo sorprendeva generalmente nella desolazione, nella linea del monte, e per quell'ora aveva già preparato mezza dozzina di nodi per le lepri che tornavano dalla campagna, una trappola per la volpe e una manciata di lance e nodi alla ricerca di una pernice. A volte approfittava del carro della Simeona o il Fordson del Potente, per fiondarsi su un gruppo di otarde ed ottenere un paio di pezzi di lusso. Il Furtivo non rispettava leggi né regolamenti e in primavera e in estate usciva in campagna con il fucile sulla spalla e se per caso incontrava Frutos, il Giurato, gli diceva: "Vado a bestiacce, Frutos, lo sai già". E Frutos, il Giurato, si limitava a dire: "Si, si" e gli strizzava un occhio. Per Frutos, il Giurato, le intemperie non era cosa salutare perché il sole si mangia la salute degli uomini allo stesso modo dei colori dei vestiti delle ragazzine e, per questo motivo, passava le ore morte dal Malvino giocando al domino.

Molto spesso, l'astuzia del Furtivo era insufficiente e, allora, si rivolgeva al Nini:

- Nini, birbante, dimmi dove si trova il tasso. Una moneta ti do se indovini.

Oppure:

- Nini, è da una settimana che sto dietro alla volpe e non la vedo. L'hai vista tu?

Il ragazzino si stringeva nelle spalle senza fiatare. Il Furtivo, allora, lo spintonava brutalmente e diceva:

- Ragazzino maledetto! Nessuno ti ha insegnato a ridere?

Però il Nini sì che sapeva ridere, anche se di solito lo faceva da solo e tenuamente e, ovviamente, a causa di qualche ragionevole motivo. Arrivata l'epoca dell'accoppiamento, il ragazzino saliva frequentemente il monte di notte, e all'alba, quando i campi di grano verdi appena brinati si acconciavano con la prima brezza, imitava l'urlo stridente delle lepri e gli animali della campagna rispondevano alla sua chiamata, mentre il Furtivo, dal lato opposto della depressione, malediceva la sua attesa inutile. Il Nini rideva forte e rideva nuovamente dentro sé stesso quando, di ritorno, incontrava il Furtivo e Matías gli diceva infastidito:

- Da dove vieni, birbante?

- Dal prendere sanguinacci. Hai preso qualcosa?

- Niente. Una lepre maledetta non faceva altro che chiamare dalla depressione e cacciò via la campagna.

Improvvisamente, il Furtivo si dirigeva a lui, diffidente:

- Non saprai mica tu fare il verso, vero Nini?

- No. Perché?

- Per niente.

In altre occasioni, se il Furtivo usciva con la Mita, il levriero, il Nini si nascondeva, dietro al perdente, e quando il cane arrivava ansimante, dietro alla lepre, lui, dal suo nascondiglio, lo spaventava con un bastone e la Mita, che era un vigliacco, come tutti i levrieri, abbandonava la sua presa e indietreggiava. Il Nini, il giovanotto, rideva allora anche qui silenziosamente.

In ogni caso, il Nini sapeva ridere senza dover rischiare con il Furtivo. Durante le lune di primavera, al ragazzino piaceva andare in campagna e accovacciandosi tra i giunchi della riva vedeva la volpe scendere al terreno fertile a purificarsi approfittando del plenilunio che inondava il bacino di una irreale, fosforescente luminosità lattiginosa. La volpe si comportava spontaneamente, senza nascondere la sua presenza. Pestava rumorosamente l'erba della sponda e, a volte, drizzava la testa bellissima e ascoltava attentamente per un po'. Spesso, il bagliore della luna faceva lampeggiare con una lucentezza verde chiara i suoi occhi dilatati e, in quei casi, l'animale sembrava un'apparizione sovrannaturale. Una volta il Nini abbandonò gridando il suo nascondiglio quando la volpe, cullata nel terreno fertile, si grattava fiduciosamente e l'animale, capendo di essere osservato, fece un salto gigantesco e scappò, spolverando con la coda la sua urina pestilente. Il ragazzino rideva a crepapelle mentre la inseguiva attraverso i giunchi e i campi seminati.

Altre notti il Nini, nascosto tra un boschetto di querce, in qualche punto puro del monte, osservava i conigli, avvolti dalla luna, gironzolare tra le erbacce alzando le loro codine bianche. A volte si affacciava la puzzola o la donnola e quindi si produceva un fuggifuggi frenetico. Nel periodo del calore, i maschi delle lepri litigavano rancorosamente davanti ai loro occhi, mentre la femmina guardava il vincitore, accovacciata tranquillamente all'estremo del terreno. E una volta conclusa la lite, quando il maschio trionfante si incamminava verso lei, il Nini imitava il verso e l'animale si girava, le mani alzate, in attesa di un nuovo avversario. C'erano notti,

all'inizio della primavera, nelle quali si riunivano nella zona fino a mezza dozzina di maschi, e quindi la lite assumeva tratti epici. Una volta il ragazzino assistette a come un maschio strappava dalla radice l'orecchio a un altro con un morso feroce e il pianto acuto dell'animale ferito conferiva nel monte silenzioso, sotto la luce argentata della luna, una nota patetica.

Verso San Igino, Matías Celemín, prese un bellissimo esemplare di volpe. Per quel periodo si erano concluse le uccisioni e trascorsa la Pasqua, però il clima continuava ad essere apro e alla mattina le terre si svegliavano bianche come dopo una nevicata. Tranne rimuovere lo sterco e smuovere i campi seminati, nessuno aveva qualcosa da fare in campagna tranne il Furtivo. E costui, man mano che scendeva il colle, quella mattina, deviò leggermente solo per il piacere di passare davanti alla grotta e mostrare al ragazzino il suo bottino:

- Nini – urlò – Nini! Guarda cosa ti porto, birbante!

Era una bellissima volpe femmina di pelle rossiccia con una strana macchia bianca nella scapola destra. Il Furtivo le schiacciò una mammella e sgorgò un piccolo gesto di un liquido consistente e lattiginoso. Alzò poi l'animale verso l'alto per far sì che il ragazzino lo contemplasse a suo piacimento.

- Una femmina e allattava – disse –. Una fortuna! Se il Giustino non si gratta la tasca come si deve, me ne vado con lei in città, vedrai.

Le pulci abbandonarono il corpo morto e cercavano il calore della mano del Furtivo. Il Nini seguì l'uomo con lo sguardo, lo vide attraversare il ponticello di tavole, con la volpe morta in mano, e perdendosi insultando il pagliaio del paese.

Alla sera, non appena sentì addormentarsi lo zio Cacciatore di ratti, si alzò e prese il sentiero per il monte. La Fa saltava al suo lato e, sotto il pallido spicchio di luna, la brina rispecchiava nelle vicinanze. La tana di apriva nella faccia a nord della depressione e il ragazzino si mise dietro ad una quercia, il cane ubbidientemente attorcigliato sotto le sue gambe. La brina gli mordeva, con minuscole dentate, le punte delle dita e le orecchie, e gli spaventapasseri si muovevano debolmente sopra di lui, molto vicino alla sua testa.

Dopo poco sentì gracchiare; era un lamento acuto come quello di un coniglio, però più prolungato e addolorato. Il Nini ingoiò mezza lingua e imitò il verso più volte, con gran sicurezza. In questo modo comunicarono fino a tre volte. Alla fine, sotto l'indecisa luce

della luna, si ritagliò nella bocca della tana il tracagnotto contorno di una piccola volpe di due settimane, che camminava goffamente come se le piume ariose della coda ostacolassero i suoi movimenti.

In pochi giorni la piccola volpe andò a vivere con loro. Le prime notti piangeva e la Fa gli grugniva in un insieme di rivalità atavica e gelosie domestiche, però finirono per diventare buoni amici. Dormivano insieme sotto la protezione del ragazzino, sulla paglia, e alla mattina litigavano amichevolmente nel piccolo pianerottolo di timo che dava accesso alla grotta. Si diffuse presto la notizia in paese e la gente saliva per vedere la volpe, però, davanti agli estranei, l'animale recuperava il suo istinto selvaggio e si rifugiava nell'angolo più oscuro della caverna, e guardava di traverso e mostrava i canini.

Diceva Matías Celemín, il Furtivo:

- Che affare, Nini, birbante! Questo me lo divoro io.

Dopo due settimane, la piccola volpe mangiava già dalla mano del ragazzino, e quando costui tornava dal cacciare ratti l'animale lo riceveva leccandogli le gambe sporche e agitando calorosamente la coda. Di notte, mentre lo zio Cacciatore di ratti cuoceva una patata con una resta di baccalà, il ragazzino, il cane e la volpe giocavano alla luce del fuoco, aggrovigliati, e il Nini, in quei casi, rideva senza senso. Alle mattine, nonostante la volpe mangiasse ormai di tutto, il Nini portava lei una gazza per festeggiarla e vedendola spennacchiare l'uccello con il suo affilato e umido muso, il ragazzino sorrideva contento.

La Simeona diceva alla signora Resu, l'Undicesimo Comandamento, alla porta della chiesa, commentando il successo della grotta:

- È la prima volta che vedo una volpe che si adatta a vivere come gli uomini.

Però la signora Resu si agitava:

- Vorrai dire che è la prima volta che vedi un uomo e un ragazzino adattarsi a vivere come animali.

Il Nini temeva che, crescendo, la volpe sentisse la chiamata della campagna e che lo abbandonasse, anche se per ora l'animale a malapena si separava dalla grotta, e il ragazzino, ogni volta che usciva, gli faceva una serie di raccomandazioni e la piccola volpe lo guardava intelligentemente con le sue pupille dilatate, come se lo comprendesse.

Una mattina, il ragazzino sentì uno scoppio mentre cacciava sul letto del fiume. Impazzito, si lanciò in una corsa verso la grotta e prima di arrivare scorse il Furtivo che scendeva a lunghe falcate per il colle con una mano nascosta dietro la schiena e ridendo a crepapelle:

- Ah, ah, ah, Nini, birbante, non sai che cosa ti porto oggi? Ah no?

Il ragazzino osservava impaurito la mano che piano piano si scopriva e, alla fine, Matías Celemín gli mostrò il cadavere della piccola volpe ancora caldo. Il ragazzino non sbatté nemmeno le palpebre, però quando il Furtivo si lanciò correndo giù per la riva, si chinò sulla ghiaia e incominciò a urlare furiosamente. Il Furtivo saltellava, facendo delle esse, come un animale ferito, senza smettere di ridere agitando in aria, come un trofeo, il cadavere della piccola volpe. E quando si rifugiò, alla fine, dietro al pagliaio del paese, tuttavia glielo mostrò ancora una volta, deplorevolmente svenuto, sul tubo del fucile.

7

Man mano che si addentrava l'inverno, il Pagliaio del comune si riduceva. Gli uomini e le donne del paese arrivavano ad esso con gli asini e trasportavano la paglia fino alle loro case. Una volta lì la mescolavano con il grano per il bestiame, o la facevano diventare sterco nelle stalle, o semplicemente la bruciavano nelle stufe o nelle cucine per proteggersi dalle intemperie. In questo modo, una volta finito dicembre, il Nini scorgeva dalla grotta, da sopra al Pagliaio, l'antiquato attrezzo di legno dove si ferrarono le cavallerie nei tempi lontani in cui ci furono in paese.

Per San Aberico, prima della fine di gennaio, si scatenò il nevischio. Il Nini lo vide arrivare da di fronte, tra i colli Chato e Cantamañanas, avanzando ombrio e solenne, sfilacciandosi sopra i colli. In poche ore il temporale annuvolò la vallata e la saettò con una pungente pioggia di neve. Le colline spoglie, ritagliate attraverso il ciclo piomboso, sembravano dune di zucchero, di una chiarezza disarmante. Di notte, il nevischio, bacchettato dal vento, spiccava sui quattro lampioni agonici del paese, e sembrava provenire a volte dalla terra, altre dal cielo.

Il Nini osservava in silenzio il panorama desolato. Dietro lui, lo zio Cacciatore di ratti frugava nell'abitacolo. Lo zio Cacciatore di ratti davanti al fuoco si rilassava e ravvivandolo, o distribuendolo, o concentrandolo, o soffiando le braci, muoveva le labbra e sorrideva. A volte, in via eccezionale, usciva a percorrere le colline scosse dal nevischio e, in quelle occasioni, come quando soffiava il vento forte, si legava il berretto usato e sporco con uno spago, con il laccio sotto la barba, come faceva ai tempi il nonno Román.

Per poter accendere il fuoco dentro alla grotta, lo zio Cacciatore di ratti perforò i quattro metri di terra del tetto con un tubo arrugginito che gli procurò Rosalino, il Rappresentante. Il Rosalino allora lo avvertì: "Occhio, Cacciatore di ratti, che non sia la grotta la tua tomba". Però lui si ingegnò per perforare la quantità di terra senza produrre sul tetto di più di una leggera fessura che delimitò con un puntello primitivo. Ora, il tubo arrugginito fumeggiava come un pazzo tra il nevischio, e lo zio Cacciatore di ratti, dentro la grotta, osservava le linguette aggressive e cambianti delle fiamme, cullato dal breve scoppiettare dei germogli umidi. Il cane, stravaccato vicino al fuoco, emetteva, ogni tanto, un russare smorto. Arrivata la notte, lo zio Cacciatore di ratti

spegneva la fiamma, però lasciava la brace e al tiepido calore della stessa i tre dormivano sulla paglia, il ragazzino sotto la protezione dell'uomo, il cane sotto la protezione del ragazzino e, quando la piccola volpe fu un altro compagno, la piccola volpe sotto la protezione del cane. Il José Luis, l'Ufficiale Giudiziario, gli pronosticava disgrazie senza sosta: "Cacciatore di ratti – diceva – una notte prenderà fuoco la paglia e vi abbrustolirete lì dentro come conigli". Lo zio Cacciatore di ratti ascoltava con il suo sorriso malizioso, scetticamente, perché sapeva, primo, che il fuoco era suo amico e che non stava rischiando, e, secondo, che il José Luis, l'Ufficiale Giudiziario, non era nessun'altro che un incaricato di Giustino, il Sindaco, e che Giustino, il Sindaco, aveva promesso al Capo di chiudere il discorso vergognoso delle grotte.

In queste circostanze, il Nini rispettava il silenzio del Cacciatore di ratti. Sapeva che qualsiasi tentativo di conversazione con lui sarebbe stato inutile, e non per la sua rozzezza, ma perché il fatto di pronunciare più di quattro parole di seguito o di unire due idee in una sola frase gli affaticava il cervello. Il ragazzino battezzò il cane con il nome Fa, nonostante preferisse nomi più sonori e risuonanti, per far risparmiare fatica al Cacciatore di ratti. Solo quando il Cacciatore di ratti, per sciogliere la lingua, liberava una frase isolata, il ragazzino ricambiava:

- Questo cane ormai è vecchio.

- Per questo sa tanto.

- Non li percepisce più.

- Smettila, li acchiappa ancora.

Poi tornava il silenzio e il calmo scendere del nevischio sulla collina e il gemito del vento si mischiavano con lo scricchiolio del fuoco.

Una mattina, tre dopo San Aberico, il Nini si affacciò alla grotta e scorse una figura minuta incurvata attraversando l'Aia, in direzione del ponticello:

- Antoliano – disse.

E si intrattenne vedendolo lottare con il vento che concentrava i piccoli fiocchi obliqui sul suo volto e lo obbligava ad inclinare la testa contro il pendio. Quando entrò nella grotta si raddrizzò, si gonfiò i polmoni e si scrollò la pelliccia con le sue enormi manate. Disse il Cacciatore di ratti, senza muoversi da vicino al fuoco:

- Dove vai con tutto quello che viene giù?

- Vengo – disse Antoliano, sedendosi insieme al cane, che si alzò e cercò un angolo oscuro, dove nessuno lo disturbasse.

- Cosa ti porta?

Antoliano allungò le sue mani davanti alle fiamme:

- Il Giustino – disse –. Ti caccerà della grotta.

- Un'altra volta?

- Non appena desisti lui salirà, ti avviso.

Il Cacciatore di ratti strinse le spalle:

- La grotta è mia – disse.

Il Giustino visitava spesso Fito Solórzano, il Governatore, in città, e lo chiamava Capo. E Fito, il Capo, gli diceva:

- Giusto, il giorno in cui concludi il problema delle grotte, avvisa. Tieni in considerazione che non ti dice questo Filo Solórzano, né il tuo Capo Provinciale, ma il Governatore Civile.

Filo Solórzano e Giusto Fadrique diventarono amici nelle trincee, in guerra, e adesso, ogni volta che Filo Solórzano lo raccomandava di risolvere il fastidioso problema delle grotte, il pomfo della sua fronte si rimpiccioliva e diventava violaceo e si direbbe che palpitasse, con dei battiti piccoli, come un piccolo cuore:

- Ci penso io, Capo.

Di ritorno, già in paese, il Giustino, il Sindaco, chiedeva spettante a José Luis, l'Ufficiale Giudiziario:

- Cosa pensi tu che voglia dirmi il Capo quando se ne esce con l'argomento delle grotte dicendo che non me lo dice Filo Solórzano, né il Capo Provinciale, ma il Governatore Civile?

José Luis rispondeva sempre lo stesso:

- Che ti darà una ricompensa, è chiaro.

Tuttavia, in casa, la Columba, sua moglie, lo sollecitava:

- Giusto – gli diceva – non usciremo in tutta la vita da questo buco maledetto?

Il pomfo della fronte del Giustino si ingrandiva e diventava rosso come il vermiglione:

- E che cosa posso fare io? – diceva.

La Columba si metteva i pugni nei fianchi e urlava:

- Sfrattare quel disgraziato! Per questo sei l'autorità.

Però Giustino Fadrique, per inclinazione, detestava la violenza. Capiva che, prima o poi, la violenza finisce per tornare contro uno.

Verso San Lesmes, senza alcun dubbio, il José Luis, l'Ufficiale Giudiziario, gli offrì un'opportunità:

- Quella grotta minaccia la caduta – disse –. Se sfratti il Cacciatore di ratti lo fai per il suo bene.

Far esplodere le altre tre grotte fu una cosa semplice. La Illuminata e il Román morirono lo stesso giorno e l'Abbondio abbandonò il paese senza lasciare tracce. La Sagrario, la Zingara, e il Mamés, il Muto, si considerarono fortunati potendo scambiare la loro grotta per una delle casine dell'Aia Vecchia, con tre camere e soleggiate, che fruttavano venti soldi al mese. Però per lo zio Cacciatore di ratti quattrocento reali continuavano ad essere una fortuna.

Per San Severo se ne andò il nevischio e si abbassò la nebbia. Normalmente si trattava di una nebbia immobile, pertinace ed appiccicosa, che popolava la vallata di risonanze strane e che, nella notte profonda, rendeva specialmente opaco il silenzio torturato del territorio. Però, altre volte, la si vedeva camminare tra le colline come uno spettro, alleggerendosi e addensandosi in modo alternato, e in questi casi sembrava diventasse visibile la rotazione della Terra. Sotto la nebbia, le gazze e i corvi s'incorporavano, si facevano più vuoti e raggiungibili e scappavano via con una gracchiata sgradevole, un insieme di sorpresa ed irritazione. Il paese, dalla grotta, componeva una decorazione ambigua, spettrale che, nei crepuscoli, scompariva eclissato dalla nebbia.

Verso San Andrea Corsino il tempo schiarì ed i campi irruppero improvvisamente con i cereali appuntiti; il grano di un verde rado, traslucido, mentre l'orzo formava un tappeto denso, di un verde profondo. Sotto il sole ancora pallido ed invernale, gli uccelli si stiracchiavano sorpresi e si guardavano intorno increduli, prima di lanciarsi in aria. E con essi si stiracchiarono il Giustino, il Sindaco, José Luis, l'Ufficiale Giudiziario, e Frutos, il Giurato, che faceva le veci del Bandito. E il Nini, vedendoli oltrepassare il ponticello di tavole, così solenni e alteri con i loro vestiti da festa, ricordò la volta in cui un altro gruppo collerico, presieduto da un ometto afflitto, attraversò il ponticello per portare via sua madre al manicomio della città. L'ometto afflitto diceva con molta pomposità Istituto Psichiatrico al posto di manicomio, però, in una forma o nell'altra,

la Marcella, sua madre, non recuperò la ragione, né le sue colline, né recuperò mai più la sua libertà.

Il Nini li vide arrivare prendendo fiato mentre salivano la riva, mentre il suo dito alluce del piede accarezzava meccanicamente contropelo il cane accovacciato ai suoi piedi. La visiera nera del berretto di Frutos, il Bandito, luccicava come se sudasse. E molto velocemente si videro tutti nella meseta di timo, il Giustino ed il José Luis si misero come saldi, senza alzare gli occhi da terra, e il Giustino disse al Frutos, bruscamente:

- Leggilo, forza.

Il Frutos srotolò un foglio e lesse a singhiozzi l'accordo della Corporazione di far sgomberare la grotta dello zio Cacciatore di ratti per ragioni di sicurezza. Concludendo, il Frutos guardò verso il Sindaco, e il Giustino, senza perdere la compostezza, disse:

- Lo sai già, Cacciatore di ratti, è la legge.

Lo zio Cacciatore di ratti sputò e si sfregò una mano con l'altra. Li guardava uno ad uno, divertito, come se tutto quello fosse una messa in scena.

- Non me ne vado – disse improvvisamente.

- Non te ne vai?

- No. La grotta è mia.

Il pomfo della fronte di Giustino, il Sindaco, si accese subito:

- Ho reso pubblico lo sgombero – urlò –. La tua grotta minaccia la caduta e io sono il Sindaco e ho disposizioni da seguire.

- Caduta? – disse il Cacciatore di ratti.

Giustino segnalò il puntello e la fessura sul tetto.

- È il camino – aggiunse il Cacciatore di ratti.

- Lo so che è il camino. Però un giorno si stacca una tonnellata di terra e ti sotterra a te e al ragazzino, vedrai che caos.

Lo zio Cacciatore di ratti sorrise stupidamente:

- Ce ne sarà di più – disse.

- Di più?

- Terra sopra di noi, dico.

Il José Luis, l'Ufficiale Giudiziario, intervenne:

- Cacciatore di ratti – disse – con le buone o con le cattive, dovrai sgomberare.

Lo zio Cacciatore di ratti lo guardò con disprezzo:

- Tu? – disse –. Nemmeno con tutte e cinque le dita!

Al José Luis mancava il dito indice della mano destra. Il dito glielo recise una volta un asino con una dentata, però il José Luis, lontano dal lasciarsi intimorire, gli restituì il morso strappando all'animale il labbro superiore. A volte, quando usciva il discorso dal Malvino, sosteneva che le labbra di un asino, da crude almeno, sapessero da sanguinacci freddi e senza sale. Ad ogni modo, l'asino di José Luis rimase per tutta la vita con i denti all'aria come se stesse sorridendo di continuo.

Giustino, il Sindaco, perse la pazienza:

- Guarda, Cacciatore di ratti – disse –. Sono il Sindaco e devo seguire le disposizioni. Come se non bastasse, ho reso pubblico lo sgombero. Quindi lo sai già, entro due settimane faccio esplodere la grotta com'è vero che mi chiamo Giusto. Te lo dico davanti a due testimoni.

Per San Sabino, quando tornò alla grotta il comitato, batteva sulle colline un venticello a raffica e il grano e l'orzo ondeggiavano sui solchi come un mare. Il Frutos, il Giurato, andava in testa e portava in mano dei cartocci di dinamite e l'accendino arrotolato alla cintura. Iniziando la riva, il Nini liberò il cane e il Frutos si incasinò con l'animale e girò verso la stradina imprecando ad alta voce. Nel frattempo, il Cacciatore di ratti aveva già parlato con Antoliano, e quando il Giustino lo intimò di abbandonare la grotta, si mise a ripetere come un disco graffiato: "Per iscritto, per iscritto". Il Giustino guardò verso il José Luis, che ne sapeva qualcosa di legge, ed il José Luis annuì e quindi se ne andarono.

Il giorno dopo, il Giustino passò una comunicazione allo zio Cacciatore di ratti concedendogli un altro termine di quindici giorni. Verso San Sergio si concluse il termine e verso metà mattinata irruppe nuovamente il comitato alla grotta, però dato che urlarono dalla porta, il Nini rispose da dentro che quella era casa sua e che qualora fossero entrati con la forza avrebbero dovuto vedersela con il signor giudice. Il Giustino guardò verso il José Luis e il José Luis dimenò la testa e gli disse in un sussurro: "Violazione di domicilio: in effetti è un reato".

Il giorno dopo, San Valero, davanti a Fito Solórzano, il Capo, Giustino quasi piangeva. Il pomfo violastro della fronte gli palpitava come un cuore:

- Non ne posso più con quest'uomo, Capo. Finché vivrà ci saranno grotte in provincia.

Fito Solórzano con la sua prematura pelata rosata e le sue mani cicciottelle che giocherellavano sulla scrivania, cercava di rimanere sereno. Meditò alcuni secondi prima di parlare, mettendosi due dita nei lacrimali. Alla fine, disse con ostentata umiltà:
- Se un domani rimarrà qualcosa della mia gestione nei confronti della provincia, cosa che non è per niente facile, sarà l'aver risolto il problema delle grotte. Tu ne hai fatte esplodere tre nel tuo territorio, Giusto, lo so già; però non si tratta di questo ora. Rimane una grotta e nel frattempo io non posso dire al Ministro: "Signor Ministro, non rimane che una sola grotta nella mia provincia" perché è come se non avessi fatto nulla. Mi capisce, non è vero?
Giustino annuì. Sembrava uno scolaro soffrendo un rimprovero dal maestro. Fito Solórzano, il Capo, disse prontamente:
- Un uomo che vive in una grotta e non ha soldi per una casa diventa un vagabondo, no? Portamelo, e lo rinchiudo nel Rifugio degli Indigenti senza più riguardi.
Giustino allungò timidamente una mano:
- Aspetta, Capo. Quest'uomo non fa l'elemosina. Ha il suo mestiere.
- Cosa fa?
- Caccia ratti.
- È questo un mestiere? Perché vuole i ratti?
- Li vende.
- E chi compra ratti nel tuo paese?
- La gente. Se li mangia.
- Mangiate ratti nel tuo paese?
- Sono buoni, Capo, se è per quello. Fritti con una goccia di aceto sono più delicate che le quaglie. Fito Solórzano scoppiò improvvisamente:
- Questo non lo posso tollerare! Questo è un delitto contro la Salubrità Pubblica! Il Giustino cercava di calmarlo:
- Nella vallata tutti li mangiano, Capo. E se ti metti a pensare, non mangiamo conigli? – Fece una pausa. Poi aggiunse –: Un ratto è la stessa cosa, è solo questione di abitudine.
Fito Solórzano colpì il tavolo con il pugno chiuso e saltarono i pezzi della scrivania:
- A cosa servono Sindaci e Capi Locali se al posto di risolvere i problemi vengono tutto il tempo a crearmeli? Cerca tu una soluzione, Giusto! Metti quell'uomo da qualche parte, fai quello che devi! Però pensaci tu, tu, con la tua misera testa, non con la mia!

Giustino indietreggiava verso la porta:

- D’accordo, Capo. Me ne occupo io.

Fito Solórzano cambiò repentinamente il tono della voce e aggiunse quando Giustino, girato di spalle apriva già la porta dell’ufficio:

- E quando concludi questo discorso, avvisa. Tieni in considerazione che non ti dice questo Filo Solórzano, né il tuo Capo Provinciale, ma il Governatore Civile.

8

Per San Baldomero il Nini scorse sopra il Colle di Torrecillórigo il primo stormo di pavoncelle sfilando precipitosamente verso sud. Per tre giorni e tre notti, gli stormi si susseguirono senza sosta e il volo degli uccelli era ogni volta più vivo e agitato. Volavano molto alte, componendo una grande V sull'impavido cielo azzurro, stridendo in modo eccitato con un commuovente accenno di inquietudine.

Tempo prima, il Colle di Torrecillórigo si chiamava la Cotarra del Moro, però la Marcella, la mamma del Nini, lo ribattezzò pochi mesi prima di finire in manicomio. Già dal parto, Marcella non stette bene e ogni volta che il Cacciatore di ratti la trovava a fissare imbambolata le colline e le diceva: "Che guardi, Marcella?", lei non rispondeva. E solamente se il Cacciatore di ratti la scuoteva, lei balbettava alla fine: "Il Colle di Torrecillórigo". Ed indicava il cono della Cotarra del Moro, minaccioso e lugubre come quello di un vulcano. "Il Colle?" – indagava il Cacciatore di ratti –, e lei aggiungeva: "Siamo in molti a dipendere da lui. Non produce tanto per tutti". Mesi dopo lo zio Cacciatore di ratti sorprese sua sorella segando un gamba dello sgabello. "Che fai Marcella?" – le disse –. E lei rispose: "lo sgabello si divide in gradini". Disse lui: "in gradini?". E lei non rispose, però di notte aveva segato tutte e quattro le gambe. Lo zio Cacciatore di ratti resistette ancora alcuni anni. A quel tempo il Nini aveva già compiuto i sei anni e il Furtivo gli diceva ogni volta che lo incontrava: "Spiegati, birbante. Com'è possibile che la Marcella sia tua zia e tua madre allo stesso tempo?" – e rideva con un rumoroso scoppio come se fosse pieno di aria e, all'improvviso, si sgonfiasse. E il giorno in cui lo zio Cacciatore di ratti si decise a perforare il tetto della grotta con il tubo che gli aveva regalato il Rosalino, il Rappresentante, e chiese alla Marcella della sabbia per l'intruglio, sua sorella gli passò la forca che alzava a malapena. "Tieni" – disse – "Cosa?" – disse il Cacciatore di ratti. "Sabbia. Non chiedevi sabbia?" – disse lei –. "Sabbia?" – disse il Cacciatore di ratti. Lei aggiunse: "Sbrigati, che pesa". Il Nini la guardava sconvolto e alla fine, disse: "Madre, come può raccogliere sabbia con una forca?". Una settimana dopo, per Santa Oliva di quattro anni prima, si presentò in paese un ometto afflitto e la portò al manicomio della città, però la Cotarra del Moro non recuperò il suo nome originale e fu da lì in avanti e per sempre il Colle di Torrecillórigo.

Ora le pavoncelle sorvolavano il Colle e il Nini, il giovanotto, scese in paese ad informare il Centenario:

- Non le vedo però le sento gridare – disse l'anziano –. Questo vuol dire neve. Prima di sette giorni sarà qui.

Il Centenario, con un panno nero che gli copriva mezza faccia, era come una mummia rinsecchita sotto il sole. Prima di mettersi il panno, il ragazzino gli chiese una sera cos'era quello:

- Niente di importante; un brufolino canceroso – disse l'anziano sorridendo.

Il Nini, ogni volta che veniva sorpreso da un dubbio sugli uomini, o sugli animali, o sulle nubi, o sulle piante, o sul tempo, si rivolgeva al Centenario. Lo zio Rufo, dalla sua esperienza, o forse a causa della stessa, possedeva una acuta perspicacia per caratterizzare i fenomeni naturali, anche se per il Centenario, il gorgheggiare dei passeri, o il sole nelle vetrate della chiesa, o le nubi bianche dell'estate, non erano sempre la stessa cosa. A volte, parlava del suo "vento di quanto era ragazzo", o della "polvere dell'epoca del celibato" o del suo "sole da anziano". Cioè, nelle percezioni del Centenario giocava un ruolo superiore l'età, il segno che lasciarono in lui, a una determinata età, le nubi, il sole, il vento o la polvere dorata della trebbiatura. Il Centenario sapeva molto di tutto, nonostante i ragazzini e i giovanotti del paese non si rivolgessero a lui se non per ridere dei suoi tic nervosi o per alzargli il panno nero accidentalmente e "vedergli il teschio" e farsi, in seguito, beffa della sua malattia:

- Sono giovani, però questo passerà – diceva solitamente il Nini, rassegnato, in questi casi, al Centenario.

La stessa Simeona, sua figlia, non riservava all'anziano alcuna considerazione. Da quanto il Centenario iniziò ad invecchiare, la Simeona prese carico della casa e dei lavori. Badava al bestiame, seminava, sarchiava, falciava, trebbiava e trasportava la paglia. Per questo diventò irritabile, lamentosa e diffidente. L'Undicesimo Comandamento sosteneva che tutti quanti diventerebbero lamentosi e diffidenti se avvertissero improvvisamente cosa significhi guadagnare una peseta. Tuttavia, la Simeona si mostrava eccessivamente irriducibile con suo padre. Nelle rare occasioni in cui spettegolava con le vicine diceva: "Più diventa vecchio, più diventa goloso, non lo sopporto". La signora Clo la guardava invidiosamente e commentava: "Fortuna la tua, devi vedere quanto mangia male Virgilín". Per la signora Clo, quella del Negozio, tutte

le preoccupazioni si concentravano ora su Virgilín. Si prendeva cura di lui come a un figlio e, se fosse stato per lei, lo avrebbe rinchiuso in una gabbia e avrebbe appeso questa alla trave del negozio, come fece un tempo con i ciuffolotti.

La Simeona, invece, trattava suo padre sconsideratamente. La sua diffidenza aumentava ogni giorno ed ora, ogni volta che si assentava di casa, tracciava una riga con la matita sul rovescio della focaccia e metteva il dito nell'ano delle galline, una ad una, per accertarsi se il Centenario mangiava un pezzo di pane o faceva merenda con qualche uovo durante la sua assenza. Al ritorno diceva:

- Dovrebbero esserci tre uova, padre; vediamo dove le hai messe.

E se per caso mancava una, le grida e gli insulti arrivavano fino alle ultime case del paese e se il tempo era calmo e, ancor di più, se soffiava vento a favore, le voci arrivavano fino alla grotta e il Nini si affliggeva e diceva tra sé: "Ecco la Simeona che sgrida l'anziano".

Ad ogni modo nessuno poteva dire nulla alla Simeona, che oltre a sostenere sulle proprie ossa un padre centenario, il lavoro della terra e una casa, trovava anche energia per il caritatevole compito di seppellire i morti del paese. Utilizzava per far questo un carro malandato, trascinato da un asinello di molti anni al quale la Sime picchiava senza vergogna ogni volta che portava un defunto al cimitero. Nella parte posteriore del carro legava il Duca, il cane, con uno spago così corto che quasi lo impiccava. L'animale guaiva, inclinando un po' la testa per evitare la tensione, però se qualcuno le faceva qualche osservazione alla Simeona, lei replicava:

- Meglio. Così persino al più disgraziato non manca un cane che pianga per lui.

La Simeona imprecava e malediceva come un uomo e nell'ultimo periodo, riferendosi all'ingordigia di suo padre, si prendeva gioco del tumore e diceva: "Il vecchio ora deve mangiare per due". Il Centenario, arrangiandosi, andava qua e là, però nelle ore di sole era d'obbligo trovarlo seduto sulla panchina di pietra della parte posteriore di casa sua, gli occhi socchiusi, scacciando instancabilmente degli uccellini immaginari. Il Nini scendeva con frequenza a cercare la sua compagnia e a consultarlo per i suoi dubbi o per sentire le vecchie storie nelle quali rovesciava inevitabilmente le sue nostalgie del "suo sole di quando era ragazzo", "della polvere di quando era celibe" o "degli inverni di Alfonso XII".

Ultimamente, il Nini arrivò ad ammirare quel panno nero che copriva parte del naso e della guancia sinistra dello zio Rufo e, ogni volta che si sedeva al suo lato, provava la tentazione quasi imbattibile di alzarlo. La sua era la stessa impazienza che avvelenava i ragazzini del paese quando, all'inizio dell'autunno, apparivano gli ungheresi con i fantocci in piazza e arrivata l'ora gridavano in coro: "Sono le quattro, che si alzi il panno". Tuttavia, il Nini dominava la tentazione; venerava l'anziano e inconsapevolmente era grato per i suoi insegnamenti.

Il Centenario gli disse, per il Santo Angelo, quando le pavoncelle sorvolavano il Colle di Torrecillórigo, che la neve era vicina, forse a meno di una settimana, e per San Vittoriano, ovvero, cinque giorni più tardi, i fiocchi iniziarono a scendere con una deliziosa sobrietà e, in poche ore, la vallata si trasformò in un immenso telo bianco. La bianchezza dava fastidio agli occhi e i mattoni del paese e i graticci che riparavano le scivolose mura dei porcili si facevano sempre più chiari sotto la neve. Però la vita sembrava essere fuggita dal mondo e un silenzio spaventoso, minaccioso e massiccio come quello di un cimitero, piombò sulla vallata.

Le bestie si rifugiarono nelle loro tane e gli uccelli disorientati si rannicchiavano sulla neve fino a quando il calore dei loro corpi la scioglieva e prendevano, nuovamente, contatto con il tepore della terra. Lì, nei loro buchi, rimanevano immobili, facendo spuntare le loro teste con occhi stupefatti, scrutando affamati i dintorni. A volte, il Nini si distraeva vagabondando per le vicinanze del paese e le gazze e i vaccari e le allodole tardavano a scappare via e, alla fine lo facevano, però dopo un breve volo verticale, come un rimbalzo, tornavano frettolosamente ai loro giacigli.

Verso San Simplicio, il ragazzino e il cane sentirono l'ingannevole chiamata della neve ed uscirono in campagna. Le loro pedate scricchiolavano dolcemente, però quel scricchiolio causava nel solenne silenzio della vallata una sorda opacità. Davanti ai loro occhi si apriva un pianeta minerale vasto, solitario e muto e il ragazzino lo percorreva affranto dall'emozione della scoperta. Girò il Colle Merino e iniziando l'ascesa del pendio, il Nini scorse il volto di una lepre. Le sue lievi orme si definivano nitidamente nella neve intatta e il ragazzino le seguì, il cane dietro ai suoi passi, il muso alzato, senza provare nemmeno a cercare le tracce. Improvvisamente le orme sparirono e il ragazzino si fermò ed osservò intorno e scorgendo il cespuglio di quercia dodici metri più in là, sorrise teneramente. Sapeva, da suo nonno Román, che le lepri nella neve non

evaporano né volano come dicono alcuni cacciatori superstiziosi; semplicemente, per evitare che le orme le incastrino, fanno un gran salto prima di accovacciarsi nel loro nascondiglio. Per questo capiva che la lepre era lì, sotto la quercia, e all'avvicinarsi a lei con il sorriso tra le labbra, godendo della sorpresa, fece saltare la lepre in modo impacciato e il ragazzino le corse dietro, impacciato anche lui, ridendo e cadendo, mentre il cane abbaiava al suo lato. Alla fine, il ragazzino e il cane si fermarono, mentre la lepre si perdeva dietro ad una soave ondulazione, gli occhi giallognoli dilatati dal panico. Ancora ansimante, il Nini provò una reazione bruca e si mise ad urinare e la terra scura spuntò in un piccolo cerchio sotto la neve sciolta. Poco più in là si chinò e fece in pochi minuti un pupazzo di neve, vi collocò il suo copricanna e aizzò il cane:

- Fa, guarda, il Furtivo, vai con lui!

Però al cane spaventava quel pupazzo ed indietreggiava abbaiando, senza smettere di fissarlo scontrosamente e, quindi, il ragazzino formò delle palline e lo distrusse con quattro pallonate. Liberò una risata a crepapelle e l'eco cristallino che risvegliò la sua risata nella neve lo spinse a ripersi e, poi, a gridare una e un'altra volta ancora, ogni volta più forte. Sentiva, facendolo, una grata sensazione di pienezza. Salì la collina senza smettere di gridare e quindi vide il Furtivo, in carne ed ossa, lì sotto, nella vallata, perlustrando goffamente i maggesi della signora Clo. Il Nini si ammutolì e sentì percorrergli nel corpo un'ondata di ira. La legge proibiva cacciare nei giorni di neve perché gli animali striscianti rilasciavano la loro presenza attraverso le orme e la pernice, senza mangiare, non resisteva più a lungo di un volo corto. Comunque, il Furtivo camminava lì e come se la neve non fosse abbastanza, aveva con sé il fucile in guardia bassa nel caso in cui qualcosa scappasse in volo. Il ragazzino lo vide andare verso lui e cercò di evitarlo però il Furtivo lo intercettò. Matías Celemín era pratico nel camminare sulla neve e vedendolo da lontano spassarsela agilmente tra la chiarezza scintillante delle colline, sembra l'unico abitante del mondo. Arrivando alla sua altezza, gli disse il Furtivo mostrandogli i suoi terrificanti denti, carnivori:

- Eri tu che strillavi lassù, birbante?

- Si.

- Ridevi di gusto, eh? Tu ridi quando sei da solo, come i pazzi.

Il ragazzino cercava di camminare velocemente perché la compagnia del Furtivo gli era sgradevole. La bisaccia del Furtivo era ingombrante come due lepri. Disse al Nini:

- Non hai visto orme, giovanotto? Dove diavolo si mettono i tassi in questo periodo?
- Non so.
- Non so, non so; scommetto che lo sai invece.
Il ragazzino si strinse nelle spalle. Il Furtivo aggiunse:
- Vi caccia Giustino dalla grotta, eh? Dove vi metterete, birbante? Se ad un coniglio togli la tana, muore; si sa. Questo è quello che succederà a te per tenere sempre la bocca chiusa.
Dalla collina scendevano le orme piccole dei piedi scalzi del Nini insieme a quelle enormi degli stivali coi chiodi del Furtivo e quelle leggere del cane. La terra, desolata e violacea, leggermente gonfia dalle forme rotonde delle zolle di terra, era come una superficie lattea al momento iniziale dell'ebollizione.
Lo zio Cacciatore di ratti, accoccolato vicino al fuoco, alzò gli occhi sentendo i passi del ragazzino.
- Hai visto quello là? – disse con avidità repressa.
- No – disse il ragazzino.
- Malvino lo ha visto.
- Non è sicuro – aggiunse il Nini –. Non c'è anima viva in campagna.
Lo sguardo fuggente del Cacciatore di ratti si affilò sotto le palpebre e si inchiodò nelle braci, però non disse nulla. Anche il ragazzino osservò il silenzio. Da quattro settimane lo zio Cacciatore di ratti non pensava ad altro che alla concorrenza. Il Nini cercava a volte di dissuaderlo, convincerlo del fatto che il fiumiciattolo fosse di tutti, però il Cacciatore di ratti si offuscava nella sua testardaggine selvaggia: "I ratti sono miei; quello là me li ruba", diceva; e ansimava di fatica ed esasperazione.
Per San Melitón uscì il sole e sciolse la neve, e al cadere della sera, solo alcuni friabili frammenti bianchi circondavano i lati delle colline nello spiovente a nord.
Quella notte si mise a letto ammalato, alla fine, il Centenario, e il Nini, venendone a conoscenza, scese un attimo a fargli compagnia. Sopra al letto era appeso un lavatoio, e di lato, la povera lampada, e sopra alla povera lampada l'immagine della Vergine. Gli disse l'anziano senza girare lo sguardo, senza muovere un muscolo della faccia:
- Questa sera, prima di mettermi a letto, ho voluto sentire il vento nei pennacchi delle piante, come quando ero ragazzo. Mi sono sdraiato vicino al fiumiciattolo ed ho

aspettato, però il vento non soffiava allo stesso modo. Tutto passa, niente si ripete nella vita, figliuolo.

Il ragazzino cominciò a parlargli della neve e del Furtivo e della lepre nascosta sotto la quercia e, alla fine, rimase in silenzio, le pupille nel panno nero che copriva mezza faccia dell'anziano. La respirazione di costui era strozzata ed ansimante, ma, una volta concluso il ragazzino, non commentò. Alla sera seguente il Nini tornò insieme a lui e, allo scendere della notte, si avvicinò e accese la lampada della testata del letto. Per una settimana il Nini visitò giornalmente l'ammalato. Scambiavano a malapena qualche parola, però non appena il giorno agonizzava nella finestra, il Nini, senza che nessuno glielo chiedesse, accendeva la luce. Alla settima notte, appena il Nini accese la luce, il Centenario prese il panno nero con due dita tremolanti, lo alzò e disse:

- Vieni qui.

Il cuore di Nini batteva scomposto. La faccia dell'anziano sotto il panno era un pasticcio sanguinolento scavato nella stessa carne e nella parte superiore del naso, insieme alla tempia, ingialliva l'osso. Il Centenario rise sordamente e disse osservando la faccia pallida del ragazzino:

- Non hai mai visto il teschio di un uomo vivo?

- No – disse il ragazzino.

Il Centenario si mise a ridere nuovamente in maniera quieta e disse:

- Tutti noi veniamo mangiati dagli insetti una volta morti. Però è uguale, figliuolo. Io sono talmente vecchio che gli insetti non hanno avuto la pazienza di aspettare.

9

Verso San Secondo scendevano ogni anno, da quattro, in paese, gli abitanti dell'Estremadura. Formavano una comitiva variopinta con la processione di asini bardati ed arrivavano cantando, come se al posto aver appena finito di percorrere cinquecento chilometri in dieci giorni alla velocità dell'asino per sentieri polverosi, fossero appena emersi da un bagno tiepido dopo un sogno riparatore. La squadra di abitanti dell'Estremadura alloggiava nelle stalle del Potente, al quale pagavano cinque reali al giorno per persona e siccome rimanevano in paese per circa sei mesi ed erano un gruppo di dodici, don Antero si intascava annualmente quasi undici mila reali per questa cosa.

La signora Resu, l'Undicesimo Comandamento, li sentì arrivare e chiuse di colpo la finestra:

- Sono già qui quelli; che Dio ci benedica – disse alla Vito, la domestica.

Durante i primi due anni, il Nini accompagnò gli abitanti dell'Estremadura a potare il monte della depressione e a sradicare le foreste di querce. Prima fecero questo a Torrecillórigo, nonostante ora fossero impiegati dello Stato dedicati all'arduo compito della ripopolazione forestale. La ripopolazione forestale era l'ossessione degli uomini nuovi e con la guerra, appena ventiquattro ore dopo il suo scoppio, vennero organizzate delle squadre di volontari con l'obiettivo di trasformare l'aridità spoglia della Castiglia in un bosco rigoglioso. Non c'era compito più urgente ed i personaggi dicevano: "Gli alberi regolano il clima, attraggono la pioggia e formano l'humus, o la terra vegetale. Bisogna, perciò, piantare alberi. Bisogna fare la rivoluzione. Viva il campo!". E tutti gli uomini di tutti i paesi della vallata si sparpagliarono entusiasti, la zappa sulla spalla, per gli scomodi pendii. Però arrivò il sole d'agosto e bruciò i germogli teneri e i colli continuarono ad essere spogli come teschi.

Guadalupe, il caposquadra degli abitanti dell'Estremadura, che, nonostante il suo nome, era un maschione abbronzato e muscoloso, con maniere brusche e scattanti come uno zingaro, disse per iniziare ai ragazzini del paese nell'osteria di Malvino che arrivavano convinti a trasformare la Castiglia in un giardino. Il Saggio aveva sorriso scetticamente e il Guadalupe gli disse: "Non ci credi?". E il Saggio rispose malinconicamente: "Solo Dio fa miracoli".

Gli abitanti dell'Estremadura iniziarono il lavoro dalla Cotarra Donalcio e in pochi mesi la punzecchiarono di germogli, come la faccia di un uomo colpita dal vaiolo. Però non appena finirono, un sole implacabile versò il suo fuoco sulla collina e gli abeti appena piantati iniziarono a seccarsi e dopo due settimane il settanta per cento degli alberelli trapiantati erano rinsecchiti e schioccavano al pestarli come legna. I sopravvissuti durarono ancora una settimana, però poco dopo sembrarono addirittura bruciati e la facciata della Cotarra Donalcio tornò ad essere così arida e scura come prima che gli abitanti dell'Estremadura lasciassero lì le proprie orme. Il gesso cristallizzato brillava nel margine delle fosse di creta, e Guadalupe, il Caposquadra, scorgendo l'allusione del colle da sotto imprecava e diceva:

- Si prende ancora gioco di noi quella femminuccia.

Parlavano dei colli con rancore, però, nonostante il risultato nullo, non desistevano dall'impegno. A volte spuntava in paese l'ingegnere, il quale era un uomo gioviale nonostante quella pallidezza che trasmettono le pagine dei libri a chi ha studiato molto e, per questo, si riuniva con i dodici abitanti dell'Estremadura nell'osteria del Malvino e li ammoniva come fa il generale ai soldati prima del combattimento:

- Abitanti dell'Estremadura – diceva – tenete presente che, quattro secoli fa, una scimmia che avesse voluto entrare in Spagna da Gibilterra poteva arrivare ai Pirenei saltando da ramo a ramo senza toccare terra. Con il vostro entusiasmo, il paese tornerà ad essere un immenso bosco.

Il Saggio e il Malvino si scambiarono un'occhiata intelligente. Dopo la visita dell'ingegnere, che beveva come uno di loro, gli abitanti dell'Estremadura aumentavano i loro sforzi, affondavano la fossa di ogni albero novello per fare in modo che servisse da recipiente per l'acqua pluviale e che li proteggesse dal vento, però la pioggia non si faceva vedere e, una volta arrivato luglio, l'albero novello si arrostiva nella fossa come un pollo nel suo stesso sugo.

Il Nini frequentava gli abitanti dell'Estremadura perché oltre ad essere dei maestri nell'arte di sradicare una quercia o piantare un abete attraverso un tagliente movimento di polso, gli facevano ricordare i tempi di Torrecillórigo con il nonno Abbondio, quando, allo scendere della sera, nel magazzino bucherellato, raccontavano storie turbolente di assassini. Ogni tanto, si presentava in paese qualche conoscente:

- Nini, giovinotto, che n'è stato del nonno?

- Se n'è andato.

- Dove?

- Non lo so.

- Povero vecchio! Con i suoi lavaggi non ci lasciava chiudere occhio in tutta la notte. Ricordi?

Invece in paese gli abitanti dell'Estremadura non erano ben voluti perché consideravano il loro lavoro inutile, impedivano l'accesso delle pecore alle colline e attribuivano loro tutti i tipi di vizi. Durante la loro permanenza i nativi godevano di una impunibilità assoluta. Davanti a qualsiasi inconveniente la gente diceva:

- Saranno stati gli abitanti dell'Estremadura.

L'Undicesimo Comandamento andava oltre. E se spuntava una banconota di qualche moneta nel cesto delle offerte della chiesa, o se si sapeva di qualche buona azione, diceva:

- Sicuramente, gli abitanti dell'Estremadura non sono stati.

Però il Nini sapeva che gli abitanti dell'Estremadura erano brave persone e con i loro attrezzi, un pezzo di pane e un pezzo di lardo salvavano la giornata e non chiedevano altro. La giornata procedeva incorruttibile verso l'Estremadura dove per sei lunghi mesi li aspettavano impazientemente le loro mogli e i loro figli. Niente di tutto ciò modificava l'opinione dell'Undicesimo Comandamento per la quale gli abitanti dell'Estremadura, in ogni caso, erano degli individui non desiderati. E se restavano in silenzio, le sembravano pericolosi; e se cantavano, maleducati. E se attraversando di fronte al magazzino sentiva i loro cori vivaci chiamava in parte Guadalupe e gli diceva:

- Guadalupe, l'undicesimo non far agitare.

Guadalupe, il caposquadra, sollecitava:

- È concesso quello! E se non cantano, che cosa fanno signora?

- Pregare.

Guadalupe incrociava le sue braccia abbronzate sul petto e dimenava la testa da sopra a sotto, come a dimostrazione del fatto che stesse zitto per non peggiorare ulteriormente le cose.

Verso San Braulio, la signora Resu s'imbatté in piazza con lo zio Cacciatore di ratti:

- Mi fa piacere vederti, Cacciatore di ratti – gli disse –. Sai che il ragazzino va tutto il tempo tra quei perdenti degli abitanti dell'Estremadura e beve dall'otre e sente parolacce e racconti osceni?

- Lascialo fare, signora Resu – rispose il Cacciatore di ratti con il suo sorriso indecifrabile.

- Questo è quello che dici?

- Questo!

- E non sarebbe meglio che andasse a scuola invece di imparare ciò che non dovrebbe?

- Lui sa già.

- Tu credi che sappia?

- Lo dicono tutti.

- Tutti? E se loro stessi sono i primi a non sapere, come sanno se sanno gli altri?

Il Cacciatore di ratti mise un dito sotto al berretto e si grattò violentemente la nuca.

La voce della signora Resu assunse, all'improvviso, un tono conciliatore:

- Ascolta, Cacciatore di ratti – aggiunse –. Il Nini ha dei doni naturali, sono convinta che li abbia, ma ha bisogno di una guida. Se il Nini se lo mettesse in testa potrebbe sapere più di tutti in paese.

L'Undicesimo Comandamento guardò l'orologino da polso e fece un cenno di impazienza:

- Ho fretta, Cacciatore di ratti – concluse. Un giorno devo parlare con te con calma di questo argomento.

Non era nessuna novità la brutta opinione che il Nini procurava alla signora Resu, però prima dell'arrivo degli abitanti dell'Estremadura quest'anno, l'Undicesimo Comandamento si limitava a pensare male di lui o a rimproverarlo fiaccamente. Questo non escludeva il fatto che si rivolgesse a lui quando aveva bisogno, come accadde, verso San Ruperto e San Giovanni due anni prima, con il tema dei conigli:

- Nini – gli disse allora – non covano tutti i mesi i conigli?

- È così, signora Resu.

- Cosa le succede allora a questa che sono passati sei accoppiamenti e non cova?

Il Nini non rispose, aprì la conigliaia e esaminò con attenzione gli animali. Dopo un po', la chiuse nuovamente, si alzò e disse seriamente:

- Sono entrambi maschi, signora Resu.

L'Undicesimo Comandamento arrossì tutta e lo cacciò a spintoni dalla stalla.
Già durante la vita di don Alcio Gago, suo marito, la signora Resu era rigida e dominatrice. Don Alcio, per il problema della pressione, si rifiutava di fare un passo, però siccome diffidava dei cavalli, la signora Resu li acquistava in città dagli scarti dalle imprese di pompe funebri. I cavalli che tiravano le carrozze erano animali docili, incapaci di far del male. Nonostante tutto, don Alcio li onorava con la cinghia dorata e il pennacchio nero in testa se per caso evitando questi complementi rimpiangevano l'anomalia e si agitavano. E i contadini, all'incrociarsi con lui in questo modo, si facevano il segno della croce perché pensavano che un animale così lugubremente bardato non potesse arrecare solo che disgrazie. Con il sorgere del sole, don Alcio si fermava solitamente sul Colle e lì immobile, controluce, sul cavallo col pennacchio, assomigliava ad una apparizione fantasmagorica. A partire da quel momento, il Colle iniziò a chiamarsi la Cotarra Donalcio. Però don Alcio, nonostante la pressione, seppellì quattro cavallerie prima di morire lui stesso, e succedendo questo la signora Resu portò avanti un lutto rigoroso, rifiutandosi anche di partecipare alla festa della prima domenica dopo la Pasqua e assistendo per due anni alla messa attraverso la griglia del confessionale.
Don Ciro, che era il parroco di Torrecillórigo, che per necessità celebrava due volte in paese, era troppo giovane e timido per contraddirla: "Se la sua coscienza è più tranquilla, faccia così", le diceva. Don Ciro si presentava le domeniche verso le undici, nel trattore del Potente, e celebrava una messa semplice e cercava di spiegare semplicemente il Vangelo. Il Mamertito, il figlio del Saggio, che faceva il chierichetto, non suonava mai le campane fino a quando non vedeva dal campanile la nube di polvere che alzava sulla strada il Fordson del Potente.
Il Mamertito, sin da piccolo, iniziò a dire che prima di addormentarsi gli appariva San Gabriele. A sei anni gli si inebetì lo sguardo e la Sabina, sua madre, diceva che era colpa delle apparizioni. Però due anni dopo il giovane cadde dalla trebbiatrice ed uscì dal naso una pigna con radici e tutto e molto sangue e pus e, in questo modo, gli si ravvivò il volto di nuovo e la Sabina, delusa, gli urlò che se fosse tornato a menzionarle San Gabriele gli avrebbe girato la testa con uno schiaffo.
Verso San Giona, la signora Resu mandò a chiamare il Nini:
- Passa, piccolo – gli disse –. Il cane lascialo fuori.

Il Nini la guardò serenamente e disse con disinvoltura:
- Se lui non entra, io nemmeno, signora Resu, lo sa già.
- Va bene. Allora parleremo in cortile.
Però rimasero nell'atrio, seduti su una vecchia arca di noce talmente alta, che i piedi del Nini non raggiungevano il terreno. L'Undicesimo Comandamento usava quella sera con lui delle maniere dolci e represse:
- Dimmi, figliuolo, perché vai sempre in giro così solo?
- Non vado da solo, signora Resu.
- Con chi, allora?
- Con il cane.
- Anima di Dio! È per caso qualcuno un animale?
Il Nini la guardò sorpreso e non rispose. La signora Resu continuò:
- E la scuola? Perché non vai a scuola Nini?
- Per cosa?
- Guarda che domande. Per imparare.
- Si impara a scuola?
- Che razza di cose devo sentire! A scuola si educano i ragazzi per fare in modo che un domani possano essere uomini utili.
Sorrise la signora Resu vedendo lo sconcerto del ragazzino e aggiunse:
- Ascoltami. Gli ignoranti del paese e quei perdenti degli abitanti dell'Estremadura ti diranno che sai molte cose, però tu non farci caso. Se loro non sanno nulla di nulla, come fanno a sapere se sai tu?
Si guardarono l'un l'altro in silenzio e la signora Resu, per non perdere il suo vantaggio iniziale, aggiunse alla fine:
- Sai per caso, piccolo, cos'è la longanimità?
Il ragazzino lo guardava perplesso, con lo stesso stupore con il quale due sere prima aveva guardato il Rosalino quando gli chiese dall'alto del Fordson che desse un colpetto al motore perché la macchina faceva fatica ad avanzare. Siccome il Nini non si scomponeva, il Rosalino gli chiese: "Non sai, per caso, dove si trova il motore?". Alla fine, il ragazzino si strinse nelle spalle e disse: "Di queste cose non me ne intendo, signor Rosalino; sono cose inventate".

La signora Resu lo osservava ora con una punta di orgoglio, un sorriso appena accennato nelle fessure delle labbra:

- Dimmi – insistette –. Sai per caso che cosa sia la longanimità?

- No – disse bruscamente il ragazzino.

Il sorriso della signora Resu fiorì come un papavero:

- Se andassi a scuola – disse – sapresti queste cose e molte altre ancora e un domani diventeresti un uomo utile.

Si aprì una pausa. La signora Resu preparava una nuova offensiva. La passività del ragazzino, l'assenza di qualsiasi reazione iniziava a sconvolgerla. Disse all'improvviso:

- Conosci l'auto grande di don Antero?

- Si. Il Rabbino Senior dice che è un maschio.

- Gesù, che sciocchezze! Un'auto può essere maschio o femmina? È questo quello che dice il Pastore?

- Si.

- Un altro ignorante. Se il Rabbino Senior fosse andato a scuola non direbbe sciocchezze – cambiò il tono della voce per proseguire. – E non ti piacerebbe avere un'auto come quella del Potente da grande?

- No – disse il ragazzino.

La signora Resu si schiarì la voce:

- Va bene – disse a continuazione – però sì che invece ti piacerebbe saper piantare pini più di Guadalupe, l'abitante dell'Estremadura.

- Si.

- O sapere quante dita ha l'aquila reale o dove fa il nido il gheppio che caccia lucertole, vero sì?

- Questo lo so già, signora Resu.

- Va bene – disse l'Undicesimo Comandamento con tono intemperante – tu vuoi che la signora Resu non ottenga nulla. Questo è quello che vuoi, vero?

Il ragazzino non rispose. La Fa lo osservava pazientemente dalla linea dorata della porta.

La signora Resu si alzò e mise una mano sulla spalla del Nini:

- Guarda, Nini – gli disse maternamente – tu hai doni naturali ma il cervello va coltivato. Se a un uccellino non gli dessi da mangiare ogni giorno, morirebbe, vero? Bene, è lo stesso ragionamento.

Si schiarì la voce goffamente e aggiunse:

- Conosci l'ingegnere degli abitanti dell'Estremadura?

- Don Domingo?

-Si, don Domingo.

- Si.

- Ecco, tu potresti essere come lui.

- Io non voglio essere come don Domingo.

- Va bene, ho detto don Domingo ma può essere chiunque altro. Dico che tu potresti essere un signore con un minimo sforzo da parte tua.

Il ragazzino alzò la testa di colpo:

- Chi le ha detto che io voglio essere un signore, signora Resu?

L'Undicesimo Comandamento alzò gli occhi al tetto. Disse, soffocando la sua irritazione:

- Sarà meglio che torni a parlare con tuo padre. Sei molto testardo, Nini. Però tieni presente una cosa che ti dice la signora Resu: in questo mondo non si può rimanere con le mani in mano guardando come spunta il sole e come si mette la giornata, capisci? L'Undicesimo, a lavorare.

10

Il Rabbino Senior si alzava prima che sorgesse l'aurora e immediatamente faceva suonare il corno dal centro della piazza e i vicini, sentendo il segnale, tiravano, assonnati, lo spago agganciato al fermo della stalla e le pecore e le capre si recavano da sole concentrandosi intorno al Pastore facendo suonare gioiosamente le loro campanelle. Dalla sua parte, il Rabbino Junior, a quelle ore, era già di ritorno dal compito di abbeverare il bestiame ed entrambi i fratelli si incrociavano nella piazza e si salutavano alzando lentamente la mano con un cenno amichevole, come se fossero due sconosciuti:

- Buongiorno.

- Buoni noi quelli di Dio.

Poi, il Rabbino Junior si rinchiudeva nelle stalle, puliva le mangiatoie e preparava il foraggio, mentre il Rabbino Senior ascendeva con il gregge verso la collina e la prima luce dell'alba lo sorprendeva, solitamente, attraversando le colline. Durante l'autunno e l'inverno, i primi esseri che il Rabbino Senior scorgeva sotto la vallata, tra i campi oscuri, accostati alla striscia argentata del fiume erano lo zio Cacciatore di ratti e il Nini. Li distingueva, chiaramente anche se minuti, e dalle loro movenze indovinava quando perdevano un ratto o quando lo acchiappavano.

Seduto in una lastra di pietra, a metà collina, mentre pranzava, seguiva ora le loro evoluzioni con un'attenzione indifferente e fredda.

Sotto, nella vallata, il Cacciatore di ratti si appartò dalla tana infastidito:

- Non è manomessa – disse.

Il fiumiciattolo, in magra prematuramente, scorreva a stento tra le canne e le piante e, ai lati sotto un sole pugnace, biancheggiavano i maggesi secchi, in contrasto con l'ingannevole pienezza dei cereali appuntiti.

Il ragazzino stimolò il cane:

- Portalo, Fa!

L'animale, con il muso a rasoterra, annusava i sentieri e i passaggi delle sponde e attraversando da una riva all'altra sguazzò nell'acqua rumorosamente. All'improvviso si impiantò, la coda dritta, la testa piccola inclinata, gli occhi fissi, il corpicino teso e immobile:

- Fai attenzione, chita! – disse il Cacciatore di ratti impennando lo spiedo.

Il cane si lanciò cecamente con una breve abbaiata, spezzando, come un fulmine, le piante e le canne che si alzavano al suo passaggio. Per alcuni secondi corse in linea retta, però, all'improvviso, si fermò, tornò sui suoi passi, fiutò tenacemente in tutte le direzioni e, alla fine, raddrizzò la testa sconsolata e respirò con affanno soffocato.

- L'ha perso – disse il Nini.

- È vecchia ormai; non li percepisce più – disse il Cacciatore di ratti.

Il Nini lo guardò dubbioso. Disse dopo una pausa:

- È incinta. Ecco cos'ha.

L'uomo non rispose. Il cane attraversò con un salto la sponda, si chinò e, concludendo, scavò nervosamente con le zampe fino a coprire di terra la piccola macchia di umidità. Ogni volta che urinava in campagna cercava di non lasciare traccia. Nella grotta bastava che il ragazzino indicasse l'entrata con un gesto per fare in modo che il cane uscisse e si sfogasse. Da giovane la faceva alzando la zampa vicino agli angoli, come i cani, però dopo il primo parto, l'animale si sedette e acquistando coscienza del proprio sesso. Prima, l'Antoliano le mozzò la coda con un solo colpo di scalpello. Però, in tutti i casi, la coda di Fa era una coda allegra ed espressiva, come quegli uomini che accumulano disgrazie e, tuttavia, sorridono. Dalla coda di Fa il Nini capiva dove c'erano ratti e dove non c'erano, se era felice o triste, dove faceva il nido l'upupa o il tarabuso o se era in arrivo un pericolo.

- È del cane del Centenario – chiarì il Nini, dopo una pausa, senza che l'uomo gli avesse chiesto spiegazioni.

- Del Duca?

- Si. Di notte la Sime lo libera.

Il Cacciatore di ratti scosse la testa arrabbiato. Aveva la barba irsuta da tagliare, e il berretto sporco e usato calato fino alle orecchie. I suoi occhi si intorbidivano dicendo:

- Non ci sono più ratti.

Si preannunciava la primavera e i bottini erano ogni volta più scarsi e difficili. Nessun anno fu più duro di così. I ratti abbondavano nel fiumiciattolo – a volte fino a cinque o sei in una tana – ed era raro il giorno in cui lo zio Cacciatore di ratti non riempisse una bisaccia di tre dozzine. Ora, a malapena ottenevano un terzo. Il Cacciatore di ratti diceva, schiacciando le gengive disossate: "Quello là me le ruba". Malvino, in osteria,

gli diceva ogni sera: “I ratti sono tuoi, Cacciatore di ratti, mettitelo in testa. A quel monello nessuno gli ha dato il permesso di intromettersi”. “Esatto”, diceva il Cacciatore di ratti e i muscoli del collo e delle braccia gli si tendevano fino a scoppiare quasi. Il Malvino per di più aggiungeva: “Vuole toglierti il pane; non lasciare a questo stolto che calpesti il tuo terreno”. Poi, fino alla sera seguente, il Cacciatore di ratti non faceva altro che rimuginare le sue parole nonostante il Nini si sforzasse per convincerlo che i ratti erano come il grano, che alcuni anni viene meglio e altri peggio, e dava la colpa della loro assenza ai furetti e alle donnole. “Qualcosa devono pur mangiare” – diceva –; “conigli non ce ne sono”. A volte il ragazzino immaginava che i ratti potessero esser stati colpiti dalla peste dei conigli, però nonostante la ricerca non riuscì a trovare un ratto ammalato. Conigli, invece, si trovavano facilmente nella pianura, nei passi o nei sentieri del monte, la testa fulva, le palpebre gonfie, il muso allarmato da pustole. L’animale contagiato era un essere indifeso che moriva di inanizione: cieco e senza olfatto era incapace di trovare cibo.

Il Nini trovò una grotta annidata e richiamò l’attenzione del Cacciatore di ratti:

- Guardi – disse.

Tra la paglia si muovevano due minuscoli corpi rosati. Avevano ancora gli occhi chiusi però, invece, aprivano delle bocche sproporzionate:

- Vede, due cuccioli – aggiunse il ragazzino –. Nessuno ha la colpa.

Normalmente, le covate dei ratti erano da cinque a otto. Disse il Cacciatore di ratti, dopo averle osservate attentamente:

- Sono di questa notte.

Il ragazzino coprì il nido, facendo attenzione a non pestarlo. Disse poi insistendo:

- È un anno bisestile. Nessuno ha la colpa.

Alla mattina seguente, quando stava minacciando un animale, nel letto del fiume, il Nini si imbatté con il cacciatore di ratti di Torrecillórigo. Era un bel ragazzo, di occhi vivaci e di espressione audace, che vestiva una giacca di tela scura e stivali chiodati come quelli del Furtivo. Il suo cane annusava senza convinzione tra le piante. L’uomo sorrise al ragazzino e disse, accovacciandosi e conficcando lo spiedo di ferro nel terreno:

- Che succede, che non ci sono ratti quest’anno?

- Che ne so – disse il ragazzino.

- L’anno scorso ce n’era una marea.

- Quest'anno no. Le gazze li prosciugano; e i furetti.
- Anche i furetti?
- Guarda. Non ci sono conigli sopra. La peste li ha uccisi tutti. Qualcosa devono pur mangiare.
Dopo rimase in silenzio per un po' vicino al letto del fiume, osservandolo. La Fa anche lo guardava fare e, ogni tanto, mormorava con astio mal represso. Il Nini si soffermò sulla borsa floscia, sulla vita dell'uomo:
- Non ne hai preso nemmeno uno?
L'altro sorrise; il suo sorriso era molto bianco in contrasto con la sua faccia abbronzata.
- Non li ho nemmeno visti – disse.
Il ragazzino conficcò i gomiti sulle ginocchia e trattenne la faccia tra le mani:
- Perché lo fai? – indagò alla fine.
- Perché faccio cosa?
- Cacciare ratti.
- Per divertirmi, guarda. A me piacciono i ratti.
- Li vendi?
L'altro scoppiò a ridere francamente:
- Non è male questa. Ottenendoci qualcosa per fare merenda sono già contento – disse.
Quindi il ragazzino gli suggerì che cacciasse nella territorio di Torrecillórigo. Il ragazzo sembrava molto divertito:
- È vietato in questo?
Il ragazzino continuò muto. L'uomo, quindi, si sedette sull'argine, arrotolò una sigaretta, l'accese e si sdraiò sotto il sole. Strizzava gli occhi, non si sapeva se per il fumo della sigaretta o se per la forza del sole e, all'improvviso, si raddrizzò e disse:
- Sembra che non voglia piovere.
Il Saggio, da San Giovanni Climaco, diceva ogni sera nell'osteria del Malvino: "Se non piove per San Quinciano, a morire per Dio". Il Rosalino e il Virgilio, e il José Luis e il Giustino e il Guadalupe e tutti gli uomini del paese non dicevano niente, però ogni mattina, svegliandosi, alzavano gli occhi al cielo e contemplando l'azzurro infinito borbottavano imprecazioni e maledicevano tra i denti. Tuttavia, si avviavano e uscivano con il primo sole a sarchiare i campi seminati o a rivangare i terreni a riposo e, concludendo, si sedevano silenziosamente in osteria ad aspettare l'acqua e, qualche

volta, cercavano di dimenticare il rischio e dicevano: “Dai, Virgilio, suonaci un po’; almeno avremo della musica”. E lo stesso accadeva a settembre quando aspettavano pazientemente che piovesse per alzarsi. Gli uomini del paese cercavano di difendersi contro le avversità e scandivano il corso dell’anno con feste e sagre. Però l’acqua, o le nuvole, o l’afide, o la gelata nera arrivavano sempre a scombussolare tutto. Verso Las Marzas, che quest’anno caddero per San Porfirio, il paese sembrava un funerale. Tuttavia, i ragazzi si frazionarono, come d’abitudine, in due cori ed entrambi litigarono per avere con sé Virgilio Morante, però poco dopo l’aver acceso il fuoco si presentò la signora Clo e disse che c’era rugiada e che Virgilio era raffreddato e che sarebbe stato meglio a casa. I cori, senza Virgilio, a malapena azzeccavano ad intonare e le ragazze ridevano dai balconi per i loro sforzi discordanti. In seguito, nei raccolti, non c’erano ratti per tutti e ancora una volta si avverò la vecchia profezia del Centenario: “Arrivò con agiatezza, divisa con riservatezza”. E il José Luis disse brutalmente allo zio Cacciatore di ratti: “Ormai non servi; dovrai richiedere un posto all’Asilo.” E il Cacciatore di ratti disse: “Non ci sono più ratti; quello là me li ruba”.

Non appena il Nini tornò dal minacciare l’animale, il Cacciatore di ratti gli disse automaticamente:

- Hai visto quello là?

Il Nini non rispose. Lo zio Cacciatore di ratti alzò gli occhi dal piatto:

- Lo hai visto? – disse.

Aspettò ancora un po’ prima di rispondere:

- Non sa niente – disse alla fine –. E nemmeno il cane.

Il Cacciatore di ratti lo prese per i capelli e lo obbligò ad alzare la testa:

- Dove andava, dimmi?

Il ragazzino irrigidì la bocca con un gesto di dolore:

- Nella Revueltas – disse –. Però non sa nulla. In tutta la sera ha preso un ratto, capisce.

Lo zio Cacciatore di ratti lo liberò, però le sue dita continuavano ad essere contratte e alla fine le incrociò con quelle dell’altra mano, come se stringesse la gola a qualcuno.

- Se lo prendo, lo uccido – disse.

Poi rimase ad ansimare per lo sforzo.

Verso San Andrés Hivernón, il cane perse un occhio. Accadde lo stesso giorno in cui il Rabbino Senior, il Pastore, uccise a palate una biscia di un metro e mezzo che si stava

nutrendo della capra del Saggio dopo averla ipnotizzata. La Fa venne colpita dall'ansia dello zio Cacciatore di ratti, dalla sua brama di fiutare tra i giunchi, le canne e le graminacee. Lo zio Cacciatore di ratti non si arrendeva: "Cerca, chita", diceva. E l'animale setacciava tra le piante e il vilucchio.

Uscendo dal groviglio con l'occhio ferito guaiva tenuemente. Lo zio Cacciatore di ratti disse: "Non serve più; è vecchia ormai". E il ragazzino la prese tra le sue braccia e passò la notte applicandole panni di aloe e pepe. Al mattino seguente, le bagnò l'occhio con del succo di prugna, però tutto risultò inutile; il cane rimase storto con un'espressione strana in faccia tra maliziosa e taciturna.

Per San Giovanni di Ante Portam Latinam il cane partorì; nacquero sei cuccioli a pois e uno di manto color cannella. Il ragazzino scese dal Centenario per dargli la bella notizia:

- Ormai siamo parenti no? – disse l'anziano.

- Parenti, signor Rufo?

- Vediamo. Non si tratta dei cuccioli del Duca e del tuo cane?

- Si.

- Beh, allora.

Il ragazzino non si abituava ora alla solitudine. Sentiva la mancanza del cane, al suo lato. Ogni volta che usciva dalla grotta l'animalino lo seguiva con la vista con il dubbio se abbandonare lui o i suoi cuccioli. Una sera, ritornando dai suoi viaggi, la ritrovò ululando pietosamente. Sotto di lei, nascosto tra le mammelle, giocherellava da solo il cucciolo color cannella. Il Cacciatore di ratti gli disse con un sorriso malizioso:

- Questo vede bene.

Il Nini lo guardò senza rispondergli. Lo zio Cacciatore di ratti aggiunse:

- Ha gli occhi ben vispi.

Il ragazzino traballava:

- E gli altri? – disse alla fine.

- Gli altri?

- Dove li ha messi?

Nel volto dello zio Cacciatore di ratti si disegnò una smorfia tra stupida e maliziosa:

- Dove? Via per di là.

Il cane guaiva al suo lato e il Nini prese il cucciolo in braccio ed uscì dalla grotta. La Fa lo precedeva annusando il terreno, attraversò la stradina, e verso il confine del campo di grano si lanciò al terriccio umido, alzò il muso al vento e alla fine, senza vacillare, si diresse al fiumiciattolo in linea retta. Una volta lì, si buttò per terra, la testa molle, come rassegnata. Il Nini scorse quindi tra le piante il primo cucciolo. Uno ad uno recuperò i sei cadaveri e proprio lì, nel terriccio umido, scavò una fossa profonda e li sotterrò. Per finire mise una croce di legno sul cumulo di terra e la Fa si accovacciò al suo lato, guardandolo in modo scialbo con il suo unico occhio riconoscente.

11

La cicogna migrava quasi sempre inaspettatamente, ma questo non impediva al Nini di annunciare la sua presenza ogni anno con vari giorni di anticipo. Nella vallata esisteva da tempo il pregiudizio che la cicogna fosse il messaggero della primavera, anche se in realtà, verso San Blas, data nella quale normalmente si presentava, era a malapena trascorso il duro inverno della pianura. Il Centenario solitamente diceva: "In Castiglia si sa già, nove mesi di inverno e tre di inferno". E raro era l'anno in cui si sbagliava.
Il Nini, il giovanotto, sapeva che le cicogne che facevano il nido nella torre erano sempre le stesse e non quelle nate da poco, perché una volta le inanellò e l'anno seguente tornarono con la loro abituale puntualità e gli anelli brillavano al sole nella punta del campanile come se fossero di oro. Tempo prima, il Nini saliva solitamente sul campanile ogni primavera, per la festa della prima domenica dopo Pasqua, e dall'alto della torre, sotto i paletti del nido, contemplava affascinato la trasformazione della terra. In quel momento, il paese risorgeva dal nulla, e mostrando la sua vitalità decadente assumeva un'apparenza ingannevole di fertilità. I campi di grano componevano un tappeto verde che si diluiva verso l'infinito delimitato dalla catena di colline, le cui creste combattive si ammorbidivano grazie al verde opaco del timo e la ginestra, l'azzurro annacquato della lavanda e il violetta profondo della salvia. Tuttavia, le colline continuavano a mostrare un volto minaccioso che accentuava l'iridescenza cambiante del gesso cristallizzato e l'attitudine rassegnata del gregge del Rabbino Senior, il Pastore, brucando ostinatamente, tra le fessure e la ghiaia, l'erbaccia squallida.
Sotto il campanile si stendeva il paese, delimitato dal fiumiciattolo, la strada provinciale, il pagliaio e le stalle di don Antero, il Potente. Il fiumiciattolo specchiava e ripercuoteva la rigidità estrema dei tre pioppi della riva con i loro tronchi mozzati tornati verdi. Dall'altro lato del fiumiciattolo il ragazzino scorgeva la sua grotta, minuta a distanza, come la tana di un grillo, e man mano che il colle girava, le grotte diroccate dei nonni, di Sagrario, la Zingara, e del Mamés, il Muto. Più indietro si alzava il monte delle querce del comune e le aquile e le poiane lo sorvolavano a tutte le ore minacciando il loro sostentamento. Era, il tutto, come una miracolosa resurrezione, e arrivata la Conversione di San Agostino la fronda del fiumiciattolo ritornava ingarbugliata e rigida; le zone limitrofe si popolavano di papaveri e margherite, le violette e i suoni si

raggruppavano nelle cunette umide e i grilli accoltellavano il silenzio della vallata con un' ostinazione irritante.

Tuttavia, quest'anno, il tempo continuava ad essere impervio per Santa Maria Cleofé, nonostante il calendario annunciasse due settimane in anticipo la primavera ufficiale. Delle nubi alte, appena fuliggine, solcavano velocemente il cielo, però il vento da nord non scemava e le speranze di pioggia andavano svanendo. Vicino al fiumiciattolo, nei minuscoli appezzamenti dove l'acqua arrivava, gli uomini del paese seminarono scarola, bietole, carciofi e piselli nani. Altri falciarono i cereali delle terre alte per i foraggi verdi e disposero il seminato di grano secondo il ciclo breve. I cavalli rimasero al coperto e con il latte delle capre e delle pecore si prepararono i formaggi per il mercato di Torrecillórigo. Negli alveari recentemente installati si fece l'essicazione per evitare uno sciame troppo pieno prematuramente e il Nini, il giovanotto, non ce la faceva a soddisfare le domande dei suoi vicini:

- Nini, ragazzo, guarda che voglio formare nuove famiglie. Se non raccolgo grano almeno raccolgo miele.

- Nini, è vero che se non distruggo i nidi reali lo sciame se ne andrà? E come diavolo riconosco io i nidi reali?

E il Nini ascoltava gli uni e gli altri con la sua abituale gentilezza.

Verso San Lamberto, le nubi svanirono e il cielo schiarì, e sui campi di cereali iniziarono a formarsi dei cerchi biancheggianti. Il Saggio dette l'allarme una notte in osteria:

- Sono già lì i parassiti! – disse –. Il seminato non resisterà con loro.

Gli rispose il silenzio. Da due settimane non si sentiva nulla in paese se non il minaccioso crocidare della cicogna dall'altezza della torre, e il belato melanconico dei nuovi agnelli tra i graticci delle stalle. Gli uomini e le donne camminavano per le stradine sporche trascinando i piedi sulla polvere, lo sguardo offuscato, come aspettando una disgrazia. Conoscevano troppo bene i parassiti per non esasperare. L'anno della fame "l'occhio del gallo" rase al suolo i campi seminati e due anni più tardi il "cyclonium" non rispettò una spiga. Gli uomini del paese dicevano "cyclonium", incrociando le dita automaticamente, come vedevano fare a don Ciro ogni volta che liberava quattro latinismi dal pulpito della chiesa. I più religiosi pensavano fosse una blasfemia il chiamare "cyclonium" un parassita così crudele e devastatore. Tuttavia, fosse o meno improprio il suo nome, il "cyclonium" si accaniva contro loro o, almeno,

minacciava tutti gli anni verso il mese di aprile. Lo zio Rufo diceva: “Se non fosse per aprile non ci sarebbe anno vile”. E in fondo all’anima gli uomini del paese alimentavano un odio concentrato verso questo mese versatile e capriccioso.

Per San Fidel di Sigmaringa, in vista della siccità che si prolungava, la signora Resu propose di tirare fuori il santo per implorare la pioggia dall’alto, perché don Ciro, il parroco di Torrecillórigo, con la sua gioventù ed umiltà eccessiva, e la sua timidezza incerta, non era considerato efficace dagli uomini del paese per una necessità così trascendente. Di don Ciro raccontavano che il giorno in cui Yayo, il maniscalco di Torrecillórigo, uccise a palate sua madre e dopo averla sepolta sotto un cumulo di sterco, si presentò a lui per scaricare le proprie colpe, don Ciro lo assolse e gli disse dolcemente: “Prega tre Avemaria, figliuolo, con molto fervore, e non rifarlo mai più”.

Con tutte queste cose la nostalgia nei confronti di don Zosimo, il Parroco, riprendeva vita tutto il tempo. Don Zosimo, il parroco precedente, era alto due metri e mezzo e pesava 125 chili. Era un uomo gioviale che non smetteva mai di crescere. Al Nini, sua madre, la Marcella, lo spaventava con lui: “Se non fai silenzio – gli diceva – ti porto dal Parroco, a vederlo russare”. E il Nini faceva silenzio perché quell’uomo gigantesco, infoderato di nero, con quella vociona da tuono, lo terrorizzava. E durante le preghiere, il Parroco non sembrava implorare ma esigere e diceva: “Signore, concedici una pioggia florida e fai correre per il volto assetato della terra le correnti celestiali” come se si stesse dirigendo ad un pari in una conversazione invadente. E con quella sua voce assordante, persino le colline sembravano tremare e commuoversi. Invece, don Ciro, davanti alla Croce di Pietra, si inginocchiava sulla polvere e diceva umiliando la testa e aprendo le sue deboli braccia: “Mitiga, Signore, la tua ira con i doni che ti offriamo e inviaci l’aiuto necessario di una pioggia abbondante”. E la sua voce era debole come le sue braccia, e i vicini del paese non confidavano sul fatto che una richiesta così indefinibile incontrasse corrispondenza nell’Alto. E lo stesso accadeva durante le Prediche. Don Zosimo, il Parroco, ogni volta cha saliva al pulpito era per parlar loro della fornicazione e in seguito del fuoco dell’inferno. Ed insisteva con la sua voce dell’oltretomba e, concludendo l’ultimo sermone, gli uomini e le donne abbandonavano la parrocchia inzuppati di sudore, come se avessero condiviso per alcuni giorni insieme ai miscredenti le pene dell’inferno. Al contrario, don Ciro parlava dolcemente, con una ponderata, calorosa tenerezza, di un Dio prossimo e misericordioso, e della giustizia

sociale e della giustizia distributiva e della giustizia commutativa, però loro a malapena capivano qualcosa e se accettavano quei sermoni era solamente perché, all'uscita della chiesa, durante l'estate, don Antero, il Potente, e il Mamel, il figlio maggiore di don Antero, si infuriavano contro i preti che facevano politica e che ficcavano il naso dove a loro non interessava.

Tuttavia, il paese si recava in massa alle preghiere. Prima del sorgere dell'alba, non appena il gallo bianco dell'Antoliano lanciava dal graticcio del porcile il suo rauco chicchirichì, si formavano maldestramente due file oscure che camminavano stancamente seguendo le linee indecise delle carreggiate. Passo dopo passo, gli uomini e le donne camminavano pregando il rosario dell'Aurora e per ogni mistero lo portavano in alto e in quel momento arrivava loro il dolce scampanellio delle pecore del Rabbino Senior dai lati delle colline. E come se questo fosse il segnale, il paese intonava di conseguenza stonatamente, dolorosamente, il "Perdonaci, oh Signore". Così fino a raggiungere la Croce di Pietra del colle davanti alla quale si inginocchiava umilmente don Ciro e diceva: "Mitiga, Signore, la tua ira con i doni che ti offriamo e inviaci l'aiuto necessario di una pioggia abbondante". E così un giorno e un altro ancora.

Verso San Celestino e San Anastasio si conclusero le preghiere. Il cielo continuava ad essere limpido, di un azzurro ogni giorno un po' più intenso del precedente. Tuttavia, al cadere del sole, il Nini osservò che il fumo della grotta uscendo dal tubo andava verso l'avvallamento e strisciava per il versante della collina come una biscia. Senza pensarci ancora fece mezza giravolta e si lanciò correndo giù per la discesa, le braccia aperte, come se stesse planando. Nel ponticello vicino al fiumiciattolo scorse il Saggio incurvato sulla terra:

- Saggio! – gridò agitatamente, e segnalava con un dito il camino, a metà collina. – Il fumo al terreno, acqua in cielo; domani pioverà.

E il Saggio alzò il suo volto sudaticcio e lo guardò come se fosse un'apparizione, prima con perplessità però, immediatamente, conficcò l'accetta nella terra e senza replicare si lanciò come un pazzo per le stradine del paese, agitando le braccia in alto e gridando come un posseduto:

- Pioverà! Lo ha detto il Nini! Pioverà!

E gli uomini interrompevano i loro mestieri e sorridevano timidamente e le donne si affacciavano alle finestrelle e mormoravano: "Che la sua bocca sia benedetta", e i

ragazzini e i cani, contagiati, correvano esultando dietro al Saggio e gridavano a squarciagola: “Pioverà! Domani pioverà! Lo ha detto il Nini!”.

In osteria scorreva il vino quella sera. Gli uomini esultavano e persino Mamés, il Muto, si ostinava nel comunicare la sua euforia facendo smorfie costanti con le sue dita sulla bocca. Però l’impazienza non permetteva agli uomini del paese tradurre il suo messaggio e Mamés gesticolava ogni volta più vivacemente fino a quando l’Antoliano gli disse: “Muto, non urlare così, che non sono sordo”. E tutti, anche il Mamés, scoppiarono a ridere e, dopo poco, il Virgilín cominciò a cantare “La figlia di Juan Simón” e tutti fecero silenzio, perché il Virgilín ci metteva tutto il suo cuore, e solo il Saggio dette una gomitata al José Luis e bisbigliò: “Eh, tu, oggi sta cantando come gli angeli”.

Il giorno dopo, la Resurrezione della Santa Croce, una nube bluastra ed oscura si collocò sopra alla Cotarra Donalcio e si spostò a poco a poco verso sudest.

Il Nini, appena si svegliò, la scrutò attentamente. Alla fine, si girò verso il Cacciatore di ratti e gli disse:

- È già lì l’acqua.

E con l’acqua si scatenò il vento e, di notte, ululava lugubremente battendo le colline. Il fragore dell’uragano infastidiva il ragazzino. Pensava che i morti del piccolo cimitero, condotti dalla nonna Illuminata e il nonno Román, e le lepri e le volpi e i tassi e gli uccelli uccisi da Matías Celemín, il Furtivo, confluissero in branco sul paese per fare i conti. Però questa volta il vento si limitò a sparpagliare la grande nube sulla vallata e si placò. Era una nube densa, plumbea, come la pancia di un topo, che per tre giorni e tre notti scaricò sull’appezzamento. E gli uomini, seduti alle porte delle case, si lasciavano bagnare mentre si sfregavano gioiosi le loro mani incallite e dicevano guardando il cielo socchiudendo gli occhi:

- Sono già qui gli acquazzoni. Quest’anno sono stati puntuali.

Al mattino del quarto giorno, il silenzio svegliò il Nini. Il ragazzino si affacciò alla bocca della grotta e vide che la nube era passata e un timido raggio di sole solcava le sue ultime ciocche bianche e proiettava un arcobaleno luminoso dalla Cotarra Donalcio al Colle Colorado. Il ragazzino fu raggiunto da un aroma soffice di terra inebriata e non appena sentì cantare l’usignolo di sotto, tra i salici, capì che la primavera era arrivata.

12

A partire da San Gregorio Nacianceno il canto dei grilli diventava nella vallata un vero e proprio clamore. Era come un urlo multiple e ostinato che imprimeva i campi seminati, il lieve letto del fiumiciattolo, le misere baracche di fango e paglia, le oscure colline che ornavano di festoni l'orizzonte, una specie di vibrazione nervosa che si allargava attraverso onde crescenti, come una marea, nei crepuscoli, per poi scemare nelle ore centrali del giorno o della sera. Tuttavia, in ogni caso, il canto dei grilli aveva un volume e una densità, filtrava tra tutte le fessure, rimaneva un sottofondo stridente per ogni lavoretto, però gli uomini e le donne del paese lo disprezzavano; era un qualcosa, come l'aria o il pane, che sosteneva il loro ritmo vitale senza che essi se ne accorgessero. Solamente la Columba, quella del Giustino, andava a volte da suo marito, le mani aperte, irrigidite sopra al petto, e singhiozzava:

- Quei grilli, Giusto. Quei grilli non mi lasciano respirare.

Per gli altri, l'irruzione dei grilli significava per il paese l'inizio di una lunga attesa. I campi seminati sarchiati ed estirpati, verdeggiavano a distanza come una stabile promessa e gli uomini guardavano il cielo insistentemente, perché dal cielo scendevano l'acqua e la sete, il gelo e i parassiti e, in conclusione, a questo punto, solo dal cielo si poteva sperare la granitura delle spighe e il risultato del raccolto.

Con l'irruzione dei grilli la Columba, quella del Giustino, solitamente avvisava il Nini di separare la gallina e affidare i pulcini al gallo castrato. Normalmente non gli pagava il servizio, perché, secondo la Columba, i soldi in tasca ai ragazzini servivano solo per insospettirli; si accordava di dargli per merenda un pezzo di cioccolata e un pezzo di pane e, poi, parlava con lui a distanza, vicino all'argine del pozzo, e non appena il ragazzino se ne andava veniva invasa da una sensazione di inquietudine, come un prurito indefinito che si estendeva in tutto il corpo. Certo è vero che questo le accadeva ogni volta che si avvicinava a qualsiasi suo vicino, motivo per il quale la Columba finì per non relazionarsi con nessuno. In realtà, la Columba sentiva la mancanza della sua infanzia in un sobborgo della città e non sopportava il silenzio del paese, né la polvere del paese, né la sporcizia del paese, nemmeno il primitivismo del paese. La Columba esigeva, perlomeno, acqua corrente, strade asfaltate e un cinema e una balera dove passare il tempo. A Giustino, suo marito, gli tartassava la testa. Gli diceva:

- Giusto, non appena mi alzo dal letto, vedendo solamente il mondo spoglio mi viene la voglia di ritornare.

Il Giusto si irritava:

- E dove possiamo andare per valere di più?

Alla Columba si schiarivano molto gli occhi:

- All'inferno! Ovunque! Non se n'è andato il Quinciano?

- Esempio straordinario, il Quinciano, da fante a morire di fame a Bilbao.

- Meglio morta di fame a Bilbao che di noia in questo deserto, sai.

Per la Columba il paese era un deserto e l'arrivo delle upupe, delle rondini e dei rondoni non cambiava per niente il suo punto di vista. Non lo cambiavano nemmeno l'arrivo delle quaglie, dei passeriformi, dei gruccioni, o i colombacci volando in stormi intensi a duemila metri di altezza. Non lo cambiava nemmeno lo scrocchio frenetico dei caprimulgi, il monotono e penetrante concerto dei grilli nei campi seminati, né il brusco latrare del gufo nivale.

Con Nini, la Columba non andava a genio. Lo considerava come un prodotto in più di quella terra miserabile e ogni volta che lo incontrava lo guardava con disprezzo e diffidenza. Per questo la Columba non ricorreva al Nini se non in circostanze estreme come il caso di smielare l'alveare, o castrare il maiale, o separare la gallina e affidare i pulcini al gallo castrato. Però poi sfogava sul Giustino la sua solitudine e senso di abbandono:

- E il Longinos, dimmi? Non se n'è andato il Longinos? E chi era più disgraziato di lui nei dintorni?

- Questa è un'altra storia. Il Longinos se n'è andato con sua sorella a León. Servito e riverito.

- Ecco, va bene. Tutti hanno le loro giuste motivazioni tranne noi.

Comunque, ogni volta che Fito Solórzano, il Capo, gli accennava il discorso delle grotte, Giustino, il Sindaco, vedeva sorgere un punto di luce nell'orizzonte:

- Se il Capo mi aiutasse – diceva –. Però prima devo chiudere con il discorso delle grotte.

La Columba si agitava:

- La verità è che non mi farei molti riguardi io.

- Tu, tu… tu sistemi tutto con la boccuccia. Cosa faresti tu, sentiamo?

- Metterei un cartoccio e lo accenderei. Vedresti con che eleganza scapperebbe via il Cacciatore di ratti.
- E se non dovesse scappare?
- Non si perde niente, guarda.
Giustino, il Sindaco, tuttavia, s'imbatté due mattine prima, in Piazza, con la signora Clo, quella del Negozio, e lei lo chiamò a sé:
- Giustino – gli disse –. È vero che volete cacciare il Cacciatore di ratti dalla sua grotta? Che male fa lì?
- Vede, signora Clo. Un giorno o l'altro sprofonda e abbiamo una disgrazia in paese.
Lei disse:
- Sistemagliela; questo è più facile.
Il pomfo della fronte di Giustino, il Sindaco, arrossì a vista d'occhio:
- In realtà non è per questo, signora Clo. In realtà, è per i turisti, sa? Poi vengono i turisti e se ne escono dicendo che gli spagnoli vivono nelle grotte, che gliene pare?
- I turisti, i turisti … lasciali pur parlare! Non sono loro che vanno in giro mostrando i polpacci e nessuno dice nulla a loro?
Come se tutto ciò fosse poco, il José Luis, l'Ufficiale Giudiziario, fece vedere un giorno al Giustino l'impossibilità di far esplodere con le buone la grotta del Cacciatore di ratti. Il José Luis, dopo un lungo discorso con il Giudice di Torrecillórigo, arrivò alla conclusione che il Cacciatore di ratti, senza sganciare un soldo, era proprietario della sua grotta.
- Proprietario? – disse perplesso il Giustino –. Si può sapere chi ha pagato due soldi per essa?
Il José Luis adottò un atteggiamento di presunzione:
- Soldi! – disse –. Per la Legge non valgono solamente i soldi, Giusto, non roviniamo tutto. Conta anche il tempo.
- Il tempo?
- Vediamo. Ascolta, tu hai una cosa per del tempo e un giorno, senza far altro che lasciar passare il tempo, diventi padrone di quella cosa. Vediamo così come suona.
Il Giustino aggrottò le sopracciglia e il pomfo gli palpitò come una cosa viva:
- Anche se l'hai rubata?
- Anche se l'hai rubata.

- Siamo fregati, allora – disse il Giustino sconsolatamente.

A partire dalla contesa della grotta, la Columba iniziò a guardare storto il Nini, come il suo più diretto, spietato nemico. Nonostante tutto, il Nini, il giovanotto, sembrava ignorare tale attitudine e mai gli passò per la mente che potesse arrivare il giorno in cui avrebbe dovuto prendere una decisione così rischiosa come quella di versare un bidone di benzina nel pozzo del Giustino. Tuttavia, le cose vennero man mano, e quando per San Bernardino da Siena, la Columba mandò a chiamare il Nini, come ogni anno, per separare la gallina, il ragazzino andò senza sospetto, spennacchiò il petto del gallo castrato, mise sopra un ciuffo di ortiche e lo depositò in seguito nella cassa sopra ai pulcini inquieti per fare in modo che si calmassero. La gallina, nel frattempo, lo guardava fare stupidamente dietro le sbarre della gabbia, come se nulla di tutto quello la riguardasse. Però una volta che il ragazzino concluse, la Columba al posto di dargli pane e cioccolato, come al solito, rimase a guardarlo con la stessa stupida espressione della gallina. La Columba a volte diceva che il Nini aveva la faccia da freddo anche da Vergine a Vergine, giorni in cui aumentava di più la canicola. Il Malvino le spiegava che questo succedeva a tutti quelli che pensano troppo, perché mentre il cervello lavora la testa si scalda e la faccia rimane fredda, dato che le calorie del corpo sono stimante e se le metti in un posto da un altro posto le devi togliere. Il Rabbino Senior, quando era presente, appoggiava l'oste e ricordava che quando don Eustasio della Pietra, che era un saggio, allentava le vertebre a suo padre, aveva anche lui la faccia da freddo. Però il Nini, ora davanti allo sguardo impassibile della Columba disse solamente:

- Bene; questo è pronto.

Quindi lei sembrò svegliarsi, mise al ragazzino una mano sulla spalla e gli disse:

- Nini, perché non ve ne andate dalla grotta?

- No – disse oscuramente il ragazzino.

- No, non ve ne andate o no non si può sapere?

- Tutte e due le cose.

- Tutte e due le cose, tutte e due le cose! – lo metteva alle strette la Columba e la sua voce adirata aumentò gradualmente di tono. – Un giorno il catarro ti roderà le ossa per aver vissuto sottoterra e allora non potrai aprire la bocca né dimenare un piede.

Il Nini non si ammutolì:

- Guarda i conigli – disse serenamente.

La Columba, quindi, perse le staffe, alzò la mano e dette al ragazzino due schiaffi madornali. Dopo, come se fosse lei l'offesa, si portò le due mani alle guance e iniziò a piangere con scosse brusche.

Quella stessa notte, il Nini rubò un bidone di benzina dal sottotetto del Potente e lo svuotò nel pozzo del Giustino. Alla mattina, come d'abitudine, la Columba bevve un bicchiere di acqua a digiuno e, finendolo, schioccò la lingua:

- Quest'acqua ha un gusto strano – disse.

- Che dici per Dio – disse pazientemente il Giustino.

- Ti dico che ha un gusto strano – insistette la Columba.

E avvicinando il naso al mastello, al Giustino tremavano visibilmente le dita:

- Sai che hai ragione? Quest'acqua sa da benzina.

Accese un fiammifero e il liquido del mastello arse furiosamente e il Giustino incominciò a colpirsi il petto con i pugni e a ridere a crepapelle. Sembrava molto alterato prendendo la bicicletta e disse alla Columba con molte smorfie:

- Di questo nulla, capito? C'è petrolio qui sotto. Vado ad avvisare il Capo. Questo è più importante delle grotte. Però fino a quando non arrivi il Capo, nemmeno una parola, capito?

Verso sera si presentò il Capo nella piccola auto.

Il sole non si era ancora nascosto però a quelle ore si sentivano già i fischi acuti dei tarabusi ai lati del Colle Merino e i grilli intontivano con il loro canto frenetico dai terreni.

Il Giustino, con mani tremanti, fece la dimostrazione e il Capo, vedendo ardere il mastello, si sentì percorrere da un freddo paralizzante che, paradossalmente, lo faceva sudare a getti lungo la pelata:

- Bene, bene… – disse alla fine con una smorfia nervosa di complicità – questo deve vederlo un tecnico. Questa può essere una scoperta. Nemmeno io in persona posso prevedere le conseguenze. Domani tornerò. Fino ad allora, molta discrezione.

Verso notte già inoltrata, il paese intero si stazionò davanti alla casa del Giustino. Rosalino, il Rappresentante, prese la parola e disse che avevano ricevuto notizie sul fatto che fosse stato lì in incognito il signor Governatore e che l'Antoliano e il Rabbino Junior avevano visto l'auto e che qualcosa di importante stava succedendo in paese e che Giusto era il loro Sindaco e aveva il dovere di avvisarli.

Dopo il suo discorso, il clamore acceso dei grilli discese dalle colline come un aroma soffocante ed invase tutto, e Giusto, il Sindaco, vacillò e, alla fine, disse:

- Nulla, non succede nulla, ve lo dico io.

Però la signora Librada, la madre della Sabina, quella del Saggio, strillò con la sua vocina stentorea:

- Forza, Giusto, non farti pregare.

E disse la Dominica, quella dell'Antoliano:

- Questo è molto brutto, Giusto.

E Giusto si girò verso lei:

- Cos'è brutto, Dominica?

E Dominica disse:

- Farsi pregare.

Allora il Giustino alzò le mani in atteggiamento conciliatore e disse: "Va bene". E con circospezione sofferta andò al pozzo, estrasse un secchiello di acqua e gli diede fuoco. Le fiamme ascesero caracollando verso il ciclo alto e oscuro e il Giustino tirò fuori dal petto il vocione da Sindaco e disse:

- Amici! Dalla Cotarra Donalcio al Colle di Torrecillórigo c'è un mare di petrolio qui sotto. Ha detto così il Capo. Domani saremo ricchi. Adesso vi chiedo solo una cosa: calma e discrezione.

Un urlo di entusiasmo percorse le sue parole. Gli uomini e le donne si abbracciavano, lanciavano per aria i loro vecchi berretti sporchi e il Saggio si spogliò della giacca consumata di tela scura e ci saltava sopra di gioia come un pazzo. Ogni tanto si spostava e diceva: "Calpesta, Dominica. Sotto c'è la fortuna. Bisogna proteggerla". E Mamés, il Muto, sbavando si diresse al Sindaco, come se stesse per fare un discorso, però disse solamente "Je" e dalla fessura della bocca gli gocciolava una schiuma giallognola. E tornò a ripetere: "Je". Quindi la Sabina, come frastornata, urlò: "Il Muto ha parlato! Il Muto ha parlato!". E la signora Librada, nera e aggrottata come un'uva passa, disse: "È un miracolo. Il Muto ha parlato". E il Virgilio, arrampicato sulle spalle del Malvino, strillo: "Frutos, i razzi!". Il Frutos, il Giurato, tornò dal Comune in un battibaleno e i razzi graffiarono l'oscurità del cielo con la loro scia luminosa ed esplosero in alto con un boato breve, come fallito. La signora Clo avanzava verso la Sabina inciampando, facendosi strada tra la folla, però vedendo il Virgilio sulle spalle del Malvino gli gridò:

“Scendi Virgilio, potresti cadere”. Poi chiese alla Sabina: “Sabina, è vero che il Muto ha parlato?” e la Sabina disse: “Ha detto “olé”, lo hanno sentito tutti”. La signora Resu, alle sue spalle, si santificò. Solamente Guadalupe e i suoi uomini sembravano scentrati in quel baccano, chiusi in cerchio, a testa bassa. Il Caposquadra, alla fine, si fece strada a spintoni e andò faccia a faccia con il Giustino. Disse cupamente:

- E noi, Giusto? Cosa otteniamo da tutto questo?

Il Sindaco esultava. Gli disse:

- Vi daremo una parte, chiaro. Qui c’è petrolio per tutti. Vi porterete le vostri mogli ed i vostri figli e vivrete con noi.

Nessuno dormì quella notte in paese e, alla mattina, non appena si presentò il signor Governatore con due uomini solenni ed enigmatici nell’auto grande, la folla eccitata ed assonnata si accerchiò intorno a loro. Però quando Giustino accese un fiammifero e lo lanciò al secchiello e il fiammifero si spense, si diffuse intorno un mormorio di delusione. Il Giustino era impallidito, però insistette altre tre volte ottenendo lo stesso risultato, fino a quando, alla fine, il signor Governatore lo invitò ad entrare in casa con il mastello e i due uomini solenni ed enigmatici. Uscendo, la gente lo circondò in attesa, e il signor Governatore, il quale era spinto da Giustino da dietro, si affacciò goffamente alla bocca del pozzo e disse con voce profonda:

- Contadini: siete stati vittime di uno scherzo crudele. Non c’è petrolio qui. Però non demoralizzatevi per questo. Avete il petrolio nei caschi dell’aratura o nei vomeri dei vostri aratri. Continuate a lavorare e con il vostro sforzo migliorerete il vostro livello di vita e contribuirete alla grandezza della Spagna! Viva il campo!

Nessuno applaudì. Scendendo dall’argine del pozzo il signor Governatore si passò nervosamente un panno bianchissimo per la pelata splendente, dette un colpetto amichevole al Giustino e mormorò: “Mi dispiace”. Poi alzò la voce e disse: “Mi dispiace veramente”. E dirigendosi ai due signori solenni ed enigmatici, disse, indicando l’automobile: “Quando vogliono”. Un meccanico con l’uniforme aprì loro lo sportello e l’auto grande si perse per strada dietro una nuvola di polvere.

13

Oltrepassando la linea dell'ombra, lo zio Cacciatore di ratti socchiuse le palpebre, acciecato dal bagliore del sole nascente. Dall'interno della grotta, controluce, sembrava più tracagnotto e robusto di quello che era e la sua immobilità e il berretto usato affondato fino alle orecchie gli davano le sembianze di una statua. Le braccia gli pendevano lungo il corpo, e le mani, di dita tutte uguali come recise da una ghigliottina, raggiungevano ampiamente le ginocchia. Dopo alcuni secondi, l'uomo aprì gli occhi e posò lo sguardo sui vasti campi di cereali incendiati di papaveri. Il canto reiterativo dei grilli aveva ora un ritmo tonificante, come una energia trasferita per la prima volta. Gli occhi del Cacciatore di ratti si alzarono a poco a poco fino alle colline grigie e lontane, come barche con le nude chiglie al sole e, alla fine, scivolarono sui pendii pelati fino a fermarsi sul ponticello di tavole che univa la grotta al paese:

- Dovremo scendere – disse allora con un grugnito quasi impercettibile.

Il Nini si spostò fino a lui, seguito dai cani, e si fermò al suo lato. I suoi occhi erano ancora addormentati, però il dito alluce del suo piede destro accarezzava automaticamente il cane storto contropelo e la Fa rimaneva immobile, lieta, mentre il Loy, il cucciolo, giocherellava pazzerello vicino a lui.

- Sarebbe peggio – disse il ragazzino –. Rovineremo le covate e non guadagneremo nulla.

L'uomo soffiò alternativamente le narici del naso e poi passò per esse con il dorso della mano. Disse:

- Qualcosa dobbiamo pur mangiare.

Da quando i ratti iniziarono a scarseggiare si accentuò l'ermetismo dello zio Cacciatore di ratti. Il berretto sporco calato fino alle orecchie gli disegnava la forma del cranio e il ragazzino spesso si domandava cosa stesse tramando lì sotto. Anni prima in questo periodo, dopo la merenda di Santa Elena e San Casto, il Cacciatore di ratti aveva messo da parte a sufficienza per superare l'estate, invece l'ultima stagione è stata dura e adesso, arrivato il divieto, la fame si alzava davanti a loro come un fantasma nero.

- Per San Vito inizia la caccia del granchio. Speriamo sia una buona annata – insisteva il ragazzino.

Lo zio Cacciatore di ratti sospirò profondamente e non disse nulla. Le sue pupille si erano alzate di nuovo e si inchiodavano nelle ripulite colline grigie che chiudevano l'orizzonte. Aggiunse il Nini:

- Verso l'estate saliremo al monte a togliere la corteccia alle querce; il Marcellino, quello degli esperimenti, paga bene. Sarà meglio aspettare.

Il Cacciatore di ratti non rispose. Fischiò tenuemente e il Loy, il cucciolo, rispose alla sua chiamata. Quindi il Cacciatore di ratti si accovacciò e disse sorridendo: "Questo vede bene" e cominciò a fargli smancerie e il Loy grugniva con rabbia simulata e faceva in modo che mordesse le sue mani rozze. I giorni di ozio erano lunghi e, solitamente, il Cacciatore di ratti li riempiva rassettando la grotta, o addestrando il cucciolo sul letto del fiume o chiacchierando parsimoniosamente, al cadere del sole, nella panchina di pietra alla porta dell'Antoliano o nell'osteria del Malvino. Alcune notti, prima di ritirarsi, andavano tutti insieme alla stalla a vedere mungere il Rabbino Junior. E gli dicevano: "Oggi senza parlare, ragazzo". E quando il Rabbino Junior finiva dicevano tra loro: "Dio mio, meno latte, renditi conto". E, il giorno dopo, gli dicevano: "Parla alla mucca mentre la mungi, ragazzo". E allora il Rabbino Junior iniziava un monologo dolce e otteneva un mastello in più e loro si davano gomitate e si dicevano con maniere in segno di approvazione: "Che te ne pare? È geniale questa cosa!". A volte, mentre fumavano apaticamente nella stalla o nella panchina di pietra della bottega dell'Antoliano, la conversazione ricadeva sul cacciatore di ratti di Torrecillórigo e l'Antoliano diceva: "Colpiscilo, Cacciatore di ratti. A cosa ti servono le mani?". Allora lo zio Cacciatore di ratti trasaliva lievemente e farfugliava: "Lascia solo che gli metta gli occhi addosso". E il Rosalino diceva: "Al figlio di mia madre potevano arrivare a quelle". E se il ritrovo era in osteria, il Malvino andava dallo zio Cacciatore di ratti e gli diceva:

- Cacciatore di ratti, se un povero si mette in casa di un ricco, si sa già, è un ladro, no?
- Un ladro – confermava il Cacciatore di ratti.
- Però, se un ricco si mette in casa di un povero, cos'è?
- Cos'è? – ripeteva stupidamente il Cacciatore di ratti.
- Un ratto!

Il Cacciatore di ratti negava ostinatamente con la testa:

- No – diceva alla fine –. I ratti sono buoni.

Il Malvino insisteva:

- E io dico, Cacciatore di ratti, si possono rubare solo i soldi?

Gli occhi dello zio Cacciatore di ratti si intorbidivano ogni volta di più:

- Esatto – diceva.

Per Santa Elena e San Casto non ci furono ratti per nessuno e la festa di addio alla caccia risultò mediocre e triste. Il Cacciatore di ratti tirò fuori dalla bisaccia uno ad uno fino a cinque pezzi:

- Non ce ne sono più – disse, alla fine.

Il Saggio scoppiò a ridere non dignitosamente:

- Per quel viaggio non avevi nemmeno bisogno della bisaccia.

Il Cacciatore di ratti girò lo sguardo cupo intorno a sé e ribadì:

- Non ci sono più ratti ormai. Quello là me li ruba.

Il Malvino avanzò fino a lui e disse infuriato:

- E ritieniti ancora fortunato, perché tra un anno non te ne rimarrà uno per raccontarlo.

Gli avambracci dello zio Cacciatore di ratti si rizzarono di muscoli quando mise le dita a forma di uncino e disse con una voce improvvisamente rauca:

- Se lo prendo, lo uccido.

In quei casi, il Nini cercava di calmare la sua eccitazione:

- Se non ci sono ratti, ci saranno granchi, non ci faccia caso.

Il Cacciatore di ratti non rispondeva, e arrivata la notte saliva alla grotta e l'uomo accendeva la lucerna e si sedeva alla porta silenzioso. I grilli si sgolavano lì sotto, nei campi seminati, e le zanzare e le farfalle notturne giravano in cerchi concentrici intorno alla fiamma. Ogni tanto, attraversava sopra alle loro teste una raffica come uno scricchiolio di legno rinsecchito. Il ragazzino alzava gli occhi e i cani mormoravano.

- Il caprimulgo – diceva il Nini a mo' di spiegazione.

Però il Cacciatore di ratti non lo ascoltava. Il giorno seguente, il Nini, come ogni mattina, si sforzava per trovare una soluzione. Con l'alba abbandonava la grotta e passava la giornata cacciando lucertole, raccogliendo camomilla, o tagliando erbette per i conigli. Alcuni giorni, addirittura, raggiungeva la punta delle colline più dure della vallata per raccogliere mandorle selvatiche. Però tutto ciò, nell'insieme, rendeva poco. Le lucertole, anche se di carne delicata e saporita, avevano a malapena qualcosa da mangiare; la camomilla la comprava don Cristino, il farmacista di Torrecillórigo, a tre

pesetas al chilo e per quanto riguarda le erbette le compravano la signora Clo, il Saggio o l'Antoliano ad un reale a bracciata solo per fargli un favore. In qualche occasione, il Nini cercò di ampliare la clientela, ma la gente del paese si dimostrava troppo avara:

- Un reale a bracciata? Ma, figliuolo, se le erbette le trovo per terra nelle cunette!

Una sera, la vigilia di San Restituto, il Nini incontrò di nuovo il ragazzo di Torrecillórigo sul letto del fiumiciattolo. Il ragazzino cercò di evitarlo però il ragazzo gli si avvicinò sorridente colpendosi il palmo della mano con il dorso dello spiedo di ferro. La Fa annusava la coda del cane tra le canne. Disse il ragazzo:

- Come ti chiami, ragazzo?

- Nini.

- Solo Nini?

- Nini, e tu?

- Luis.

- Luis? Che nome strano.

- Ti sembra un nome strano Luis?

- Nel mio paese non c'è nessuno che si chiami così.

Il ragazzo si mise a ridere e i suoi denti bianchissimi luccicavano nella carnagione scura:

- E non saranno quelli del tuo paese ad esser strani?

Il Nini alzò le spalle e si sedette sulla riva. Il ragazzo si avvicinò al letto del fiumiciattolo dove il cane girava a rasoterra tra le erbacce e disse ordinariamente:

- Dai, dai.

Poi tornò dal ragazzino e si sedette di fianco a lui, tirò fuori il portasigarette e il librettino ed arrotolò una sigaretta. Accendendola con l'acciarino rinsecchito lo guardò e, sotto il sole, i suoi occhi si striavano come quelli dei gatti. Gli disse il Nini:

- Ormai non dovresti più cacciare.

- E perché?

- Distruggendo le covate sterminerai i ratti.

Il ragazzo raddrizzò lo spiedo di ferro e lo tenne per alcuni secondi in equilibrio sul dito indice senza afferrarla. Dopo di che ritirò velocemente la mano e la acchiappò in aria come chi acchiappa una mosca. Scoppiò a ridere:

- E anche se fosse così, ragazzo – disse – chi piangerebbe per loro?

Il sole cadeva dietro le colline e i grilli frastornavano nei dintorni. Ad intervalli si sentiva tra i giunchi, molto vicina, la chiamata della quaglia in calore.

- Non ti piace cacciare? – indagava il Nini.

- Guarda, è un modo per passarmi il tempo. Però mi piace anche andare in campagna con una ragazza.

Con il sorgere del sole, il Nini ritornava dai suoi viaggi e si riuniva con il Cacciatore di ratti sulla panchina di pietra della porta dell'Antoliano, o nelle stalle del Potente, o nell'osteria del Malvino. In qualunque caso, l'atteggiamento del Cacciatore di ratti non cambiava: muto, lo sguardo sfuggente, gli avambracci stanchi sulle cosce, immobili, come in agguato. Se per caso il ritrovo si celebrava nelle stalle, il Cacciatore di ratti, appoggiato ad una mangiatoia, osservava il Rabbino Junior e quando costui finiva di mungere muoveva la testa in un indefinito gesto affermativo e sussurrava: "È geniale questa cosa!". E il suo vicino, fosse il Saggio, il Virgilio, il Rabbino Senior o l'Antoliano gli davano una gomitata e dicevano: "Che te ne pare, Cacciatore di ratti?". E lui ripeteva: "È geniale questa cosa!".

Per Santa Petronilla e Santa Angela di Merici, l'Undicesimo Comandamento andò a chiamare nuovamente lo zio Cacciatore di ratti:

- Hai riflettuto, Cacciatore di ratti? – Gli disse vedendolo.

- Il Nini è mio – disse il Cacciatore di ratti cupamente.

- Ascolta – aggiunse l'Undicesimo Comandamento – Io non cerco di toglierti il Nini ma di farlo diventare un uomo. La signora Resu pretende solamente che il ragazzino si coltivi un futuro. Così, un domani avrà il "don" e guadagnerà molti soldi e si comprerà un'automobile e potrà portare te in giro per tutto il paese. Non ti piacerebbe, Cacciatore di ratti, girare per tutto il paese in automobile?

- No – disse seccamente lo zio Cacciatore di ratti.

- Va bene. Però sì che ti piacerebbe lasciare un giorno la grotta e alzarti in una casa tua con terrazza e cantina sulla Cotarra Donalcio, che abbia gloria, vero sì?

- No – disse il Cacciatore di ratti –. La grotta è mia.

La signora Resu si portò le due mani alla testa e la trattenne come se temesse che iniziasse a volare via.

- Va bene – ripeté –. È ovvio che l'unica cosa che ti diverte, Cacciatore di ratti, sia che la signora Resu non ottenga nulla. Però prima devi sapere che con un po' di volontà il

Nini potrebbe imparare molte cose, molte cose come le può sapere un ingegnere. Ti rendi conto?

Il Cacciatore di ratti si grattò violentemente sotto il berretto:

- Quelle cose sanno? – chiese.

- Che domande! Qualsiasi problema poni ad un ingegnere te lo risolverà in cinque minuti.

Il Cacciatore di ratti smise di grattarsi e alzò la testa di colpo:

- E i pini? – disse all'improvviso.

- I pini? Guarda, Cacciatore di ratti, nessun'uomo per intelligente che sia può andare contro la volontà del Signore. Il Signore ha stabilito che i pendii della Castiglia siano deserti e contro questo a niente valgono gli sforzi degli uomini. Ti rendi conto?

Il Cacciatore di ratti annuì. La signora Resu sembrò prendere coraggio. Ammorbidì la voce per continuare:

- Il tuo ragazzo è intelligente, Cacciatore di ratti, però è come un campo senza essere coltivato. Il ragazzino potrebbe andare a scuola a Torrecillórigo e un domani potremmo già accordarci affinché studi una professione. Tu, Cacciatore di ratti, devi solamente dirmi sì o no. Se mi dici di sì, io mi prendo il ragazzo…

- Il Nini è mio – disse il Cacciatore di ratti, mettendo il broncio.

La voce della signora Resu si alterò:

- Va bene, Cacciatore di ratti, occupatene pure tu. Non vorrei che un domani ti pentissi di questo.

Allo scendere della sera, quando nel paese si accesero le prime luci e i rondoni si ritirarono, stridendo eccitatamente, nelle grondaie del campanile, la signora Resu arrivò al Comune:

- Questa gente – disse al Giustino infastidita – ucciderebbe per migliorare la propria condizione, però se offri loro un'opportunità regalata, ti ucciderebbe pur di non essere obbligata ad accettarla, ti rendi conto Giusto?

Il Giustino, il Sindaco, si colpì tre volte la fronte con un dito e disse:

- Al Cacciatore di ratti manca qualcosa qui. Se non raglia è solo perché non glielo hanno insegnato.

E José Luis aggiunse:

- E perché non gli facciamo un test?

- Un test? – disse la signora Resu.
- Vediamo. Quelle cose che si chiedono. Se c'è un medico che dice che è matto da legare o che è un ritardato lo si rinchiude e pace.
Al Giustino gli si illuminò la faccia:
- Come al Postino? – chiese.
- Uguale.
Due mesi prima, tornando da una domenica a Torrecillórigo, l'Agapito, il Postino, investì un ragazzino in bicicletta e per pronunciarsi sulla sua responsabilità venne sottoposto nella capitale ad un questionario e i dottori arrivarono alla conclusione del fatto che l'intelligenza del Postino era pari a quella di una creatura di otto anni. All'Agapito piacque molto la prova e da quel momento diventò un po' più loquace e, spesso, utilizzava le domande in osteria come degli indovinelli. "Ti faccio un test?", diceva. Altre volte si vantava della sua condotta e diceva: "E il dottore mi disse: "Se negli incidenti in treno il vagone di coda è quello che da più morti e feriti, cosa le verrebbe in mente a lei per evitarlo?". E io gli dissi: "Se non c'è altro oltre a questo, dottore, è molto semplice: lo toglierei". La gente della capitale pensa che noi dei paesi siamo stupidi".
- Se il Capo lo autorizza, un test potrebbe essere la soluzione – disse il Giustino.
La signora Resu abbassò gli occhi e disse:
- Alla fine, se ci prendiamo queste seccature è per il suo bene. Il Cacciatore di ratti ha il buon senso di un bambino e non anticiperemo nulla trattandolo come un uomo.

14

Durante la prima domenica dopo Pasqua, stava per accadere in paese un gran disgrazia. Poco prima di iniziare la festa, il batacchio della campana colpì la nuca dell'Antoliano e il Mamertito, il ragazzo del Saggio, scivolò giù dalla torre con la fune legata intorno alla vita.

Fortunatamente, l'Antoliano si riprese in tempo, calpestò la fune e il Mamertito rimase a penzoloni nel vuoto, con la tunica blu sgualcita arrotolata sulle ascelle e le sue alette bianche di plastica bruciate dalla violenza dello strappo.

Il Nini, dalla Piazza, osservava l'incidente spaventato, perché erano trascorsi solo due anni da quando era lui a svolgere il ruolo del Mamertito, invece Matías Celemín, il Furtivo, nonostante il giorno prima gli fosse morto il levriero, liberò una risata alle sue spalle e disse: "Sembra una gallina prataiola senza ali, il birbante". La cosa, tuttavia, non successe ai maggiori e la signora Resu, l'Undicesimo Comandamento, ordinò ad Antoliano di issare di nuovo la creatura dato che mancavano gli abitanti dell'Estremadura e la festa non poteva cominciare.

Alla signora Resu, l'Undicesimo Comandamento, costò transigere con le imposizioni di Guadalupe, il Caposquadra, però la delusione causata negli uomini del paese per il discorso del petrolio non era svanita del tutto e secondo le parole di Rosalino, il Rappresentante: "quest'anno non avevano l'umore adatto per fare il pagliaccio". Solo dopo trattative laboriose la signora Resu riuscì ad ingaggiare sei Apostoli, però Guadalupe, il Caposquadra, si mostrò irreducibile in questo aspetto:

- O tutti o nessuno, signora Resu, lo sa già. Noi abitanti dell'Estremadura siamo così.

E prima di permettere che la prima domenica dopo Pasqua si rovinasse, la signora Resu permise a tutti i dodici abitanti dell'Estremadura di vestire le tele rammendate degli Apostoli.

Sulla Piazza polverosa incombeva un sole pieno e contagioso, e molto in alto, lì dove il rumore della folla non arrivava, progredivano lentamente due avvoltoi neri. Il Nini, il giovanotto, ignorava dove abitavano quegli uccelli, però bastava il cadavere di un gatto o di un agnello tra i maggesi per far sì che irrompessero dall'alto delle colline. Sotto di loro, gli stormi di rondoni si lanciavano con spasmi inverosimili contro i supporti della torre, accompagnando i loro movimenti con uno stridio assordante.

Alla fine, da dietro l'angolo della chiesa, apparvero gli abitanti dell'Estremadura. Il Nini li vide avvicinarsi con la loro andatura pesante, facendo spuntare da sotto le tuniche policrome i pantaloni grezzi di tela grossa e gli stivali infangati di creta. Le parrucche arruffate, sovrapposte in maniera goffa, si spargevano sulle loro spalle, e tuttavia, il gruppo dimostrava una signorilità biblica che aumentava sul fondo delle case di mattoni crudi e i sarmentosi graticci dei porcili.

Il paese fece loro strada e gli abitanti dell'Estremadura sfilarono a testa bassa e silenziosi per essa e, arrivando alle scale del templio, si dispersero tra la folla e cominciarono ad aprire porte, e a saltare i muretti, e ad alzare pietre, in una ricerca esaltata, fino a quando la signora Resu, agghindata con la tunica blu e il velo bianco della Vergine, fece un segno impercettibile all'Antoliano e il Mamertito iniziò a scendere, tranquillamente ora, dall'alto della torre, oscillando sulla gente, le ali ancora rovinate, però pieno di estrema unzione e trascendenza.

Scorgendo l'Angelo, la Vergine, gli Apostoli e il paese si inginocchiarono pieni di stupore e si aprì un silenzio fitto e sopra all'urlo isterico dei rondoni si alzò la voce del Mamertito:

- Non cercatelo – disse –. Gesù, colui che è chiamato Nazareno, è resuscitato.

Il Mamertito fece ancora evoluzioni sulla Piazza per alcuni secondi, mentre i fedeli si facevano il segno della croce e l'Antoliano andava, a poco a poco, ritirando la fune. Non appena l'Angelo sparì dietro il supporto della torre, la signora Resu si alzò a stento e disse:

- Cristo, che tu sia lodato e benedetto.

E il paese devoto disse in coro:

- Che per la tua santa Croce hai liberato il mondo.

Atto successivo, entrarono tutti nel templio e si inginocchiarono, mentre sopra, nel coro, Frutos, il Giurato, liberava una colomba della colombaia di Giustino. L'animale, sconvolto, sorvolò la folla per alcuni minuti, colpendo varie volte contro le vetrate e, alla fine, si posò intontita sulla spalla destra della Simeona. Quindi l'Undicesimo Comandamento si voltò verso il paese dalle scalinate dell'altare e disse alla Sime altisonante:

- Figliuola, lo spirito è sceso su di te.

La Sime dimenava la spalla di nascosto, cercando di scacciare la colomba, però vedendo che era inutile ci rinunciò ed iniziò a ingoiare saliva facendo dei rumori strani, come se stesse soffocando, e alla fine si lasciò condurre dalla signora Resu fino alla torciera e, una volta lì, il paese sfilò davanti a lei ed alcuni le baciavano le mani, e altri facevano degli inchini e i più timidi disegnavano furtivamente sui propri volti abbrustoliti uno scarabocchio, come un veloce segno della croce. Una volta concluso il tributo, la Sime, custodita dagli Apostoli e preceduta dalla Vergine e dall'Angelo annunciatore, che scandivano il passo al ritmo del flauto e del tamburello, sfilò per le stradine del paese, mentre la notte cadeva lentamente sulle colline.

Con l'inizio della processione, il Nini corse dal Centenario, che ormai era un groviglio di ossa sotto il lavatoio:

- Signor Rufo – gli disse ansimante –, la colomba si è appoggiata sulla Sime questa sera.

Il vecchio sospirò, alzò faticosamente un dito verso il tetto e disse:

- Gli avvoltoi stanno già volando sopra. Li ho sentiti questa mattina.

- Io li ho visti – disse il ragazzino –. Erano tre e volavano sopra alla torre. Vengono per il levriero del Furtivo.

Il Centenario negò cocciutamente con la testa. Alla fine, disse, con un grande sforzo, indicandosi la spalla sinistra:

- Quelli vengono a posarsi qui.

E in effetti, la sera seguente, San Francesco Caracciolo, morì il Centenario. La Sime posò il cadavere sul pavimento dell'atrio, a pancia in su, sopra al terzone, e gli tolse il panno dalla faccia in questo modo l'osso risplendeva alla luce dei ceri. Intorno si riunì il paese a lutto e silenzioso e la Sime disse al Nini appena entrò:

- Lo trovi lì. Alla fine, riposiamo entrambi ora.

Però lo zio Rufo non sembrava riposare, con il suo unico occhio e la bocca tristemente aperti. Nemmeno la Sime sembrava stesse riposando, perché ingoiava saliva senza smettere, facendo dei rumori soffocati, come il giorno prima quando lo Spirito scese su di lei. Però per ogni persona che arrivava le affibbiava la stessa cosa e quando il moscone, dopo essere stato appoggiato per dieci minuti sulla scarnificazione del Centenario, iniziò a volare sull'afflusso di gente, tutti facevano smorfie per cacciarlo via tranne la Sime e il ragazzino. E il moscone tornava sopra al cadavere che era, senza dubbio, il più spassionato di tutti, però ogni volta che riprendeva il volo, gli uomini e le

donne facevano finta di farsi aria per far sì che non si posasse su di loro, e in questo modo producevano uno sfrigolio come quello delle pale di un ventilatore. Mezz'ora più tardi si presentò l'Antoliano con la cassa di pino odorando ancora di resina, e la Sime chiese che le dessero una mano, però tutti perdevano tempo, fino a quando tra lei, il Nini e l'Antoliano riuscirono a rinchiuderlo, e siccome l'Antoliano, per risparmiare materiale, aveva preso le misure giuste, lo zio Rufo rimase con la testa incassata tra le spalle come se fosse gobbo o se stesse dicendo che a lui nessuna cosa di questo mondo gli importava qualcosa.

A mezza serata, arrivò don Ciro, il Prete, con il Mamertito, cosparse il cadavere di issopo e si inginocchiò ai suoi piedi e disse ansiosamente:

- Inclina, Signore, il tuo udito alle nostre suppliche con le quali imploriamo la tua misericordia per far sì che tu possa mettere nel luogo della pace e della luce l'anima del tuo servo Rufo il quale hai chiamato ad abbandonare questo mondo. Per nostro Signore Gesù Cristo…

- Amen – disse il Mamertito.

E in quell'istante il moscone si allontanò dal cadavere e volò direttamente alla punta del naso di don Ciro, però don Ciro, con gli occhi bassi, le mani incrociate docilmente sopra alla veste talare sembrava in estasi e non lo considerò. E le comparse si davano gomitate e sussurravano: "Il cancro gli rosicchierà il naso", però don Ciro continuava imperturbabile, fino a quando, senza preavviso, starnutì rumorosamente e il moscone, spaventato, cercò rifugio, di nuovo, nel cadavere.

Concludendo le preghiere, la signora Clo si presentò con il libro tarmato e la Sime disse:

- Cosa? Era del vecchio.

Nella prima pagina diceva: "SERMONI PER I MISTERI PIÙ CLASSICI DELLE FESTIVITÀ DI GESÙ CRISTO E DI MARIA SANTISSIMA. L'AUTORE È IL LAUREATO IN PRECETTI SACRI DON JOAQUÍN ANTONIO DE EGUILETA, SACERDOTE E CAPPELLANO MAGGIORE DELLA CHIESA DI SANTO IGNAZIO DI LOYOLA DI QUESTA CORTE. Tomo III. Madrid MDCCXCVI. CON I PERMESSI NECESSARI."

La Sime alzò gli occhi e ripeté:

- Cosa? Era il suo libro.

- Guarda – disse la signora Clo.

E aprì verso la metà e spuntò un foglio piegato, avvolgendo una banconota da cinque pesetas. E nel foglio, scarabocchiato goffamente, diceva: *Risparmi per comprarmi la dentiera*. E nella pagina seguente c'era un'altra banconota da cinque pesetas, e un'altra nell'altra e così fino a venticinque. La signora Clo si insalivò il pollice, riesaminò il denaro con fare esperto, banconota dopo banconota, e glielo consegnò alla Simeona.

- Prendi – le disse – questo è quello che hai. La dentiera a niente può servirgli al vecchio.

Il giorno seguente, San Bonifacio e San Doroteo, quando i ragazzini alzarono la bara, i commenti del paese giravano intorno alla scoperta della signora Clo, però più delle banconote soprese il fatto che il Centenario avesse un libro in casa. E diceva il Malvino, con evidente scetticismo: "Poi, che sapesse o meno. Chi non saprebbe le cose avendo un libro in mano, dico io?".

Fino alla chiesa, i ragazzini fecero tre pause con la bara e, in ognuna, don Ciro pregò gli opportuni responsi, mentre la Sime perdeva la pazienza sul carro, insieme al Nini, e il Duca, il cane, legato sul lato posteriore, con la corda come un cappio, guaiva sgradevolmente. Una volta in chiesa, non appena gli uomini depositarono il feretro sul carro, la Sime aizzò l'asino e questo prese velocemente la corsa tra lo stupore della folla. La Sime aveva i capelli spettinati, lo sguardo brillante e la mandibola contratta, però fino a quando non raggiunse la collina non distaccò le labbra. Disse, in quel momento, al Nini:

- E tu, che ci fai qui dimmi?

Il ragazzino la guardò gravemente:

- Voglio solo accompagnare l'anziano – disse.

Nel cimitero, tra i due, trascinarono la bara fino alla fossa e la ragazza iniziò a buttarci sopra palettate di terra con molta forza. La cassa suonava a vuoto e gli occhi della Sime si inumidivano ad ogni passaggio, fino a quando il Nini la affrontò:

- Sime, cosa ti succede?

Lei si passò il rovescio della mano sulla fronte. Disse poi, quasi furiosa:

- Non vedi il putiferio che sto facendo?

Uscendo, vicino all'inferriata, il Loy annusava la coda del Duca e sopra le colline si stendeva una pace indicibile. La Sime indicava il Loy con la pala:

- Non si rende nemmeno conto che è suo padre, vedi.

Di ritorno, l'asino sosteneva un trotto frettoloso che divenne più vivace scendendo la collina. Però la Sime condusse il carro per il sentiero della Cotarra Donalcio ed entrò in paese dalla chiesa al posto di farlo dal magazzino del Potente. Le disse il Nini:

- Sime, non vai a casa?

- No – disse la Sime.

E davanti alla porta dell'Undicesimo Comandamento fermò il carro, scese e chiamò con due picchiotti secchi. La signora Resu aprendo, aveva la faccia da mal di stomaco:

- Sime, donna – disse –, l'undicesimo non far agitare.

Il Nini aspettava che la Sime rispondesse burberamente, però davanti alla sua sorpresa, la ragazza si umiliò e disse in un sussurro:

- Mi scusi, signora Resu; se non le dispiace, mi accompagni alla chiesa. Voglio offrirmi.

L'Undicesimo Comandamento si santificò, poi si separò dalla porta e disse:

- Che Dio sia lodato. Passa figliuola. Il Signore ti ha chiamato.

15

Verso Nostra Signora della Luce germogliarono le erbacce velenose nel terriccio e il Nini si affrettò a mandare il messaggio al Rabbino Senior affinché allontanasse le pecore, perché a seconda di quello che sapeva dal Centenario, la pecora che mangia le erbacce velenose cova testuggine nel fegato e diventa fuori uso. Quella stessa sera, il Saggio informò il ragazzino che i topi gli minavano l'orto ed impedivano lo sviluppo delle bietole e delle patate. Con il calare della notte il Nini scese al letto del fiumiciattolo e per un'ora si affannò per aprire nel terreno piccoli solchi per far comunicare le gallerie. Il Nini sapeva, dal nonno Román, che formando correnti nelle gallerie il topo si raffredda e con l'alba abbandona la sua tana per coprirle. Il Nini lavorava con parsimonia, come per svagarsi, e, nella sua faccenda, si lasciava guidare dai piccoli cumoli di terra spugnosa che si alzavano intorno. La Fa, invecchiata improvvisamente, lo guadava fare respirando con affanno dall'ombra delle canne, mentre il Loy, il cucciolo color cannella, correva nella ghiaia rincorrendo le lucertole.

Il giorno seguente, San Erasmo e Santa Blandina, prima che uscisse il sole, il ragazzino scese di nuovo all'orto. La foschia sfumava le forme delle colline che sembravano più distanti, e nelle piante si condensava la rugiada. Vicino all'argine volò rumorosamente una quaglia, mentre i grilli e le rane che annunciavano esultando l'arrivo del nuovo giorno, si ammutolivano man mano che il ragazzino si avvicinava. Una volta nell'orto, il Nini si mise in un angolo vicino al fiumiciattolo, e, appena trascorsi dieci minuti, un rumore sordo, simile a quello dei conigli rinchiusi, gli annunciò l'uscita del topo. L'animale si muoveva goffamente, facendo frequenti pause, e, dopo un'ultima titubanza, si diresse ad uno dei solchi realizzati dal ragazzino ed iniziò ad accumulare terra sopra al buco trascinandola con il muso. Il Loy, il cucciolo, scorgendolo, si chinò sulle zampe ed abbaiò furiosamente, saltando con strane finte, però il ragazzino lo allontanò, sgridandolo, prese il topo con attenzione e lo mise nella cesta. In meno di un'ora catturò altri tre topi e non appena il bagliore rosso del sole spuntò sopra alle colline e mostrò le prime ombre il Nini si alzò, stiracchio lentamente le braccia e disse ai cani: "Andiamo". Ai piedi del Colle Colorado, il José Luis, l'Ufficiale Giudiziario, fertilizzava i maggesi e poco più sotto, nell'altra sponda del fiumiciattolo, l'Antoliano legava pazientemente la scarola e la lattuga per far sì che biancheggiassero. Dal paese

arrivavano lo scampanellio del gregge e le voci infastidite e sonnolenti degli abitanti dell'Estremadura nell'aia del Potente.

Venti metri sotto al fiumiciattolo, raggiungendo le canne, si lanciò in volo improvvisamente l'aquila che caccia pernici. Era un fatto anomalo che l'aquila pernottasse tra i giunchi e il Nini non tardò nello scoprire il nido costruito grossolanamente su un rovo con quattro pali intrecciati ricoperti con della pelle di leprotto. Due piccoli, uno di maggior grandezza dell'altro, mettevano a fuoco i propri occhietti rotondi sospettosi, alzando i loro becchi curvi in maniera minacciosa. Il ragazzino sorrise, sradicò un giunco e si intrattenne un attimo provocandoli, assillandoli fino a farli disperare. In alto, nel blu del cielo, l'aquila madre descriveva grandi cerchi, sopra alla sua testa.

Il Nini nascose la sua scoperta, però ogni sera scendeva tra i giunchi per osservare lo sviluppo dei piccoli, le evoluzioni della madre che, a volte, tornava al nido afferrando tra i suoi artigli predatori una lucertola, un ratto o una pernice. Ad ogni incursione, l'aquila, elevata nell'alto del rovo, scrutava diffidente e maestosa i dintorni, prima di spennare il pezzo e consegnarlo ai suoi piccoli. Il ragazzino, nascosto tra i giunchi, spiava i suoi movimenti, l'avidità scomposta dei piccoli mentre divoravano il bottino, la soddisfazione orgogliosa dell'aquila madre prima di risalire di nuovo in altezza. In questo modo i piccoli si riempivano di piume e si sviluppavano, fino a quando una sera il Nini scoprì che il più piccolo era sparito dal nido e il grande era stato legato con un filo di ferro al tronco del roveto. Mentre tagliava l'allacciatura in fretta e furia, pensò a Matías Celemín, il Furtivo, e, dopo poco, non pensò più a nulla perché l'aquila picchiava in verticale su di lui da un'altezza di 300 metri e la Fa e il Loy abbaiavano guardando in alto senza smettere di indietreggiare. L'aquila, nella sua discesa, appena sfiorò il nido afferrò tra i suoi artigli il piccolo liberato, e risalì nuovamente con lui in direzione del monte.

Due giorni più tardi, il Trionfo di San Paolo, si scatenò il vento e il tempo rinfrescò. I crepuscoli erano più freddi e i grilli e le quaglie smorzarono i loro concerti della sera. Il giorno seguente, San Medardo, si placò il vento e, alla sera, il cielo schiarì e sopra al paese incombette un'atmosfera calma e trasparente. Già a notte fonda, spuntò la luna, una luna bianca e lontana, che si alzò gradualmente sopra alle colline. Quando il Cacciatore di ratti e il Nini arrivarono in osteria, il Chuco, il cane del Malvino, abbaiava

furiosamente alla luna dalla stalla e il suo abbaiare aveva una risonanza cristallina. Il Malvino si scompose e disse:

- Che succede a quest'animale questa sera?

A poco a poco, senza preavviso, arrivano all'osteria tutti gli uomini del paese. Entravano sparsi, a uno a uno, il berretto nero usato calato fino alle orecchie e prima di sedersi sulle panche si guardavano intorno timorosi e diffidenti. Solamente, ogni tanto, si sentiva il colpo di un bicchiere sul tavolo o una parolaccia furiosa. L'atmosfera si riempiva di fumo e quando il Saggio comparve alla porta, venti volti abbronzati si girarono verso lui pateticamente. Il Saggio vacillò nell'uscio. Sembrava molto pallido e insicuro. Disse:

- Le stelle brillano molto, non staranno per caso preannunciando la gelata nera?

Gli rispose il silenzio e, in sottofondo, l'accanito e metodico abbaiare del Chuco, nella stalla. Il Saggio si guardò intorno prima di sedersi e allora sentì l'imprecazione del Rosalino, il Rappresentante, alle sue spalle e, girandosi, il Rosalino gli disse:

- Se io fossi Dio metterei il tempo al tuo servizio solo per non sentirti.

Dietro la voce oscura del Rosalino, il silenzio si fece più fitto e drammatico. Il José Luis, l'Ufficiale Giudiziario, si mosse inquieto prima di dire:

- Malvino, non potresti azzittire quel cane?

Uscì l'oste e da dentro si sentì la pedata e il doloroso abbaiare dell'animale in fuga. Nella stanza parve aumentare la tensione una volta tornato il Malvino. Disse, confusamente, Guadalupe, il Caposquadra, dopo un po':

- Quando mai si è visto gelare per San Medardo?

I quaranta occhi confluirono ora su di lui e Guadalupe, per scacciare il suo turbamento, vuotò il bicchiere di colpo. Malvino si avvicinò a lui con la bottiglia e glielo riempì senza che l'altro glielo avesse chiesto. Disse poi, con la bottiglia in mano, affrontando ormai, risolutamente, l'inevitabile:

- Questo no. Sono passati vent'anni dalla gelata di Santa Oliva, vi ricordate? Il cereale era già incanalato e secco e in meno di quattro ore si portò via tutto l'inganno.

L'incantesimo si ruppe all'improvviso:

- Non saremmo arrivati nemmeno ai dieci metri con quello che abbiamo raccolto nell'appezzamento – aggiunse l'Antoliano.

Giustino, il Sindaco, dalla tavola nell'angolo urlò:

- Questo succede una volta sola. Un caso del genere non lo rivedremo.

L'Antoliano gesticolava molto con le sue manone nel tavolo vicino spiegando al Virgilio, quello della signora Clo, il disastro:

- Le spighe erano bruciacchiate, capisci? Allo stesso modo come se il fuoco fosse passato sopra loro. Allo stesso modo. Tutto carbonizzato.

L'oste riempiva i bicchieri, e le lingue, all'inizio flosce, entravano pian piano in funzione. Si direbbe che attraverso quella conversazione appassionata aspettassero ora sventare il pericolo. All'improvviso, elevandosi sulle conversazioni, si sentì nuovamente il doloroso abbaiare del Chuco in cortile.

Disse il Nini:

- Quel cane abbaia come se ci fosse un morto.

Nessuno gli rispose e le abbaiate del Chuco, ogni volta più composte, percorsero i tavoli come una scossa. Il Malvino uscì in cortile. La sua imprecazione si confuse con il pianto lamentoso del cane e con lo sbattere della porta del Furtivo entrando. Disse Matías Celemín, ansimando come se avesse appena finito di percorrere un lungo tragitto:

- Bene sta cadendo. Le carreggiate sono rigide come a gennaio. Nell'orto non rimane un ciuffo in piedi. Perché viene questo castigo?

Da tutti gli angoli si alzò un rumore di imprecazioni represse. Su di essi rimbombò la voce del Saggio eccitata, vibrante:

- Porca miseria – strillò – Questo è vivere? Darsi da fare undici mesi come un cane e, poi, in una notte … – Si girò verso il Nini. Il suo sguardo febbrile si concentrava sul ragazzino, in attesa e bramoso:

- Nini, ragazzo – aggiunse – non c'è più rimedio ormai?

- Dipende – disse il giovanotto gravemente.

- Dipende, dipende… dipende da cosa?

- Il vento – rispose il ragazzino.

Il silenzio era rigido e nervoso. Gli sguardi degli uomini confluirono ora sul Nini come i corvi in ottobre sui campi seminati. Indagò il Saggio:

- Il vento?

- Se con l'alba tornerà il vento porterà via con sé il freddo e la spiga si salverà. Per l'orto è già più complicato – disse il ragazzino.

Il Saggio si mise in piedi e fece un giro tra i tavoli. Camminava come un ubriaco e rideva ora come uno stupido:

- Avete sentito? – disse –. C'è ancora una soluzione. Perché non dovrebbe arrivare il vento? Non è più raro che geli per San Medardo e, tuttavia, sta gelando? Perché non dovrebbe arrivare il vento?.

Smise improvvisamente di ridere e osservò intorno aspettando l'apprensione di qualcuno, però ripassò tutti i volti, uno ad uno, e non vide altro che una nube di scetticismo, una rassegnazione minacciosa lì in fondo alle pupille. Quindi tornò a sedersi e nascose il volto tra le mani. Dietro a lui, l'Antoliano diceva al Cacciatore di ratti a mezza voce: "Non ci sono ratti, il raccolto si perde, si può sapere che cavolo ci lega a questo maledetto paese?". Il Rabbino Junior balbettò: "La ter… La terra – disse –. La terra è come la moglie di uno". Il Rosalino gridò dall'altro estremo: "Uguale, che ti porta via tutto con il primo che arriva!". Mamés, il Muto, faceva smorfie vicino al Furtivo, delle smorfie esagerate come ogni volta che diventava nervoso. Matías Celemín urlò di colpo: "Stai zitto Muto, femminuccia, che fai venire la nausea!". Il Frutos, il Giurato, disse allora: "E se cantasse il Virgilio?". E come se quello fosse un segnale, gridarono contemporaneamente da tutti i tavoli: "Dai, Virgilio, suonaci un po'!". Agapito, il Postino, iniziò a colpire il bancone a ritmo con i palmi delle mani. Il Giustino, che da due ore beveva senza smettere dalla brocca, alzò la sua voce sugli altri: "Dai, Virgilio, qualunque essa sia andrà bene!" e il Virgilio si schiarì la voce due volte e si lancio con "Il vanitoso" e l'Agapito e il Rabbino Senior batterono le mani e, dopo poco, il Frutos, il Guadalupe, l'Antoliano e il José Luis si unirono a loro. Minuti più tardi, l'osteria fremeva e i palmi delle mani si confondevano con le voci impazzite intonando stonatamente vecchie e dolorose canzoni. Il fumo riempiva la stanza e il Malvino, l'oste, percorreva i tavoli e riempiva i bicchieri e le brocche senza smettere. Fuori, la luna descriveva discretamente la sua normale parabola sulle colline e i tetti del paese e la brina si condensava sugli ortaggi e le spighe.

Il tempo aveva smesso di esistere e irrompendo in osteria la Sabina, quella del Saggio, gli uomini si guardarono con le occhiaie e attoniti, come chiedendosi il perché fossero tutti lì riuniti. Il Saggio si fregò gli occhi e il suo sguardò si incrociò con lo sguardo vuoto della Sabina e, allora, la Sabina gridò:

- Si può sapere che succede per fare tutta questa festa alle cinque del mattino? Tutto quello che vi viene in mente è schiamazzare come ragazzini mentre la brina sta distruggendo il raccolto? –. Avanzò di due passi e si mise faccia a faccia con il Saggio –: Tu, Acisclo, non ti ricordi più della gelata di Santa Oliva, vero? Beh, quella di questa notte è ancora peggio, perché tu lo sappia. Le spighe non resistono al freddo e si curvano come fossero di piombo.

Improvvisamente si fece un silenzio patetico. L'osteria sembrava, adesso, l'anticamera di un moribondo dove nessuno si decideva ad affrontare i fatti, a verificare se la morte alla fine fosse stata decisa. Una mucca muggì lamentosamente di sotto, nelle stalle del Potente e come se questo fosse il segnale aspettato, il Malvino andò alla finestrella ed aprì di corsa i battenti. Una luce vaga, ibernata e fredda si introdusse dai vetri appannati. Però nessuno si mosse ancora. Solamente una volta elevato sul silenzio il chicchirichì rauco del gallo bianco dell'Antoliano, il Rosalino si mise in piedi e disse: "Forza, andiamo". La Sabina afferrava il Saggio per un braccio e gli diceva: "È la miseria, Acisclo, ti rendi conto?". Fuori, tra le colline, si cancellavano le ultime stelle e una cruda luce biancastra si estendeva man mano sulla vallata. Le carreggiate sembravano di pietra e la terra scoppiettava una volta calpestata come i gusci delle noci. I grilli cantavano timidamente e dall'alto della Cotarra Donalcio chiamava con insistenza un maschio di pernice. Gli uomini avanzavano con la testa bassa per la via e il Saggio prese il Nini per il collo e ad ogni passo diceva: "Arriverà il vento, Nini? Tu credi che possa arrivare il vento?". Però il Nini non rispondeva. Guardava ora l'inferriata e la croce del piccolo cimitero nell'alto del colle e pensava che quel gruppo di uomini abbattuti, addentrandosi per i vasti campi di cereali, aspettava l'avvento di un fantasma. Le spighe si curvavano inclinando la testa, con il corpo pieno di rugiada e alcune iniziavano già a scurire. Il Saggio disse sconsolatamente, come se tutto il peso della notte fosse piombato all'improvviso in un colpo su di lui: "La soluzione non arriverà in tempo".

Sotto, nell'orto, gli ortaggi erano distrutti, le foglie appassite, bruciacchiate. Il gruppo si fermò nei campi seminati affacciandosi al Colle di Torrecillórigo e gli uomini inchiodarono le loro pupille nella linea, ogni volta più nitida, delle colline. Dietro alla Cotarra Donalcio la luce era più vivace. Ogni tanto, qualcuno si inclinava sul Nini e in un sussurro diceva: "Sarà tardi ormai, vero Nini?". E il Nini rispondeva: "Prima che spunti il sole c'è tempo. È il sole che brucia le spighe". E nei petti rinasceva la speranza.

Però il giorno andava man mano formandosi, schiarendo le colline, delineando la miseria delle case di mattoni crudi e il cielo continuava ad essere alto e il tempo calmo e gli occhi degli uomini, ben aperti, rimanevano immobili, con avidità angosciosa, nella linea di vetta delle colline.

Tutto successe all'improvviso. Prima fu un soffio tenue, sottile, che accarezzò le spighe; poi, il vento prese voce ed iniziò a scendere le colline aspramente, scatenato, curvando le canne, facendo ondulare come un mare gli appezzamenti di cereali. Dopo poco, fu un fragore a raffica quello che colpì i campi con furia e le spighe iniziarono a pendolare, alleggerendosi della brina, raddrizzandosi progressivamente alla luce dorata dell'alba. Gli uomini, faccia al vento, sorridevano impercettibilmente, come ipnotizzati, senza azzardarsi a muovere un solo muscolo per paura di andar contro agli elementi favorevoli. Fu il Rosalino, il Rappresentante, chi per primo recuperò la voce e girandosi verso loro disse:

- Il vento! Non lo sentite? È il vento!

E il vento prese le sue parole e le trascinò fino al paese, e allora, come se fosse un eco, la campana della chiesa iniziò a suonare allegramente a festa e, ai suoi rintocchi, il gruppo intero sembrò svegliarsi e scoppiò in esclamazioni incoerenti e Mamés, il Muto, balbettava e andava da un lato all'altro sorridendo e diceva: "Je, Je". E l'Antoliano e il Virgilio issarono il Nini sopra le loro teste e urlavano:

- Lui lo ha detto! Il Nini lo ha detto!

E il Saggio, con la Sabina singhiozzando al suo collo, si inginocchiò sui campi seminati e si strofinò una e un'altra volta la faccia con le spighe, che si sgranocchiavano tra le sue dita, senza smettere di ridere sventatamente.

16

I minuti orti vicino al fiumiciattolo rimasero bruciati dalla gelata nera. Tuttavia, gli uomini del paese scesero ostinatamente ai loro appezzamenti e seminarono la terra di acetosa, crescione inglese piccante, scarola riccia, piselli teneri, cerfogli, porri e carote primizie. Rosalino, il Rappresentante, alleggerì il vigneto di radici e germogli dagli innesti del padrone e il Nini, il giovanotto, si occupò di eliminare i fuchi dagli alveari e selezionare i conigli per la riproduzione. Un sole, ancora clemente, stabilizzò la temperatura, e sotto i suoi raggi i cereali finirono di creare le canne e di granire e si seccarono in pochi giorni. In paese, aumentò allora l'attività. A tutte le ore, gli uomini e le donne pulivano le aie e preparavano gli attrezzi per la trebbiatura e, al tramonto, disinfettavano i granai pronti per ricevere il cereale. In cielo, di un blu intenso, volarono un giorno le cicogne nate da poco della torre, in anticipo rispetto al detto del defunto signor Rufo: "Per San Juan, le cicogne voleran". Così, ogni mattina, gli sguardi degli uomini del paese si concentravano sul Portone del Nordest che nella prima dozzina del mese si mantenne sereno e brillante. Il Saggio diceva ad ogni passaggio: "Quello che serve ora è che non piova". Il defunto Centenario soleva postillare con il suo proverbio contundente: "Acqua a giugno, porta infortunio". E gli uomini della vallata aspettavano il sole ogni mattina con lo stesso impeto con cui aspettavano la pioggia per Nostra Signora di Sancho Abarca o per San Saturio. Tuttavia, tra il vicinato si diffuse un ottimismo prematuro verso San Basilio, il Magno. Il fatto di aver salvato il cereale dalla gelata nera li impregnava di una loquacità sfrenata. "Male che bene, il raccolto si sta salvando" dicevano. Però la signora Librada, più vecchia e più prudente, avvertiva: "Aspetta di avere il grano nella paniera prima di parlare".

Dal suo canto, lo zio Cacciatore di ratti non aspettava nulla dal tempo. Il suo ermetismo era ogni volta più cupo ed irreducibile. Durante il giorno a malapena distaccava le labbra e di sera, sdraiandosi nella paglia, diceva invariabilmente al Nini:

- Domani dovremo scendere.

Il ragazzino lo frenava:

- Aspetti. Per San Vito si apre la caccia al granchio.

- Il granchio?

- Speriamo sia una buona annata. Chi lo può sapere?

Una settimana prima, per Santa Orosia, le cose furono al punto di risolversi quando Giusto Fadrique, il Sindaco, che si era messo una cravatta verde e rossa come nelle grandi occasioni, disse al Cacciatore di ratti a bruciapelo nell'osteria del Malvino:

- Cacciatore di ratti, cosa diresti se ti offrissi uno stipendio di trenta pesetas al giorno e mantenuto?

Il Cacciatore di ratti si passò la punta della lingua sulle labbra sgretolate. Poi si grattò duramente la nuca sotto il berretto. Si direbbe che stesse per esporre un lungo ragionamento, però disse solo:

- Dipende.

- Dipende da cosa?

- Dipende.

- Guarda, basta che tu salga ai pendii a fare gioielli con gli abitanti dell'Estremadura – indicò il Nini –. Ovviamente, il ragazzo può salire anche lui e mangiare con te.

Il Cacciatore di ratti rifletté alcuni secondi:

- Va bene – disse alla fine.

Giusto Fadrique si pizzicò automaticamente la barba appena fatta. Fece lo stesso due sere prima, in città, quando l'avvocato gli disse: "Se questo soggetto non è cambiato ultimamente non vi è ragione alcuna per sottoporlo ad un test e privarlo della patria podestà". Ora, il Giustino, guardò a lungo il Cacciatore di ratti e disse con un'indifferenza afflitta:

- Ti metto solo come condizione che lasci la grotta.

Il Cacciatore di ratti alzò gli occhi:

- La grotta è mia – disse.

Giusto Fadrique appoggiò i gomiti sul tavolo ed aggiunse pazientemente:

- Fattene una ragione, Cacciatore di ratti. La casa dell'Aia Vecchia frutta venti soldi e tu ne guadagnerai centottanta e mantenuto. Che te ne pare?

- La grotta è mia – ripeté il Cacciatore di ratti.

Giusto Fadrique stiracchiò gli avanbracci sul bancone e disse facendo uno sforzo per ammorbidire il tono della voce:

- Va bene, te la compro. Cosa vuoi per lei?

- Niente.

- Niente. Nemmeno mille?

- No.
- Avrà un prezzo; varrà pur qualcosa, dico io.
- Qualcosa.
- Quanto? Dimmi!
Il Cacciatore di ratti sorrise maliziosamente:
- La grotta è mia – disse.
Giusto Fadrique dimenò la testa da un lato all'altro e, alla fine, fissò nel Cacciatore di ratti le sue pupille inviperite:
- Io potrei fare in modo – disse – che Luisito, quello di Torrecillórigo, non ti rubasse i ratti. Che te ne pare?
Il volto del Cacciatore di ratti si trasformò in un istante. Le narici del naso si dilatarono e le sue labbra si restrinsero fino a rimanere esangui:
- Lo farò già io – disse.
Giustino si alzò:
- Non hai fegato – disse –. In ogni caso, pensaci. Se tu lo vuoi, io potrei aiutarti.
A partire da allora, il Cacciatore di ratti passava le ore vigilando il letto del fiumiciattolo. Viveva in uno stato di esaltazione repressa e di notte non riusciva a conciliare il sonno. Alcune mattine ascendeva il Colle di Torrecillórigo e dalla cima scrutava incessantemente i margini del fiumiciattolo. Al tramonto si rifugiava in osteria, o nelle stalle o nella panchina di pietra della bottega dell'Antoliano. E l'Antoliano gli diceva: "Hai due mani, Cacciatore di ratti. Nessuno ha bisogno d'altro". E il Rosalino inclinava la testa verso Torrecillórigo e aggiungeva: "A me potrebbero bastare". Il Malvino, in osteria, lo sollecitava: "Il fiumiciattolo è tuo Cacciatore di ratti. Prima ancora che a lui spuntassero i denti, ti occupavi già tu del mestiere".
Nel frattempo, il Nini si faceva in quattro per risolvere le difficoltà dei suoi vicini, però raramente l'eliminare i fuchi dagli alveari, o il castrare un maiale, o il selezionare conigli imperfetti da un allevamento di conigli gli conferivano più di due reali in totale. Il Malvino gli diceva: "Fissa una tariffa, femminuccia. Non fanno così i medici e gli avvocati?". Il Nini si stringeva nelle spalle e lo guardava con una così grave disinvoltura che il Malvino si disorientava e finiva per stare zitto.
Per San Vito si aprì la caccia del granchio e il Nini scese al fiumiciattolo con le ragne e i gangami. Riempì le ragne di lombrichi e i gangami con pezzi di carne secca, e al calare

del sole aveva catturato cinque dozzine e i granchi continuavano a cadere nell'inganno con facilità. A notte fonda, il ragazzino accese la lanterna e sostituì i pezzi di carne dei gangami con budella di gallina. I grilli cantavano intorno e sopra alla sua testa, sul primo dei tre pioppi, sbatteva le ali una civetta. A mezzanotte, il Nini raccolse gli utensili svegliò i cani e prima di tornare alla grotta lasciò stesa nel fiumiciattolo una corda per l'anguilla. I granchi gocciolavano dentro al sacco e producevano un rumore umido e appiccicoso.

Lo zio Cacciatore di ratti lo aspettava, accovacciato alla bocca della grotta sotto la lucerna.

- Hai visto quello là? – disse prima che il Nini raggiungesse la meseta di timo.

- No – disse il ragazzino.

Il Cacciatore di ratti masticò qualcosa tra i denti. Aggiunse:

- E i granchi?

- Undici dozzine e mezza – disse il Nini. E per la prima volta in varie settimane lo zio Cacciatore di ratti socchiuse le labbra in un sorriso.

- Se la Sime non scende quest'anno andrà tutto bene – aggiunse il ragazzino.

La Sime fu ai tempi la sua più forte avversaria. La Sime pescava a mano, rimboccandosi le maniche, lasciando allo scoperto dei muscoli bianchi e come sanguinacci. Il dito indice della sua mano destra aveva il polpastrello incallito ed era questo quello che introduceva senza diffidenza tra le tane o tra le piante o dove il granchio si aggrappava con vorace fruizione. Con una tecnica così semplice ci furono anni in cui la Simeona catturò più di cinquecento dozzine. Adolfo, quello dell'auto di linea, portava poi i granchi in città, ordinati per dimensione, per venderli al mercato. Però quest'anno la Simeona si era spiritualizzata. Si lasciò i capelli sulle spalle e si infilò in una tunica nera, lunga fino ai piedi. Il suo abito era lo stesso che usò la Eufrasia cinque anni prima, la prima Offerta che raccolse nella sua casa l'Undicesimo Comandamento. La Sime, come la Eufrasia, avrebbe passato tre anni con la signora Resu, realizzando i compiti più ardui e umilianti, preparandosi per esercitare. Il Malvino, in osteria, diceva solitamente: "È il modo per avere una serva gratis". Il cambio repentino della Simeona sveglio, però, l'avidità degli uomini del paese, che approfittavano di qualsiasi circostanza favorevole per chiederle: "Sime, che te ne farai del carro?". "Mi serve" – rispondeva invariabilmente la Simeona. "E dell'asino?" – aggiungevano –. "Mi serve anche lui" –

rispondeva lei. Loro si grattavano la testa e chiedevano alla fine: “E si può sapere a cosa ti serve un carro e un asino per il monacato?”. La Sime rispondeva senza vacillare: “Per la dote”. Nell’ultimo periodo, il Nini evitava la Sime perché ogni volta che la incontrava lei si chinava e diceva: “Umiliami”. Il ragazzino negava con la testa: “Io non so queste cose” – diceva alla fine –. “Sputami addosso” – aggiungeva lei. Il piccolo si rifiutava. “Non senti?” – insisteva lei –. “Ti dico di sputarmi addosso. Impara ad obbedire alle persone più grandi”. Il ragazzino resisteva, però, a volte, finiva per fingere di lanciare uno sputacchio. Lei non si accontentava: “No così no. Più grande e in faccia, capisci?”. Altre volte, la Sime si buttava per terra e lo supplicava affinché la calpestasse. A poco a poco il ragazzino iniziò a provare un brivido superstizioso nei confronti della Simeona.

Ultimamente la ragazza prognosticava la sua morte e diceva, contorcendosi le mani, che “la cosa sarebbe stata così veloce che non avrebbe avuto tempo nemmeno per lavarsi”. Faceva del Nini il depositario della sua ultima volontà. “Aspetta, Nini – diceva –. Se io muoio voglio che il carro e l’asino siano per te. Il carro lo vendi e l’importo lo impieghi per le messe. Dell’asino, come vuoi tu. Lo puoi montare per uscire in campagna però ogni volta che lo monterai ti ricorderai della Sime e mi dirai una giaculatoria”. “Cos’è questo, Sime?” – indagava il ragazzino –. “Gesù! Fai sul serio? Una giaculatoria è una piccola preghiera”. Tu dici: “Signore, perdona la Simeona”. Nient’altro, capisci? Però ogni volta che monti l’asino, mi capisci?”. “Si Sime, tranquilla” – diceva il ragazzino. Lei rimaneva per un momento pensierosa. Poi aggiungeva: “O meglio ancora. Tu dirai ogni volta che monti l’asino: “Signore, perdona i peccati che la Simeona avrà commesso con la testa, poi con le mani, poi con il petto, poi con il ventre e così via con una cosa fino ad arrivare ai piedi”. Mi capisci, Nini?”. Il Nini la guardava serenamente. Alla fine, disse: “Sime, con il ventre si possono commettere peccati?”. All’improvviso la Sime scoppiò a piangere. Aspettò un po’ per rispondergli. Alla fine, disse: “Vedi, Nini, i più gravi. Il mio si chiamava Paquito e si trova ora in cimitero insieme a mio padre. Non lo sapevi?”. “No, Sime”, replicò il ragazzino. Lei si tirò i capelli all’indietro con fare impaziente. Disse: “Certo, eri molto piccolo allora”.

Però per San Protasio e San Tribuno, la Sime si ammalò veramente e il Nini, vedendola sprofondare nella veste, ricordò il Centenario morto. Gli disse la ragazza:

- Ascoltami Nini. Se io muoio voglio che il carro e l'asino e il Duca siano per te. Capisci?

- Però, Sime… – faceva presente il Nini.

- Niente Sime – troncò lei –. Se io dovessi morire, la dote non mi servirebbe..

- Tu non morirai, Sime. È già morto tuo padre.

- Chiudi la bocca. Nessun padre muore per uno, capisci?

- Va bene, Sime – disse il ragazzino apprensivo.

Lei aggiunse:

- In cambio ti chiedo solo di non dimenticare quello che ti ho detto, ricordi?

- Si Sime. Ogni volta che salirò sull'asino dirò al Signore che perdoni i tuoi peccati iniziando dalla testa.

La Sime sospirò, sollevata:

- Va bene – disse –. Ora umiliami. Non mi rimane molto tempo per lavarmi. Ho fretta.

- Cosa, Sime?

- Sputami addosso! – disse lei.

- No, Sime.

Lei fece delle rapide smorfie con la faccia:

- Non mi senti per caso? Sputami addosso!

Il ragazzino indietreggiava verso la porta. Nei lineamenti affilati della Simeona vedeva ora il Centenario e la nonna illuminata morti:

- Questo sì che no, Sime.

In quell'istante filtrò dalle fessure della finestra un urlo acuto e lamentoso. La Sime rimase immobile, strizzando leggermente gli occhi in un nervoso battere di ciglia e, all'improvviso, si coprì la faccia con le mani e si mise a piangere istericamente:

- Nini, hai sentito? – disse tra due singhiozzi –. È il diavolo.

Il ragazzino si avvicinò:

- È il gufo, Sime, non ti spaventare. Caccia topi sul tetto.

Quindi lei si girò di spalle, liberò una risata e si mise a dire cose incoerenti.

Verso Santa Editruda e Santa Agripina, la Simeona si ristabilì. Il Nini, il giovanotto, la incontrò in Piazza, ancora pallida e vacillante, e per la prima volta da quando si offrì non lo pregò di umiliarla. Il Nini le chiese:

- Stai bene, Sime?

- Bene perché?

- Per niente.

Rimasero un momento faccia a faccia come osservandosi con reticenza. Alla fine, il Nini aggiunse:

- Non scenderai quest'anno alla caccia di granchi, Sime?

- Oh, figliuolo! – disse lei –. Questa è acqua passata. Sono triste ormai.

A partire da quella sera, i granchi iniziarono a mostrarsi schivi coi gangami e le ragne del Nini. Era lo stesso sia se il tempo rimaneva calmo sia se soffiava il vento da sud o dal nordest. Verso sera, i granchi abbandonavano le loro tane o i loro ripari sotto le piante e bazzicavano intorno ai gangami, però senza decidersi se mettersi in salvo dal cerchio. Il Nini, per quanto si sforzasse, riusciva a malapena a catturare più di una dozzina. Arrivando alla grotta diceva allo zio Cacciatore di ratti:

- La Sime mi ha lanciato il malocchio.

Il Cacciatore di ratti si grattava insistentemente il cranio sotto il berretto:

- Niente? – indagava.

- Niente.

- Dovremo scendere allora.

Però il Nini, prima di distruggere le covate della primavera, preferì tornare alle erbette e alle lucertole. Fece uno sforzo per ampliare la sua clientela offrendo le erbette porta a porta. Una sera andò dal Furtivo, nonostante il suo sorriso da carnivoro lo terrorizzasse.

- Matías – gli disse –. Non hai bisogno di erbette per i conigli?

- Erbette? Sei buono tu, birbante! Non sai che ho liberato i conigli da quando è iniziata la peste?

Il Nini sbatteva le palpebre disorientato e, all'improvviso, il Furtivo lo afferrò per il petto e aggiunse, socchiudendo gli occhi come se gli desse fastidio la luce:

- A proposito, non sai tu chi è stato il birbante che ha liberato l'aquilotto dal nido tra i giunchi?

- Un aquilotto tra i giunchi? – indagò il ragazzino –. Le aquile non fanno il nido tra i giunchi, Matías, tu lo sai.

- Beh, questa volta si, vedi; e un figlio di un cane ha tagliato il filo di ferro con cui avevo legato il piccolo, che te ne pare?

Il Nini alzò le spalle e le sue pupille risplendettero d'innocenza. Matías Celemín aggiunse, liberandolo e incrociando solennemente le braccia sul petto:

- Ascolta una cosa soltanto e vediamo se capisci una volta per tutte. Ancora non so chi sia costui, però se un giorno lo acchiappo lo colpisco con una serie di sberle che non gli rimarrà più voglia di intromettersi.

17

Uno spietato sole di fuoco si alzò sopra le colline per il Prezioso Sangue di Nostro Signore e bruciò la salvia e la lavanda dei pendii. In sole ventiquattro ore, il termometro superò i trentacinque gradi e la vallata affondò in un estenuante sopore canicolare. Le colline si crepavano sotto i raggi ardenti e il paese, nell'avvallamento, rimase come imprigionato da una brezza di polvere soffocante. Intorno scoppiettava il grano maturo, mentre i cerchi di orzo già falciati, con i covoni sparsi per i campi di stoppie, manifestavano un anticipato rilassamento autunnale. Sotto l'afa, la vita languiva e il silenzio infernale delle ore centrali era spezzato a malapena dal pigolare lamentoso dei passeri tra le canne alte del fiumiciattolo. Con il calare del sole, una carezza tiepida discendeva dalle colline e la gente del paese approfittava della pausa per riunirsi nelle porte delle case e chiacchierare tranquillamente in piccoli gruppi. Dai campi discendeva il secco aroma della canna avvolta dal linguaggio funebre degli uccelli notturni, mentre le tarme colpivano ritmicamente le lampade o volteggiavano instancabili intorno ad esse in orbite differenti. Dal Colle Merino arrivavano i versi dei tarabusi e, per la loro istigazione, le zanzare si sprigionavano dalle erbacce del fiumiciattolo vagabondavano da tutte le parti con aggressiva ostinazione. Era la fine del ciclo e gli uomini incontrandosi nelle strade polverose si sorridevano tra loro e i loro sorrisi erano come una ruga in più nei loro volti bruciacchiati dal sole e dai venti della meseta.

Tuttavia, per San Michele dei Santi, le colline si presentarono avvolte da una foschia appiccicosa che andava accentuandosi man mano che il giorno avanzava. E il Saggio, notandolo, attraversò il ponticello di tavole e ascese faticosamente il colle e, una volta arrivato al pianerottolo di timo, chiamò il Nini a grande voce:

- Nini, ragazzo – disse quando questo si affacciò alla bocca della grotta, stiracchiandosi –, questa foschia non mi piace. Non starà minacciando tempesta?

Il Loy annusava i talloni dell'uomo e la Fa, stesa vicino al ragazzino, si faceva accarezzare contropelo dal suo sporco piede scalzo. Il Nini scrutò l'orizzonte, le colline leggermente con foschia e, alla fine, i suoi occhi si fermarono nell'astore, sbattendo le ali sopra al Colle di Torrecillórigo. Dopo un po', scese dal colle verso il letto del fiumiciattolo senza dire una parola. Il Saggio e i cani lo seguivano con la stessa fiduciosa docilità con la quale seguono il medico i parenti di un ammalato grave. Una volta al

fiumiciattolo, il Saggio sciolse la lingua e in tono lamentoso disse al Nini che il grano secco e il frumento non avrebbero resistito alla grandine. Il ragazzino fingendo di non sentirlo, si insalivò il dito medio ed osservò attentamente da che lato si asciugava prima. Poi si introdusse tra le canne e le piante e analizzò minuziosamente gli steli longilinei. Le formiche alate si arrampicavano instancabilmente su di essi e raggiungendo l'estremo tornavano indietro. Il Saggio lo osservava adesso silenzioso e in attesa e quando il ragazzino uscì dalle canne lo consultò con lo sguardo:

- C'è nebbia e la brezza è del sud – disse il ragazzino lentamente –. Le formiche alate danzano. Se prima di mezzogiorno non cambia il vento, da qui a domani tuonerà. Faresti bene ad avvisare la gente.

Però al Saggio nessuno fece caso. Gli disse il Rosalino:

- Prima di San Auspicio non inizio.

- Il Nini dice… – suggeriva il Saggio.

- Nemmeno se lo dicesse Maria Santissima – lo bloccò il Rappresentante. Tuttavia, un quarto d'ora più tardi, quando il Frutos fece il discorso dalla Piazza chiedendo persone che aiutassero il Saggio nella raccolta dei cereali, gli uomini soffocarono un sussulto. Solamente il Rosalino, per scacciare l'inquietudine dal suo petto, commentò:

- Ravviva, Saggio, che ti si brucia il riso.

Però verso metà pomeriggio irruppe sopra al Colle Merino una piccola nube bianca e dietro ad essa altre nubi più dense e pesanti. Gli uomini del paese non toglievano occhio dal Colle e con il calare della sera, Giusto, il Sindaco, dette ordine al Frutos di preparare i razzi contro il nuvolone. Per quell'ora il cielo si era rannuvolato completamente e il Saggio, con la Sabina, il Mamertito, il Rabbino Junior e il Crispulo – il figlio maggiore dell'Antoliano – finivano di ammucchiare in covoni il grano del suo appezzamento. Un vento caldo si sciolse con il sorgere del sole e fece ondeggiare i campi non falciati e provocò vortici violenti nei camini. Il cielo si mostrava ogni volta più oscuro e il Nini fece fuori in un secondo i cereali preparati dal Cacciatore di ratti e si accovacciò alla porta della grotta. La notte era calata improvvisamente e l'atmosfera era ogni volta più pesante e irrespirabile. Tuttavia, non pioveva ancora, né tuonava, e il primo bagliore del raggio spaventò il giovanotto. La Fa alzò di colpo la testa e mormorò quando il chiasso del tuono discese producendo scossoni al colle sotto di loro. Una puzza di zolfo si

mescolò con il secco aroma della canna e del cereale maturo. Lo zio Cacciatore di ratti si affacciò alla bocca della grotta, guardò in alto, verso il buio, e disse:

- Bene si prepara.

A Loy si rizzarono i peli del dorso ed elevandosi in cielo il primo razzo, puntando il gran ventre tenebroso della nube, abbaiò furiosamente senza sapere per cosa. Lo scoppio del razzo sembrò un grido acuto di un bambino in una discussione animata tra adulti. Dietro ad esso, il cielo si aprì in una luce vivissima che fece luccicare la catena di colline come se fossero di argento. Il tuono seguì la luce senza transizione e fu uno schiocco fulminante ed accidentato come una frustata.

- Sarà peggiore di quella di San Zenón. Si ricorda? – disse il Nini.

Un secondo razzo fu lanciato dalla Piazza e a questo seguirono un altro e un altro ancora, senza interruzione né metodo, come ultima ed estrema possibilità. Assomigliava ad un cacciatore sparando pietruzze con una fionda contro una mandria di elefanti. Un nuovo lampo inondò la vallata di una luminosità pallida e al fracasso del tuono seguì il gemito dell'uragano spazzando le colline e i campi, alzando densi vortici di polvere che si sollevavano verso il cielo, girando con spirali inverosimili. Smettendo il vento, iniziarono a cadere le prime gocce; erano delle gocce strette, gonfie, come uva, che schioccavano nella terra rinsecchita e, dividendosi in minuscole particelle, evaporavano di nuovo senza lasciare traccia. Disse il Cacciatore di ratti dietro al Nini:

- Meglio così.

- Meglio cosa?

- L'acqua.

- L'acqua?

- Al secco sarebbe peggio.

Il ragazzino negò con la testa senza smettere di guardare sotto, le case del paese:

- Sarebbe la stessa cosa – disse silenziosamente –. Vedendo come sono i campi di cereali sarebbe la stessa cosa.

I lampi spezzavano il cielo da tutte le parti, incatenandosi in una specie di duello fantastico. I tuoni spaventosi del nordest si confondevano con i fulmini del sudest e con il picchiettare della grandine che rimbalzava sulla pelle tesa della collina come bacchette battenti sulla toppa di un tamburo. Erano granelli grandi come uova di

colomba, però, nonostante il loro volume, il vento li trascinava per ammassarli lì dove un cespuglio o una crepa del colle prestava loro riparo.

- Si sono uniti due nuvoloni – disse il ragazzino.

- Due – rispose il Cacciatore di ratti.

- Come nel cinquantatré per San Zenón, si ricorda?

- Uguale.

A poco a poco cessava la canicola e si alzava dai campi castigati il vapore tonificante della terra umida. La grandine scendeva ad intervalli e quindi, alla cruda luce dei lampi, il Nini distingueva gli uomini scuri, come delle bambole mute, muovendosi sventatamente nella Piazza. Ormai non era solo il Frutos, ma il Giustino, e il José Luis, e il Virgilio, e l'Antoliano, e il Matías, e il Rabbino Senior, e tutti gli uomini del paese i quali competevano lanciando in aria i razzi in un tentativo disperato di scacciare la minaccia. Però i razzi, quando ascendevano, erano un'effimera scia, senza brillantezza né potenza, che esplodevano sordamente contro un cielo basso ed oppressivo. La vallata, intorno, assumeva un'apparenza fantasmagorica alla violacea luminosità dei lampi e la torre della chiesa, il pagliaio, la Cotarra Donalcio, il Colle di Torrecillórigo, i pioppi della riva erano, sotto quella luce strana, come dei complici di un incubo burrascoso. A colpi, le ondate di grandine formavano un velo chiuso, spesso ed impenetrabile. Il Nini diceva:

- È persino peggio di quella del cinquantatré.

Il Cacciatore di ratti, immobile dietro a lui, dalle tenebre replicava:

- Peggio.

La furia del cielo si scatenò sulla vallata e per cinque ore si prolungò la luminaria dei lampi, i rimbombi sordi dei tuoni, il martellio ostinato della grandine sui campi. Alle quattro di notte cessò improvvisamente di piovere e le nubi si concentrarono al nord, sopra al Colle di Torrecillórigo, e una luna alta e umida spezzò subito gli ultimi strascichi della burrasca. L'intera terra che comprendeva la vista sembrava ricoperta di neve e la granelli, distruggendosi sul terreno, producevano un rumore viscoso, come quello dei granchi dentro alla cesta. Di quando in quando, dietro il Colle di Torrecillórigo, si apriva ancora il cielo in una serpigine incandescente, però il rimbombo del tuono tardava ora ad arrivare ed era qualcosa di rotondo, uniforme e senza spigoli.

Il Nini scese in paese non appena spuntò il sole. Il colle era umido e scivoloso e il ragazzino sviò per il pendio per fissare i suoi piedi sul timo. Di sotto i campi sembravano morti. L'orto e i tre pioppi della riva drizzavano timidamente la loro patetica nudità e le gracchiate dei corvi nei vani del campanile rendevano più ostensibile il grande silenzio. I campi di grano, riuniti a grappoli disordinatamente dalla violenza incostante del tornado, erano sdraiati tranquillamente sul fango. A distanza, tra le spighe decapitate, brillava lo stagno. Per i sentieri e nelle zone limitrofe si gettavano i cadaveri degli strillozzi e degli alaudidi, rigidi sui granelli di cereale e la pula sparpagliati. I maggesi del Potente emanavano delle leggere fumarole, come quelle che rilasciavano i campi seminati nei giorni di sole d'inverno dopo una notte gelata. Un pesante fetore di fango mischiato con quello della paglia si archeggiava sui campi. Due gazze, incoraggiate dal disastro, giocherellavano sul vecchio attrezzo di legno, gonfiandosi al sole.

Entrando in paese, il Nini sentì il pianto rassegnato delle donne attraverso i battenti. Ai piedi della parte posteriore della casa del Potente, sepolta per metà dal fango, c'era una rondine. Sulla tettoia, affacciando le loro testoline bianconere dall'apertura del nido, pigolavano instancabilmente le piccole. Le stradine erano deserte e nelle carreggiate c'era più fango che in pieno inverno. In Piazza, la signora Clo spazzava briosamente i due gradini che davano accesso al negozio. Sul muro di mattoni crudi, sotto il graticcio della stalla, un cartellone di lettere diseguali diceva: "Viva le coltivazioni del 56!". Il Loy si fermò, annusando nell'atrio del José Luis e il Nini lo richiamò dolcemente. La signora Clo lo vide allora, si appoggiò sulla scopa e gli disse muovendo la testa da sopra a sotto e mordendosi il labbro inferiore:

- Nini, figliuolo. Che te ne pare di questo castigo?
- Vede.
- Siamo così cattivi, Nini, da meritarci un tale castigo?
- Sarà così, signora Clo.

Di fronte alle stalle, schizzato di fango, c'era l'automobile del Potente e nello stesso angolo don Antero e vari sconosciuti parlavano drammaticamente con gli uomini del paese. Il Giustino, e il José Luis, e il Matías Celemín, e il Rabbino Junior, e l'Antoliano, e l'Agapito, e il Rosalino, e il Virgilio si trovavano lì, gli occhi pateticamente aperti, le spalle sconfitte come sotto il peso di un enorme fagotto. E don Antero, il Potente, diceva:

- L’assicurazione sicuramente. Però non dobbiamo dormire, Giusto. Oggi stesso deve uscire un documento che solleciti crediti e moratorie. Altrimenti sarà la rovina, capisci?
Il Giustino annuì debolmente:
- Per me non bisogna rimanere, don Antero, lei lo sa già.
Il Nini passò oltre, i cani attaccati ai suoi piedi, però prima di raggiungere il vigneto, sentì la voce balbuziente dell’Antoliano:
- Io … io non ho un’assicurazione, don Antero.
E quella del Matías Celemín, il Furtivo, stranamente malinconica:
- Io nemmeno.
Un rumore di voci strascinate si unì a quella del Furtivo come un coro: “nemmeno io”, “nemmeno io”, “nemmeno io”.
Già verso il vigneto, il Saggio lo raggiunse. Sembrò spuntare dalla terra come un fantasma:
- Nini – disse –. Ho il grano nero e non si è sgranellato. – parlava come scusandosi –. Io…
Il ragazzino parlò senza fermarsi:
- Non trebbiare fino a quando non si secca – disse–. Però non rimandare nemmeno che non si sa mai che germogli.
Il Saggio lo afferrò per una spalla:
- Aspetta – disse –. Aspetta. Tu credi che io possa trebbiare di fronte alla miseria degli altri?
Il Nini si strinse nelle spalle. Disse, guardandolo serenamente negli occhi:
- Questo è affare tuo.
Il Saggio si sfregò le mani senza entusiasmo, cercando di dominare il suo nervoso. Poi mise la destra nella tasca e gli dette una peseta:
- Prendi, Nini, per ieri – disse –. Te ne darei di più, ma devo ancora pagare tre giornate di lavoro, renditi conto.
Fiancheggiando il vigneto, a piedi nudi per i sassolini, il Nini arrivò al letto del fiumiciattolo. Poco più in là, dall’altro lato dei pioppi, si trovò con Luis, quello di Torrecillórigo. Il ragazzo gli sorrideva con i suoi denti bianchissimi senza smettere di aizzare il cane.
- Dai, dai.

- Che fai?

- Ancora! Non lo vedi? Caccio. Credi che per quest'anno si possa fare qualcos'altro in campagna?

Gli indicava i campi di grano a pezzi, sdraiati sul fango; i campi vasti trasformati in una stoppia sterile:

- Anche a Torrecillórigo?

L'uomo fiancheggiava il fiumiciattolo a ritmo con l'andatura del cane, tra le canne bruciate. Disse:

- La tempesta non ha lasciato ritta una spiga.

Il ragazzino osservò il cane a pois:

- Questo cane non si applica – disse.

- Lo fanno meglio i tuoi?

Il ragazzino indicò la testa ansimante della Fa:

- Questa è vecchia e storta, però il cucciolo li conosce già e il prossimo anno si applicherà.

Il ragazzo di Torrecillórigo scoppiò a ridere e si colpì varie volte lo stivale con l'estremità dello spiedo di ferro:

- Anche il mio è nuovo – disse.

- Ha già un anno.

- Lo compie a San Massimo. Da che cosa lo hai riconosciuto?

- Dagli occhi. Dalla bocca. Come si chiama?

- Lucero, ti piace?

Il ragazzino fece di no con la testa.

- Perché non ti piace il nome?

- È lungo.

- Lungo? Come si chiamano i tuoi?

- Il cane Fa.

- E il cucciolo?

- Loy.

L'uomo tornò a ridere:

- Per chiamare un cane qualsiasi nome va bene – aggiunse scontrosamente.

All’improvviso, l’uomo alzò gli occhi e la sua risata si contrasse in bocca trasformandosi in una smorfia di sorpresa. Il Nini senti i passi frettolosi ed alzò gli occhi e vide lo zio Cacciatore di ratti, calpestando con lunghe falcate le canne svenute del campo di grano. Portava lo spiedo in alto e gridava qualcosa di inarticolato che non arrivavano ad essere parole. Raggiungendo il bordo del fiumiciattolo non si fermò. Saltò nell’acqua, sguazzando come spinto da una forza irrazionale e si lanciò sul ragazzo con il ferro in alto. Il Nini ebbe a malapena il tempo di alzarsi, aggrapparsi alla giacca consumata di tela e tirare verso di sé con tutta le sue forze, però il ragazzo di Torrecillórigo stava già afferrando il polso del Cacciatore di ratti mantenendo il suo spiedo distante, mentre urlava: “Datti una regolata, cavolo!”. Però il Cacciatore di ratti borbottava parolacce e sussurrava in maniera offuscata: “I ratti sono miei. I ratti sono miei.” Da subito, la Fa si lanciò sul ragazzo mordendogli rancorosamente i polpacci, però il Lucero, a sua volta, si lanciò sul cane ed entrambi gli animali si aizzarono, mentre il Loy, il cucciolo, abbaiava sconvolto, senza sapere per quale partito schierarsi. Il Nini, convinto dell’impossibilità di separare i due uomini, li seguiva nelle evoluzioni che produceva la lotta, gli occhi fuori dall’orbita cercando di calmarli con le loro voci, però il Cacciatore di ratti non lo ascoltava. Era spinto da una forza cieca e come per darsi coraggio ripeteva a sé stesso una e un’altra volta: “I ratti sono miei. I ratti sono miei.” I cani litigavano malignamente, si mordevano con una violenta crudeltà mostrando i loro canini bianchissimi, senza smettere di grugnire. In una occasione girarono per la fangaia arrotolati e il Cacciatore di ratti si scontrò con loro e cadde tra i cereali, il corpo del suo avversario montato su di lui. Il ragazzo di Torrecillórigo cercava di bloccarlo conficcandogli le ginocchia nei bicipiti e nel suo agitato sforzo sussurrava: “Datti-u-na-re-go-la-ta-ca-vo-lo!”, però il Cacciatore di ratti riprese in mano l’azione, si inarcò sullo stomaco e lo lanciò all’indietro colpendolo poi con gli stivali sul ventre. I due uomini si alzarono, guardandosi di sbieco, ansimando, gli spiedi alzati, mentre i cani continuavano ad essere ferocemente legati. Fu il Cacciatore di ratti chi prese nuovamente l’iniziativa, però il ragazzo intercettò il suo colpo con il ferro e per alcuni secondi incrociarono i loro spiedi e le scintille saltarono per aria. Il Cacciatore di ratti, la schiena ricoperta di fango, osservava ora il suo avversario, con le palpebre socchiuse come una bestia e minacciò con lo spiedo due volte e gli lanciò poi un calcio brutale che lo raggiunse sul petto e lo scagliò sul cereale inclinato. Il Cacciatore di ratti corse

verso lui, però il ragazzo, con uno scatto felino, schivò il corpo e il Cacciatore di ratti cadde a faccia in giù sul fango. Rimettendosi in piedi il suo affanno era violento, angoscioso come un ruggito. Ogni tanto ripeteva come un automa: "I ratti sono miei. I ratti sono miei". Una grossa crosta di fango gli copriva il volto e i suoi occhi acquistavano, tra le palpebre annerite dalla terra, una vivacità singolare. Il ragazzo di Torrecillórigo, piegato in vita, attendeva serenamente una nuova offensiva e il suo sguardo pendolava tra gli occhi del Cacciatore di ratti e lo spiedo che sosteneva tra le sue dita contratte. Un'altra volta, il Cacciatore di ratti si lanciò su di lui, la testa bassa, lo spiedo verso la gola, però il ragazzo schivò in tempo la traiettoria del ferro, che non gli fece altro che un graffio sulla guancia che subito si riempì di sangue. Anche la Fa sanguinava dalle orecchie e il dorso, però l'animale non mollava la sua grinta. I corpi dei cani a volte sparivano tra lo spessore della paglia stesa, per riapparire poi sette metri più in là litigando con la stessa crudeltà. Il Loy, passato lo stupore iniziale, si attaccò alle gambe del ragazzino, i peli della schiena drizzati, scuotendo i suoi arti con uno strano tremolio. Gli uomini si erano coinvolti nuovamente, gli spiedi in alto, sussurrando maledizioni incomprensibili. Il ragazzo di Torrecillórigo aveva le guance ricoperte di sangue e dalle labbra screpolate semiaperte si vedeva la bocca rinsecchita, aspirando l'aria a stento, come un pesce moribondo. In uno sforzo cercò di ferire il suo avversario, però il filo dello spiedo graffiò a malapena la giacca di tela del Cacciatore di ratti il quale, sentendo sulla pelle il solletico prodotto dal metallo ed approfittando del momentaneo mancamento dell'altro, scaricò un colpo contundente da sotto a sopra e il ferro sprofondò nel fianco del suo avversario fino all'impugnatura. Tutto fu istantaneo come un lampo. Le mani del ragazzo si distesero e lo spiedo, cadendo, rimase nascosto nel fango. Il Cacciatore di ratti si separò da lui ansimando e, allora, il ragazzo di Torrecillórigo avanzò verso il Nini cupamente, inciampando, gli occhi fuori dalle orbite e, cercando di parlare, un gorgoglio di sangue gli troncò la parola. Rimase alcuni secondi immobile, traballando, e, alla fine, cadde sul lato destro e chiuse gli occhi come se riposasse. Le sue gambe scossero compulsivamente ancora due o tre volte. Poi vomitò un'altra volta, e come se volesse impedirlo, girò la faccia lentamente e nascose i suoi lineamenti nel fango.

Il Nini alzò gli occhi terrorizzati verso il Cacciatore di ratti, però costui, ancora ansimante, si avvicinò al cadavere e recuperò il suo spiedo di ferro. Poi si incamminò

verso i cani che si stavano rotolando, afferrò il Lucero dalla pelle del collo e con uno strattone lo separò dalla Fa. L'animale cercò invano di mordergli il polso, rivoltandosi furioso, però il Cacciatore di ratti lo accoltellò tre volte al cuore senza pietà e, alla fine, lanciò il suo cadavere sopra a quello del ragazzo.

La Fa guaiva dolorosamente e si leccava senza sosta le ferite del dorso quando il Cacciatore di ratti si avvicinò al letto del fiumiciattolo e lavò il sangue dello spiedo meticolosamente.

Il Nini si sedette sulla riva e appoggiò i gomiti sulle ginocchia. La Fa si avvicinò a lui e si sdraiò ai suoi piedi tremando, mentre il Loy osservava avanzando i due cadaveri le cui ferite si riempivano progressivamente di mosche.

Una volta tornato il Cacciatore di ratti insieme al Nini, mezza dozzina di avvoltoi apparvero all'improvviso volando molto alti sopra il Colle di Torrecillórigo. Il ragazzino guardò il Cacciatore di ratti che ansimava ancora e il Cacciatore di ratti disse a mo' di spiegazione:

- I ratti sono miei.

Il Nini indicò con il dito il ragazzo di Torrecillórigo e disse:

- È morto. Dovremo lasciare la grotta.

Il Cacciatore di ratti sorrise maliziosamente:

- La grotta è mia – disse.

Il ragazzino si alzò e si scrollò le natiche. I cani camminavano lentamente dietro di lui e girando l'angolo del vigneto volarono rumorosamente due quaglie. Il Nini si fermò:

- Non lo capiranno – disse.

- Chi? – disse il Cacciatore di ratti.

- Loro – sussurrò il ragazzino.

Dietro il colle si vedeva galleggiare il campanile della chiesa e intorno ad esso spuntarono, a poco a poco, le case scure del paese, sfumate tra la foschia.

FINE

Capítulo 4 : Comentario

4.1. Introducción al comentario

En esta introducción se compara la macroestructura de la novela de Miguel Delibes con mi propuesta de traducción puesta arriba. La obra original consta de una cita evangélica al principio y de una imagen que retrae el pueblo en el cual se va a desarrollar la acción; siguen luego diecisiete capítulos que presentan casi la misma extensión. Como se puede observar, la traducción respeta fielmente la estructura general de la novela: en primer lugar he traducido la cita evangélica, a continuación he reportado la imagen del pueblo y por último he traducido los diecisiete capítulos respetando su forma. Es una traducción interlingüística, o sea de signos verbales de una lengua a través de signos verbales de otra, llamada también «traducción propiamente dicha» (Eco, 2013: 225). Su lectura debe fluir rápida y sin estorbos, por eso he respetado también la puntuación original. La puntuación suele ser cargada de significado y ofrece una indicación de los vínculos entre las oraciones; hay que respetarla para representar el mismo sonido y la misma musicalidad que el autor se había prefijado a la hora de escribir la novela.

Como se verá a continuación, he traducido al italiano todos aquellos términos específicos que forman parte de la lengua tan precisa y exacta de *Las ratas*. Sin lugar a duda, algunas veces he ocurrido a elecciones menos fieles, porque por ejemplo no era posible encontrar un equivalente directo en la lengua de llegada, pero por lo que se refiere a la mayoría de los casos he decidido transferir literalmente su léxico peculiar aun corriendo el riesgo de no ser entendida por el lector. Esto define a mi traducción como *source oriented*, la cual según las palabras de Umberto Eco está «orientada al texto fuente o de partida» (2013: 170). Se trata de la voluntad de identificar el sentido profundo de la obra, con el objetivo de conducir a los lectores hacia el periodo y el ambiente del autor, para comprender el universo lingüístico y cultural del texto original. Pese a esta aclaración, Eco afirmaba que traducir es «decir *casi* la misma cosa» en otra lengua (2013: 9). La extensión de aquel *casi* varía según unos criterios, entre los cuales el más importante es el de la negociación. El traductor negocia porque su traducción nunca se refiere solo al pasaje entre dos lenguas, sino también entre dos culturas. Siendo la cultura el conjunto de hábitos, comportamientos y convenciones que marcan a un

grupo diferenciándolo de otros, deviene un concepto imprescindible e indisolubles de la lengua. La distancia entre las dos culturas es «el vacío que un traductor tiene que colmar con el objetivo de conseguir hacer una cultura más accesible a la otra» (Osimo, 2011: XII). De ahí que el traductor tiene que ser un mediador cultural: no debe considerar solamente las reglas estrictamente lingüísticas, sino también los elementos culturales en el sentido más amplio. Negocia estos aspectos todo el tiempo y tiene la capacidad de presentar la solución que parece más justa por cada problema, tomando sus propias decisiones. El traductor escoge, entonces, entre distintas posibilidades y variables, estableciendo cual es la más adecuada; se refiere también a los conceptos de equivalencia, de adherencia al enfoque, de fidelidad y de iniciativa del traductor. Pero, al mismo tiempo, la negociación es un proceso a través del cual para lograr algo hay que renunciar a otro aspecto. De hecho cada pasaje de información conlleva unos restantes de significado; el trabajo del traductor consta en la elección eficaz entre una renuncia y la consecuente omisión de elementos que estaban presentes en el original. Por esta razón, según Umberto Eco, nunca se puede decir *lo mismo* entre dos lenguas – por afines que sean como el español y el italiano – porque siempre se perderá algo que en el texto original se decía. En otras palabras, nunca puede ocurrir una total coincidencia entre el código lingüístico y cultural del emitente y el del destinatario. Concordando con el pensamiento de Umberto Eco, pienso que traducir presupone siempre limar algunas consecuencias que el término original implicaba. De esta reflexión surgió el principio de intraducibilidad: muchos críticos concordaron con el hecho de que algunos textos no se pueden traducir, admitiendo que no existen dos lenguas que se puedan solapar perfectamente. Hasta Dante, estudiado por Risset, en su obra *Il Convivio* señalaba la dificultad de la traducción, proclamando argumentos en pro de la intraducibilidad:

> «Sepan todos que ninguna cosa armonizada por el enlace de las musas se puede traducir de su habla a otra sin romper toda su dulzura y armonía.»
>
> (2017: 106)

Indudablemente, traducir es un proceso decisional, un conjunto de elecciones tomadas por el traductor que afectan positiva o negativamente a la traducción. Por lo tanto, es fácil que no produzca el mismo impacto que el texto de partida producía. Pero

precisamente por el poder decisional del traductor y por las distintas técnicas de negociación posibles, he intentado representar *casi* "lo mismo" que el texto original decía sin perder de vista su intención y función. Es por eso que defino a mi traducción *source oriented*; porque trato de aclarar, como dicen Vinay y Darbelnet, «la motivación profunda del autor del texto A, para trasladarla a la lengua del texto B» (Moya, 2004: 22). Muy interesante es la denominación de Montanari (Eco, 2013: 195) el cual no distingue entre *source* o *target oriented*, sino entre textos con desembocadura en delta o en estuario. Los primeros son textos que se ramifican en múltiples traducciones y cada una de ellas empobrece la portada original; los segundos son textos que gracias a su traducción se enriquecen entrando en "la mar" de una nueva intertextualidad. De hecho, hay traducciones que pueden enriquecer el texto de partida en términos de sentido y expresividad y otras que pueden empobrecerlo. En los dos casos, es muy importante perseguir la intención del texto original, el denominado «subtexto» por Peter Newmark (2010: 113); es la transmisión precisa de un contenido informativo claramente comprensible. Lo que puedo argumentar es que decidir sí orientarse a la fuente o a la destinación queda un criterio para negociar, dependiendo también del lector modelo al cual la traducción prevé dirigirse. Yo he planteado una traducción *source oriented* pensando en un lector medio, a lo mejor perteneciente al mundo literario, que quiere adentrarse en el trágico mundo rural descrito por Delibes a través de su lengua materna, el italiano, sin perder la exactitud lingüística gracias a la cual el autor consigue representar las deplorables condiciones de vida de los campesinos castellanos.

Para concluir, presento una aclaración sobre las abreviaturas que se encontrarán en los siguientes apartados. Utilizo algunas abreviaturas muy empleadas por autores y expertos de traductología y las más frecuentes serán: LO (lengua original), TO (texto original), LP (lengua de partida), TP (texto de partida), LT (lengua terminal), TT (texto terminal) y LLL (lengua de llegada).

4.2. Técnicas de traducción empleadas

En esta sección se comentan algunas de las problemáticas encontradas a lo largo de la traducción, sobre todo por lo que concierne los aspectos culturales, lexicales y gramaticales, y se presentan las propuestas de traducción elegidas. Al mismo tiempo se justifican las elecciones tomadas a través de los múltiples procedimientos de traducción utilizados, la mayoría de los cuales se han relacionado con oraciones y unidades lingüísticas más pequeñas, como las palabras. El método mayormente desarrollado en mi traducción ha sido el que Amparo Hurtado Albir define como método interpretativo-comunicativo:

> «Método que se centra en la comprensión y la reexpresión del sentido del texto original conservando en la traducción la misma finalidad que el original y produciendo el mismo efecto en el destinatario.» (2017: 252)

Pese a esta predominancia, a continuación se presentan los varios, y a veces opuestos, procedimientos utilizados a lo largo de mi traducción. Hay que considerar que los métodos no se presentan en estado puro y determinados por fronteras netas; por eso se pueden producir las denominadas injerencias metodológicas, las cuales provocan formas metodológicas mixtas y se verifican debido a las decisiones individuales del traductor, a las características originales del texto o por influencia del contexto. Los textos literarios son los primeros en ser móviles y mutantes y su significado no se puede fijar por mucho que el traductor se esfuerce; asimismo, cada traducción representa la visión que el traductor tiene del texto original, la cual cambia subjetivamente con el pasar del tiempo. Así que el traductor tiene el derecho de tomar sus decisiones, valerse de los diferentes procedimientos de traducción, para escoger una palabra en la cultura receptora que pueda compartir en modo más o menos parcial el significado de la palabra en la cultura emitente. Pero aunque intente quedar transparente entre la obra y el lector, su trabajo de mediación deja inevitablemente unas huellas en el producto final. Y es lo que precisamente se presenta en los siguientes apartados: mi nivel de intervención y de incidencia sobre el nivel cultural, lexical, gramatical, sintáctico y estilístico de la novela original.

4.2.1. Traducción literal

Desde el origen de la profesión, el problema central que plantea el traducir es si hay que hacerlo de manera literal o libremente. El debate resale al siglo I antes de Cristo. Hasta el principio del siglo XIX, muchos escritores defendieron un tipo de traducción en cierto modo "libre", centrando su atención en trasladar el espíritu, el sentido, el mensaje del TO y no la letra, las palabras o la forma. Pero, con el estudio de la antropología cultural, que proponía la insuperabilidad de las barreras lingüísticas y defendía el hecho de que la lengua era única y un producto de la cultura, prevaleció la idea de la imposibilidad de la traducción libre. De ahí que, si por cualquier motivo se tenía que emprender una traducción, esta tenía que ser lo más literal posible. Ahora el panorama no es distinto, porque en el fondo los problemas siguen los mismos y el debate aún vivo. Su dualidad se mantiene en discusión, pero utilizando nombres distintos: ahora se habla de traducción abierta y traducción encubierta, de adecuación y aceptabilidad, o como hace Peter Newmark se distingue entre traducción semántica y comunicativa. Hay todavía quien defiende la traducción literal considerándola el procedimiento de traducción más importante y otros que apoyan a la traducción libre. Newmark, por ejemplo, afirma que la traducción «muchas veces es verter a otra lengua el significado de un texto en el sentido pretendido por el autor» (2010: 19). Según él, se debe traducir palabra por palabra porque «uno crea, interpreta, fundándose siempre en esas palabras» (2010: 51). Aconseja traducir oración tras oración de la forma más literal o cercana posible al TP asegurándose de dar importancia a todas las palabras porque estas constituyen las unidades naturales de comprensión y de pensamiento y por eso, a la hora de traducir, hay que analizarlas por primero. Se tiene que traducir con la atención puesta en las unidades más pequeñas, mientras las unidades más grandes funcionan mecánicamente hasta que surge una dificultad o se comienza a revisar a la traducción. Entonces, Newmark cree que la traducción literal no solo es posible y recomendable, sino constituye el primordial procedimiento de traducción, su punto de partida. La única razón válida contra esta tipología de traducción es que, a veces, puede carecer de naturalidad con respeto a la lengua de llegada. También Amparo Hurtado Albir apoya este procedimiento, definiendo el método literal como:

> «La reconversión de los elementos lingüísticos del texto original, traduciendo palabra por palabra, sintagma por sintagma o frase por frase, la morfología, la sintaxis y/o la significación del texto original. El objetivo no es que la traducción cumpla la misma finalidad que el original, sino reproducir el sistema lingüístico de partida o la forma del texto original.» (2017: 252)

La traducción literal es, entonces, la que proporciona una correspondencia exacta entre dos lenguas en cuanto al léxico y a la estructura. Muchos escritores famosos, como Vladìmir Nabókov, defendieron la traducción literal como documentación de la realidad narrativa original. Afirmaban que había traductores imprecisos que actuaban injustificables embellecimientos y mejorías subjetivas arruinando el original. En contra, hubo muchos no favorables a tal tipología, como se puede observar en las palabras de Octavio Paz:

> «(…) la traducción literal (…) no es una traducción. Es un dispositivo, generalmente compuesto por una hilera de palabras, para ayudarnos a leer el texto en su lengua original. Algo más cerca del diccionario que de la traducción, que es siempre una operación literaria.» (2004: 29)

Así que la traducción literal y la traducción libre son desde siempre dos métodos opuestos e irreconciliables de traducir, predominando el uno sobre el otro según las épocas y permaneciendo en la ambigüedad en cuanto falta para ambos una definición precisa y concorde. Se trata de dos métodos supraindividuales y responsables porque es el traductor que, eligiendo una u otra, desarrolla un proceso regulado por unos principios en función de su objetivo e intención. En mi traducción, opté por un compromiso. Traduje por la mayoría literalmente, palabra por palabra, buscando los equivalentes más cercanos a los de la lengua de partida en la lengua terminal y respetando el orden de las oraciones, para entender la mecánica del texto original y transferir en mi traducción su «subtexto» (Newmark, 2010: 113). Algunos ejemplos son:

(1) «Al concluir el verano, poco antes de que la hoja amarilleara, desmochaba los tres chopos escuálidos de la ribera y guardaba la hoja empacada para alimentar las cabras durante el invierno. » (pág. 12)

«Finendo l'estate, poco prima che la foglia ingiallisse, cimava i tre pioppi magri della riva e metteva da parte il fogliame impacchettato per alimentare le capre durante l'inverno.»

(2) «Aún no calentaba el sol y las chimeneas alentaban lánguidamente un humo blanquecino y el áspero aroma de la paja quemada se cernía sobre el pueblo como un incienso pegajoso.» (pág.14)

«Ancora non scaldava il sole e i caminetti rilasciavano debolmente un fumo biancastro e l'aroma aspro della paglia bruciata incombeva sul paese come un incenso appiccicoso.»

(3) «El Nini siguió avanzando por la calleja solitaria, arrimado a las casas para eludir el lodazal.» (pág. 18)

«Il Nini continuò ad avanzare per la stradina solitaria, accostato alle case per evitare il fango.»

Sin embargo, cuando traducir literalmente producía un resultado poco natural o inexacto, es decir cuando no funcionaba porque demasiado mecánica y poco fluida, tuve que acercarme más a una traducción libre. Miramos a este ejemplo:

(4) «La liebre, como las casas del pueblo, en prodigioso mimetismo, **formaba un solo cuerpo** con la tierra.» (pág. 32)

«La lepre, come le case del paese, in un mimetismo prodigioso, **formava un tutt'uno** con la terra.»

Yo habría podido traducir literalmente «formaba un solo cuerpo» con «formava un solo corpo» pero resultaría poco natural en mi lengua materna; así que opté por traducir

libremente utilizando una expresión común en italiano, «formava un tutt'uno». Además, en esta oración decidí cambiar el orden de las palabras pasando de la estructura "adjetivo + sustantivo" en español a "sustantivo + adjetivo" en italiano: es decir, de «prodigioso mimetismo» a «mimetismo prodigioso». También en el siguiente ejemplo, mi traducción ha sido muy libre:

(5) «¿No amargará el nublado?» (pág. 168)

«Non starà minacciando tempesta?»

No solo decidí cambiar el tiempo verbal de la oración, pasando de un futuro simple en español a un futuro compuesto en italiano, sino que traduje «nublado» a través de la acción que el término indica. Gracias a la definición que la RAE pone de la palabra, es decir «nube que amenaza tormenta», no traduje literalmente con «nuvoloso», sino interpreté su acción, poniendo directamente el resultado de esta, o sea «tempesta».

4.2.2. Equivalencia

El término «equivalencia» surge del debate sobre mencionado entre traducción literal y traducción libre, tanto debatido a lo largo de las décadas y todavía no terminado. La noción clave de la historia de la traducción siempre ha sido la noción de fidelidad, identificada muy a menudo con la traducción literal y opuesta, por consiguiente, a la traducción libre. Hoy en día, se nota una abertura de la noción inicial asociándola a la de equivalencia traductora, debido al hecho de que la palabra fidelidad expresaba «(…) únicamente la existencia de un vínculo entre un texto original y su traducción, no la naturaleza de ese vínculo» (Hurtado Albir, 2017: 202). Gracias a la evolución y a la importancia adquirida por el término «equivalencia», hoy se extiende el significado del principio de fidelidad a lo que concierne su sentido, o sea concretizándolo en lo que "ha querido decir" el autor del TO y no la forma a través del cual lo hizo. Algunos críticos afirman que conseguir el efecto equivalente, o sea reproducir en el lector de la traducción el mismo efecto o el más parecido posible al que se produjo en el lector del texto original, es una tarea muy ardua y al mismo tiempo necesaria. Por lo tanto, la

equivalencia asume carácter fundamental en la definición de la traducción. Presenta un carácter flexible y dinámico, estableciendo la relación entre la traducción y el texto original, definiendo la existencia de un vínculo entre las dos partes. Su carácter dinámico se enseña a través de su dependencia a los condicionamientos textuales, al contexto sociohistórico, a la finalidad y a la modalidad de traducción. Según las palabras de Eugene Nida, traductor bíblico que por primero habló de equivalencia dinámica:

> «La traducción consiste en reproducir, mediante una equivalencia natural y exacta, el mensaje de la lengua original en la lengua receptora, primero en cuanto al sentido y luego en cuanto al estilo.» (Moya, 2004: 63)

De esta manera, Virgilio Moya afirma que en aras del sentido, el traductor deberá sacrificar el estilo para hacer que los receptores del mensaje en la lengua terminal reaccionen ante él del mismo modo que quienes lo recibieron en la lengua original. Es, entonces, el resultado de un proceso de compresión más libre que representa el punto de partida de la traducción: la reformulación. En efecto, la equivalencia se encuentra en la mente del traductor, en su razonamiento lógico que lleva a la interpretación del término originario. Un ejemplo y al mismo tiempo un subgénero de la equivalencia es el equivalente cultural, el cual representa la traducción aproximada de un término cultural de la LP por uno de la LT. Su uso en traducción es limitado; sirve mayormente para ayudar y guiar a los lectores en la comprensión de un término que no reconocerían enseguida si el traductor lo transfiriese a la LO en la forma en que se encuentra en el original. El caso más sobresaliente de equivalente cultural es el uso en la traducción de un equivalente reconocido entre las dos lenguas, la de partida y la de llegada, pero que en el TO se expresaba de otra manera. Un ejemplo claro es el siguiente:

(6) «Al regresar de la alcoba vestía el traje de pastor y calzaba las **alpargatas** de goma y dijo: (…).» (pág. 20)

«Tornando dalla camera da letto indossava il suo abito da pastore e calzava le **espadrillas** di gomma e disse: (…).»

Si hubiese puesto «alpargatas» en mi traducción, ningún lector italiano habría entendido el significado de la palabra; en cambio, poniendo otro termino cultural español reconocido en la LLL, como «espadrillas», he podido solucionar esta problemática recorriendo a un equivalente cultural. Se trata del uso de medios estilísticos y estructurales distintos pero al mismo tiempo equivalentes culturalmente. En la traducción de términos culturales, este procedimiento se combina a menudo con el de la trasferencia – que veremos a continuación – ; la combinación de dos procedimientos de traducción es la que Peter Newmark define «doblete» (2010: 120), cuando se unen para hacer frente a un solo problema.

4.2.2.1. Equivalente descriptivo

El equivalente descriptivo persigue el objetivo de encontrar un equivalente satisfactorio para objetos, acontecimientos o acciones para los cuales no existe un equivalente uno-por-uno en la lengua de llegada. En traducción hay que considerar la descripción a través de su relación directa con la función, siendo los dos aspectos fusionados entre sí. Por lo tanto, cuando en la LLL no se encuentra un equivalente directo de una palabra descriptiva del TO, se remplaza esta expresión por su descripción y/o función en la lengua terminal. Con los equivalentes descriptivos se reproduce el mensaje original sacrificando la forma de las expresiones para que la traducción resulte natural. En mi traducción he recurrido varias veces a este procedimiento:

(7) «Los antebrazos del tío Ratero se erizaron de músculos cuando **engarfió** los dedos y dijo con una voz súbitamente enronquecida: (…).» (pág. 129)

«Gli avambracci dello zio Cacciatore di ratti si rizzarono di muscoli quando **mise le dita a forma di uncino** e disse con una voce improvvisamente rauca: (…).»

La RAE presenta la definición de «garfear» como «Echar los garfios para asir con ellos algo». Una vez entendida la acción que el verbo encierra, intento buscar un equivalente en italiano; no encontrándolo, decido traducir con la descripción la acción, es decir

«mettere le dita a forma di uncino», utilizando tres palabras en lugar de una como en el original. Las tres no son tres unidades diferentes de contenido, sino términos lingüísticos que se refieren a una única unidad de contenido. Es lo que pasa también en este ejemplo:

(8) «También le asustaban jurando por las mañanas, cuando el abuelo, antes de amanecer, hacía chirriar la bomba del pozo y **chapoteaba** para lavarse.» (pág. 29)

«Allo stesso modo lo spaventavano imprecando di mattina, quando il nonno, prima dell'alba, faceva cigolare la copertura del pozzo e **sguazzava nell'acqua** per lavarsi.»

La RAE define el verbo «chapotear» como «Producir ruido al mover las manos o los pies en el agua o el lodo, a pisar estos»; en mi traducción tuve que recurrir, como en el caso anterior, a la descripción del verbo original. De la misma manera, en los dos siguientes:

(9) «Justo Fadrique **se acodó** en la mesa y añadió pacientemente: (…).» (pág. 158)

«Giusto Fadrique **appoggiò i gomiti** sul tavolo ed aggiunse pazientemente: (…).» (otro ejemplo así a pag.181)

(10) «Y el viento tomó sus palabras y las arrastró hasta el pueblo, y entonces, como si fuera un eco, la campana de la parroquia empezó a **repicar** alegremente e, (…).» (pág. 155)

«E il vento prese le sue parole e le trascinò fino al paese, e allora, come se fosse un eco, la campana della chiesa iniziò a **suonare** allegramente **a festa** e, (…).»

4.2.3. Transferencia

La transferencia es «el proceso de transferir una palabra de la lengua de origen al texto de la lengua de llegada en tanto en cuanto se utiliza como un procedimiento translatorio» (Newmark, 2010: 117). La palabra transferida de un sistema lingüístico a otro se define "préstamo" y suele ser perteneciente a la esfera cultural: se transfieren los nombre propios de personas, los nombres geográficos y topográficos, y todos aquellos aspectos culturales específicos de un idioma. En mi traducción transfiero a los préstamos sin traducirlos o adaptarlos al italiano, debido a mi deseo de dar a la obra un color local para atraer al lector y acercarlo al entorno cultural que Miguel Delibes desarrolla alrededor de la acción. Muestro respeto por la cultura del país del texto original, sin querer ocultarla a los lectores italianos; sus sonidos o imágenes evocadas pueden resultar atractivas aunque exista un factor en contra, es decir que cuando se transfiere un término no se explica su significado, obstaculizando la comprensión por parte del lector. Nunca se debe desconcertar al lector con términos incomprensibles, sino lograr que todos entiendan las palabras transferidas gracias a su familiaridad ya adquirida en la LLL. En los casos donde esto no es posible, es aconsejable traducir a los préstamos, "naturalizándolos" como se verá en el siguiente apartado, para rehuir ambigüedades o problemas de entendimiento. Los principales préstamos encontrados en el TP y luego transferidos en mi traducción son los siguientes:

(11) «El resto del morral se lo quedaba el Malvino, a dos **pesetas** la rata.» (pág. 11)

«Il rimanente della bisaccia se lo teneva il Malvino, a due **pesetas** a ratto.»

(12) «Su piel, quemada por el sol y los vientos de la **meseta**, se fruncía en mil pliegues cuando reía, (…).» (pág. 33)

«La sua pelle, bruciata dal sole e dai venti della **meseta**, si corrugava in mille pieghe quando rideva, (…).»

(13) «El Rabino Grande traía el **poncho** de piel de oveja sobre un hombro y dijo después de mirar al sol: (…).» (pág. 41)

«Il Rabbino Senior portava il **poncho** di pelle di pecora su una spalla e disse dopo aver guardato il sole: (…).»

(14) «(…) y aun del arte de Cúchares y el Tato, aunque jamás hubiera presenciado una **corrida** de toros.» (pág. 28)

«(…) e anche dell'arte di Cúchares e il Tato, nonostante non avesse mai partecipato ad una **corrida** di tori.»

En los cuatro casos, decido no traducir los términos «peseta», «meseta», «poncho» y «corrida» con un equivalente de la LT porque no carecen de familiaridad; en la lengua italiana son palabras reconocidas, que, incluso, se utilizan. El lector entiende enseguida lo que aquel término indica gracias también a la proximidad geográfica entre los dos países y a las distintas afinidades por lo que concierne diferentes aspectos; por eso no había razón alguna para traducirlos al italiano.

4.2.4. Naturalización

Este procedimiento de traducción no solo sigue al precedente, a la transferencia, sino que se puede afirmar que de alguna manera lo complete. De hecho, consiste en adaptar una palabra de la lengua de partida, la que sería el préstamo en la situación anterior, a la pronunciación y a la morfología de la lengua de llegada. Esto es posible porque se trata de palabras ya conocidas en la lengua terminal; se constituyen términos naturalizados en italiano del español, convirtiéndolos en normales y presentes en la cultura receptora. Pueden ser palabras compuestas que se arman en la lengua de llegada tanto y como sucede en la de partida, o palabras sueltas. En mi traducción he encontrado muchos nombres de monedas, los cuales se suelen traducir en la mayoría de los casos y es precisamente lo que hago en mi trabajo. Como hemos visto antes, en el caso de «peseta» he decidido transferirlo por la familiaridad que tiene en la LLL, mientras que en los ejemplos a continuación decido traducir la moneda «reales» para no crear malentendidos en el lector italiano. Su naturalización en «reali» es conocida y común en la lengua terminal y por eso hay que utilizarla:

(15) «En definitiva, una camada suponía, por lo bajo, cuarenta **reales** que no eran cosa de desdeñar.» (pág. 38)

«In sostanza, una covata prevedeva, come minimo, quaranta **reali** che non erano affatto da disprezzare.»

(16) «- Ponme un par de ratas, tú, anda. A siete **reales**, ¿verdad?» (pág. 42)

«- Dammi un paio di ratti, tu, su. A sette **reali**, vero?»

4.2.5. Transposición

La transposición es un procedimiento de traducción que tiene que ver con la gramática: implica siempre un cambio en los aspectos gramaticales al pasar de un texto de la LP a la LT. La mayoría de los traductores realiza estos cambios automáticamente; en efecto, en este procedimiento la subjetividad del traductor es un factor que desempeña un papel muy importante. Muchas transposiciones parecen ir más allá de las diferencias lingüísticas y referirse solamente a una consideración estilística en la cual influye el gusto del traductor. En realidad, siendo la gramática más flexible y general que el léxico, se puede en conjunto trabajar con ella de forma más libre porque representa la columna vertebral de un texto, mientras que el léxico resulta ser más restringido y definido.
Muchas son las tipologías de transposición; la más frecuente es el cambio que el traductor realiza pasando del singular al plural o viceversa, de manera automática. Siendo el numero gramatical específico de cada cultura, puede ocurrir fácilmente que entre una pareja de lenguas no haya coincidencia de número y se nota claramente cuando se tiene que pasar de un sistema lingüístico a otro. Estos son los casos encontrados en mi traducción:

(17) «Ahora, el Nini, mientras devoraba **las sopas** de pan a la puerta de la cueva, contempló el grajo despeluzado, las plumas rígidas, aceradas, reposando sobre un tomillo.» (pág. 13)

«Ora, il Nini, mentre divorava **la zuppa** di pane alla porta della grotta, osservò il corvo spelacchiato, le piume rigide, forti, riposando sopra un timo.»

(18) «(…) y hasta **sus barbas** parecían dotadas de una sensibilidad táctil.» (pág. 31)

«(…) e perfino **la sua barba** sembrava dotata di una sensibilità tattile.»

(19) «(…) y jamás se le pasó **por las mientes** que pudiera llegar el día en que tuviese que adoptar una resolución tan arriesgada como como la de verter un bidón de gasolina en el pozo del Justito.» (pág. 119)

«(…) e mai gli passò **per la mente** che potesse arrivare il giorno in cui avrebbe dovuto prendere una decisione così rischiosa come quella di versare un bidone di benzina nel pozzo del Giustino.»

(20) «Le siguió por el pasillo de rojas baldosas hurgándose en los bolsillos **del pantalón** y una vez en la calle le alargó una moneda de peseta.» (pág. 16)

«Lo seguì per il corridoio di mattonelle rosse frugandosi tra le tasche **dei pantaloni** e una volta in strada gli allungò una moneta di peseta.»

Otro caso de transposición se verifica cuando una estructura gramatical de la LP no existe o es poco común en la LT, y si tuviéramos que traducirla literalmente resultaría poco natural; hay que encontrar, en esas ocasiones, la manera adecuada para realizar la traducción. En mi trabajo, he cambiado aquellas estructuras originales por otras expresadas de modo diferente en la LLL. Por ejemplo, he encontrado muchas veces a la estructura «al + infinitivo» en el TO; se suele hallar al principio de las oraciones temporales y como no tiene correspondiente fijo en italiano, se podría traducir de una manera diferente según los casos, pero yo he decidido traducirla siempre con la misma estructura en la LT para mantener su carácter “fijo”. Decido verter «al + infinitivo» al italiano a través del modo verbal del gerundio. Algunos ejemplos:

(21) «**Al levantar** la ballesta para liberar el cadáver del pájaro, el Nini observó la espiga de avena intacta y, entonces, la desbarató entre sus pequeños, nerviosos dedos, y los granos se desparramaron sobre la tierra.» (pág. 10)

«**Alzando** la balestra per liberare il cadavere dell'uccello, il Nini osservò la spiga dell'avena intatta e, quindi, la smantellò tra le sue piccole, nervose dita, e i chicchi si sparsero per terra.»

(22) «(…) pero **al llegar** al puentecillo la rueda izquierda se hundió en una de las juntas y cayó al río.» (pág. 35)

«(…) ma **arrivando** al ponticello la ruota sinistra sprofondò in una delle giunture e cadde nel fiumiciattolo.»

(23) «(…) y el Jefe, **al ver** arder la herrada, se sintió recorrido por un frío paralizante que, paradójicamente, le hacía sudar a chorros por la calva.» (pág. 122)

«(…) e il Capo, **vedendo** ardere il mastello, si sentì percorrere da un freddo paralizzante che, paradossalmente, lo faceva sudare a getti lungo la pelata.»

(24) «**Al entrar** en el pueblo, el Nini sintió el llanto resignado de las mujeres a través de los postigos.» (pág. 174)

«**Entrando** in paese, il Nini sentì il pianto rassegnato delle donne attraverso i battenti.»

Un último caso de transposición rescontrado en mi trabajo es el uso de dos verbos distintos, entre la lengua de partida y la de llegada, para expresar una misma acción, como en el siguiente ejemplo:

(25) «La Sime **llevaba** el cabello desgreñado, la mirada brillante y las mandíbulas crispadas, (…).» (pág. 143)

«La Sime **aveva** i capelli spettinati, lo sguardo brillante e la mandibola contratta, (…).»

Para concluir, puede caber en este procedimiento también el cambio de un verbo en la LO por un adverbio en la LT, el cambio de una preposición original por una construcción preposicional en LLL o el de un adverbio por una construcción adverbial – como es el caso de «después» traducido con «alla fine di» –.

4.2.6. Modulación

La modulación es un procedimiento de traducción que provoca un tipo de variación léxica o estructural mediante un cambio de punto de vista, de perspectiva y muchas veces de categoría de pensamiento con respeto a la formulación del TO. El caso más relevante es el de «contrario negado», un procedimiento de traducción concreto «con el cual se expresa el opuesto de lo expresado en el texto original y que se puede aplicar a toda acción o cualidad» (Newmark, 2010: 125). Unos ejemplos son:

(26) «El Nini no experimentaba por el Furtivo **la menor** simpatía.» (pág. 54)

«Il Nini non provava per il Furtivo **alcuna** simpatia.»

(27) «(…) nadie tenía entonces **nada** que hacer en el campo excepto el Furtivo.» (pág. 59)

«(…) nessuno aveva **qualcosa** da fare in campagna tranne il Furtivo.»

(28) «La misma Simeona, su hija, no le guardaba al viejo **ninguna** consideración.» (pág. 77)

«La stessa Simeona, sua figlia, non riservava all'anziano **alcuna** considerazione.»

(29) «- Como en el cincuenta y tres por San Zenón, ¿**no recuerda**?» (pág. 172)

«- Come nel cinquantatré per San Zenón, **si ricorda**?»

Se trata de una técnica que permite acercarse a la LLL para mantener su sentido natural y no perder su fluidez. Otro caso frecuente de modulación es el llamado «una parte por otra» (Newmark, 2010: 125): cambiando de un sistema de signos lingüísticos a otro, se cambian también partes por otras porque un mismo concepto se expresa de manera diferente en las dos lenguas. Los principales ejemplos de mi traducción son:

(30) «Fito Solórzano cambió repentinamente de tono y añadió cuando Justito, **vuelto de espaldas** abría ya la puerta del despacho: (…).» (pág. 73)

«Fito Solórzano cambiò repentinamente il tono della voce e aggiunse quando Giustino, **girato di spalle** apriva già la porta dell'ufficio: (…).»

(31) «Doña Resu, **a sus espaldas**, se santiguó.» (pág. 124)

«La signora Resu, **alle sue spalle**, si santificò.»

(32) «La Sime acostó el cadáver en el suelo del zaguán, **boca arriba**, (…).» (pág. 140)

«La Sime posò il cadavere sul pavimento dell'atrio, **a pancia in su**, (…).»

(33) «Se quedaron un rato **frente a frente** como observándose con reticencia.» (pág. 165)

«Rimasero un momento **faccia a faccia** come osservandosi con reticenza.»

De todos los otros casos de modulación, famosos son los denominados «causa por efecto», «abstracto por concreto» y «activa por pasiva». Sin embargo, todas las modulaciones se deberían usar con la única finalidad de que la traducción no pierda su naturalidad, y no para mejorar o modificar el texto original según el gusto subjetivo del traductor.

4.2.7. Disolución

Un mismo significado puede expresarse en la lengua de llegada con más significantes respeto al texto original y es lo que se nota a través del procedimiento de traducción llamado «disolución». Se verifica cuando en la LLL se utiliza un número mayor de palabras para representar un significante del TO cubriendo una laguna o para expresar mejor el significado del término original. Este procedimiento de traducción se define también como «amplificación lingüística» y la diferencia entre esta y la disolución consta en el hecho de que la primera es una cuestión de habla y la segunda de lengua. Además, se llama «especificación» porque se añaden detalles que permiten comprender mejor el significado de la palabra original, explicitando peculiaridades que el autor del TO había dado por sentado, como implícitas, derivados del contexto, de la situación o de sus conocimientos. En definitiva, se introducen clarificaciones no formuladas anteriormente. El procedimiento contrario a estos tres es el de la «economía», el cual consiste en utilizar menos palabras en la traducción para expresar lo que decía el TO. Algunos ejemplos de disolución son:

(34) «Después **de aquello**, don Eustasio le llamaba a la capital cada vez que recibía una visita de cumplido y le hacía desnudar y dar vueltas sobre las manos, muy despacito, encima de una mesa.» (pág. 19)

«Dopo **quell'episodio**, don Eustasio lo chiamava alla capitale ogni volta che riceveva una visita di cortesia e lo faceva spogliare e fare giri sulle mani, molto lentamente, sopra ad un tavolo.»

(35) « Los párpados de la perra estaban hinchados y sin pelo; los perros de su condición rara vez llegaban adultos conservando los ojos; (…)» (pág.9)

«Le palpebre del cane erano gonfie e senza pelo; i cani della sua condizione raramente arrivavano **ad essere** adulti conservando la vista; (…)»

(36) «(…) un mundo que la Columba, la mujer del Justito, juzgaba inhóspito tal vez porque lo ignoraba.» (pág. 13)

«(…) un mondo che la Columba, la moglie del Giustino, giudicava **come** inospitale forse perché lo ignorava.»

Puede ser un acto espontáneo del traductor, pero al mismo tiempo tiene que ser consciente de las modificaciones que está aportando al texto original. Muchos críticos están en contra de este procedimiento, entre los cuales encontramos a Umberto Eco. Él opina que no se debe enriquecer el texto de llegada sin un válido motivo porque se corre el riesgo de querer mejorar el original, acto de extremo convencimiento de saber escribir mejor que el autor. En mi traducción no he intentado mejorar el TP sino he mantenido siempre la intención de representar el mundo descrito por Delibes con fidelidad, pero sin perder, al mismo tiempo, la naturalidad de mi lengua materna. Es lo que se puede notar en los siguientes ejemplos:

(37) «"Todos lo son", decía el tío Ratero entreabriendo tímidamente su sonrisa entre estúpida y socarrona.» (pág. 29)

«"Tutti **e due** lo sono", diceva lo zio Cacciatore di ratti socchiudendo timidamente il suo sorriso tra stupido e malizioso.»

(38) «No hay un **alma** en el campo.» (pág. 82)

«Non c'è **anima viva** in campagna.»

(39) « (…) mientras el Loy, el cachorro canela, correteaba en la cascajera persiguiendo a las lagartijas.» (pág. 146)

«(…) mentre il Loy, il cucciolo **color** cannella, correva nella ghiaia rincorrendo le lucertole.»

Un último ejemplo es dado de la adición del género. En español, el adjetivo posesivo de la tercera persona singular es invariable, mientras que en italiano hay que especificarlo siempre, estableciendo sí un término es femenino o masculino. En este caso específico, se trata de una amplificación que no se puede evitar; hay que añadir el género en italiano porque es el idioma que lo requiere.

(40) «Cuando el Nini y el tío Ratero regresaron del camposanto, el abuelo Abundio se había largado ya, nadie sabía dónde, con **sus** navajas y **sus** tijeras de podador.» (pág.35)

«Quando il Nini e lo zio Cacciatore di ratti tornarono dal cimitero, il nonno Abbondio se ne era già andato, nessuno sapeva dove, con le **sue** lame e i **suoi** coltelli da potatore.»

4.2.8. Generalización

La generalización consiste en traducir un término de la LP por otro más general y neutro de la LT. Muchas pueden ser las razones de su utilizo: para facilitar la comprensión del término a los lectores, para mantener la fluidez de la narración o porque no se encuentra en la LLL el significado específico, el equivalente directo uno-por-uno, de la palabra original. Esta última, es la razón que me impulsó a utilizar la generalización en mi propuesta de traducción de la novela. Pocos términos han sido generalizados porque estoy consciente de que este procedimiento, si reiterado, puede arruinar la comunicación entre las dos culturas en análisis. El primer término que presento viene de la continuación del ejemplo número 35 puesto arriba:

(41) «(…) solían dejarlos entre la maleza del arroyo, acribillados por los abrojos, los **zaragüelles** y la corregüela.» (pág. 10)

«(…) solitamente la perdevano tra le erbacce del fiumiciattolo, bombardata dai triboli, dalle **graminacee** e dal vilucchio.»

Como he dicho en la introducción de este comentario, en la mayoría de los casos he traducido el léxico preciso y exacto de la novela para respetar la voluntad del autor en llamar cada rasgo, aspecto o cosa con su propio nombre, aun corriendo el riesgo de no ser reconocido y entendido por el lector. De hecho, se puede notar como en este ejemplo he traducido «abrojos» con «triboli» y «corregüela» con «vilucchio» aunque sean nombres específicos. Sin embargo, en el caso de la palabra «zaragüelles» tuve que

generalizar el término, no encontrando un equivalente directo y común en la lengua italiana. Si hubiese puesto el nombre originario de la planta en latín, es decir *Hordeum morinum*, única traducción encontrada, ningún lector habría identificado la planta y habría incluso elevado la lengua de llegada a una tecnicidad que la de partida no presentaba. Así que opté por traducir el término con el nombre de la familia a la cual esta planta pertenece, o sea a la de las gramíneas, porque tiene el correspondiente «graminacee» en italiano bastante conocido.
En la siguiente generalización, en cambio, no encontrando ningún equivalente en la LLL – tampoco el nombre originario en latín del término como en el caso precedente – tuve que poner el significado general de las palabras originales:

(42) «Hubo un tiempo en que el Antoliano se ganaba la vida fabricando **celemines** y **medias fanegas**, (…).» (pág. 23)

«Ci fu un tempo in cui l'Antoliano si guadagnava da vivere fabbricando **per metri**, (…).»

Los «celemines» y las medias «fanegas» son dos unidades de medida que en italiano no tienen correspondiente directo. La RAE define a las dos como una consecuente de la otra: los «celemines» como «Medida de capacidad para áridos, que tiene 4 cuartillos y equivale en Castilla a 4,625 l aproximadamente» y a las «fanegas» como «Medida de capacidad para áridos que, según el marco de Castilla, tiene 12 celemines y equivale a 55,5 l, pero es muy variable según las diversas regiones de España». Así que opté por solucionar esta problemática poniendo la unidad de medida común en la LLL que más se acerca al contexto de la oración, es decir «metros», como única traducción posible para las dos palabras.

Un último ejemplo de generalización es el que sigue:

(43) «Era un muchacho apuesto, de ojos vivaces y expresión resuelta, que vestía una **americana** de pana parda y botas claveteadas como las del Furtivo.» (pág. 100)

«Era un bel ragazzo, di occhi vivaci e di espressione audace, che vestiva una **giacca** di tela scura e stivali chiodati come quelli del Furtivo.»

La RAE define la «americana» como «Chaqueta de tela, con solapas y botones, que llega por debajo de la cadera»; yo decidí traducir con «giacca», aun sabiendo de la pérdida de una parte de significado que mi elección implicaba, porque no hallé una correspondencia directa con otro término presente en la lengua de llegada.

4.2.9. Inversión

La inversión es un procedimiento de traducción a través del cual se traslada una palabra a otro lugar de la oración respeto al sitio que en el texto original ocupaba, para obtener la estructura normal de la frase en la lengua de llegada. Es decir, se introduce un elemento de información en otra posición del texto terminal, no pudiendo ser colocado en el mismo sitio en el cual aparecía situado en el TO. En todos los idiomas, tanto los adverbios como las locuciones adverbiales representan los componentes más móviles de una oración y su posición indica muchas veces el grado de énfasis que se pone en la información dada. Como afirma Peter Newmark, «son los indicadores de naturalidad más delicados» (2010: 46). Al mismo tiempo, hay otros elementos que componen una oración que pueden variar el sentido natural de un idioma. Por ejemplo, muy a menudo he encontrado en la obra original la estructura «adjetivo + sustantivo». Siendo en italiano, en cambio, más favorecida la estructura «sustantivo + adjetivo» decido cambiar el orden de la frase para conferir más ritmo y musicalidad, como en los casos siguientes:

(44) «(…) pero al Centenario le estimulaban sus ojos expectantes, su **inquisitiva atención** y, en su caso, el **aplomo maduro** de sus preguntas y respuestas.» (pág. 28)

«(…) però al Centenario stimolavano i suoi occhi spettanti, la sua **attenzione inquisitiva** e, nel suo caso, la **matura disinvoltura** delle sue domande e risposte.»

(45) «De ordinario se trataba de una niebla inmóvil, pertinaz y pegajosa, que poblaba la cuenca de **extrañas resonancias** y que, en la alta noche, hacía especialmente opaco el **torturado silencio** de la paramera.» (pág. 68)

«Normalmente si trattava di una nebbia immobile, pertinace ed appiccicosa, che popolava la vallata di **risonanze strane** e che, nella notte profonda, rendeva specialmente opaco il **silenzio torturato** del territorio.»

Otro ejemplo de inversión se puede observar mirando a la posición del sujeto con respeto al verbo que lo define. Estamos acostumbrados a encontrar el sujeto delante del verbo, pero en el texto original se encuentra muchas veces después. En estos, decido traducir respetando la construcción estándar, la estructura que para mí es más natural para la lengua de llegada, o sea «sujeto + verbo». Como se puede notar en el siguiente ejemplo, decido poner el sujeto antes y de esta manera representar la estructura conocida como "SVO".

(46) «Fuera como fuese, **el saber lo que sabía se lo debía el Nini** únicamente a su espíritu observador.» (pág. 27)

«Qualsiasi cosa fosse, **il Nini doveva tutto il suo sapere** unicamente al suo spirito osservatore.»

4.2.10. Modificaciones: los tiempos verbales

La modificación principal que se nota al comparar el texto original con mi propuesta de traducción se refiere al uso de los tiempos verbales; en concreto, traduje gran parte de los verbos del TO en pretérito indefinido con verbos en pretérito perfecto. Los tiempos verbales del pretérito perfecto y del indefinido son ambos perfectivos en italiano; indican acciones no reiteradas y que no tienen relación con el presente. Se refieren, entonces, a una acción unívoca y definida en el tiempo. En la elección entre uno u otro, hay que considerar que el pretérito indefinido en Italia se utiliza siempre menos,

mientras que en España pasa lo contrario; por eso donde en la novela original encontré un pretérito indefinido, lo traduje con un pretérito perfecto en italiano.

(47) «- Adolfo **me trajo** ayer la simiente» (pág. 25)

«- Adolfo **mi ha portato** ieri i semi.»

(48) «Me **tumbé** junto al arroyo y **aguardé**, pero el viento no sonaba igual.» (pág. 83)

«Mi **sono sdraiato** vicino al fiumiciattolo ed **ho aspettato**, però il vento non soffiava allo stesso modo.»

(49) «- ¡Él **lo dijo**! ¡El Nini **lo dijo**!»

«- Lui **lo ha detto**! Il Nini **lo ha detto**!»

No opté solo por este cambio entre pretérito indefinido y perfecto, sino realicé también otros cambios verbales, siempre persiguiendo el mismo fin: dejar un sentido más natural posible del TO en la LLL.

(50) «-Ya están aquí las aguarradillas. Este año **fueron** puntuales.» (pág. 114)

«- Sono già qui gli acquazzoni. Quest'anno **sono stati** puntuali.»

(51) «(…) y brincó una y otra vez sobre él, tratando de lamerle la tosca mano de dedos todos iguales, como **tajados** a guillotina.» (pág. 12)

«(…) e saltò più volte su di lui, cercando di leccargli la mano ruvida di dita tutte uguali, come **se fossero state** recise con la ghigliottina.»

4.3. Traducción de metáforas, del título, de nombres propios, de modismos y frases hechas

4.3.1. Metáforas

No siempre a través de una metáfora en traducción se pierde lo que el autor del TO quería decir, entendiendo por metáfora a «cualquier expresión figurada, la personificación de una abstracción, la aplicación de una palabra a algo que no denota literalmente» (Newmark, 2010: 147). Tiene básicamente dos finalidades: describir un proceso o un estado mental, un concepto, acción, una persona, cualidad y estimular sentidos sorprendiendo y deleitando. En otras palabras, se trata de una finalidad cognitiva y otra estética que en una buena metáfora se funden desarrollándose paralelamente. Cada metáfora muestra un área semántica común entre la representación evocada, la imagen, y el objeto, es decir lo que se describe con ella; las dos partes comparten el sentido, el significado literal de la metáfora. Entonces, en la traducción de las metáforas hay que dar sentido a todas las palabras que la componen sin perder aquella relación implícita entre palabra entendida y palabra expresada. Las que encuentro en la novela original son sencillas y apenas se perciben; están habitualmente relacionadas con los términos universales de espacio y tiempo y con las principales actividades campesinas del relato. Por eso decido traducirlas literalmente porque así mantienen el mismo sentido que expresaban en el texto original; debido a su sencillez, su traducción no encierra ninguna dificultad, basta con observar los siguientes ejemplos:

(52) «(…) las violetas y los sonidos se arracimaban en las cunetas húmedas y los grillos **acuchillaban el silencio de la cuenca** con una obstinación irritante.» (pág. 108)

«(…) le violette e i suoni si raggruppavano nelle cunette umide e i grilli **accoltellavano il silenzio della vallata** con un'ostinazione irritante.»

(53) «Por San Baldomero el Nini descubrió sobre el Pezón de Torrecillórigo el primer bando de avefrías **desfilando** precipitadamente hacia el sur.» (pág. 74)

«Per San Baldomero il Nini scorse sopra il Colle di Torrecillórigo il primo stormo di pavoncelle **sfilando** precipitosamente verso sud.»

La metáfora se justifica generalmente cuando tiene el objetivo de suscitar el interés del lector. De hecho, el mundo de la mente no es ni concreto ni literal, sin totalmente metafórico y viene precisamente provocado por estas expresiones figuradas:

(54) «Por San Simplicio, el niño y la perra sintieron **la engañosa llamada de la nieve** y salieron al campo.» (pág. 80)

«Verso San Simplicio, il ragazzino e il cane sentirono **l'ingannevole chiamata della neve** ed uscirono in campagna.»

(55) «Los trigos componían una **alfombra verde** que se diluía en el infinito acotada por la catena de cerros, (…).» (pág. 107)

«I campi di grano componevano un **tappeto verde** che si diluiva verso l'infinito delimitato dalla catena di colline, (…).»

Para concluir esta sección, presento una metáfora encontrada a mitad de la novela que presenta claras referencias al mundo campesino, el indiscutible protagonista de *Las ratas*:

(56) «Dona Resu sólo pretende que el chico **se labre** un porvenir.» (pág. 133)

« La signora Resu pretende solamente che il ragazzino **si coltivi** un futuro.»

4.3.2. Título

En la traducción del título de la novela mantuve la misma forma y el mismo significado que el original, de acuerdo con el pensamiento de Peter Newmark. En efecto él afirmaba que «si el título del texto de la lengua de origen describe adecuadamente el contenido y es breve, entonces es mejor dejarlo» (2010: 84). Hacía también una distinción entre

títulos descriptivos y títulos alusivos: los primeros son los que describen un tema y se deberían traducir literalmente, los segundos «presentan una relación figurada o referencial con el tema y se pueden traducir de forma literal o imaginativamente» (2010: 85). El título de esta novela es descriptivo y por lo tanto lo traduje literalmente convirtiendo «*Las ratas*» en «*I ratti*». Llegué a la conclusión de traducir la palabra «ratas» con «ratti» después de varias consultaciones de distintos diccionarios. Primero, es importante recurrir al diccionario monolingüe porque permite entender bien el significado de una palabra debido a la descripción intralingüística que presenta, es decir una reformulación del término a través de otros signos pertenecientes al mismo sistema lingüístico. Para entender bien su significado, consulté la RAE y encontré la siguiente definición de «rata»:

> «Mamífero roedor, de unos 36 cm desde el hocico a la extremidad de la cola, muy larga, con cabeza pequeña, hocico puntiagudo, orejas tiesas, cuerpo grueso, patas cortas, pelaje gris oscuro, muy fecundo y voraz.»

Como segundo pasaje en la búsqueda de la traducción más correcta del término, recurrí a los diccionarios bilingües. Todos los manuales consultados concordaron con traducir «rata» con «ratto», de ahí mi decisión de seguir sus consejos. En mi opinión los diccionarios bilingües sirven para "averiguar" el significado de un término previamente identificado, para hallar su traducción apropiada según el contexto en que se sitúa; por eso no hay que consultarlos directamente sin recurrir antes a los monolingües, porque causarían ambigüedades y también errores de traducción. Nunca se debe caer en la superbia, perdiendo humildad y modestia, de estar seguros del significante de una palabra; es mejor averiguar su significado, que presumir conocerlo o darlo por sentado. En definitiva, un título debe resultar atractivo, sugerente y tener relación con el original; por lo tanto, la traducción «*I ratti*» mantiene la forma y también el significado del título «*Las ratas*» del TO. Además, como hemos visto en los apartados precedentes, en el número 4.2.6. precisamente, la pareja «ratas-ratti» puede ser un ejemplo de modulación, en cuanto pasando de una lengua a otra se produce un cambio de perspectiva, de punto de vista: el pasaje del género femenino del texto original al masculino de la traducción.

4.3.3. Traducción de nombres propios

Cuando los «nombres de pila y apellidos de la gente no tienen connotaciones en el texto, se suelen transferir, con lo cual se mantiene su nacionalidad» (Newmark, 2010: 289). Concordando con él, lo que hago en mi propuesta de traducción es respetar los nombres proprios de los personajes porque implica, al mismo tiempo, respetar la cultura de la lengua de partida y la intención moral del escritor. Muchos son los nombres, apodos y apellidos que se encuentran a lo largo de la novela y gran parte de ellos los transfiero tal y como aparecen en el original, como el Antoliano, Román, el Mamertito, la señora Librada y Matías Celemín, o como los dos siguientes ejemplos:

(57) «Para la **señora Clo**, la del Estanco, todas las preocupaciones se centraban ahora en el **Virgilín**.» (pág. 77)

«Per la **signora Clo**, quella del Negozio, tutte le preoccupazioni si concentravano ora su **Virgilín**.»

(58) «A partir del pleito de la cueva, **la Columba** empezó a mirar **al Nini** torcidamente, como a su más directo, encarnizado enemigo.» (pág. 119)

«A partire dalla contesa della grotta, **la Columba** iniziò a guardare storto **il Nini**, come il suo più diretto, spietato nemico.»

En otras ocasiones, en cambio, teniendo connotación en el texto o siendo conocidos en la LLL, traduzco los nombres propios por su transparencia, como «Abundio» con «Abbondio», «Iluminada» con «Illuminata» o el apodo «Undécimo Mandamiento» con «Undicesimo Comandamento». Los traduzco también porque a veces adquieren un papel importante en el relato funcional a su fruición, como es el ejemplo del personaje del Pruden:

(59) «**El Pruden**, en puridad, era Acisclo por bautismo, pero se quedó con **Pruden**, o **Prudencio**, por lo juicioso y previsor.» (pág. 12)

«**Il Saggio**, in realtà, era stato battezzato come Acisclo, però rimase il **Saggio**, o **Prudenzio**, per il suo essere ragionevole e previdente.»

Un caso peculiar de traducción de un nombre propio ha sido el de uno de los protagonistas de la novela original, el tío Ratero. A la hora de traducir este nombre no encontraba un equivalente uno-por-uno en la lengua de llegada; al mismo tiempo no quería traducir el personaje con «lo zio Ratero» porque en italiano habría perdido lo que en el original indicaba, causando probablemente problemas de comprensión en los lectores. Por estas razones decidí recurrir a un diccionario monolingüe para entender bien el significado del término; la RAE presenta varias definiciones de la palabra «ratero»: «1.un ladrón; 2. Persona que va arrastrando; 3. Persona vil, despreciable; etc.». Tomando conciencia de sus posibles significados, decidí traducir «Ratero» por «Cacciatore di ratti» mirando a la tercera definición que la RAE da del término, es decir como «una persona que va arrastrando». De hecho es lo que hace todos los días el personaje del tío Ratero: caza ratas para sobrevivir a un mundo hostil y duro. Es al mismo tiempo una descripción del personaje, lo que en el apartado número 4.2.2.1. definimos como un equivalente descriptivo; en efecto, traduciéndolo con «Cacciatore di ratti» yo estoy describiendo la acción diaria del tío Ratero, su oficio y su única razón de vida. Siendo imprescindibles para su existencia, no podía perder la referencia a las ratas que la palabra «ratero» encierra. Además, hay que subrayar el hecho de haber respetado la mayúscula de su nombre en mi propuesta de traducción, detalle que el autor original utiliza para diferenciarlo del ratero del pueblo vecino, el que provocará la perdición del tío Ratero, traducido simplemente con «cacciatore di ratti»,.

Otro cambio nominativo, donde indudablemente se nota mi intervención como traductora, ha sido traducir los personajes del Rabino Chico y el Rabino Grande con Rabbino Junior y Rabbino Senior. Ha sido una elección puramente personal porque no veía como oportuna la decisión de traducirlos por Rabbino Piccolo y Rabbino Grande; así que utilicé dos maneras de diferenciar la edad muy comunes y utilizados a nivel internacional como «Junior» y «Senior».

La diferenciación inicial entre nombre proprios transferidos para mantener la nacionalidad y la cultura de partida y los, en cambio, traducidos porque transparentes en la LLL, ocurre también con respeto a los nombres de los santos. Como hemos visto

en el capítulo 2 del análisis de la obra, los santos marcan el tiempo de la acción y por eso adquieren mucha importancia en la novela. Como con los nombre propios de persona, la mayoría de ellos han sido transferidos al texto terminal tal y como aparecían en el original, como San Melitón, San Andrés, Santa Bibiana o Santa Agripina, mientras otros, en cambio, han sido traducidos: «San Zacarías» por «San Zaccaria», «Nuestra Señora de las Vinas» por «Nostra Signora delle Vigne» o «San Miguel de los Santos» por «San Michele dei Santi».

Para concluir, también los perros tienen nombre proprio y los represento en la traducción con los artículos que los proceden tanto y como a los nombres de persona. Como con los precedentes, algunos fueron transferidos como por ejemplo «Chita» el apodo con el cual el Ratero y el Nini llaman a su perra, mientras otros fueron traducidos literalmente, como se puede notar del ejemplo puesto a continuación:

(60) «En la trasera del carro amarraba **al Duque**, el perro, con un cordel tan corto que le ahorcaba.» (pág. 78)

«Nella parte posteriore del carro legava **il Duca**, il cane, con uno spago così corto che quasi lo impiccava.»

4.3.3.1. Topónimos

Los nombres de los lugares, la difusión de las características geográficas dependen de su país de origen y del grado de especificidad de la lengua de partida. Como afirma Peter Newmark «los topónimos no tienen que ser traducidos» (2010: 291), a excepción de los casos que tienen una versión conocida y aceptada en la lengua de llegada. Concordando con su pensamiento y encontrando en la novela principalmente a topónimos no conocidos en la lengua italiana, por la mayoría inventados por el autor, he decidido dejarlos como se presentaban en el original, sin traducirlos. No hay que inventar términos geográficos nuevos, sino conferir importancia a los topónimos que integran el escenario cultural del TO. En mi propuesta de traducción han quedado entonces en su forma original porque en la cultura receptora no son conocidos, como por ejemplo: las Revueltas, la Cotana del Moro, Torrecillórigo o el Cerro Colorado. Mi

decisión viene de la voluntad de respetar las decisiones de un pueblo de escoger sus propios nombres para sus características geográficas. Pongo unos ejemplos:

(61) «Los grillos cantaban tímidamente y desde lo alto de la **Cotarra Donalcio** llamaba con insistencia un macho de perdiz.» (pág. 153)

«I grilli cantavano timidamente e dall'alto della **Cotarra Donalcio** chiamava con insistenza un maschio di pernice.»

(62) «El Nini la vio venir de frente, entre los cerros **Chato** y **Cantamañanas**, avanzando sombría y solemne, (…).» (pág. 63)

«Il Nini lo vide arrivare da di fronte, tra i colli **Chato** e **Cantamañanas**, avanzando ombrio e solenne, (….).»

4.3.4. Traducción de modismos y frases hechas

Los modismos son mecanismos que suscitan diversión y condensan al mismo tiempo significados. Según la RAE, un modismo es «una expresión fija, privativa de una lengua, cuyo significado no se deduce de las palabras que la forman». En cambio, por frase hecha presenta dos definiciones: «frase que es de uso común y expresa una sentencia a modo de proverbio» y «frase que, en sentido figurado y con forma inalterable, es de uso común y no incluye sentencia alguna». De las dos categorías se admira la creatividad, la sorpresa que emanan, el hecho de encontrarse obligados a moverse en distintos niveles semánticos. Pero no se trata de un artificio literario: hay culturas que los usan más frecuentemente que otras, tanto en la comunicación informal como en la formal. En todos los idiomas, en los modismos y en las frases hechas, el significado de las palabras que los componen no es literal sino figurado, por eso para los traductores representan un verdadero desafío. En mi propuesta de traducción he escogido muchas veces el equivalente italiano del modismo en español, porque gracias a la afinidad entre las dos lenguas, muchos concuerdan entre sí tanto en el significado como en la forma. A continuación algunos ejemplos:

(63) «(…) y la señora Clo, enternecida, se precipitó a la calle y comenzó a pregonar la novedad **a los cuatro vientos**.» (pág. 48)

«(…) e la signora Clo, intenerita, si precipitò in strada e iniziò a sbandierare la novità **ai quattro venti**.»

(64) «El Frutos desenrolló un papel y **leyó a trompicones** el acuerdo de la Corporación (…).» (pág. 69)

«Il Frutos srotolò un foglio e **lesse a singhiozzi** l'accordo della Corporazione (…).»

Como se puede observar, cuando la lengua de llegada presenta las mismas construcciones para expresar el mismo modismo, yo las elijo para seguir con el objetivo principal de mi traducción *source oriented*: respetar la intención y la finalidad del autor original, quedando fiel en este caso a las decisiones tomadas sobre el lenguaje.

(65) «(…) don Antero, el Poderoso, y el Mamel, el hijo mayor de don Antero, se enfurecían contra los curas que hacían política y **metían la nariz** donde no les importaba.» (pág. 111)

«(…) don Antero, il Potente, e il Mamel, il figlio maggiore di don Antero, si infuriavano contro i preti che facevano politica e che **ficcavano il naso** dove a loro non interessava.»

(66) «(…) divisó al Furtivo, **en carne y hueso**, allá abajo, en la cuenca, recorriendo pesadamente los barbechos de la señora Clo.» (pág. 81)

«(…) vide il Furtivo, **in carne ed ossa**, lì sotto, nella vallata, perlustrando goffamente i maggesi della signora Clo. »

Claro está que esto no siempre fue posible. Hubo ocasiones en las cuales no pude elegir una estructura similar, sino tuve que encontrar un equivalente expresado de forma distinta, sin perder el significado que el modismo inicial tenía. Durante esta fase, se

manifiesta inevitablemente la negociación del traductor, el conjunto de elecciones tomadas entre las distintas soluciones que la lengua de llegada ofrece. Por lo tanto puse a los modismos correspondientes que se conocen y utilizan en la lengua terminal. En efecto, un válido principio de reversibilidad supondría que los modismos y las frases hechas «estuviesen traducidas no literalmente, sino escogiendo el equivalente en la lengua de llegada» (Eco, 2013: 67). El primer ejemplo que presento es el que sigue:

(67) «El Longinos se fue con su hermana a León. Ese fue **a mesa puesta**.» (pág. 118)

«Il Longinos se n'è andato con sua sorella a León. **Servito e riverito**.»

La RAE define el modismo «a mesa puesta» como «Sin trabajo, gasto ni cuidado»; entendiendo su significado, decido traducirlo con el equivalente italiano de «servito e riverito». Por el ejemplo que sigue, la RAE da «Loco» como significado de «chaveta», entonces decido suponer de su significante un modismo correspondiente en la lengua de llegada y opto por la expresión italiana «matto da legare»:

(68) «Si hay un médico que dice que **está chaveta** o que es un retrasado se le encierra y en paz.» (pág. 134)

«Se c'è un medico che dice che è **matto da legare** o che è un ritardato lo si rinchiude e pace.»

Asimismo, el siguiente caso «en un santiamén» significa según la RAE «en un instante», de ahí hallo su equivalente adecuado en el modismo italiano «in un battibaleno»:

(69) «El Frutos, el Jurado, regresó del Ayuntamiento **en un santiamén** y los cohetes rasgaron las tinieblas del cielo (…).» (pág. 124)

«Il Frutos, il Giurato, tornò dal Comune **in un battibaleno** e i razzi graffiarono l'oscurità del cielo (…).»

Además, como hemos visto precedentemente en el capítulo 2, muy peculiar es el habla del Centenario, el hombre sabio del pueblo. Hablando solo a través de frases hechas, el

personaje representa un desafío para el traductor a la hora de traducir sus palabras. En la mayoría de los casos he respetado la rima de sus sentencias, intentando no cambiar el significado ni tampoco la forma de sus oraciones. Muchos pasajes no han suscitado problemáticas, como:

(70) «- Por San Clemente alza la tierra y tapa la simiente.» (pág. 28)

«- Per San Clemente alza la terra e copri la semente.»

(71) «- Si llueve en Santa Bibiana, llueve cuarenta días y una semana.» (pág. 28)

«- Se piove a Santa Bibiana, piove quaranta giorni e una settimana.»

(72) «"En Castilla ya se sabe, nueves meses de invierno y tres de infierno".» (pág. 106)

«"In Castiglia si sa già, nove mesi di inverno e tre di inferno".»

Otros casos fueron en cambio más complicados porque tuve que cambiar algo en la construcción de la frase terminal. En efecto, para no perder la característica principal del habla del sabio, es decir su manera de expresarse siempre y solo en rima, decidí cambiar algunos aspectos de las oraciones:

(73) «"En martes ni tu hijo cases ni tu cerdo mates".» (pág. 50)

«"Il martedì tuo figlio non sposare né il tuo maiale macellare".»

El caso más evidente es el que sigue: junto con cambiar el tiempo verbal de un infinitivo del texto original, «a volar», a un futuro simple, «voleran», de la lengua de llegada, decido quitar la última vocal del verbo italiano para mantener la rima con «San Juan»:

(74) «"Por San Juan, las cigüeñas **a volar**".» (pág. 157)

«"Per San Juan, le cicogne **voleran**".»

4.4. Problemas de traducción

Umberto Eco, en su obra más importante sobre la traducción *Dire quasi la stessa cosa*, afirma que «la sinonimia directa entre dos lenguas no existe» (2013: 35). Se puede entender mejor lo que él entiende observando el trabajo de los traductores automáticos: si por ejemplo se traduce una frase del español al italiano al ordenador y luego se traduce el resultado obtenido en la dirección opuesta, del italiano al español, la frase final será diferente de la inicial. De hecho, en traducción la reversibilidad perfecta es muy difícil de conseguir; puede resultar más posible por lo que concierne el nivel gráfico o el de la puntuación, pero menos por lo que se refiere al estilo. Es ideal la traducción que permite mantener como reversibles el mayor número de niveles en el texto terminal. Peter Newmark afirma, en cambio, que la sinonimia es «un procedimiento que consiste en acudir a un equivalente cercano en la LT para una palabra de la LO dentro de un contexto, exista o no un equivalente exacto» (2010: 121). Los dos escritores concuerdan con el hecho de que todas las palabras son polisémicas y asumen significados diferentes según el contexto; detrás de su significado "visible", hay otro de valor connotativo que se entiende solo gracias a la asociación con un contexto. Asimismo, siendo los sistemas lingüísticos comparables, sus eventuales ambigüedades pueden ser resueltas solo cuando se traducen los textos considerando sus contextos y refiriéndose al mundo del cual hablan. Es precisamente aquí que surge el problema para un traductor: cuando una palabra remite a más significados muchas veces no es posible reproducirla en el TT sin perder uno de sus múltiples matices. Nacen de esta manera las llamadas «pérdidas», aunque el traductor intente solucionarlas aprovechando de las distintas «estrategias» a su alcance:

> «La estrategia es de carácter individual y procesual y consiste en los mecanismos utilizados por el traductor para resolver los problemas encontrados en el desarrollo del proceso traductor en función.»
>
> (Hurtado Albir, 2017: 250)

Pese a las problemáticas enfrentadas, un traductor nunca debe «dejar de lado» (Newmark, 2010: 247) a una palabra del texto original: siempre deberá tomar posición

y decidir por su correspondiente en la lengua de llegada. Tendrá que hacer algún tipo de suposición entre su significado contextual más probable y el sugerido por la forma de la palabra, para escoger la solución más adapta. La regla fundamental que no tiene que transgredir es no mejorar o enriquecer el léxico del autor original. Como hemos visto con el procedimiento de traducción de la disolución (4.2.7), puede suceder que a veces se intente decir más de lo que está presente en el TO no porque este resulte incomprensible, sino porque se cree de deber especificar una parte conceptual, estratégica para el proseguimiento de la narración. Al mismo tiempo, estoy consciente de que una traducción que llega a decir mucho más del original podrá ser una obra excelente de un lado, pero no se trata de una buena traducción. Por lo tanto traducir es una habilidad,

> «(…) un saber hacer que consiste en saber recorrer el proceso traductor, sabiendo resolver los problemas de traducción que se plantean en cada caso.»
>
> (Hurtado Albir, 2017: 25)

4.4.1. Pérdidas parciales y absolutas

Cuando se habla de pérdida en traducción se trata por la mayoría de los casos de una pérdida parcial, porque el término traducido nos permite entender lo mismo el significado general de la oración original, sin comprometer la totalidad del texto. Un ejemplo de pérdida parcial pueden ser las denominadas «palabras intraducibles», las cuales solitamente describen cualidades o acciones y que, según Peter Newmark, «no disponen de un equivalente uno-por-uno en la lengua de llegada» (2010: 34). Con las palabras intraducibles de mi novela original, he empezado consultando diccionarios monolingües y luego los bilingües. Una vez tomado en cuenta todas las propriedades de aquellas palabras, he negociado sus significados con respecto al contexto y las finalidades que el texto original expresaba. Las pérdidas en traducción son muy frecuentes pero, siendo la misma un acto constante de negociación, hay incluso casos en que el traductor perdiendo una palabra o una expresión, gana en otro aspecto.

En mi propuesta de traducción, siendo no posible identificar el significado de algunas palabras con la sinonimia, no quedaba otra solución que relacionar aquellos estorbos con su posición contextual en la obra. Se trata de la concepción moderna de la traducción, entendida como un acto de comunicación en el cual intervienen procesos interpretativos del traductor, los cuales resultan apropiados cuando no es posible traducir literalmente. De hecho «se trata de interpretar primero (el texto, el contexto, la finalidad de la traducción), para comunicar después» (Hurtado Albir, 2017: 41). El primer ejemplo que quiero presentar es el siguiente:

(75) «- Un majuelo de verdejo de 30 años llevará dos varas de empalmes, dos nuevas, dos o tres **calzadas** y dos o tres **pulgares**, ¿oyes?» (pág. 30)

«- Una vigna verdognola di 30 anni avrà due ramoscelli di giuntura, due nuovi, due o tre **continuativi** e due o tre **germogli**, capisci?»

En este caso se trata de un habla muy específico del arte de podar, que demuestra el conocimiento general que tenía Delibes sobre las faenas agrícolas de su amada Castilla. Busqué la palabra «calzadas» en varios diccionarios y también en la RAE sin encontrar un significado apropiado para este contexto. Por lo tanto la palabra constituye una pérdida, porque en cierto modo tuve que "improvisar" su significado, sin poder averiguar la exactitud de mi elección. Opté por traducirlo por «continuativi» tomando uno de los significados del verbo calzar, es decir «seguir una regla» (RAE) y adaptándolo luego al contexto en cuestión. Lo mismo pasó con el término siguiente, «pulgares»; aunque encontré su definición en la RAE como «Parte del sarmiento que con dos o tres yemas se deja en las vides al podarlas, para que por ellas broten los vástagos» no supe encontrar un equivalente uno-por-uno en la lengua italiana. Tuve que, de una manera, generalizar el término y traducirlo con «germogli», a través de su explicación. Estoy consciente de que esta traducción "deja de lado" algunos matices que el término original implicaba, constituyendo una pérdida parcial en mi traducción. Otra suposición de significado se manifestó a la hora de traducir la palabra «gatera»:

(76) «Contra la tapia del corral se apoyaban el arado herrumbroso y los aperos y el tosco carromato y sobre la cuadra se abría **la gatera** del pajar.» (pág. 15)

«Contro il muro della stalla si appoggiavano l'aratro arrugginito e gli attrezzi e il carro rudimentale e sopra la stalla si apriva **l'apertura a botola** del pagliaio.»

Busqué el significado de «gatera» en varios diccionarios y todos remandaban al mundo de los gatos o a las personas que los venden o crían. Decidí tomar en consideración la definición de «Agujero hecho en una pared, en un tejado o en una puerta para que puedan entrar o salir los gatos, o con otros fines» (RAE) suponiendo que el autor del TO se estuviese refiriendo solo a la tipología de agujero que permite el acceso a un determinado lugar. Por eso traduje con «apertura a botola», adaptando la palabra al contexto en que se situaba y dejando de lado, por supuesto, la referencia a los gatos.
Del siguiente ejemplo, en cambio, no encontré en ningún diccionario el significado de la palabra «chon». Probablemente se trata de una palabra dialectal o de un coloquialismo, pero no hallando su traducción en italiano, decidí deducir su significado a través del contexto del habla:

(77) «- ¿Cuándo matamos **el chon**?» (pág. 22)

«- Quando uccidiamo **la bestia**?»

Encontrándose dentro del diálogo entre el Nini y la señora Clo sobre la matanza del cerdo, tradición que cada año reúne a todo el pueblo, supongo que se esté hablando del animal, y por eso decido traducir «el chon» por «la bestia». Por lo tanto, todos los ejemplos puesto hasta ahora constituyen pérdidas parciales, porque retratando solo a una parte del significante del TP, no se pierde a la totalidad de la oración original, sino se identifica por contexto uno de sus múltiples significados. Sin embargo, el traductor puede enfrentarse también a las denominadas "pérdidas absolutas", las cuales suelen ser caracterizadas a menudo por términos desuetos donde el mensaje del TO se pierde para siempre. En el ejemplo que ahora retrato, tuve que "dejar de lado" una palabra, contradiciendo el pensamiento antes citado de Newmark:

(78) «Su taberna era angosta, sórdida, con el suelo de cemento y media docena de **mesas de tablas**, con bancos corridos a los costados» (pág.11)

> «La sua osteria era stretta, indecente, con il pavimento in cemento e mezza dozzina di **tavoli**, con panche continue ai lati.»

Como se puede notar, en español es posible decir «mesas de tablas» sin crear estorbos, mientras que en italiano a la palabra «mesas», la cual ya significa «tavole», no puedo añadir la especificación «di tavole» porque constituiría la traducción final de «tavole di tavole», un resultado redundante y poco adecuado. Así que traduciendo solo con «tavole» lo que estoy haciendo en realidad es no reproducir una palabra que el TO presentaba, creando la que se define como «pérdida absoluta»: se pierde un elemento que en el original estaba y no hay otra forma para recuperarlo. Afortunadamente, en mi propuesta de traducción este es un caso aislado, porque por lo que concierne la mayoría de los casos han sido, como hemos visto, pérdidas parciales. Quiero acabar el comentario sobre mi propuesta de traducción con las palabras de Georges Perec encontradas en el artículo de la revista online *La Nota del traduttore* de 2007:

> «La traduzione scorre sul filo della negoziazione e del conflitto nell'appropriarsi dell'altrui operato. (…) E dalla ricerca delle parole giuste si esce sconfitti perché non esiste una parola giusta, da qui la perdita che comunque avviene.»

Desde sus palabras, y como se ha podido entender a través de las técnicas de traducción empleadas y analizadas, la negociación desempeña un papel muy importante a la hora de traducir; subraya y enseña la subjetividad del traductor en cada fase del pasaje de la lengua de partida a la de llegada. Por lo tanto, la traducción es una forma de reescritura en la cual emergen claramente las responsabilidades del traductor sobre la evolución del canon estilístico del texto original en la cultura receptora.

Conclusión

En este trabajo he presentado mi propuesta de traducción al italiano de la novela *Las ratas* de Miguel Delibes publicada en 1962, desarrollando asimismo un análisis traductológico y comentando las problemáticas encontradas y sus soluciones propuestas. Lo que he intentado hacer es crear un puente entra la obra original y el posible lector italiano de la misma; fue un búsqueda continua de la palabra perfecta por cada ocasión, sin perder de vista el objetivo de mi traducción, es decir ser lo más fiel posible a la finalidad y la intención de la novela original. La intención es algo que no se puede separar de la comprensión total del texto porque representa la postura de Miguel Delibes con respecto al tema tratado en la obra y por eso la del traductor tendría que ser idéntica a la del escritor. Antes de comenzar con la traducción es necesario conocer bien el texto de partida para comprender de la manera más apropiada los términos ambiguos, los pasos ocultos, las referencias o las varias alusiones a contextos lejanos. Efectivamente, antes de traducir, he leído la novela cuatro veces; la primera lectura ha sido fluida, rápida para adentrarme en el tema de la obra, mientras que la segunda ha sido analítica, más lenta y detallada, durante la cual transcribía un breve resumen por cada capítulo. En la tercera lectura he focalizado mi atención sobre los temas tratados por Delibes para después presentarlos y estudiarlos en el segundo capítulo de este trabajo y por último, en la cuarta lectura he vuelto a leer la obra de manera fluida para reunir todas las anécdotas, las características captadas en las demás lecturas. Todas juntas han sido útiles para construir un cuadro completo del ambiente y de la narración, para seleccionar un método de traducción adecuado – más que uno en realidad – e identificar los problemas concretos para después solucionarlos y presentarlos en el cuarto y último capítulo. Una traducción siempre dirige a un tipo de lectura de la obra, porque cuando el traductor negocia escogiendo algunos aspectos y niveles del texto, automáticamente dirige la atención del lector sobre aquellos niveles y no en otros. Además, es imprescindible comprender bien tanto las propriedades léxicas, gramaticales, culturales, sintácticas, estilísticas de la lengua de partida como las de la lengua de llegada; de este modo se puede conseguir una buena traducción que respete el texto original y al mismo tiempo sea adecuada para los lectores de la cultura receptora. Por último, cada traducción debería someterse a discusión y uno de los

mejores revisadores es el traductor mismo cuando, pasado un tiempo, vuelve sobre su trabajo para releerlo y corregirlo. En mi caso, he vuelto un mes después de haberlo terminado cambiando algunas palabras y confirmando a otras; por lo tanto una buena traducción presenta también una aportación crítica del traductor a la comprensión de la obra traducida. No sé si he conseguido mi objetivo persiguiendo la finalidad de hacer una traducción *source oriented*, pero lo que sí sé es que este viaje en la traducción ha permitido enriquecerme cultural y lingüísticamente y al mismo tiempo tomar conciencia de mis habilidades, enfrentando y solucionando cada problemática encontrada colmando mis lagunas.

Obra original

DELIBES, Miguel, (1996): *Las Ratas. Comentado por Amparo Medina-Bocos*, Barcelona, Destino.

La versión del año 1996 utilizada durante este trabajo pertenece a los Clásicos Contemporáneos Comentados.

Referencias bibliográficas

ALONSO DE LOS RÍOS, César, (2010): *Soy un hombre de fidelidades: conversaciones con Miguel Delibes*, Barcelona, Esfera de los Libros.

BUCKLEY, Ramón, (2012): *Miguel Delibes, una conciencia para el nuevo siglo – La biografía intelectual del gran clásico popular*, Barcelona, Destino.

CLAVE, (2006): *Clave. Diccionario de uso del español actual*, 8ª ed., Madrid, Ediciones SM.

COLLINS CONCISE, (2005): *Dizionario spagnolo- italiano, italiano-spagnolo*, Milano, Boroli Editore.

CORRAL CASTANEDO, Antonio, (1986): *Retrato de Miguel Delibes*, Barcelona, Círculo de Lectores.

DELIBES, Miguel, (1979): *Castilla, lo castellano y los castellanos*, Madrid, Espasa-Calpe.

—. (2004) *España 1936-1950, muerte y resurrección de la novela*, Barcelona, Destino.

—. (2010) *Cinco horas con Mario*, Barcelona, Destino.

—. (2010) *La sombra del ciprés es alargada*, Barcelona, Destino.

DIADORI, Pierangela, (2012): *Teoria e tecnica della traduzione*, Firenze, Le Monnier Università.

ECO, Umberto, (2013): *Dire quasi la stessa cosa. Esperienze di traduzione*, IV, Milano, Bompiani.

GARCÍA DOMÍNGUEZ, Ramón, (1985): *Miguel Delibes: un hombre, un paisaje, una pasión*, Barcelona, Destino.

HURTADO ALBIR, Amparo, (2017): *Traducción y Traductología. Introducción a la traductología*, Madrid, Ediciones Cátedra.

MOYA, Virgilio, (2004): *La selva de la traducción*, Madrid, Cátedra.

NEWMARK, Peter, (2010): *Manual de traducción*, Madrid, Cátedra.

OSIMO, Bruno, (2011): *Manuale del traduttore. Guida pratica con glossario*, Milano, Hoepli.

PALOMO, Pilar, (1983): «*Las ratas*, entre testimonio y símbolo» en *Estudios sobre Miguel Delibes*, Madrid, Universidad Complutense, págs. 163-202.

PEDRAZA JIMÉNEZ, Felipe, RODRÍGUEZ CÁCERES, Milagros, (2005): *Manual de Literatura Española XIII. Posguerra: Narradores*, Madrid, Cénlit.

PITTÀNO, Giuseppe, (2013): *Il grande dizionario dei sinonimi e dei contrari*, 4ª ed., Bologna, Zanichelli Editore.

RAE, REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, (2009): *Nueva Gramática de la lengua española*, Madrid, Espasa.

ROSALES, Francisco, CHAMORRO, María Dolores, (2006): *El ventilador, curso de español de nivel superior*, Barcelona, Difusión.

TAM, Laura, (2007): *Grande dizionario di spagnolo*, 2ª ed., Milano, Hoepli.

ZINGARELLI, Nicola, (2003): *Lo Zingarelli: Vocabolario della lingua italiana*, Bologna, Zanichelli Editore.

Referencias en la red

Accademia della Crusca. En línea: www.accademiadellacrusca.it.

Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, http://www.cervantesvirtual.com/.

Centro Virtual Cervantes, www.cervantes.es.

Diccionario de la lengua española, Real Academia Española, en línea: www.rae.es.

Diccionario panhispánico de dudas, Real Academia Española y Asociación de Academias de la Lengua Española, en línea: www.rae.es.

El Norte de Castilla, versión electrónica. https://www.elnortedecastilla.es/.

El País, https://elpais.com/diario/2007/12/09/eps/1197185211_850215.html.

Fundación Miguel Delibes, http://www.fundacionmigueldelibes.es/

Planeta lector, https://www.planetalector.com/.

Vocabolario Treccani. En línea: www.treccani.it.